



Deidad

Jennifer L. Armentrout

AUTORA BEST-SELLER DE USA TODAY Y NEW YORK TIMES

Lectulandia

Aquellos que sigan en pie podrán descubrir si el amor es realmente más fuerte que el destino...

Alexandria no está muy segura de si llegará a su dieciocho cumpleaños, a su Despertar. Una orden de fanáticos ya olvidada quiere matarla y, si el consejo descubre lo que realmente ocurrió en las Catskills, todo habrá terminado para ella... y también para Aiden.

Por si eso no fuera suficiente, a medida que Seth y Álex pasan tiempo «entrenando» —que realmente es el eufemismo con el que Seth define estar muy cerca y mucho contacto cuerpo a cuerpo— otra marca del Apollyon aparece en su cuerpo, dejándola, antes de lo esperado, más cerca de Despertar.

A medida que su cumpleaños se acerca, todo su mundo se resquebraja ante una sorprendente revelación, dejándola atrapada entre el amor y el destino. Uno hará todo lo posible para protegerla. El otro ha estado mintiéndole desde el principio.

Ahora que los dioses se han dejado ver, desatando su ira, muchas vidas cambiarán de forma irrevocable... o serán destruidas.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Deidad

Saga Covenant 3

ePub r1.0
macjaj 26.01.14

Título original: *Deity*
Jennifer L. Armentrout, 2012
Traducción: Verónica Blázquez
Diseño de la cubierta: Kate Kaynak

Editor digital: macjaj
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

La seda roja se ceñía sobre mis caderas convirtiéndose en un ajustado corsé que acentuaba mis curvas. Llevaba el pelo suelto, caía sedoso sobre mis hombros como si fueran pétalos de una flor exótica. Las luces de la sala de baile se reflejaban sobre las ondulaciones de la tela y, a cada paso que daba, parecía que andaba entre llamas.

Él se paró entreabriendo los labios, como si el simple hecho de mirarme le impidiese hacer otra cosa. Sentí un cálido rubor por toda mi piel. Aquello no parecía que fuese a acabar bien. Estábamos rodeados de gente y él me miraba de aquella manera, sin embargo, no era capaz de irme. Era allí donde debía estar, con él. Era la decisión correcta.

Una decisión que yo... no había tomado.

Los bailarines comenzaron a bailar más lentamente, a mi alrededor, con sus rostros ocultos bajo deslumbrantes máscaras enjoyadas.

La inquietante melodía que tocaba la orquesta me atravesaba la piel, calándome hasta los huesos mientras los bailarines se iban apartando.

No había nada que nos separase.

Intenté respirar, pero no solo me había robado el corazón, sino el aire que necesitaba.

Allí estaba él, enfundado en un esmoquin negro hecho para marcar las firmes líneas de su cuerpo. Mientras extendía su brazo hacia mí haciendo una reverencia, una media sonrisa juguetona y traviesa apareció en sus labios.

Al dar el primer paso las piernas me temblaron. Los focos del techo conducían hasta él, no obstante hubiese podido encontrarle fácilmente en la oscuridad si de ser necesario. Oía el latido de su corazón se acompasó con el mío.

Sonrió.

Aquello era todo cuanto necesitaba, así que comencé a andar hacia él. El vestido ondeaba a mis espaldas como un río de seda carmesí. Se enderezó, agarrándome de la cintura mientras yo me abrazaba a su cuello. Apreté la cara contra su pecho, empapándome de su olor a océano y hojas ardiendo.

Todos nos miraban, pero daba igual. Estábamos en nuestro propio mundo, donde solo importaba lo que nosotros queríamos, lo que habíamos deseado durante tanto tiempo.

Río mientras me hacía girar con él, sin llegar a tocar siquiera el suelo.

—Eres una inconsciente —murmuró.

Le respondí con una sonrisa, ya que sabía que en el fondo le encantaba esa parte de mí.

Me soltó y me agarró de la mano mientras posaba la otra en la parte baja de mi

espalda.

Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz muy baja, casi susurrando.

—Estás muy guapa, Álex.

El corazón se me encogió.

—Te quiero, Aiden.

Me besó en la frente y comenzamos a dar vueltas, girando por toda la sala. Poco a poco se nos fueron uniendo las otras parejas. Pude llegar a ver sus enormes sonrisas y unos ojos extraños bajo las máscaras —ojos completamente blancos, sin iris. Empecé a inquietarme... sabía qué significaban aquellos ojos. Fuimos hasta una esquina, desde donde escuché unos gritos apagados que venían de la oscuridad.

Miré hacia la zona de la sala que quedaba en las sombras.

—¿Aiden...?

—Shhh. —Su mano reptó por mi espalda hasta la base del cuello—. ¿Me quieres?

Nuestras miradas se encontraron.

—Sí. Sí. Te quiero más que a nada.

La sonrisa de Aiden se desvaneció.

—¿Me quieres más que a él?

Me quedé inmóvil entre sus brazos.

—¿Más que a quién?

—Que a él —repitió Aiden—. ¿Me quieres más que a él?

Aparté la mirada de nuevo, mirando hacia la oscuridad. Había un hombre dándonos la espalda, agarrado a una mujer, con los labios sobre su garganta.

—¿Me quieres más que a él?

—¿Que a quién? —Intenté acercarme más a él, pero no me dejó. Las dudas comenzaron a aflorar en mi interior al ver la decepción en sus ojos—. Aiden, ¿qué pasa?

—No me quieres —dejó caer las manos y dio un paso atrás—. No, porque estás con él, lo has elegido a él.

El hombre se giró hacia nosotros. Seth sonrió y su mirada ofrecía todo un mundo de promesas oscuras. Promesas que yo había aceptado, que yo había elegido.

—No me quieres —repitió Aiden, fundiéndose entre las sombras—. No puedes. Nunca has podido.

Intenté seguirlo.

—Pero...

Demasiado tarde. Los bailarines llegaron a mí y me perdí en un mar de vestidos y susurros. Traté de zafarme, sin embargo no podía escapar, no encontraba ni a Aiden ni a Seth. Alguien me empujó y caí de rodillas. La seda roja se rasgó. Llamé a gritos a Aiden y luego a Seth, pero ninguno atendió mis súplicas. Estaba perdida, solo vería caras cubiertas por máscaras, unos ojos extraños. *Conocía aquellos ojos.*

Eran los ojos de los dioses.

Me levanté súbitamente, en la cama. Una fina película de sudor cubría todo mi cuerpo y el corazón parecía que se me iba a salir del pecho. Pasó un rato hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y reconocí las paredes de mi habitación.

—¿Qué demonios...? —Me pasé la mano por la frente empapada y ardiendo. Cerré los ojos.

—¿Hummm? —murmuró Seth medio despierto.

Estornudé como respuesta. Primero una y luego otra vez.

—Qué sexy. —Cogió a tientas la caja de pañuelos—. No puedo creer que todavía sigas enferma. Toma.

Suspiré y cogí los pañuelos, poniéndome la caja sobre el pecho para sacar unos cuantos.

—Es culpa tuya —¡achús!—. Es culpa de tu estúpida idea de ir a nadar estando a —¡achús!— cinco grados, caraculo.

—Pues yo no estoy enfermo.

Me soné la nariz, esperé un poco para asegurarme de que no se me saldrían los sesos con otro estornudo y dejé la caja en el suelo. Resfriarse era una mierda. En mis diecisiete años de vida nunca me había resfriado, hasta ahora. Ni siquiera sabía que *podía* resfriarme.

—Eres súper especial, ¿eh?

—Lo sabes tú bien —respondió.

Me giré y miré a Seth. Parecía casi normal con la cara estampada contra una almohada —*mi* almohada. Nadie diría que en menos de cuatro meses se convertiría en un Asesino de Dioses. En nuestro mundo, Seth era como cualquier otra criatura mítica: hermoso, pero completamente mortal.

—He tenido un sueño raro.

Seth se puso de lado.

—Venga, vuelve a dormir.

Hacía una semana que habíamos vuelto de los Catskills y desde entonces lo tenía pegado a mi culo, más que nunca. No era que no entendiese por qué, después de todo lo sucedido con las furias y de haber matado a un puro. Seguramente no volvería a perderme de vista nunca más.

—Tienes que empezar a dormir en tu cama.

Movió la cabeza ligeramente y sonrió medio dormido.

—Prefiero la tuya.

—Y yo preferiría que celebrásemos la Navidad, tener regalos y poder cantar villancicos, pero no tengo todo lo que quiero.

Seth me hizo arrastró hacia la cama únicamente con el peso de su brazo.

—Álex, yo siempre consigo lo que quiero.

Un escalofrío recorrió mi piel.

—¿Seth?

—¿Sí?

—Aparecías en mi sueño.

Abrió uno de sus ojos color ámbar.

—Por favor, dime que estábamos desnudos.

Puse los ojos en blanco.

—Eres un salido.

Suspiró triste y se acercó más.

—Lo tomaré como un no.

—Pues estás en lo cierto. —No podía volver a dormirme, y me mordí el labio. De repente tenía tantas preocupaciones que mi cerebro no pudo más—. ¿Seth?

—¿Mmmm?

Antes de continuar, vi cómo se hundía más en la almohada. Cuando se ponía así tenía algo encantador, una cierta fragilidad y juventud que no tenía cuando estaba totalmente despierto.

—¿Qué pasó mientras luchaba contra las furias?

Abrió un poco los ojos. Le había hecho varias veces aquella pregunta desde que volvimos a Carolina del Norte. La fuerza y energía que mostré al enfrentarme a los dioses era algo que solo Seth, al ser un Apollyon hecho y derecho, podría haber logrado. ¿Siendo yo una mestiza sin Despertar? Pues no tanto. Las furias tendrían que haberme pateado el culo cuando me enfrenté a ellas.

Seth se tensó.

—Vuelve a dormir, Álex.

Se negó a contestar. De nuevo. Exploté de rabia y frustración, y me solté de su brazo.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—Te estás volviendo paranoica. —Volvió a ponerme el brazo en la tripa.

Traté de zafarme, pero me agarró más fuerte. Apreté los dientes, giré hacia un lateral y me puse a su lado.

—No me estoy volviendo paranoica, caraculo. Ocurrió algo, ya te lo he contado. Todo... todo se volvió de color ámbar. Como el de tus ojos.

Respiró hondo.

—He oído que, a algunas personas, en situaciones de alto estrés, a veces se les incrementa la fuerza y la sensibilidad de los sentidos.

—No fue eso.

—Y que la gente, bajo presión, puede sufrir alucinaciones.

Eché el brazo hacia atrás y no le di en la cabeza por poco.

—No estaba alucinando.

—No sé qué decirte —Seth levantó el brazo y se puso de espaldas—. En fin, ¿volverás a clase por la mañana?

De repente, afloró una nueva preocupación. Volver a las clases significaba volver a enfrentarme a todos —Olivia— sin mi mejor amigo. Sentí una presión en el pecho. Cerré los ojos, pero se me apareció la cara pálida de Caleb, con los ojos abiertos pero sin ver, con una daga del Covenant clavada en su pecho. Parecía que solo en sueños podía recordar cómo era realmente.

Seth se sentó y sentí como si su mirada me agujerease la espalda.

—¿Álex...?

Odiaba aquel vínculo súper especial que teníamos; era horrible que él también sintiera todo lo que yo sentía. Ya no tenía privacidad. Suspiré.

—Estoy bien. —No contestó—. Sí, iré a clase por la mañana. A Marcus le dará algo si vuelve y ve que no he ido. —Me puse de espaldas—. ¿Seth?

Inclinó la cabeza hacia mí. Sus rasgos estaban ocultos en la penumbra, pero sus ojos atravesaban la oscuridad.

—¿Sí?

—¿Cuándo crees que volverán ellos? —Con *ellos* me refería a Marcus y a Lucian... y a Aiden. Se me cortó la respiración. Me pasaba cada vez que pensaba en Aiden, y en cuanto había hecho por mí, en lo que había arriesgado.

Seth se recostó de lado, alargó el brazo y me cogió la mano derecha. Sus dedos se entrelazaron con los míos, palma con palma, y mi cuerpo entero se estremeció. La marca del Apollyon —la que no debería estar en mi mano— se calentó. Miré nuestras manos enlazadas, sin sorprenderme cuando vi las suaves líneas —marcas del Apollyon— subiendo por el brazo de Seth. Incliné la cabeza para ver cómo las marcas se extendían por el rostro de Seth. Sus ojos parecieron brillar. Últimamente lo hacían mucho —tanto las runas como sus ojos.

—Lucian dijo que volverían pronto, seguramente durante el día de hoy. —Muy lentamente, movió la yema de su pulgar sobre la línea de la runa. Los dedos de mis pies se curvaron y mi mano libre agarró con fuerza la manta. Seth sonrió—. Nadie ha mencionado al Guardia pura sangre. Y Dawn Samos ya ha vuelto. Parece que la compulsión de Aiden ha funcionado.

Quería soltar mi mano. Me costaba concentrarme cuando Seth jugueteaba con la runa de mi palma. Por supuesto, él lo sabía, y le gustaba.

—Nadie sabe qué ocurrió de verdad. —Su pulgar ahora seguía la línea horizontal—. Y así continuará.

Cerré los ojos. La verdad sobre cómo había muerto el Guardia pura sangre tenía que seguir en secreto o, tanto Aiden como yo, nos veríamos en serios apuros. No solo habíamos estado a punto de liarnos aquel verano —además de haberle dicho que lo amaba, algo *totalmente* prohibido— sino que también había matado a un puro en

defensa propia. Y Aiden había usado compulsiones en dos puros para encubrirlo. Matar a un puro, para un mestizo, significaba la muerte, daba igual cuál fuese la situación y, para un puro, estaba prohibido usar compulsiones en otro puro. Si *cualquiera* de aquellos hechos saliese a la luz, estaríamos bien jodidos.

—¿Eso crees? —susurré.

—Sí. —Sentía el cálido aliento de Seth sobre mi frente—. Duérmete, Álex.

Dejé que la relajante sensación de su pulgar acariciando la runa me adormilase y volví a sumirme en el sueño, olvidando por un momento todos los errores y decisiones que había tomado en los últimos siete meses. Mi último pensamiento consciente fue el mayor mis errores —no el chico que estaba a mi lado, sino el que nunca iba a poder tener.



Aquel día me di cuenta de que, oficialmente podía decir que odiaba la clase de Trigonometría. Me parecía una asignatura absurda. ¿Cómo iban a importarme las identidades pitagóricas si en otras clases del Covenant me enseñaban a matar cosas? Mi odio por aquella clase había llegado al límite.

Casi todos me miraban, incluso la Sra. Kateris. Me hundí en mi asiento y metí la nariz en el libro, aunque no podría leerlo ni aunque el mismo Apolo bajase y me ordenase que lo hiciera. Solo había un par de ojos que me afectaban de verdad. El resto podía irse a la mierda.

La mirada de Olivia era dura, incriminatoria.

¿Pero por qué no podíamos cambiarnos de sitio? Después de todo acontecido, sentarme a su lado era la peor de las torturas.

Me ardían las mejillas. Me odiaba y me culpaba por la muerte de Caleb. No obstante yo no maté a Caleb —lo había hecho una daimon mestiza. Yo simplemente fui quien hizo que se escapara a escondidas por el campus tras el toque de queda que, por lo visto, habían puesto por una buena razón.

Así que, de algún modo, había sido por mi culpa. Lo sabía y, dioses, hubiese hecho cualquier cosa por cambiar aquella noche.

Probablemente, la razón por la que todos continuaban lanzándome miradas furtivas fuera aquello que dijo Olivia en el funeral de Caleb, cuando no pudo más. Si no recordaba mal, creo que gritó algo así como «¡Eres el Apollyon!» mientras yo la miraba.

En el Covenant de Nueva York, en los Catskills, los chavales mestizos pensaban que yo era bastante guay, pero allí... no lo era tanto. Cuando nuestras miradas se encontraban, no la apartaban lo suficientemente rápido como para poder ocultar su incomodidad.

Al final de la clase, metí el libro en la mochila y salí corriendo hacia la puerta, preguntándome si Deacon me hablaría en el siguiente descanso. Deacon y Aiden eran polos opuestos en casi todo, sin embargo tanto Aiden como su hermano pequeño parecían tratar a los mestizos como iguales —algo bastante raro entre la raza pura sangre.

Por todo el pasillo me siguieron los susurros. Ignorarlos fue más difícil de lo que pensaba. Cada célula de mi cuerpo me pedía enfrentarme a ellos, pero ¿y entonces qué? ¿Saltar sobre ellos como un mono loco y matarlos a todos? Seguro que con aquello no ganaría muchos adeptos.

—¡Álex! ¡Espera!

El corazón casi se me paró al escuchar la voz de Olivia. Aceleré el paso, atravesé como una bala entre unos cuantos mestizos jóvenes que me miraban asustados y con los ojos abiertos de par en par. ¿Por qué me tenían miedo? No era yo la que iba a convertirse en un Asesino de Dioses en poco tiempo. Pero oh, no, a Seth sí que lo miraban como si *fuese* un dios. Solo faltaban unas pocas puertas más y podría esconderme en Verdades Técnicas y Leyendas.

—¡Álex!

Reconocí el tono de voz de Olivia. Era el mismo que cuando estaba a punto de pelearse con Caleb —determinado y obstinado.

Mierda.

Ya estaba justo detrás de mí, y yo solo estaba a un paso de la clase. No lo conseguiría.

—Álex —dijo—. Tenemos que hablar.

—Ahora no puedo. —Porque, seriamente, que me dijese que era culpa mía que Caleb estuviese muerto no estaba en la lista de cosas que quería escuchar durante el día.

Olivia me agarró el brazo.

—Álex, necesito hablar contigo. Sé que estás molesta, sin embargo no eres la única que tiene permiso para echar de menos a Caleb. Yo era su novia...

Dejé de pensar. Me di la vuelta, solté la mochila en medio del pasillo y la cogí del cuello. En un segundo, la tenía contra la pared de puntillas. Con los ojos muy abiertos, me agarró el brazo y trató de zafarse.

Apreté, solo un poquito.

Por el rabillo del ojo vi a Lea, que ya no llevaba el brazo en cabestrillo. La daimon que le había roto el brazo también había matado a Caleb. Lea dio un paso al frente, como si quisiese intervenir.

—Mira, lo pillo —susurré con voz ronca—. Querías a Caleb. ¿Y sabes qué? Yo también. Y también lo echo de menos. Si pudiese volver atrás en el tiempo y cambiar aquella noche, lo haría. Pero no puedo. Así que, por favor, déjame...

De la nada, apareció un brazo del tamaño de mi cintura y me apartó un metro y pico. Olivia se desplomó contra la pared, mientras se frotaba el cuello.

Yo me giré gruñendo.

Leon, el Rey del Momento Oportuno, me estaba mirando.

—Necesitas una niñera profesional.

Abrí la boca, pero la cerré al momento. Teniendo en cuenta algunas de las cosas que Leo había interrumpido, no era consciente de lo ciertas que eran sus palabras. Pero entonces me di cuenta de algo más importante. Si Leon estaba allí, entonces mi tío y Aiden también.

—Tú —Leon señaló a Olivia—, ve a clase. —Volvió a mirarme—. Y tú te vienes conmigo.

Me mordí la lengua, recogí la mochila del suelo y comencé mi paseo de la vergüenza por el pasillo, ahora abarrotado de gente. Vi a Luke, pero apartó la mirada antes de que pudiese descifrar qué pensaba.

Leon tomó las escaleras —los dioses sabían cuánto me gustaban— y no hablamos hasta llegar al vestíbulo. Las estatuas de las furias ya no estaban, pero el espacio vacío me hizo un nudo en el estómago.

Volverían, estaba segura. Solo era cuestión de ver cuándo lo harían.

Se alzó ante mí cuando se paró, con sus casi dos metros de músculo puro.

—¿Por qué cada vez que te veo estás a punto de hacer algo que no deberías?

Me encogí de hombros.

—Es un talento que tengo.

Creí advertir un cierto signo de diversión en su rostro mientras se sacaba algo del bolsillo trasero. Parecía un trozo de pergamino.

—Aiden me pidió que te diese esto.

El estómago me dio un vuelco mientras cogía la carta con las manos temblorosas.

—¿Está... está bien?

Frunció el ceño.

—Sí. Está bien.

Ni siquiera traté de esconder el suspiro de alivio y di la vuelta a la carta. Estaba sellada con un lacre rojo, de aspecto oficial. Cuando volví a levantar la mirada, Leo se había ido. Moví la cabeza y fui hacia uno de los bancos de mármol para sentarme. No tenía ni idea de que Leon pudiese mover su cuerpo tan rápida y silenciosamente. Más bien parecía que el suelo tuviese que temblar a su paso.

Curiosa, deslicé el dedo bajo el lacre y rompí el sello. Desdoblé la carta y vi la elegante firma de Laadan en la parte inferior. Le di un vistazo rápido a todo el pergamino y luego lo leí de nuevo desde el principio.

Y una tercera vez.

Sentía frío y calor al mismo tiempo. Tenía la boca seca y la garganta cerrada. Mis

dedos temblaban levemente, igual que el papel. Me levanté y me volví a sentar.

Las cuatro palabras se repetían ante mis ojos. Era todo lo que podía ver, aquello que importaba saber.

«Tu padre está vivo».

Capítulo 2

Con el corazón a mil, salté las escaleras de dos en dos. Al ver a Leon cerca del despacho de mi tío, eché a correr. Casi parecía alarmado de verme.

—¿Qué ocurre, Alexandria?

Patiné hasta parar.

—¿Aiden te dio esto?

Leon arrugó la frente.

—Sí.

—¿La leíste?

—No. No era para mí.

Apreté la carta contra mi pecho.

—¿Sabes dónde está Aiden?

—Sí. —Leon frunció el ceño—. Volvió anoche.

—¿Dónde está *ahora*, Leon? Tengo que saberlo.

—No sé qué razón puede haber para que necesites ver a Aiden tan urgentemente como para interrumpir su entrenamiento. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Y tú no deberías estar yendo a clase?

Lo miré un segundo antes de darme la vuelta y salir pitando de nuevo. Leon no era estúpido, así que no me había dicho por error dónde estaba Aiden, pero me daba igual la razón, así que no intenté saber por qué.

Si estaba entrenando, entonces sabía dónde buscarlo. Una brisa fría y húmeda roció mis mejillas al salir por las puertas del vestíbulo y dirigirme hacia la zona de entrenamiento. El cielo gris lechoso era típico de finales de noviembre, y hacía que el verano pareciese muy lejano.

Las clases para los estudiantes de niveles inferiores se daban en las salas de entrenamiento más grandes. Los ladridos impacientes del Instructor Romvi que se escuchaban tras una de las puertas me siguieron por el pasillo vacío. Al final del edificio, pasando la sala médica a la que Aiden me trajo después de que Kain me patease el culo en el entrenamiento, había una pequeña sala equipada con las necesidades más básicas y una cámara de aislamiento sensorial.

Aún tenía pendiente entrenar en aquella cosa.

Miré por el hueco de la puerta y vi a Aiden. Estaba en el centro de la sala, enfrentándose a un saco de boxeo. Una fina película de sudor cubría sus músculos fibrosos. Se echó hacia atrás y dio un puñetazo al saco que lo hizo moverse varios metros hacia atrás.

En cualquier otro momento, lo habría admirado de una forma un tanto obsesiva, pero mis dedos se cerraron, apretando la carta. Me metí por el hueco y crucé la sala.

—Aiden.

Se giró, y sus ojos cambiaron de un gris tranquilo a un tono como de tormenta. Dio un paso atrás, pasándose el brazo por la frente.

—Álex, ¿qué... qué haces aquí? ¿No deberías estar en clase?

Alcé la carta.

—¿Has leído qué pone en la carta?

Puso la misma cara que Leon.

—No. Laadan me pidió que me asegurase de que la recibías.

¿Por qué le había confiado a Aiden una noticia así? No podía ni imaginármelo, a no ser que...

—¿Sabías qué pone en la carta?

—No. Solo me pidió que te la diese. —Se inclinó para coger una toalla del suelo—. ¿Qué es eso que pone, qué te ha hecho venir a buscarme?

Una pregunta estúpida y sin importancia me vino a la cabeza.

—¿Por qué se la diste a Leon?

Apartó la mirada y se quedó en silencio.

—Pensé que sería lo mejor.

Dejé caer la mirada hacia su cuello y allí estaba de nuevo aquella fina cadena de plata. Me moría por saber por qué la llevaba, él no el tipo de tío que lleva joyas. Volví a mirarle a la cara.

—Mi padre está vivo.

Aiden inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Qué?

Una extraña sensación se apoderó de mi estómago.

—Está vivo, Aiden. Y lleva años en el Covenant de Nueva York. Estaba allí a la vez que yo. —Volví a tener la misma emoción que al leer la carta por primera vez—. ¡Lo vi, Aiden! Sabía que lo había visto. El sirviente de ojos marrones. Y él lo sabía. —Sabía que yo era su hija. Por eso me miraba siempre de aquella forma extraña. Seguramente aquello era la razón de que me sintiese atraída hacia él cada vez que lo veía. Aunque yo no lo supiera.

Aiden pareció palidecer bajo su moreno natural.

—¿Puedo?

Le di la carta y me pasé las manos temblorosas por el pelo.

—Había algo diferente en él, ¿sabes? No parecía estar drogado como los otros sirvientes. Y cuando Seth y yo nos íbamos, le vi peleando contra los daimons. —Hice una pausa y tomé aire—. Yo no lo sabía, Aiden.

Frunció el ceño mientras leía la carta.

—Dioses —murmuró.

Me aparté de él y me abracé a mí misma. Por mis venas no corría más que ira.

—Es un sirviente, un maldito *sirviente*.

—¿Sabes qué significa, Álex?

Lo miré, sorprendida de verlo tan cerca. En ese momento, capté el olor a crema de afeitado y agua de mar.

—Sí, ¡que tengo que hacer algo!

Aiden puso los ojos como platos.

—No.

—¿Que no, qué?

Cogió la carta con una mano y me agarró del brazo con la otra. Clavé los talones en el suelo.

—¿Qué estás...?

—Aquí no —dijo en voz baja.

Confundida y un tanto sorprendida por el hecho de que Aiden me estuviese tocando, me dejé llevar por él hacia la sala médica al otro lado del pasillo. Cerró la puerta tras de sí y puso el pestillo.

Un calor incómodo me recorrió entera al darme cuenta de que estábamos solos en una habitación sin ventanas y Aiden acababa de cerrar la puerta. En serio, necesitaba contenerme porque aquel no era *para nada* momento de tener las hormonas revolucionadas. Vale, *nunca* era momento.

Aiden me miró y tensó la mandíbula.

—¿En qué estás pensando?

—Eh... —Di un paso hacia atrás. No iba a decírselo a la cara. Me di cuenta de que estaba enfadado, furioso conmigo—. ¿Y ahora, qué he hecho?

Puso la carta en la mesa en la que estuve sentada la otra vez.

—No harás ninguna locura.

Entrecerré los ojos y le quité la carta, dándome cuenta de por qué estaba tan enfadado.

—¿Esperas que no haga nada? ¿Que deje que mi padre se pudra como sirviente?

—Tienes que calmarte.

—¿Calmarme? Aquel sirviente de Nueva York es mi padre. ¡Ese padre que me habían dicho que estaba muerto!

De repente, me acordé de Laadan en la biblioteca y de cómo me había hablado de mi padre como si aún estuviese vivo. Sentí una punzada de rabia en el estómago. ¿Por qué no me lo había dicho? Podría haber hablado con él.

—¿Cómo voy a calmarme?

—No... no puedo ni imaginarme por lo que estás pasando, o lo que estás pensando. —Arrugó la frente—. Bueno, sí, puedo imaginar en lo que estás pensando. Quieres arrasar los Catskills y liberarlo. Sé que eso es lo que estás pensando.

Claro que sí.

Se acercó a mí, y sus ojos brillaban como la plata.

—No.

Retrocedí, sosteniendo la carta de Laadan contra mi pecho.

—Tengo que hacer algo.

—Sé que sientes que debes hacerlo, pero Álex, no puedes volver a los Catskills.

—No voy a arrasar los Catskills. —Me puse al otro lado de la mesa según se iba acercando—. Ya se me ocurrirá algo. Puede que me meta en problemas. Telly me dijo que si la liaba una vez más, me mandarían a los Catskills.

Aiden se me quedó mirando.

La mesa nos separaba.

—Si pudiese volver, entonces podría hablar con él. Necesito hablar con él.

—Ni en broma —gruñó Aiden.

Me quedé paralizada.

—No puedes detenerme.

—¿Qué te apuestas? —Comenzó a rodear la mesa.

La verdad es que no iba a apostar nada. Podía ver en su cara que haría lo que fuese para pararme, así que tenía que convencerle.

—Es mi padre, Aiden. ¿Qué harías si fuese Deacon?

Golpe bajo, lo sé.

—No te atrevas a meterlo en esto, Álex. No voy a permitir que dejes que te maten. Me da igual por quién lo hagas, no te dejaré.

Las lágrimas me ardían en la garganta.

—No puedo dejarle seguir con esa vida. No puedo.

Vi cierto dolor en su mirada de acero.

—Lo sé, pero tu vida es más importante.

Dejé caer los brazos y dejé de intentar manipularlo.

—¿Cómo puedes tomar esa decisión? —Y entonces, las lágrimas que había estado aguantando hasta entonces, brotaron—. ¿Cómo puedo no hacer nada?

Aiden no dijo nada cuando puso sus manos sobre mis hombros y me llevó hacia él. En vez de abrazarme directamente, se apoyó en la pared y se deslizó hacia el suelo, llevándome en sus brazos. Doblé las piernas y le agarré la camiseta con los puños.

Tomé un breve respiro, con un cierto e inevitable dolor.

—Estoy cansada de que la gente me mienta. Todo el mundo ha mentado sobre mi madre ¿y ahora esto? Creía que estaba *muerto*. Y dioses, ojalá lo estuviese, porque la muerte es mucho mejor que por lo que está pasando. —La voz se me quebró y las lágrimas volvieron a mojar mis mejillas.

Aiden me abrazó con más fuerza, acariciándome la espalda en un intento por calmarme. Quería dejar de llorar porque era de débiles y humillante, sin embargo no

podía parar. Descubrir el destino real de mi padre había sido horrible. Cuando la mayor parte de las lágrimas cesaron, me aparté un poco y levanté la mirada llorosa.

Unas sedosas ondas húmedas de su pelo oscuro pendían de su frente. La tenue luz de la habitación resaltaba esos pómulos y labios que había llegado a memorizar hacía tiempo. Aiden no solía sonreír del todo, pero cuando lo hacía, era increíble. Yo había logrado verla unas pocas veces; la última vez fue en el zoo.

Viéndole ahora, de verdad, por primera vez después de arriesgar todo para protegerme, sentí la necesidad de volver a llorar. Estuve toda la semana anterior repasando lo sucedido, una y otra vez. ¿Podía haber hecho algo de otra forma? ¿Desarmar al Guardia en vez de clavarle mi arma en el pecho? ¿Y por qué Aiden había usado una compulsión para encubrir lo que había hecho? ¿Por qué se había arriesgado tanto?

En aquel momento nada de parecía importarme, después de saber lo de mi padre... Me sequé los ojos con las manos.

—Perdón por... haberte llorado encima.

—Ni se te ocurra disculparte por eso —dijo. Supuse que entonces me soltaría, pero seguía rodeándome entre sus brazos. Sabía que no debería, porque solo acabaría suponiendo más dolor, pero me relajé sobre él—. Siempre reaccionas de una forma tan visceral ante todo...

—¿Cómo?

Bajó el brazo y me tocó la rodilla.

—Es como un acto reflejo. La primera cosa que piensas cuando oyes algo. Actúas así en vez de pensar las cosas dos veces.

Enterré la mejilla en su pecho.

—Eso no es ningún cumplido.

Puso la mano tras mi cuello, jugueteando con sus dedos entre mi pelo. Me pregunté si sería consciente de qué estaba haciendo y aguanté la respiración. Tensó la mano y me sujetó de tal forma que no podía alejarme mucho. No es que fuese hacerlo, me daba igual lo mal que estuviese, lo peligroso o lo estúpido que fuera.

—No es un insulto —dijo suavemente—, es simplemente quién eres. No te paras a pensar en el peligro, solo en qué es lo correcto. Sin embargo a veces no es... lo correcto.

Lo pensé.

—¿Usar una compulsión sobre Dawn y el otro puro fue un acto reflejo?

Tardó una eternidad en responder.

—Sí, y no fue lo más inteligente, pero no podía hacer ninguna otra cosa.

—¿Por qué?

Aiden no contestó.

Yo no le forcé. Estar en sus brazos, con su mano acariciando mi espalda en

círculos de una forma única, me consolaba. No quería que acabara. En sus brazos me sentía más tranquila, por raro que fuera. Podía respirar. Me sentía a salvo, estable. Nadie más podía darme eso. Era como mi propia receta de Ritalin.

—Convertirte en Centinela fue un acto reflejo —susurré.

Aiden levantó el pecho y se inclinó sobre mi mejilla.

—Sí.

—¿Te... te arrepientes?

—Nunca.

Ojalá tuviese la misma determinación.

—No sé qué hacer, Aiden.

Bajó la barbilla y rozó mi mejilla. Su piel era suave, cálida, me apasionaba y calmaba, todo a la vez.

—Se nos ocurrirá la forma de ponernos en contacto con él. ¿Habías dicho que nunca parecía estar bajo el efecto del elixir? Podríamos escribirle una carta a Laadan; ella podría entregársela. Sería lo más seguro.

Mi corazón bailoteó feliz. La esperanza empezaba a apoderarse de mí.

—¿En serio?

—Sí. No me será difícil darle una carta a Laadan, un mensaje. Es lo más seguro, de momento.

Me dieron ganas de abrazarlo, pero me contuve.

—No. ¿Y si te pillan?... No puedo permitirlo.

Aiden rio suavemente.

—Álex, creo que ya hemos incumplido todas las normas. No me preocupa que me pillen por darle un mensaje a alguien.

No, no habíamos incumplido *todas* las normas.

Se echó ligeramente hacia atrás y pude sentir su mirada intensa sobre mí.

—¿En serio pensabas que no iba a ayudarte en algo tan importante como esto?

Seguí con los ojos cerrados, porque mirarle era mi debilidad. *Él* era mi debilidad.

—Las cosas... han cambiado.

—Ya sé que las cosas han cambiado, Álex, pero siempre estaré aquí para ti. Siempre voy a ayudarte. —Hizo una pausa—. ¿Cómo has podido siquiera dudarlo?

Como una idiota, abrí los ojos. Me quedé pillada. Era como si todo aquello que se había dicho, todo lo que sabía, ya no tuviese importancia.

—No lo dudaba —susurré.

Hizo una mueca.

—A veces no te entiendo.

—Ni yo misma me entiendo la mitad de las veces. —Bajé la mirada—. Tú ya has hecho... demasiado. ¿Lo que hiciste en los Catskills? —Me tragué el nudo de la garganta—. Dioses, no había podido darte las gracias.

—No...

—No digas que no merece que te dé las gracias. —Levanté la mirada hacia sus ojos—. Me salvaste la vida, Aiden, arriesgando la tuya. Así que, gracias.

Apartó la mirada, fijándola en un punto sobre mi cabeza.

—Ya te he dicho que nunca dejaré que te pase nada. —Me devolvió la mirada y vi un atisbo de diversión en sus ojos color plata—. Aunque, más bien, parece un trabajo a jornada completa.

Puse morros.

—Lo he intentado, en serio. Hoy es el primer día que no he hecho nada remotamente estúpido. —Obvié la parte en que había sido secuestrada en mi habitación por un resfriado.

—¿Y qué has hecho?

—No quieras saberlo.

Volvió a reír.

—Supuse que Seth te mantendría alejada de cualquier problema.

Me di cuenta de que no había pensado en Seth desde que había leído la carta y me puse tensa. Tampoco había pensado en nuestro nexo. Mierda.

Aiden tomó aire y dejó caer los brazos.

—¿Sabes qué significa eso, Álex?

Traté de reponerme. Había cosas importantes con las que lidiar. Mi padre, el Consejo, Telly, las furias, una docena de dioses enfadados, y Seth. Sin embargo mi cerebro parecía estar hecho puré.

—¿Qué?

Aiden miró hacia la puerta, como si tuviese miedo de decirlo en voz alta.

—Que tu padre no es un mortal. Es un mestizo.

Capítulo 3

No volví a clase. En vez de eso, fui a mi habitación y me senté en la cama, con la carta frente a mí como si fuera una serpiente a punto de inyectarme su veneno. Estaba descolocada tras descubrir que mi padre seguía vivo y... me sentía muy estúpida por no haberme dado cuenta inmediatamente. La carta de Laadan no lo decía claramente. Obviamente sabía por qué había eludido contar la verdadera bomba que estaba soltando en esa breve carta. ¿Cómo sino habría podido el Consejo tener a mi padre bajo control? Y lo había visto luchar. Parecía un ninja con aquellos candelabros.

Mi padre era un puñetero mestizo —un mestizo *entrenado*. Joder, quizá hubiera podido ser un maldito Centinela, algo que explicaría cómo mi madre lo conoció a él antes que a Lucian.

Un mestizo.

¿Y eso en qué narices me convertía?

La respuesta parecía muy fácil. Me puse de espaldas, mirando a ciegas hacia el techo. Dioses, necesitaba a Caleb para poder contarle todo esto, porque no podía ser cierto.

Si un pura sangre tenía hijos con otros puros, salían pequeños y felices bebés puros. Si un pura sangre se lo montaba con un mortal, salían los útiles mestizos. No obstante si se juntaban un pura sangre y un mestizo. —Algo totalmente prohibido y tan tabú que ni siquiera debía imaginarme el momento en que concibiesen ese bebé —, salía... ¿qué salía?

Me levanté de repente, con el corazón a mil. La primera vez que Aiden estuvo en mi habitación y le miré. —Más bien me lo estaba comiendo con los ojos, pero bueno —, me pregunté por qué hacía eones que las relaciones entre mestizos y puros estaban prohibidas. No era por miedo a que les saliese un cíclope, con un solo ojo, pero casi.

De un pura sangre y un mestizo salía un Apollyon.

—Mierda —dije mirando la carta.

Pero tenía que ser más que eso. Normalmente solo nacía un Apollyon en cada generación, exceptuando a Solaris y al Primero, y a Seth y a mí. Eso querría decir que un mestizo y un puro solo habían tenido hijos unas pocas veces desde que los dioses habían estado en la tierra. Tenía que haber ocurrido más veces. ¿Es que mataban a los bebés? No me extrañaría que los dioses hiciesen algo así, sabiendo lo que salía de un mestizo y un puro. ¿Pero por qué nos habrían perdonado la vida a Seth y a mí? Obviamente sabían que mi padre lo era, ya que lo han mantenido con vida por alguna extraña razón. Mi corazón se encogió, igual que mis puños. Empujé toda aquella ira hacia mis adentros para poder usarla más tarde. Había prometido a Aiden que no

haría nada imprudente, y la ira siempre me llevaba a hacer idioteces.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Oí un ruido en mi puerta, como si abriesen un cerrojo. Miré la carta y me mordí el labio inferior. Luego miré hacia el reloj que tenía al lado de la cama. Llegaba tardísimo al entrenamiento con Seth.

La puerta se abrió y se cerró. Cogí la carta y la doblé rápidamente. Sin necesidad de mirar, sabía perfectamente cuándo Seth aparecía por la puerta, ya que el aire se cargaba de electricidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin más.

No había mucho que pudiese esconderle a Seth. Habría captado mis emociones en el mismo momento en que leía la carta y todo aquello que había sentido al estar con Aiden. No podía saber exactamente por qué tenía los sentimientos tan descontrolados —gracias a los dioses—, pero Seth no era estúpido. Incluso me sorprendió que hubiese tardado tanto en venir a buscarme.

Levanté la mirada. Parecía una de aquellas estatuas de mármol que adornaban el frente de los edificios del Covenant, excepto porque su piel tenía un color dorado único y una perfección de otro mundo. A veces parecía frío, impasible. Sobre todo cuando se sujetaba el largo pelo rubio, pero ahora lo llevaba suelto y eso suavizaba los rasgos de su cara. Sus carnosos labios solían estar curvados en una sonrisa chulesca, pero ahora formaban una línea tensa y delgada.

Aiden me había sugerido que me guardase para mí misma la carta y su contenido. Laadan había roto quién sabe cuántas reglas al contarme lo de mi padre, pero confiaba en Seth. Después de todo estábamos destinados a estar juntos. Hacía unos meses me hubiese reído si alguien hubiese dicho que íbamos a estar haciendo lo que fuera que hacíamos en aquel preciso momento. Cuando nos conocimos, fue un caso de rechazo mutuo y, aún ahora, teníamos nuestros momentos gloriosos. Hace no demasiado habría intentado apuñalarle un ojo. E iba en serio.

En silencio, le entregué la carta.

Seth la cogió y la desdobló con sus dedos largos y ágiles. Me senté sobre las piernas mientras lo miraba. Su expresión no delataba qué estaba pensando. Después de lo que pareció una eternidad, levantó la mirada.

—Oh, dioses. —No era exactamente la respuesta que esperaba—. Tu respuesta a esta carta será hacer algo increíblemente estúpido.

Levanté las manos.

—Narices, ¿qué creéis, que voy a entrar en los Catskills al estilo espartano?

Seth levantó las cejas.

—Pues vale —gruñí—. No voy a atacar el Covenant. Haré algo, pero no será una... locura. ¿Contento? En fin, ¿te acuerdas del mestizo con el que nos cruzamos el primer día que estuvimos viendo al Consejo?

—Sí, te quedaste mirándolo.

—Es él. Lo sé, por eso me sonaba tanto. Sus ojos. —Me mordí el labio y aparté la mirada—. Mi madre siempre hablaba de sus ojos.

Se sentó a mi lado.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a escribirle de vuelta a Laadan, una carta para mi padre. Y luego, no sé. —Le miré. El pelo le tapaba la cara—. Sabes qué significa esto, ¿verdad? Que es un mestizo. Y que esto... —Nos señalé a ambos—. Somos la razón por la que las relaciones, las divertidas, entre mestizos y puros están prohibidas. Los dioses saben qué pasa si se enrollan una pura y un mestizo.

—Seguramente es más que eso. A los dioses les gusta la idea de dominar a los mestizos. ¿Qué crees que les hacían a los mortales en sus buenos tiempos? Los dominaron hasta que fueron demasiado lejos. Aún siguen tratando a los mestizos como porquería a la que pueden pisar.

Dios, ¿qué arrebató contra los dioses le había dado a Seth? Me miré la palma de la mano derecha, donde llevaba la tenue runa que solo Seth y yo podíamos ver.

—Era él, mi padre, el de las escaleras. No puedo explicarlo, pero lo sé.

Seth levantó la mirada, con los ojos de un extraño tono amarillo.

—¿Quién lo sabe?

Meneé la cabeza.

—Seguramente el Consejo ya lo sabe. Laadan lo sabía porque era amiga de... de mi madre y mi padre. No me sorprendería que Lucian y Marcus lo supiesen también.

—¿Te acuerdas cuando escuchamos a Marcus y a Telly hablando?

—Me acuerdo de que te tiré de culo al suelo.

—Sí, porque estabas mirando a Tetas.

Con los ojos como platos, soltó una risotada de sorpresa.

—¿Tetas? ¿Qué?

—Ya sabes, esa chica que estaba todo el día encima tuyo en los Catskills. —Cuando levantó las cejas, puse los ojos en blanco. Como si Seth fuese a tener problemas para recordar *cuál* era—. Estoy hablando sobre la que tenía... vamos... las tetas enormes.

Miró al infinito durante un momento y volvió a reír.

—Oh, sí, esa... espera un segundo, ¿la has bautizado Tetas?

—Sí, y estoy segura de que ni siquiera te acuerdas de su nombre.

—Eh...

—Me alegro de ver que ahora estamos en el mismo punto. Y bien, ¿te acuerdas de que Telly dijo que ya tenían uno? ¿Que podían tenerlos juntos? ¿Crees que estaban hablando de mí y de mi padre? —Si Marcus y Lucian lo sabían, me habría encantado chafarles la cabeza, pero si los ponía en contra pondría en peligro a Laadan.

Seth miró la carta.

—Tendría sentido. Sobre todo teniendo en cuenta las ganas que tenía Telly de mandarte a la servidumbre.

El Patriarca Telly era el Patriarca Principal de todos los Consejos, y la tuvo tomada conmigo desde el principio. Mi testimonio sobre lo ocurrido en Gatlinburg no había sido más que una trampa para ponerme frente al Consejo y que votaran para mandarme a la servidumbre. Y yo seguía pensando que Telly estaba detrás de la compulsión que usaron sobre mí la noche en que casi me convierto en un polo humano. Si Leon no llega a encontrarme, habría muerto congelada. Luego estaba también la noche en que me dieron el equivalente a un Rofinol del Olimpo para pillarme en una situación comprometedoramente con un puro.

Las mejillas me ardieron al recordar aquella noche, ya que prácticamente estuve acosando sexualmente a Seth —aunque no se quejó. Seth supo que estaba bajo la influencia de esa poción y trató de controlarse, pero la conexión que teníamos le había transmitido que mi lujuria estaba fuera de control. Hubiese perdido mi virginidad de no ser porque acabé la noche vomitando sin parar. Sabía que todo aquello molestó a Seth, se sentía culpable por haber cedido. Y el puño de Aiden acertó de lleno en su ojo cuando me encontró tirada en el suelo del baño... vestida con su ropa. Aiden no entendía cómo había sido capaz de perdonar a Seth... y a veces yo también me lo preguntaba. Quizá era por nuestra conexión, porque lo que nos unía era fuerte. O a lo mejor era algo más.

Y luego estaba el Guardia pura sangre que había intentado matarme diciendo que tenía que... proteger a los de su raza. Sospeché que el Patriarca Telly estaba también detrás de todo aquello.

—¿Quién más sabe todo esto? —Seth me sacó de mis pensamientos.

—Laadan le pidió a Aiden que me diese la carta, pero en vez de eso, me la dio Leon. Él dice que no la leyó, y le creo. Estaba sellada, mira. —Señalé el sello roto—. Aiden tampoco sabía qué ponía.

Seth tensó la mandíbula.

—¿Se lo has dicho a Aiden?

Sabía que ahora debía tener cuidado. Seth y yo no estábamos juntos ni nada así, pero también sabía que él no estaba tonteando con nadie. Los únicos calores que sentí desde que volvimos de los Catskills fueron cuando él estaba cerca de mí, sobre todo durante nuestros entrenamientos cuerpo a cuerpo. Seth era, por encima de todo, un tío, y eso le ocurría... a menudo.

—Pensé que, como Laadan le había confiado la carta, igual él sabía algo, pero no —dije al final.

—¿Pero se lo has contado?

No tenía sentido mentirle.

—Sí, sabía que estaba preocupada por algo. Obviamente es de fiar y no va a decir

nada.

Seth se quedó callado durante un segundo.

—¿Y por qué no viniste a mí?

Oh, no. Miré hacia el suelo, me miré las manos, y al final miré hacia la pared.

—No sabía dónde estabas, y Leon me dijo dónde encontrar a Aiden.

—¿Acaso intentaste buscarme? Estamos en una isla, no habría sido muy complicado. —Dejó la carta sobre la cama, y por el rabillo del ojo le vi acercarse a mí.

Me mordí el labio. No le debía nada, ¿verdad? De todas formas, no quería herir sus sentimientos. Aunque Seth actuase como si no tuviera, yo sabía que sí.

—No lo pensé, sin más. No es para tanto.

—Vale. —Se inclinó y sentí su cálido aliento sobre mi mejilla—. Esta tarde te he sentido.

Tragué saliva.

—¿Y entonces por qué no has venido a buscarme?

—Estaba ocupado.

—Si estabas ocupado, ¿a qué ha venido entonces todo eso de que yo no había ido a buscarte?

Seth me apartó el pelo de la nuca, poniéndomelo sobre el hombro. Me puse tensa.

—¿Y por qué estabas tan preocupada?

Giré la cabeza y nuestras miradas se encontraron.

—Acababa de descubrir que mi padre está vivo y que es un sirviente. Creo que es suficiente, ¿no?

Sus ojos cambiaron a un color ámbar cálido.

—Es una buena razón.

Nuestras bocas no estaban muy separadas. De repente me puse un tanto nerviosa. Seth y yo no habíamos vuelto a besarnos desde el día del laberinto. Con el resfriado no tuve muchas ganas, y tampoco es que yo lo hubiese buscado, no obstante no había vuelto a estornudar ni a sonarme desde por la mañana.

—¿Sabes qué?

Sonrió.

—¿Qué?

—No te he visto muy sorprendido por lo de mi padre. No lo sabías, ¿verdad? —Contuve la respiración porque, si lo hubiese sabido y no me lo hubiese dicho, no tenía ni idea de qué podría haberle hecho, pero bonito no hubiera sido.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? —Entrecerró los ojos—. ¿No confías en mí?

—No es eso, claro que sí. —Y confiaba en él... la mayor parte del tiempo—, pero es que no te ha sorprendido para nada.

Seth suspiró.

—Ya no me sorprende nada.

Se me ocurrió otra cosa.

—¿Sabes cuál de tus padres era el mestizo?

—Supongo que debió de ser mi padre. Mi madre era una pura de los pies a la cabeza.

No lo sabía. De nuevo, había muchas cosas que no sabía de Seth. Le gustaba mucho hablar de sí mismo, pero era todo muy superficial. Y luego estaba también el mayor misterio de todos.

—¿Cuál es tu apellido?

—Álex, Álex, Álex —canturreó suavemente mientras se ponía de rodillas sobre la cama.

Junté las manos al reconocer su mirada calculadora. *Seguro* que estaba a punto de tramar algo.

—¿Qué?

—Quiero intentar algo.

Como estábamos en mi cama y Seth solía ser un pervertido, mis sospechas aumentaron, y se notó en mi voz.

—¿Como qué?

Seth me echó hacia atrás hasta que me quedé tumbada por completo. Se puso sobre mí con una ligera sonrisa en sus labios.

—Dame tu mano izquierda.

—¿Por qué?

—¿Por qué estás tan preguntona?

Levanté una ceja.

—¿Por qué siempre tienes que invadir mi espacio personal?

—Porque me gusta. —Me dio una palmadita en la tripa—. Y en el fondo a ti también te gusta que lo haga.

Cerré los labios. Estaba bastante segura de que a nuestra unión le gustaba que lo hiciese. Lo podía sentir en aquel mismo instante, poco me faltaba para ronronear. Aún no tenía claro si a mí me gustaba.

—Dame la mano izquierda. —Volvió a ordenar—. Vamos a trabajar tus técnicas de bloqueo.

—¿Y tenemos que darnos la mano? —*En mi cama*, quería haber añadido.

—Álex.

Suspiré y le di la mano.

—¿Y ahora vamos a ponernos a cantar?

—Ya te gustaría. —Me juntó las piernas y puso una rodilla en cada lado—. Tengo una voz estupenda.

—¿Es necesario hacer esto? La verdad es que no me apetece nada después de

todo. —Practicar técnicas de bloqueo mental requería mucha concentración y determinación; dos cosas que en aquel momento me faltaban. Bueno, para ser sinceros me faltaba concentración cualquier día.

—Este es el mejor momento. Tus sentimientos están a flor de piel. Tienes que aprender a luchar en contra. —Seth me cogió la otra mano, entrelazando sus dedos con los míos. Se inclinó tanto que sentí su pelo rozándome las mejillas—. Cierra los ojos. Imagina los muros.

No quería cerrar los ojos teniendo a Seth sentado sobre mí. Nuestra unión seguía creciendo día a día. Podía sentirla en mi estómago, luchando por salir a la superficie. Quería tocarle. O nuestra unión quería que le tocara.

Seth inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sé lo que sientes. Y lo apruebo por completo.

Me ardían las mejillas.

—Dioses, cómo te odio.

Rio.

—Imagina los muros. Sólidos, irrompibles.

Me imaginé unos muros de ladrillo. En mi mente, eran de color rosa fosforito con destellos. Les puse destellos porque así tenía algo en lo que concentrarme. Seth me dijo que la técnica, si se hacía bien, podía funcionar contra las compulsiones, pero para emociones y sentimientos los muros no se formaban en la mente, sino en el estómago y en el corazón. Primero se formaban en mi mente y luego iban bajando, convirtiéndose en la armadura de mi cuerpo.

—Aún puedo sentirlo —dijo Seth cambiando el peso sobre mí. Me di cuenta de que aquello debía de ser una mierda para él. Podía saber que seguía obsesionada con Aiden, preocupada por lo de mi padre y confundida respecto a él. Y yo lo único que podía sentir de él era cuándo se ponía cachondo.

El maldito cordón de mi interior —mi conexión con Seth— empezó a canturrear, pidiendo que le prestase atención. Era como una mascota molesta... o como Seth. Me pregunté si podría usar el cordón para bloquear mis emociones. Abrí los ojos para preguntar, pero cerré la boca.

Seth tenía los ojos cerrados y parecía estar totalmente concentrado en algo.

Sus párpados temblaban ligeramente y su boca formaba una perfecta línea. Las marcas flotaban por toda su piel, moviéndose tan rápido que al bajar corriendo por su cuello, metiéndose bajo su camiseta, los glifos parecían borrosos.

Mi corazón dio un vuelco, al igual que el cordón en mi interior. Intenté soltarme la mano antes de que las marcas llegasen a mi piel.

—Seth.

Abrió los ojos de golpe. Las marcas flotaban por toda su piel y su antebrazo irradiaba una luz parpadeante de color ámbar. Luché por intentar salir de debajo de él

y alejarme del maldito cordón, pero solo logré que me sujetase las manos contra la cama. En mi interior se desató el pánico.

—¡Seth!

—No pasa nada —dijo.

Pero sí que pasaba. No quería que el cordón hiciese lo que yo sabía que iba a hacer. Y de hecho ya comenzaba. El cordón ámbar enlazó nuestras manos, brillando y chispeando, extendiéndose por mi brazo. Me aparté intentando escapar, pero Seth me agarraba fuerte, con sus ojos fijos en los míos.

—El cordón es la energía más pura, akasha —dijo. Akasha era el quinto y último elemento, y solo podía ser controlado por los dioses y el Apollyon. El tono de los ojos de Seth se iluminó. Casi parecían los ojos de un demente—. Aguanta.

No me dejaba más opciones. Miré nuestras manos. Tembloroso, el cordón se tensó y se iluminó de un color ámbar brillante. Un cordón azul se abrió paso bajo el cordón ámbar, soltando gotas de luz incandescente sobre la colcha. Deseé que la cama no empezase a arder, sería algo difícil de explicar.

El cordón azul subía y bajaba de intensidad, parpadeante. Me di cuenta de que era mío y más débil que el de color ámbar. Entonces, el azul empezó a palpar. La mano izquierda me empezó a arder y sentí punzadas en la piel. Me asusté al reconocer la sensación. Me revolví, tratando de zafarme. No quería otra runa, y la última vez no estuvimos unidos tanto tiempo como ahora. Aquella vez había algo muy distinto.

—Seth, esto no... —Mi cuerpo se arqueó, cortando mis propias palabras.

El cuerpo de Seth se tensó.

—Por todos los dioses...

Y entonces lo sentí. —Akasha— pasando por los cordones, saliendo de mí y entrando en Seth. Era como una especie de marca daimon, pero no dolía. No... aquello estaba muy bien, era excitante. Paré de forcejear, dejando que el glorioso tira y afloja tomase el control. No pensaba en nada. No tenía preocupaciones ni miedos. El dolor de la mano desapareció, dejando tras de sí un dolor sordo que se extendía a todo mi cuerpo. Para mí no había nada más que aquello... y Seth. Cerré los ojos y se me escapó un suspiro. ¿Por qué había tenido tanto miedo?

Aun con los ojos cerrados podía ver luz. Seth me soltó la mano y cayó a mi lado, como dormido. La cama se hundió al lado de mi cabeza, donde él había apoyado las manos. Sentí su aliento en mi mejilla, como una cálida brisa salada viniendo del océano.

—¿Álex?

—¿Hum...?

—¿Estás bien? —Puso sus labios contra mi mejilla.

Sonreí.

Seth rio mientras su boca buscaba la mía, que se abría para él.

A medida que el beso se hacía más profundo, su pelo me hacía cosquillas en las mejillas. Sus dedos se metieron por mi blusa y acariciaban la piel desnuda de mi tripa. Enredé mi pierna contra la suya y nos empezamos a mover juntos sobre la cama. Sus labios danzaban juguetones por toda mi piel mientras sus dedos buscaban el botón de mi pantalón.

Un segundo después, alguien estaba llamando a la puerta.

—¿Alexandria?

Seth se quedó quieto sobre mí, jadeando.

—No me fastidies. Dime que es una broma.

Leon volvió a llamar.

—Alexandria, sé que estás ahí.

Mareada, parpadeé varias veces. La habitación poco a poco fue haciéndose más clara, igual que la expresión de Seth. Estaba a punto de reírme, pero me... caí.

—Será mejor que le contestes, antes de que irrumpa en la habitación.

Lo intenté pero no pude. Tomé aire profundamente.

—Sí. —Me aclaré la garganta—. Sí, estoy aquí.

Hubo un silencio.

—Lucian requiere tu presencia inmediatamente. —Le siguió otro momento de silencio—. También quiere verte a ti, Seth.

Seth frunció el ceño y el brillo de sus ojos desapareció.

—¿Cómo narices sabe que estoy aquí?

—Leon... simplemente lo sabe. —Le empujé suavemente—. Apártate.

—Eso intentaba. —Seth rodó hasta ponerse boca arriba, pasándose las manos por la cara. Le miré y me levanté, me sentía mareada. Pasé de mirar a Seth a mirar mi mano cerrada que fui abriendo poco a poco. Brillando de un azul iridiscente había un glifo con forma de grapa. Tenía marcadas las dos manos.

Se inclinó sobre mi hombro.

—Hey, tienes otro.

Le lancé un puñetazo, pero se me fue la mano un kilómetro.

—Lo has hecho aposta.

Seth se encogió de hombros y se alisó la camiseta.

—No te quejabas, ¿acaso ahora sí?

—Ese no es el tema, inútil. No debería tener ninguna.

Me miró, levantando las cejas.

—Mira, no lo he hecho aposta. No tengo ni idea de cómo ni por qué ocurre. Quizá sucede porque es lo que tiene que suceder.

—Os están esperando —dijo Leon desde el pasillo—. El tiempo es oro.

Seth puso los ojos en blanco.

—¿Y no podían haber esperado otros treinta minutos o una hora?

—No sé qué esperabas conseguir en ese tiempo.

Aún seguía un poco mareada y me tambaleé ligeramente al levantarme cuando vi que tenía la camisa y el sujetador desabrochados. *¿Como podría haber pasado?*

Seth sonrió.

Intenté abrocharme los botones como pude, poniéndome de todos los colores. Por dentro estaba muy cabreada con Seth, pero estaba demasiado cansada como para enzarzarme en una pelea contra él. Y luego estaba Lucian. *¿Qué narices quería?*

—Te has dejado uno —Seth se puso de pie de un salto y abrochó el botón que me quedaba sobre el ombligo—. Y deja de ponerte roja. Todo el mundo va a pensar que no hemos estado entrenando.

—¿Eso estábamos haciendo?

Sonrió aún más y me dieron ganas de pegarle en toda la cabeza. No obstante usé ese tiempo para arreglarme el pelo y alisarme la blusa. Cuando en el pasillo nos encontramos con Leon creo que ya estaba más decente.

Leon me miró como si supiese exactamente qué había pasado allí dentro.

—Qué bien que por fin hayáis venido.

Seth se metió las manos en los bolsillos.

—Nos tomamos los entrenamientos muy en serio. A veces nos concentramos tanto que nos cuesta volver a la realidad.

Abrí la boca de par en par. Ahora sí que quería atizarle.

Leon entrecerró los ojos mirando a Seth, se puso recto y nos hizo una señal para que le siguiéramos. Yo iba tras ellos, preguntándome por qué le iba a importar a Leon qué estuviese yo haciendo en la habitación. Todo el mundo quería que aceptásemos las bondades del Apollyon. Y luego pensé en Aiden, y el corazón me dio un vuelco.

Bueno, igual no *todo el mundo*.

Una extraña sensación se apoderó de mi estómago. *¿Qué acababa de pasar allí dentro?* Pasamos de estar hablando a montárnoslo, siendo que no había vuelto a suceder nada así desde los Catskills. Me miré las manos.

Sucedió aquello del cordón súper especial.

Me sentí mal cuando miré hacia arriba y vi a Seth contoneándose pasillo abajo. Las mejillas le brillaban, como si apenas pudiese contener toda la energía que fluía por su interior. Yo empezaba a estar confundida. Todo aquello de la transferencia de energía al final resultó estar bien, igual que lo de después, pero la cara de Aiden me perseguía.

Seth me miró por encima del hombro mientras Leon abría la puerta. Fuera ya empezaba a estar oscuro, pero la sombra que se veía sobre el rostro de Seth no era producto de la noche.

Intenté construir el muro a mi alrededor.

Pero no lo conseguí.

Capítulo 4

Me sentía muy cansada cuando me dejé caer sobre el asiento más alejado del escritorio de Marcus. Las escaleras fueron mortales, sin embargo agradecía no tener que ir hasta la isla de al lado, donde vivía Lucian. Creo que no lo hubiese logrado. Solo quería hacerme un ovillo y volver a la cama —a cualquier otro sitio que no fuese aquella habitación tan iluminada.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Seth. Estaba detrás de mí con las manos en el respaldo y sus dedos, cubiertos por mi pelo, tocándome la espalda—. Pensaba que el tiempo era oro.

Leon sonrió satisfecho.

—Debo haberme equivocado en la hora.

Una sonrisa cansada escapó de mi boca mientras levantaba las piernas, cruzándolas debajo de mí. Como ya he dicho, Leon era el Rey del Momento Oportuno. A lo mejor me echaba una siesta antes de que llegasen todos.

Cerré los ojos, apenas prestando atención a Leon y Seth, que intentaban molestarse a base de comentarios sarcásticos.

—La mayoría de los entrenamientos no se hacen en las habitaciones —dijo Leon—. ¿O es que han cambiado los métodos drásticamente?

Punto de sarcasmo para Leon.

—Nuestros entrenamientos no son normales —Seth hizo una pausa, sabía que había puesto aquella horrible sonrisa. La que te daba ganas de patearle—. Un Centinela no puede acabar de entender el esfuerzo necesario para preparar a un Apollyon.

Punto de sarcasmo para Seth.

Bostecé y me acurruqué en la silla, apoyando la mejilla en el respaldo.

—¿Te pasa algo Alexandria? —preguntó Leon—. Estás muy pálida.

—No le pasa nada —contestó Seth—. Nuestro entrenamiento ha sido... muy agotador. Ya sabes, mucho movimiento. Sudando, jadean...

—¡Seth! —Solté, dándole sin más remedio el tercer, cuarto y quinto punto de sarcasmo.

Por suerte, se abrieron las puertas de la oficina de Marcus y entró un montón de gente. Primero mi tío pura sangre, el Decano del Covenant de Carolina del Norte. Detrás de él, mi padrastro pura sangre, Lucian, el Patriarca del Covenant de Carolina del Norte. Llevaba puesta aquella túnica blanca absurda y su pelo negro le caía sobre la espalda, recogido con una cinta de cuero.

Era un hombre guapo, pero siempre tenía cierto aire frío y falso, fueran cuales fuesen sus palabras. Estaba flanqueado por cuatro de sus Guardias, como si esperase

que una horda de daimons apareciese para chuparle todo el éter. Supongo que, dados los últimos acontecimientos, nunca se podía ser suficientemente cuidadoso. Y detrás de ellos estaban el Guardia Linard y Aiden.

Aparté la mirada y recé para que Seth mantuviese la boca cerrada.

Marcus me miró y se sentó tras la mesa, con las cejas levantadas.

—¿Interrumpimos tu siesta, Alexandria?

Nada de «¿qué tal estás?», o «me alegro de que estés viva». Si es que me quería un montón...

Leon se apartó hacia la esquina y cruzó los brazos.

—Estaban *entrenando* —hizo una pausa—, en su habitación.

Quería morirme allí mismo.

Marcus frunció el ceño, pero Lucian —oh, mi querido Lucian— tenía una de sus típicas respuestas. Sentado en una de las sillas frente a Marcus, se estiró la túnica y rio.

—Era de esperar. Son jóvenes y se atraen el uno al otro. No puedes culparlos por buscar algo de privacidad.

No pude evitarlo. Busqué a Aiden con la mirada. Estaba al lado de Leon y Linard, con la mirada vagando por toda la sala. Me miró durante un segundo y siguió mirando hacia todas partes. Solté de golpe todo el aire que había estado aguantando y miré a mi tío.

Los ojos de Marcus eran como esmeraldas, igual que los de mi madre, pero más duros.

—Destinados o no, las reglas del Covenant también están hechas para ellos, Patriarca. Y por lo que he oído, a Seth le cuesta lo suyo quedarse en su habitación durante la noche.

En serio, aquello no podía ser más vergonzoso.

Seth se inclinó sobre el respaldo de mi silla y bajó la cabeza para susurrarme al oído.

—Creo que nos han pillado.

Aiden estaba demasiado lejos para haberlo oído, pero se le veía cabreado. Tanto, que Seth levantó la cabeza, le miró y sonrió.

Ya no podía más. Me puse recta y aparté el brazo de Seth del respaldo de mi silla.

—¿Es este el motivo de la reunión? Porque, en serio, preferiría estar durmiendo.

Marcus me lanzó una mirada gélida.

—De hecho, estamos aquí para hablar de lo ocurrido en el Consejo.

El estómago se me cerró. Intenté poner cara de póquer, sin embargo mis ojos se dirigieron directamente hacia Aiden. Él, por su parte, no parecía estar muy preocupado. De hecho, seguía mirando fijamente a Seth.

—Hay varias cosas del viaje que nos preocupan —dijo Lucian.

Marcus asintió y, con las manos bajo la barbilla, levantó un dedo.

—El ataque daimon es una de esas cosas. Como hemos podido comprobar, algunos daimon son capaces de planear ataques.

Entre ellos, mi madre. Ella estuvo detrás del ataque que hubo durante el verano en el Lago Lure. Fue la primera prueba de que algunos daimons podían trabajar unidos.

—Pero ese tipo de ataque a larga escala es... inusitado. —Marcus continuó, mirándome—. Sé... sé que tu madre insinuó que algo así iba a suceder, pero lograr algo de esas dimensiones parece bastante improbable.

Aiden inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿A qué se refiere?

—Creo que alguien les ayudó. —El corazón me dio un vuelco—. Alguien de dentro.

—¿Alguien... mestizo o puro?

Lucian bufó.

—Es absurdo.

—No creo que sea totalmente imposible —dijo Leon mirando al Patriarca.

—Nadie, mestizo o puro, estaría dispuesto a obedecer a un daimon —Lucian juntó las manos.

—Quizá no lo haga por propia voluntad. Puede haberlo hecho bajo coacción — continuó Marcus. Aunque tendría que sentirme aliviada, algo realmente feo se removía en mi interior. ¿Y si realmente alguien les había dejado entrar?

No. No podía ser así. Si las sospechas de Marcus estaban en lo cierto, debía haber sido bajo una coacción muy dura.

Marcus me miró.

—Es algo de lo que tenemos que ser conscientes, por la seguridad de Alexandria. Los daimons fueron por ella, y puede que lo intenten de nuevo. Podrían capturar un mestizo, un puro, un Guardia o un Centinela y obligarlo a llevarles hasta ella. Tenemos que tener cuidado con eso.

Me quedé paralizada, y supuse que les habría pasado lo mismo a Seth y Aiden. Los daimons no venían a por mí. Contamos aquella mentira para que pudiese salir de los Catskills inmediatamente después de... después de matar al Guardia pura sangre.

—Estoy de acuerdo. —La voz de Aiden sonó totalmente tranquila—, podrían volver a intentarlo.

—Hablando de su seguridad. —Lucian se giró hacia mí—. Las intenciones del Patriarca Telly estaban muy claras y, si llego a saber qué tenía planeado, nunca hubiese accedido a que se celebrase aquella sesión del Consejo. Mi principal prioridad es verte a salvo, Alexandria.

Me moví incómoda. Durante mi infancia, Lucian ni siquiera fingió interesarse por mí. No obstante, desde que volví a finales de mayo al Covenant, actuaba como si

fuese su hija pródiga.

No me engañaba. Si no fuese la segunda venida del Apollyon, no estaría allí sentado. ¿A quién pretendía engañar? Seguramente me hubiesen comido los daimons en Atlanta.

Nuestras miradas se cruzaron. Nunca me gustaron sus ojos. Eran de negros, de un tono artificial —el color de la obsidiana y el frío—. De cerca, parecía que no tenía pupilas.

—Me temo que el Patriarca Telly actuaba bajo una compulsión cuando cometió el horrible acto de entregarte aquella bebida.

Yo también lo sospechaba, pero escuchar aquellas palabras de su boca me dejó intranquila. Como Jefe de todos los Patriarcas, Telly tenía una gran capacidad de control. De no ser por el voto de la Matriarca Diana Elders, estaría condenada a la esclavitud.

—¿Cree que volverá a ir contra Alexandria? —Era difícil no responder a la voz profunda y melódica de Aiden.

Lucian sacudió su cabeza.

—Me gustaría poder decir que no, pero temo que volverá de nuevo. Lo mejor que podemos hacer es asegurarnos de que Alexandria no se meta en problemas, así no daremos al Jefe de los Patriarcas excusa alguna para que la esclavice.

Varios pares de ojos me miraron. Aguanté otro bostezo y levanté la barbilla.

—*Intentaré* no hacer ninguna locura.

Marcus levantó una ceja.

—Sería un bonito cambio.

Le miré y froté la palma de mi mano sobre la rodilla. Aún sentía algo raro en la piel, me cosquilleaba.

—¿Hay algún método más proactivo? —preguntó Seth apoyándose en mi silla—. Creo que todos estamos de acuerdo en que Telly volverá a intentar algo. No quiere que Álex Despierte. Nos tiene miedo.

—A ti te tiene miedo... —murmuré, y volví a bostezar.

Como respuesta, Seth inclinó mi silla hacia atrás, obligándome a agarrarme con fuerza a los reposabrazos. Me sonrió, acorde con sus siguientes palabras.

—Casi logra tenerla. Le faltó un único voto para ponerla en la servidumbre. ¿Quién dice que no inventará algo en su contra para cambiar el voto a su favor?

—Diana nunca comprometería su posición por servir a Telly y sus deseos —dijo Marcus.

—Guau, ¿lo sabes de primera mano?

Marcus ignoró mi comentario.

—¿Qué sugieres, Seth?

Seth se apartó de mi silla y se puso a mi lado.

—¿Qué os parece despojarlo de su puesto? Así ya no tendría poder alguno.

Lucian miró a Seth con cara de aprobación y podría jurar que Seth brilló un poco. Como si acabase de traer a casa las notas, con un diez en todo, y estuviese a punto de ser recompensado. *Raro*. Raro y realmente extraño.

—¿Estás sugiriendo dar una especie de golpe de Estado? ¿Que nos rebelemos contra el jefe de los Patriarcas? —Marcus mostró a Lucian su escepticismo—. ¿No tienes nada que decir?

—No me gustaría formar parte de algo así, pero Telly, el jefe de los Patriarcas, está anclado en los viejos tiempos. Sabes que lo que más desea es que volvamos a ser una sociedad aparte —respondió Lucian con calma—. Es capaz de llegar a cualquier extremo para proteger aquello en lo que cree.

—Y exactamente, ¿qué es en lo que cree? —pregunté. El cuero hizo unos sonidos poco atractivos al volver a hundirme en la silla.

—A Telly le encantaría que no tuviésemos relación alguna con los mortales. Si por él fuera, no haríamos nada más que dedicarnos a los dioses —Lucian se pasó una mano por la túnica—. Cree que el Consejo tiene que proteger el Olimpo, en lugar de llevarnos hacia el futuro por el buen camino.

—Y nos ve como una amenaza hacia los dioses —dijo Seth cruzando los brazos—. Sabe que no puede venir a por mí, pero Álex es vulnerable hasta que Despierte. Hay que hacer algo con él.

Hice una mueca.

—No soy vulnerable.

—Claro que sí. —Los ojos de Aiden estaban grises como el acero cuando me miró—. Si el Patriarca Telly en verdad cree que Seth puede ser una amenaza, intentará sacarte a ti de la ecuación. Tiene el poder suficiente como para hacerlo.

—Lo entiendo, pero Seth no se volverá loco contra el Consejo. No intentará conquistar el mundo cuando yo Despierte. —Le miré—. ¿Verdad?

Seth sonrió.

—Tú estarás a mi lado.

Le ignoré y me abracé las rodillas.

—Telly no puede apartarme solo porque crea que puede haber una amenaza. —Pensé en mi padre. Sabía sin duda que él también estaba detrás de aquello—. Tiene que haber algo más.

—Telly vive para servir a los dioses —dijo Lucian—. Si siente que pueden estar amenazados, no necesita otra razón.

—¿Acaso usted no vive para servir a los dioses? —preguntó Leon.

Lucian apenas le miró.

—Claro que sí, pero también estoy para servir a los intereses de mi pueblo.

Marcus se frotó una ceja, preocupado.

—Telly no es nuestra única preocupación. También lo son los propios dioses.

—Sí. —Lucian asintió—. También tenemos presente el tema de las furias.

Me pasé la mano por la frente, obligándome a concentrarme en la conversación. Que me hubiesen invitado a participar era algo bastante importante, así que supuse que debería prestar algo más de atención y dejar los comentarios sarcásticos.

—Las furias solo atacan cuando perciben una amenaza hacia pura sangre y dioses —explicó Marcus—. Su aparición en los Covenants antes del ataque daimon no fue más que un acto cautelar de los dioses. Era un aviso de que, si no podemos mantener a los daimons bajo control, o si nuestra existencia acaba siendo revelada a los mortales por culpa de los daimons, responderán. Y cuando los daimons atacaron el Covenant, soltaron a las furias. Pero ellas fueron a por *ti*, Álex. Aunque había daimons contra los que podían haber luchado, te vieron a ti como su mayor amenaza.

Las furias atravesaron al daimon y a un inocente como si nada justo antes del asedio daimon, y vinieron a por mí. No voy a mentir —nunca en mi vida había estado tan asustada.

—Volverán —añadió Leon—. Es su naturaleza. Quizá no inmediatamente, pero lo harán.

La cabeza me daba vueltas.

—Eso pensaba yo, aunque no he hecho nada malo.

—Existes, cariño. Eso es todo cuanto necesitan —dijo Lucian—. Y tú eres la más débil de los dos.

También la que más dormida estaba.

—Si vuelven, yo las destruiré —dijo Seth.

—Buena suerte. —Cerré los ojos, descansándolos de tanta luz—. Se desvanecerán y luego, simplemente, volverán.

—No si las mato.

—¿Con qué? —preguntó Aiden—. Son diosas. No hay ningún arma hecha por el hombre ni por un semidiós que las pueda matar.

Cuando abrí los ojos, Seth estaba sonriendo.

—Akasha —dijo—. Acabará con ellas para siempre.

—Ya, pero todavía no dispones de ese poder —dijo Leon, con la mandíbula tensa.

Seth simplemente siguió sonriendo hasta que Lucian se aclaró la garganta y habló.

—Yo no llegué ver a las furias. Tuvo que ser algo... digno de presenciar.

—Eran hermosas —dije. Todos se giraron hacia mí—, al principio. Luego cambiaron. Jamás había visto algo parecido. Aunque bueno, una dijo que Tánatos no estaría contento con su vuelta cuando... acabé con ellas. Dijo algo sobre el camino que habían elegido los Poderes y que yo sería su herramienta. El oráculo también dijo algo por el estilo antes de desvanecerse.

—¿Quiénes son «Los Poderes»? —preguntó Leon.

Aiden asintió.

—Buena pregunta.

—Eso no tiene que preocuparnos, las furias sí —contestó Lucian haciendo un gesto de desprecio con la mano—. Igual que Telly, se mueven por antiguos temores. Las furias son leales a Tánatos. Si las furias vuelven, me temo que Tánatos no estará muy lejos.

Marcus dio un manotazo sobre la mesa de caoba.

—No puedo tener a los dioses atacando la escuela. Tengo cientos de estudiantes que mantener a salvo. Las furias no miran a quién matan.

No mencionó ni una sola vez la necesidad de mantenerme a salvo. Dolía. Puede que estuviésemos emparentados, pero no nos convertía en familia de verdad. Marcus no me había sonreído ni una sola vez. No me quedaba nadie. Aquello hacía que llegar hasta mi padre fuese lo más importante.

—Sugiero que llevemos a Álex a un lugar seguro —dijo Lucian.

—¿Qué? —dije soltando un gallo.

Lucian me miró.

—Las furias saben que pueden buscarte aquí. Tenemos que llevarte a un sitio seguro.

Seth se sentó en el brazo de mi silla, cruzando las piernas por los tobillos. Nada de aquello parecía sorprenderle.

Le di unos golpecitos en la espalda para que me prestase atención.

—¿Tú sabías algo de esto? —susurré.

No contestó.

Con mi mirada le aseguré que después tendríamos una pelea, y de la buenas. Seth podría haberme al menos consultado.

Aiden frunció el ceño.

—¿Y dónde la llevaríais?

Volví a mirarle. Mi pecho se encogió cuando, por un momento, nuestras miradas se cruzaron. En aquel instante, si me concentraba mucho, podía sentir de nuevo sus brazos a mi alrededor. No era lo mejor que podía pensar en aquel momento, con todo el mundo hablando de mi futuro como si yo ni siquiera estuviese presente.

—Cuantos menos lo sepan, mejor —respondió Lucian—. Estará bien protegida por mis mejores Guardias y Seth.

Marcus pareció pensárselo.

—Así no tendríamos que preocuparnos de que las furias nos atacasen aquí. —Me miró cauteloso—. Pero si deja el Covenant ahora, no podrá graduarse y convertirse en Centinela.

El estómago me dio un vuelco.

—Entonces no puedo marcharme. Tengo que graduarme.

Lucian sonrió, y me dieron ganas de pegarle un puñetazo.

—Cariño, ya no tienes que preocuparte por convertirte en Centinela. Vas a ser un Apollyon.

—¡Me da igual! ¡Ser un Apollyon no es lo que yo quiero hacer en la vida! Necesito ser Centinela. Es aquello que siempre he querido. —Aquellas palabras me marcaron. Lo que siempre quise fue tener una elección. En realidad, ser Centinela era la mejor de dos malas opciones.

—Tu seguridad es más importante que tus deseos. —La voz de Lucian era dura, me recordó a cuando de niña entraba a una habitación donde no debía o me atrevía a hablar cuando no me tocaba. Aquel era el Lucian de verdad, el que asomaba por detrás de su fachada.

Nadie más se dio cuenta.

Apreté las piernas hasta que me dolieron.

—No. Tengo que convertirme en Centinela. —Miré a Seth pidiendo ayuda, pero de repente pareció estar muy interesado en la punta de sus botas—. No lo entendéis. Los daimons me arrebataron a mi madre y la convirtieron en un monstruo. ¡Mirad qué me hicieron! No. —Intenté respirar, ya que estaba a punto de quedarme sin aire—. Además, da igual dónde me llevéis, porque las furias me encontrarán. ¡Son dioses! No puedo esconderme para siempre.

Lucian me miró.

—Eso nos dará algo de tiempo.

Estaba muy enfadada, tanto que casi me caí de la silla.

—¿Tiempo hasta que Despierte? ¿Y entonces qué? ¿No te importa lo que me ocurra entonces?

—Tonterías —dijo Lucian—. No solo tendrás poder, sino que Seth podrá protegeros a los dos.

—¡No necesito que Seth me proteja!

Seth me miró por encima del hombro.

—Tú sí que sabes hacerme sentir útil.

—Cállate —le solté—. Ya sabes a qué me refiero. Sé luchar. He matado daimons, he luchado contra las furias y he sobrevivido. No necesito que Seth cuide de mí como si fuese mi niñera.

Leon saltó.

—Sí, necesitas una niñera, pero dudo que Seth esté cualificado para ello.

Aiden tosió, pero más bien parecía ahogar una risita.

—¿Crees que tú puedes hacer mejor el trabajo? —le preguntó Seth como si nada, aunque yo sabía que estaba tenso y que no le estaba preguntando a Leon en realidad—. Porque te invito a que lo intentes —añadió.

Los ojos de Aiden cambiaron de gris a plateado. Sus labios se inclinaron en una media sonrisa cuando sus ojos se cruzaron con los de Seth.

—Creo que todos sabemos la respuesta.

Abrí la boca de par en par.

Seth se puso recto. Antes de que pudiese decir algo, que seguramente no sería bonito, me levanté.

—No puedo dejar el... —Unos puntitos brillantes bailaron frente a mis ojos y todo empezó emborronarse. El estómago me daba vueltas peligrosamente.

—Woow...

En un segundo tuve a Seth a mi lado, cogiéndome de la cintura con un brazo.

—¿Estás bien? —Me volvió a sentar en la silla—. ¿Álex?

—Sí —respiré, levantando la cabeza lentamente. Todos me miraban. Aiden había dado un paso al frente, estaba con los ojos bien abiertos. Las mejillas me ardían—. Estoy bien, en serio. Solo estoy cansada.

Seth se arrodilló junto a mí, cogiéndome la mano.

—Lleva resfriada toda la semana.

—¿Se ha *resfriado*? —Lucian hizo una mueca—. Eso es muy... de mortal.

Le miré con odio.

—Pero... si los mestizos no se ponen enfermos —dijo Marcus, mirándome fijamente.

—Bueno, pues eso díselo a la caja de pañuelos con la que he estado viviendo. —Me pasé los dedos por el pelo—. Que ya estoy bien, en serio.

Marcus se puso de pie.

—Creo que ya es suficiente por hoy. Estamos todos de acuerdo en que, de momento, no hay nada que decidir, ¿verdad?

Lucian, que había permanecido en silencio, asintió.

La discusión acabó y me dieron una prórroga momentánea. No me iría del Covenant en aquel momento, pero no podía quitarme de encima la horrible sensación de que, al final, la decisión no sería mía.

Capítulo 5

La mañana siguiente me quedé dormida y me perdí las dos primeras clases. No estuvo mal, la verdad, ya que no tuve que enfrentarme a Olivia después de haber intentado ahogarla el día anterior, pero seguía estando cansada desde la otra noche. La pausa que tuve antes de las clases de la tarde, la pasé discutiendo con Seth.

—¿Qué pasa contigo? —Eché la silla hacia atrás.

—Ya te lo he dicho. —Miré a mi alrededor, había muy poca gente en la sala común. Mucho mejor que comer en la cafetería, con todo el mundo mirándonos—. Sé que tú conocías el plan de Lucian para meterme en el Programa de Reubicación de Apollyons.

Seth gruñó.

—Bueno. Vale. Puede que mencionase algo. ¿Y qué? No es mala idea.

—Claro que es mala idea, Seth. Tengo que graduarme, no que esconderme. —Miré mi bocadillo frío, que apenas había tocado. Me dio un vuelco el estómago—. No voy a huir.

Se apoyó en la silla y puso los brazos detrás de la cabeza.

—Lucian solo piensa en tu bien.

—Oh, dioses. No empieces a decir mierdas de Lucian. No lo conoces como yo.

—La gente cambia, Álex. Puede que antes fuese un absoluto imbécil, pero ha cambiado.

Le miré, y de repente me di cuenta de que no tenía ni idea de qué hacía discutiendo con él. Dejé caer los hombros.

—¿Y qué más da?

Seth frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Nada. —Jugueteé con la pajita.

Se echó hacia delante y cogió mi plato.

—Tienes que comer más.

—Gracias, papá —le solté.

Puso las manos arriba y volvió a apoyarse en la silla.

—Calma, conejita.

—De todos modos, todo esto es culpa tuya.

Seth resopló.

—¿Por qué es culpa mía?

Arrugué la frente.

—Nadie quiere matarte, no obstante eres tú quien tiene el potencial para poder acabar con toda la Corte Olímpica. Pero todo el mundo está como, «¡Vamos a matar a

la que no está haciendo nada!», y mientras tanto, tú podrías irte dando saltitos bajo el sol mientras yo estuviese muerta.

Volvió a hacer una mueca.

—No podría irme dando saltitos si estuvieses muerta. Estaría triste.

—Estarías triste porque no serías el Asesino de Dioses. —Cogí el bocadillo y, lentamente, le di la vuelta—. Olivia me odia.

—Álex...

—¿Qué? —Miré hacia arriba—. Me odia, porque dejé que Caleb muriese.

Suspiré, y me entraron unas ganas repentinas de llorar. Ya era oficial: estaba totalmente desquiciada.

—Ya lo sé. Le echo de menos.

—¿Has intentado hablar con ella? —dijo abriendo mucho los ojos. Señaló el bocata—. Come.

Gruñí y le di un enorme mordisco.

Seth levantó una ceja.

—¿Tenías hambre o qué?

Tragué. La comida me hizo un nudo en el estómago.

—No.

Estuvimos unos minutos sin hablar. Sin querer, giré la mano izquierda y miré la runa con forma de grapa, que brillaba levemente.

—¿Lo hiciste... lo hiciste queriendo?

—¿El qué? ¿La runa? —Me cogió la mano palma arriba—. No, no lo hice aposta. Ya te lo he dicho.

—No lo sé. Parecía como si estuvieses totalmente concentrado cuando ocurrió.

—Me estaba concentrando en tus emociones —Seth pasó el pulgar alrededor del glifo, casi tocándolo—. No te gusta, ¿verdad?

—No —susurré. Otra marca significaba estar un paso más cerca de convertirme en otra persona, otra cosa.

—Es algo natural, Álex.

—Pues no lo parece. —Le miré a los ojos—. ¿Qué significa este?

—Fuerza de los dioses —contestó, sorprendiéndome—. El otro significa valor del alma.

—¿Valor del alma? —Reí—. Eso no tiene sentido.

Me agarró la muñeca con el pulgar, como tomándome el pulso.

—Son las primeras marcas que reciben los Apollyons.

Mi muñeca parecía pequeña en su mano, incluso frágil.

—¿Las tuyas aparecieron pronto?

—No.

Suspiré.

—¿Qué... qué pasó entre nosotros la otra noche?

Puso una sonrisa juguetona.

—Bueno, un tío diría que estuvimos enrollándonos.

—No me refería a eso. —Solté la mano y froté la palma contra el borde de la mesa—. La sentí; la energía o como quieras llamarla, saliendo de mí y entrando en ti.

—¿Te dolió?

Negué con la cabeza.

—La verdad es que me gustó.

Ensanchó la nariz, como si estuviese oliendo algo que le gustase. Entonces, sin previo aviso, se inclinó sobre la mesa que nos separaba, me agarró de las mejillas y acercó mi boca a la suya. Fue un beso suave, cálido, pero raro. El besuqueo de la otra noche no contaba —o al menos yo me había convencido de ello. Así que ese era el primer beso de verdad desde los Catskills, y en público. Y yo aún tenía el bocata en la mano derecha. Así que, sí, era raro.

Seth se apartó, sonriendo.

—Entonces creo que tendremos que hacerlo más a menudo.

Las mejillas me ardían, sabía que la gente nos estaba mirando.

—¿Besarnos?

Río.

—Me gusta lo de besarnos más, aunque me refería a lo que pasó anoche.

De la nada, me entró un miedo repentino.

—¿Por qué? ¿Sentiste algo?

Levantó una ceja.

—Oh, y tanto que sentí algo.

Respiré profundamente y solté el aire lentamente.

—Me refiero a cuando me estabas agarrando la mano y apareció la marca. ¿Sentiste algo?

—Nada de lo que parece que quieras que hable.

—Dioses. —Apreté el bocata. Unas enormes gotas de mayonesa cayeron sobre el plato—. No sé ni qué hago hablando contigo.

Seth exhaló lentamente.

—¿Tienes síndrome premenstrual o algo? Porque tus cambios de humor me matan.

Me quedé mirándolo un instante, pensando «wow, ¿en serio ha dicho eso?». Entonces eché el brazo hacia atrás y le tiré el bocadillo. Hizo un ruido sordo al impactarle en medio del pecho, pero aquello que me hizo sonreír de verdad fue la cara que puso al saltar de la silla. Su cara reflejaba una mezcla de incredulidad y asco mientras se sacudía de los pantalones trozos de lechuga y jamón.

No había más que unas pocas personas en la sala común, sobre todo pura sangres

más jóvenes, todos ellos mirándonos, con los ojos de par en par.

Tirarle un bocata al Apollyon seguramente no era algo que hacer en público.

Pero no pude evitarlo. Me reí.

Seth levantó la cabeza. Sus ojos eran de color ocre encendido y enfadado.

—¿Te ha hecho sentir mejor?

Me lloraban los ojos de tanto reír.

—Sí, un poco sí, la verdad.

—Bien, pues cancelamos el entrenamiento de hoy después las clases. —Tensó la mandíbula y se puso rojo—. Descansa un poco.

Puse los ojos en blanco.

—Como quieras.

Seth abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. Se sacudió los últimos trozos de jamón y queso, se dio la vuelta y se marchó. Aún no podía creer que acabase de lanzarle mi comida a Seth. Parecía demasiado, incluso para mí.

Pero había sido gracioso.

Me reí para mis adentros.

—¿Vas a limpiar todo eso?

Me sobresalté y miré hacia arriba. Linard salió de detrás de una columna, mirando la que había liado en el suelo.

—¿Me vigilas o algo por el estilo?

Sonrió tenso.

—Estoy aquí para asegurarme de que estás a salvo.

—Y *eso* no es siniestro ni nada. —Me levanté de la silla y cogí una servilleta. Recogí cuanto pude, pero la mayonesa se había pegado a la moqueta—. ¿Ha sido idea de Lucian?

—No. —Juntó las manos a la espalda—. Fue una petición del Decano Andros.

Me quedé de piedra.

—¿En serio?

—En serio —respondió—. Deberías irte. La siguiente clase empieza dentro de nada.

Asentí como ausente, tiré la basura y cogí mi bolsa. La orden de Marcus me sorprendió. Esperaba que Lucian mandase a sus Guardias tras de mí, ya que no quería que le pasase nada a su querido Apollyon. Igual no le desagradaba tanto a Marcus como pensaba.

Linard me siguió fuera de la sala, a una distancia discreta. Me recordaba al día en que compré los barcos de guiar espíritus que Caleb y yo soltamos en el mar. El recuerdo me encogió el corazón y empeoró mi mal humor. Durante el resto de clases estuve totalmente zombi.

Me cambié rápidamente para ponerme la ropa de entrenar y entré en clase de

lucha callejera. El instructor Romvi parecía extrañamente encantado con mi presencia.

Solté la bolsa y me apoyé en la pared, haciendo como que no me importaba el hecho de que no tuviese a nadie con quién hablar. La última vez que estuve en aquella clase, Caleb seguía vivo.

Apreté los labios y miré hacia la pared donde guardaban todas las armas. Me había acostumbrado tanto a la sala mientras entrenaba con Aiden, que casi me parecía estar en casa. Al lado de la pared, con las cosas de matar daimons, Jackson sonrió al decirle algo un mestizo. Entonces, me miró y sonrió chulesco.

Hubo un tiempo en que me gustaba, sin embargo en algún momento entre que mi madre asesinara a los padres de su novia —si es que aún seguía con Lea— y la última vez que me enfrenté a él, dejé de admirarle.

Le mantuve la mirada hasta que la apartó. Entonces seguí mirando atentamente a mi alrededor. Olivia estaba al lado de Luke, sujetándose el pelo en una coleta. Tenía moratones por el cuello. Me miré las manos. Los tenía por mi culpa.

Dioses, ¿en qué estaría pensando? Me atravesó un sentimiento de culpa y vergüenza. Cuando alcé la vista, Luke me estaba mirando. Su mirada no era hostil ni nada, simplemente... triste.

Aparté la mirada y me mordí el labio. Echaba de menos a mis amigos. Y echaba mucho de menos a Caleb.

La clase comenzó rápidamente y, aunque estaba cansada, lo di todo. Me emparejaron con Elena para una serie de agarres. Al ir repasando las técnicas, pude por fin poner la mente en blanco. Allí, entrenando, podía no pensar en nada. No existía el dolor, ni la pérdida, no había un destino contra el que luchar ni un padre al que salvar. Supuse que aquello era lo que significaba ser un Centinela. Cuando tuviese que salir a cazar, no tendría que pensar en nada más que en localizar daimons y matarlos. Quizá aquella era la razón real de querer ser Centinela, porque así podría continuar con mi vida... ¿y hacer qué? Matar. Matar. Y matar más.

En el fondo no era aquello que quería. ¿Y me estaba dando cuenta a aquellas alturas?

A pesar de notarme lenta, era un poco más rápida que Elena. Cuando pasamos a los placajes y giros, que consistían en tirar al otro al suelo y tratar de zafarse, logré mantenerla sujeta contra el suelo, pero poco a poco me fui desinflando.

Logró soltarse y, con un movimiento de cadera, me tumbó en el suelo, de espaldas. Me miró y arrugó la frente.

—¿Te... encuentras bien? Estás muy pálida.

Necesitaba buscar cuanto antes en Google cuánto tiempo duraban los efectos de un resfriado, porque estaba empezando a molestarme. Solo quería meterme en la cama. Antes de poder responder a Elena, el Instructor Romvi apareció detrás de

nosotras. Aguanté un gruñido.

—Si puedes hablar es que no estás entrenando lo suficiente. —Los ojos pálidos de Romvi eran como glaciares. Le encantaba aterrorizarme en clase; estaba bien segura de que me había echado de menos—. Elena, fuera de la colchoneta.

Se puso de pie y se echó a un lado, dejándome con el Instructor. A nuestro alrededor, el resto de estudiantes luchaban entre ellos. Me puse de pie y equilibré mi peso, me preparé mentalmente para aquello que fuese que iba a hacerme. Me di la vuelta con las manos en las caderas.

Me puso las manos sobre el hombro.

—En la guerra, uno nunca debe dar la espalda.

Me solté de su agarre y me puse frente a él.

—No sabía que estábamos en la guerra.

Algo brilló en sus ojos.

—Siempre estamos en la guerra, sobre todo en mi clase. —Me miró, apuntándome con su nariz aguileña, algo típico, ya que él era un pura sangre que había sido Centinela—. Y por cierto, qué bien que hayas decidido unirte a nosotros, Alexandria. Empezaba a creer que pensabas que no necesitabas entrenar.

Me vinieron muchas posibles respuestas a la mente, pero era suficientemente lista como para no soltar nada.

Pareció decepcionado.

—He oído que luchaste en el asedio daimon.

Sabía que cuantas menos palabras dijese, menos posibilidades tenía de que me acabasen pateando el culo, así que simplemente asentí con la cabeza mientras me imaginaba un Pegaso aterrizando en su cabeza y mordiéndole el cuello.

—También luchaste contra las furias y sobreviviste. Solo los verdaderos guerreros logran algo así.

Miré de reojo hacia el lugar donde estaban Olivia y Luke, me miraban desde un extremo de la sala. ¿Cuántas veces habíamos acabado en aquella posición? Aunque ahora era distinto, porque Caleb solía estar con ellos.

—¿Alexandria?

Me concentré en él, avergonzada por dentro. Nunca debía apartar los ojos de Romvi mientras hablaba.

—Sí, luché contra las furias.

Sus ojos brillaron interesados.

—Enséñame qué hiciste.

Me pilló desprevenida y di un paso atrás.

—¿A qué se refiere?

Una media sonrisa apareció en su boca.

—Enséñame cómo luchaste contra las furias.

Me humedecí los labios, nerviosa. No tenía ni idea de cómo luché contra ellas y logré sobrevivir, solo sabía que todo se puso de color ámbar, como si alguien hubiese vertido pintura de ese color sobre mis retinas.

—No lo sé. Todo ocurrió muy rápido.

—No lo sabes. —Levantó la mano y la manga de su camiseta tipo túnica cayó hacia abajo, revelando su tatuaje de la antorcha boca abajo—. Me parece difícil de creer.

Durante un segundo tuve un lapso de cordura.

—¿De qué es ese tatuaje?

Abrió la boca de par en par y supuse que entonces me atacaría. No obstante no lo hizo.

—¡Jackson!

Se acercó corriendo, paró y puso las manos sobre sus estrechas caderas.

—¿Señor?

Romvi seguía mirándome fijamente.

—Quiero que luchéis.

Vi que Jackson sonreía. Usando a Jackson, Romvi quería que le mostrara cómo pude luchar contra las furias y sobrevivir. Daba igual contra quien luchase; no podía enseñar lo que no sabía.

Según Romvi se marchaba hacia un lateral, paró y le susurró algo a Jackson. Fuera lo que fuese, le hizo sonreír antes de asentir.

Me pasé una mano por la frente, aminoré el ritmo de mi respiración e intenté ignorar los leves temblores de mis piernas. Incluso cansada, era capaz de ganar a Jackson. Era un buen luchador, aunque yo era mejor. Tenía que ser mejor.

—Al final de esta clase te va a doler todo —fanfarroneó Jackson mientras se crujía los nudillos.

Levanté una ceja y lo agarré con una mano para echarlo hacia delante. Lo que estaba deseando agarrar era una buena almohada, pero de momento, también podía agarrarle a él.

Esperé hasta que lo tuve a medio metro de distancia y lancé una ofensiva brutal. Era rápida. Él intentó esquivarme en una dirección para evitar un puñetazo, pero se llevó una patada lateral en toda la espalda. Al poco, estaba boca arriba, pataleando y quejándose por mi bestial patada.

—¿Que me va a doler todo? —dije poniéndome sobre él—. Nah, no creo.

Respirando con dificultad, se puso en pie.

—Espera y verás, nena.

—¿Nena? —repetí—. Yo no soy tu nena.

Jackson no respondió. Voló en una patada mariposa que logré esquivar. Aquellas patadas eran bestiales. Golpe tras golpe, seguíamos peleando —cada golpe más duro

que el anterior.

Debo que admitir que me tomé aquello demasiado en serio. No pensaba tener piedad con el pobre idiota.

Afloró en mí una extraña especie de maldad cuando logré bloquear una serie de patadas y golpes que le habrían dado incluso a Aiden. Sonreí a pesar del sudor que me empapaba y de lo que me dolían los brazos. Canalicé toda mi ira en pelear contra Jackson.

Nuestra pelea llamó la atención de los demás estudiantes. Me sorprendió que el puño de Jackson impactara contra mi mandíbula y el Instructor Romvi no parase la pelea. Parecía disfrutar de aquella lucha brutal.

¿Así que Jackson no seguía las reglas y a Romvi no le importaba? Pues vale. Volvió a lanzar el puño, pero le agarré la mano y se la torcí hacia atrás.

Jackson logró soltarse fácilmente, entonces vi que estaba llegando a mi límite. Me giré y vi que las luces temblaban —¿o quizá eran mis ojos? Con un barrido giratorio tiré a Jackson al suelo, aunque no tuve ni un segundo para poder celebrar su obvia derrota. Vi cómo Jackson venía a por mis piernas e intenté saltar como nos habían enseñado, pero lo hice mal, demasiado lenta. Sus piernas agarraron las mías y caí de lado, rodando inmediatamente para ponerme fuera de su alcance.

—Estoy seguro de que no fue así como derrotaste a las furias —dijo Romvi con sorna.

No tuve ni un segundo para pensar en cómo me gustaría tirar a Romvi de una patada. Jackson vino hacia mí. Yo me aparté a un lado, pero la patada me dio en las costillas. El dolor recorrió todo mi cuerpo, tan inesperado e intenso que me quedé paralizada.

Sentí que Jackson aún no había acabado y levanté las manos, sin embargo ese mínimo, minúsculo segundo, me perdió. El tacón de Jackson pasó a través de mis manos, me dio en la barbilla y me abrió el labio. Algo cálido me llenó la boca y vi flashes de luz. Sangre —era sangre—. Y a través de las luces, vi cómo Jackson levantaba la bota de nuevo.

Capítulo 6

Jackson iba a reventarme la cabeza.

Aquello no formaba parte de un entrenamiento normal.

En el último segundo, alguien agarró a Jackson de la cintura y lo tiró al suelo. Me llevé las manos a la boca y en seguida se cubrieron de algo pegajoso y caliente.

Todo me sabía a sangre. Con miedo, me pasé la lengua por el interior de la boca, comprobando y asegurándome de que no había perdido ningún diente. Cuando vi que los tenía todos, me levanté escupiendo sangre y fui a por Jackson.

Me levanté rápidamente y casi me caigo de la conmoción.

Jackson ya estaba ocupado luchando contra alguien, y ese alguien era Aiden. Me olvidé momentáneamente del dolor tal como me preguntaba vagamente de dónde habría salido *él*. Aiden ya no venía a ver mis clases. Ni siquiera me entrenaba, así que no tenía razón para estar por allí.

Pero estaba allí.

Extasiada por la extraña mezcla de agilidad y brutalidad, vi a Aiden levantar a Jackson agarrándolo de la camiseta. Apenas unos centímetros separaban sus caras. La última vez que había visto a Aiden *tan* cabreado fue la noche en que fue a por Seth, tras haberme bebido la pócima.

—No es así como se pelea con un compañero —dijo Aiden en voz baja y con tono frío—. Estoy seguro de que el Instructor Romvi no te lo ha enseñado así.

Jackson tenía los ojos como platos. Tocaba el suelo con la punta de los pies, con los brazos colgando. Entonces me di cuenta de que Jackson estaba sangrando por la nariz —sangrando incluso más que yo—. Alguien le había pegado y, ese alguien, seguramente había sido Aiden. Solo un puro podría haber hecho aquello sin que nadie hubiese intervenido.

Soltó a Jackson, que cayó de rodillas, tapándose la cara. Aiden se dio la vuelta, evaluando los daños con la vista. Entonces se dirigió hacia el Instructor Romvi, hablaba demasiado bajo y rápido como para que ni yo ni el resto de la clase pudiésemos entender qué le decía.

Antes de poder darme cuenta de qué sucedía, Aiden cruzó la sala y me agarró del brazo. No cruzamos ni una palabra mientras me arrastraba fuera de la sala de entrenamiento.

—Mi bolsa —protesté.

—Haré que alguien vaya a buscarla.

En el pasillo me sujetó de los hombros y me puso frente a él. Cuando me vio el labio, sus ojos pasaron de gris oscuro a plateado.

—El Instructor Romvi no tendría que haberle dejado llegar tan lejos.

—Ya, no creo que le importase demasiado.

Maldijo.

Quise decir algo, como esas cosas solían pasar... o que era de esperar, ya que no me quedaban demasiados amigos por allí. O quizá debí haberle dado las gracias a Aiden, pero por la expresión que tenía en su rostro sabía que no lo agradecería. Aiden estaba furioso —pero furioso por algo que no debía. Había reaccionado como si un tío cualquiera me hubiese pegado, no un mestizo. Como pura sangre no tenía razón para intervenir en la pelea, aquello era trabajo del Instructor. Aiden lo olvidó en su arrebato de ira.

—No debería haberlo hecho; perder los papeles de ese modo —dijo en voz baja, sonando tremendamente joven y vulnerable para alguien a quien creía poderoso—. No tenía que haberle pegado.

Le miré. Aunque la cara me dolía horrores, quería tocarle. Quería que él *me* tocara. Y lo hizo, aunque no como yo quería. Me puso la mano en los riñones y me llevó hacia la sala médica. Quería tocarme la boca para saber cómo la tenía. De hecho, quería un espejo.

La doctora pura sangre me miró la cara y movió la cabeza.

—Ponte en la camilla.

Me subí.

—¿Me dejará cicatriz?

La doctora cogió una botella blanca lechosa y varios algodones.

—Aún no estoy segura, pero intenta no hablar. Por lo menos hasta que me asegure de que no te has hecho daño en el interior del labio, ¿vale?

—Como me deje cicatriz me voy a cabrear pero bien.

—Deja de hablar —dijo Aiden apoyándose contra la pared.

La doctora le sonrió, no parecía tener un ápice de curiosidad por saber por qué había venido escoltada por un puro. Se giró hacia mí.

—Esto puede escocerte un poco. —Me pasó el algodón por el labio. *¿Escocer?* Aquello me estaba quemando viva. Casi me caigo de la camilla.

—Es antiséptico —dijo con una mirada de complicidad—. Queremos asegurarnos de que no se te infecte, porque entonces te quedaría cicatriz.

¿Quemándome? Bueno, podía superarlo. A la doctora le costó unos cuantos minutos más limpiarme el labio. Esperé, un tanto impaciente, el veredicto.

—No creo que necesites puntos en el labio propiamente. Se te va a hinchar y estará muy sensible durante un tiempo. —Me echó la cabeza hacia atrás y me tocó la boca con suavidad—. Lo que sí creo es que hará falta poner un punto aquí... justo debajo del labio.

Hice una mueca de dolor cuando me tocó allí, y me concentré mirando su hombro. «*No muestres dolor. No muestres dolor. No muestres dolor*». La doctora

metió los dedos en la jarra y me apretó la piel. Grité cuando un dolor agudo me empezó a subir desde el labio por toda la cara.

Aiden dio un paso al frente, pero paró cuando se dio cuenta de que no había nada que pudiera —o debiera— hacer. Dejó caer los brazos y me miró a los ojos. Los tenía de un color gris tormenta infinito.

—Solo un poco más —dijo con dulzura—, y ya se acaba. Tienes suerte de no haber perdido ningún diente. —Entonces volvió a apretar. Aquella vez no hice ningún sonido, pero cerré los ojos con tanta fuerza que empecé a ver lucecitas. Tenía ganas de saltar de la camilla e ir a por Jackson. Pegarle me haría sentir mejor. De veras lo creía.

La doctora fue hacia los armaritos y volvió con una gasa limpia para limpiarme los restos de sangre que había dejado el punto.

—La próxima vez que entrenes con ella, ten más cuidado. Solo se es así de joven y guapa una vez. No se lo estropees.

Miré a Aiden.

—Pero...

—Sí, señora —me interrumpió Aiden. Le miré extrañada.

La doctora suspiró, negando con la cabeza.

—¿Por qué elegís esto los mestizos? Seguro que la alternativa es mejor. En fin, ¿tienes alguna otra herida?...

—Eh, no —murmuré. Las palabras de la doctora me sorprendieron.

—Sí —dijo Aiden—. Compruebe sus costillas, sobre todo el lado izquierdo.

—Oh, venga —dije—. No tengo nada... —Mi voz se cortó de golpe cuando la doctora me levantó la camiseta. Me fue presionando las costillas, pasando sus manos por todo el lateral. Era rápida y tenía los dedos fríos.

—No tiene ninguna rota, aunque esto... —Frunció el ceño y se acercó más. Tomó aire, me soltó la camiseta y miró a Aiden. Necesitó un momento para recomponerse—. No tiene las costillas rotas, pero sí amoratadas. Debería tomárselo con calma durante unos cuantos días. También debería tratar de hablar lo menos posible, para que no le tire el punto.

Aiden pareció reír por dentro ante la última sugerencia. Cuando le dijo que estaba de acuerdo, la doctora salió rápidamente de la sala.

—¿Por qué has dejado que creyese que has sido tú el que me ha hecho esto? —pregunté—. Si ya ni siquiera me entenas.

—¿No se supone que tienes que hablar lo menos posible?

Puse los ojos en blanco.

—Ahora pensará que eres un terrible maltratador de mestizas o algo parecido.

Señaló hacia la puerta.

—No sería raro que fuese verdad. Tu Instructor dejó que sucediese. La doctora ve

más casos de este tipo de lo que piensas.

Lo que seguramente no veía a menudo eran pura sangre a los que les importase lo más mínimo saber si el mestizo estaba bien. Suspiré.

—Y bueno, ¿tú que hacías allí?

Hubo un amago de sonrisa.

—¿No te he dicho ya que cuidar de ti es un trabajo a jornada completa?

Empecé a sonreír, pero en seguida recordé que no debía hacerlo.

—Aw... —Ignoré su gesto divertido—. Y bien, ¿por qué estabas aquí? De verdad.

—Simplemente, por casualidad. Pasaba por allí y entré en la sala. —Se encogió de hombros, mirándome—. Te vi luchando y me quedé mirando. El resto es historia.

En realidad no le creía, sin embargo lo dejé pasar.

—Hubiese podido con Jackson, ¿sabes? Es este maldito resfriado, que me ha dejado por los suelos.

Aiden volvió a mirarme a la cara.

—No deberías ponerte enferma. —Dio un paso adelante y me puso una mano en la barbilla. Frunció el ceño—. ¿Cómo has podido ponerte enferma?

—No debo ser la primera mestiza que se pone enferma.

Movió su pulgar por mi barbilla, con cuidado de no tocarme el punto. Así era Aiden, siempre cuidadoso conmigo, a pesar de que sabía que yo era fuerte. El corazón se me paró.

—No lo sé —dijo, dejando caer la mano.

No sabía muy bien qué responder, así que me encogí de hombros.

—De todos modos, gracias por ehmm... hacer que Jackson parase.

En su cara se reflejó durante un segundo un gesto duro y letal.

—Me aseguraré de que Jackson reciba su castigo por lo que ha hecho. El Covenant ya tiene bastante como para tener a los mestizos queriéndose matar entre ellos.

Me toqué la barbilla e hice un gesto de dolor.

—No creo que fuese idea suya.

Aiden me agarró la mano y me la apartó de la cara.

—¿A qué te refieres?

Antes de poder responder, una gota de sudor recorrió mi espalda. Un segundo después, la puerta de la sala se abrió de un golpe. Seth entró, con los ojos bien abiertos y la boca tensa. Su mirada pasó de mi labio a la mano que me había cogido Aiden.

—¿Qué narices ha pasado?

Vi que Aiden estaba confuso, aunque luego pareció entenderlo. Me soltó la mano y dio un paso atrás.

—Estaba peleando.

Seth le lanzó una mirada amenazante a Aiden y se acercó a mí. Me cogió la barbilla con sus delgados dedos, igual que había hecho Aiden. Mi corazón no palpitó, pero sí el cordón.

—¿Contra quién estabas peleando?

—No es nada. —Sentí que me ponía roja.

—Pues no lo parece. —Seth entrecerró los ojos—. También te has hecho daño en otro sitio. Puedo sentirlo.

Dioses, tenía que ponerme a trabajar en serio en el escudo.

—Gracias por cuidar de ella, Aiden. —Seth no apartó la mirada de mí—. A partir de aquí ya me encargo yo.

Aiden abrió la boca para decir algo, pero la cerró. Se dio la vuelta y salió de la habitación en silencio. Me costó ignorar la imperiosa necesidad de saltar y salir corriendo tras él.

—¿Y qué le ha pasado a tu cara? —Volvió a preguntar.

—Me la he roto —murmuré, apartando la mirada.

Seth me giró la cabeza un poco hacia un lado.

—Ya veo. ¿En serio te lo has hecho peleando?

—Sí, bueno, me lo han hecho en clase.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

Le aparté la mano y me bajé de la camilla.

—No es nada, solo un corte en el labio.

—¿Un corte en el labio? —Me agarró de la cintura—. Juraría que casi puedo ver la marca de una bota en tu barbilla.

—En serio, ¿tan mal está? —Me toqué la barbilla, preguntándome qué diría si viese la marca en mis costillas.

—Presumida. —Seth me agarró la mano—. ¿Con quién estabas peleando?

Suspiré y traté de soltarme, aunque fue imposible. Seth —y el cordón— querían que me quedase allí. Apoyé la mejilla contra su pecho.

—No importa... ¿Y cómo es que ya no estás enfadado conmigo por haberte tirado la comida por encima?

—Oh, sigo sin estar muy contento contigo. Creo que la mayonesa deja mancha. —Me soltó un poco—. ¿Duele?

No tenía sentido mentirle, sin embargo lo hice.

—No. Para nada.

—Claro —murmuró—. Y bueno, ¿contra quién estabas peleando?

Cerré los ojos. Estando tan cerca de él, por lo de la conexión y todo aquello, era muy fácil dejar de pensar. Igual que cuando estaba peleando.

—Siempre me juntan con Jackson.



Al día siguiente, después de clase, estuve vagando por los alrededores de la sala de entrenamiento. Me vi entrando en la pequeña sala donde estaba Aiden cuando descubrí lo de mi padre. Por supuesto ahora no estaba allí. No había nadie. Dejé la bolsa justo al lado de la puerta y me acerqué al saco de boxeo. Era un trasto viejo y ajado que seguramente tuvo momentos mejores. Se le habían desprendido grandes trozos de cuero negro, que alguien había tratado de arreglar con cinta americana. Pasé los dedos por los bordes de la cinta.

Tenía una cierta sensación de inquietud. La idea de volver a mi habitación y pasar el día sola no me apetecía nada. No había visto a Seth desde el día anterior. Supuse que seguiría cabreado por lo del bocata.

Empujé el saco con las palmas de las manos. Las giré. Ante mis ojos los glifos brillaban suavemente. Volví a mirar el saco de boxeo. ¿Habría entrenado mi padre en aquel Covenant? ¿Habría estado en aquella misma sala? Si fue así, explicaría cómo pudo conocer tan bien a mi madre. De nuevo, me puse melancólica.

La puerta se abrió. Me giré, esperando ver al Guardia Linard. Resultó no ser él. Mi corazón bailoteó estúpidamente.

Aiden entró en la sala y la puerta se cerró a su espalda. Llevaba puesto el uniforme de Centinela: una camiseta de manga larga negra y pantalones anchos, también negros. Me quedé mirándolo como una idiota.

La forma en que mi cuerpo respondía ante él —un pura sangre— era totalmente imperdonable. Lo sabía, pero no podía evitar que mi respiración se acelerase ni que una oleada de calor sacudiese todo mi cuerpo. No era solo por cómo estaba. No me malinterpretes, Aiden era pura belleza masculina. Era más que eso. Me tenía pillada de una forma que muy pocos lograron. Y no necesitaba ningún tipo de conexión, como con Seth. Aiden era capaz de entenderme gracias a su eterna paciencia... y no se tomaba en serio mis tonterías. Durante el verano pasamos largas horas entrenando juntos y llegamos a conocernos bastante bien. Desde entonces, algo bonito había crecido en mi interior. Después de lo que hizo en Nueva York para protegerme... y luego con Jackson, no podía seguir enfadada porque un día me dijese que no podía amarme.

Aiden me miró con curiosidad.

—He visto a Seth entrando en Deity Island y no estabas con él. Así que supuse que estarías aquí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Sabía que estarías en alguna sala de entrenamiento, a pesar de que te han dicho que te lo tienes que tomar con calma.

Siempre que él tenía problemas con algo, iba a entrenar. Yo era igual, y eso me recordó la noche en la que le abordé tras saber qué le había pasado de verdad a mi madre. Me di la vuelta, pasando los dedos por el centro del saco.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal las costillas y el labio?

Me dolían ambos, pero había estado peor.

—Bien.

—¿Has escrito la carta para Laadan? —preguntó después de unos segundos.

Dejé caer los hombros.

—No. No sé qué decirle. —No era que no lo hubiese pensado, pero ¿qué le dices a un hombre que pensabas que estaba muerto, a un padre que nunca has llegado a conocer?

—Simplemente dile cómo te sientes, Álex.

Reí.

—No sé si querrá saberlo.

—Seguro que sí —Aiden hizo una pausa, y el silencio se apoderó de los dos.

—Últimamente parece estar... ausente.

Aún seguía sintiéndome así.

—Es por el resfriado.

—En la oficina de Marcus parecía que estabas a punto de desmayarte y, en serio, no hay razón alguna por la que no pudieras con Jackson ayer... o al menos haberte apartado. Pareces cansada, Álex.

Suspiré y le miré. Estaba apoyado cómodamente contra la pared, con las manos en los bolsillos.

—Y bien, ¿qué haces aquí? —pregunté para tratar de encontrar respuesta a mis preguntas.

—Mirarte.

Sentí calor por dentro.

—Apenas sueñas siniestro.

Sonrió.

—Bueno, estoy de servicio.

Miré a mi alrededor.

—¿Y crees que hay daimons por aquí?

—Ahora no voy de caza. —Al inclinar la cabeza, un mechón de pelo le tapó sus ojos grises—. Me han asignado una nueva tarea.

—Dime.

—Además de cazar, tengo que cuidar de ti.

Parpadeé y empecé a reír tan fuerte que me dolían las costillas.

—Dioses, debe que ser horrible estar en tu lugar.

Arrugó la frente.

—¿Por qué lo dices?

—No puedes librarte de mí, ¿eh? —Me giré hacia el saco, buscándole un punto débil—. Me refiero, no es que quieras hacerlo, pero no dejan de cargarte conmigo.

—Yo no lo considero *una carga*. ¿Por qué piensas eso?

Cerré los ojos y me pregunté por qué habría tenido que decir nada.

—¿Linard también tiene nueva tarea?

—Sí. Y no has contestado a mi pregunta.

Y no iba a hacerlo.

—¿Te ha pedido Marcus que lo hagas?

—Sí. Cuando no estés con Seth, estaremos Linard, Leon o yo cuidando de ti. Es bastante probable que quien quiso hacerte daño...

—El Patriarca Telly —añadí, levantando el puño.

—*Quien fuera* que quiso hacerte daño en los Catskills, intente algo aquí. Y luego también están las furias.

Di un puñetazo al saco, haciendo un gesto de dolor cuando los músculos de las costillas me tiraron. Tendría que haberme vendado previamente. Estúpida.

—No podéis luchar contra las furias.

—Si aparecen, lo intentaremos.

Agité la mano y di un paso atrás.

—Moriréis en el intento. Esas cosas, bueno, ya viste de qué son capaces. Si vienen, simplemente echaos a un lado.

—¿Qué? —dijo incrédulo.

—No quiero ver a nadie morir sin motivo.

—¿Morir sin motivo?

—Sabes que seguirán viniendo, y no quiero que alguien muera cuando en el fondo esto parece... inevitable.

Se le oyó resoplar por toda la sala.

—¿Estás diciendo que crees que tu muerte es inevitable, Álex?

Volví a darle un puñetazo al saco.

—No sé qué estoy diciendo. Olvídalo.

—Algo... ha cambiado algo en ti.

Deseé salir huyendo de la sala, pero en vez de eso me giré hacia él. Me miré las palmas de las manos. Las marcas seguían estando allí. ¿Por qué me sentía incapaz de dejar de comprobarlo? Como si fuesen a desaparecer...

—Han pasado muchas cosas, Aiden. No soy la misma.

—Eras la misma el día que descubriste lo de tu padre —dijo con los ojos de color gris tormenta.

La ira empezó a formarse en la base del estómago, palpitando en mis venas.

—Eso no tiene nada que ver con esto.

Aiden se apartó de la pared y se sacó las manos de los bolsillos.

—¿Qué es *esto*?

—¡Todo! —Me clavé las uñas en la palma—. ¿Qué sentido tiene todo esto? Vamos a pensar hipotéticamente durante un segundo, ¿vale? Digamos que Telly, o quien sea no logra matarme o degradarme a la servidumbre, y las furias no acaban partiéndome en dos. De todos modos, voy a acabar cumpliendo dieciocho años. Voy a Despertar. Entonces, ¿qué más da? Quizá debería marcharme. —Miré hacia mi bolsa—. A lo mejor Lucian deja que me marche a Irlanda o a cualquier otro sitio. Me gustaría ir allí antes de que...

Aiden me agarró del brazo y me puso frente a él.

—Habías dicho que tenías que quedarte en el Covenant para poder graduarte, porque necesitabas convertirte en Centinela más que nadie. —Bajó la voz mientras me buscaba con los ojos—. Estabas entusiasmada. ¿Ha cambiado tu sentir?

Intenté soltarme, pero me agarraba con fuerza.

—Puede.

Las mejillas de Aiden se enrojecieron un poco.

—¿Entonces te das por vencida?

—No creo que sea darme por vencida. Llámalo... aceptar la realidad. —Sonreí, pero pareció falsa.

—Tonterías, Álex.

Abrí la boca, pero no pude decir nada. Monté una buena discusión para poder quedarme en el Covenant y convertirme en Centinela. Y sabía que, en el fondo, seguía queriendo llegar a serlo por mi padre, por mí, pero ya no estaba segura de que fuese lo que necesitaba. O de ser aquello que quería, si era honesta conmigo misma. Cuando vi a todos aquellos sirvientes masacrados en el suelo sin que a nadie le importase... sin que nadie fuese a ayudarles.

No estaba segura de querer formar parte de aquello.

—Nunca has sido de las que se autocompadecen cuando las cosas parecen volverse en contra.

Abrí la boca de par en par.

—No me autocompadezco, Aiden.

—¿En serio? —dijo suavemente—. ¿Igual que tampoco te has decidido por Seth? Oh, dioses, no era eso lo que quería oír.

—No me he decidido. —«*Mentirosa*», susurró algo en mi interior—. No quiero hablar de Seth.

Apartó la mirada durante un segundo y luego volvió a mirarme.

—No puedo creer que le hayas perdonado... lo que te hizo.

—No fue culpa suya, Aiden. No fue Seth quien me dio la poción. Él no me obligó...

—Aun así, tenía que haber sabido qué estaba haciendo.

—No pienso hablar contigo de esto. —Empecé a apartarme.

Apretó el puño.

—¿Entonces aún sigues... con él?

Parte de mí se preguntó qué había pasado con el Aiden que me acogió en sus brazos cuando le conté lo de mi padre. Aquella versión suya era más fácil de tratar. Y de nuevo, volvía a no comportarme como antes. A una parte de mí le gustó la forma en que dijo «él», como si solo su nombre le diese ganas de golpear algo.

—Define «con», Aiden.

Me miró.

Levanté la cabeza.

—¿Te refieres a si estoy saliendo con él o si solo somos amigos? ¿O lo que querías preguntar es si nos estamos acostando?

Sus ojos se estrecharon hasta parecer finas rendijas por las que brillaba un reflejo plateado.

—¿Y por qué preguntas, Aiden? —Me aparté y me solté—. Sea cual sea la respuesta, no importa.

—Claro que sí.

Pensé en las marcas y en su significado.

—No tienes ni idea. No importa. Es el destino, ¿recuerdas? —Intenté volver a agarrar mi bolsa, pero me sujetó el brazo. Miré hacia arriba soltando el aire lentamente—. ¿Qué quieres de mí?

Pareció darse cuenta de algo, y el tono de sus ojos se suavizó.

—Estás asustada.

—¿Cómo? —Reí, aunque sonó más bien como un graznido nervioso—. No estoy asustada.

Los ojos de Aiden pasaron sobre mi cabeza y se llenaron de decisión.

—Sí que lo estás. —Sin decir nada más, me dio la vuelta y me llevó hasta la cámara de aislamiento sensorial.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué estás haciendo?

Siguió empujando hasta que paramos frente a la puerta.

—¿Sabes para qué se usa?

—Um, ¿para entrenar?

Aiden me miró, sonriendo tenso.

—¿Sabes cómo se entrenaban los antiguos guerreros? Solían luchar contra Demos y Phobos, que usaban los peores miedos del guerrero contra él durante la batalla.

—Gracias por la extraña lección de Historia de hoy, pero...

—Pero como los dioses del Miedo y del Terror llevan fuera de circulación

bastante tiempo, han creado esta cámara. Creen que usar tus otros sentidos para guiarte es la mejor forma de perfeccionar tus habilidades y enfrentarte a tus miedos.

—¿Qué miedos?

Abrió la puerta y un agujero negro nos saludó.

—Cualquier miedo que te esté atenazando.

Clavé los talones.

—Que no tengo miedo.

—Estás aterrada.

—Aiden, estoy a dos segundos de... —Mi propio grito de sorpresa cortó la frase en cuanto me empujó dentro de la cámara y cerró la puerta tras él, sumiendo la sala en la oscuridad más profunda. La respiración se me heló en la garganta—. Aiden... No veo nada.

—En eso consiste.

—Vaya, gracias, Capitán Obvio. —Levanté un brazo a ciegas, pero no sentí más que aire—. ¿Qué esperas que haga aquí? —En cuanto la pregunta salió de mi boca, me empezaron a asaltar todo tipo de imágenes inapropiadas de todas las cosas que podríamos hacer allí dentro.

—Pelear.

Bueno, fue rápido. Tomé aire, atrapando el olor a especias y océano. Lentamente, levanté la mano. Mis dedos chocaron contra algo duro y cálido, ¿su pecho? Y de repente ya solo había un espacio vacío. Oh dioses, aquello no iba a estar nada bien.

De repente, me agarró el brazo y me hizo girar.

—Ponte en posición.

—Aiden, en serio, no tengo ganas de hacer esto. Estoy cansada y me han pateado las...

—Excusas —dijo, con su aliento peligrosamente cerca de mis labios.

Me quedé bloqueada.

Su mano se apartó.

—Ponte en posición.

—Ya lo estoy.

Aiden suspiró.

—No lo estás.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. No te has movido —dijo—. Ahora ponte en posición.

—Narices, ¿eres como un gato que ve en la oscuridad o algo? —Al no obtener respuesta, gruñí y me puse en posición: los brazos medio levantados, las piernas entreabiertas y los pies clavados al suelo—. Muy bien.

—Tienes que enfrentarte a tus miedos, Álex.

Bizqueé pero no vi nada.

—Pensaba que habías dicho que no le tengo miedo a nada.

—Normalmente es así. —De repente, estaba frente a mí, su olor me estaba distraendo—. Y por eso ahora estoy tan asustado. Tener miedo no es una debilidad, Álex. Solo es signo de algo que tienes que superar.

—El miedo es una debilidad. —Esperando que estuviese enfrente mía, decidí ir a por él. Lancé un codazo, pero ya no estaba ahí. Estaba a mi espalda, con su aliento sobre mi nuca. Me giré mientras tomaba aire—. ¿A qué le tienes miedo tú?

Un golpe de aire, y de nuevo estaba detrás de mí.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Álex. Tienes miedo de perder la cabeza.

—Claro que no. ¿En qué estaría pensando? —Me di la vuelta y cuando desapareció de allí lo maldije. Aquello me estaba mareando—. ¿Y por qué no me dices qué es lo que me asusta, chico sin miedo?

—Tienes miedo de convertirte en algo sobre lo que no tengas control. —Me cogió el brazo cuando me giré hacia el sonido de su voz—. Te mata de miedo. —Me soltó y se apartó.

Tenía razón, y eso me enfadaba y también me avergonzaba. Entre la oscuridad que me rodeaba había un trozo más oscuro que el resto. Fui a por él. Se anticipó a mi movimiento y me agarró de los hombros. Giré y le di en el estómago y pecho.

Aiden me empujó.

—Estás enfadada porque tengo razón.

Un sonido sordo escapó de mi garganta. Cerré la boca y volví a soltar un golpe. Di con el codo contra algo.

—Un Centinela nunca tiene miedo. Nunca sale corriendo asustado.

—¿Estás huyendo asustada, Álex?

El aire se movió a mi alrededor y salté, logrando que fallase lo que seguramente era un barrido perfecto.

—¡No!

—Antes no lo parecía —dijo—. Querías aceptar la oferta de Lucian. ¿Ir a Irlanda, decías?

—Estaba... estaba... —Mierda, odiaba cuando tenía razón.

Aiden rio desde la oscuridad.

Seguí el sonido. Fui demasiado lejos, estaba demasiado inmersa en mi ira, tanto que perdí el equilibrio al atacar. Aiden me cogió el brazo, pero ninguno de los dos pudimos mantener el equilibrio en la oscuridad. Cuando caí, él cayó sobre mí. Aterrícé de espaldas y Aiden encima de mí.

Aiden me cogió de las muñecas antes de que le pudiese pegar de nuevo, sujetándolas detrás de mi cabeza, contra el suelo.

—Siempre dejas que te traicionen las emociones.

Intenté zafarme, pero no me atrevía a decir nada. Un sollozo trató de escapar de

mi garganta mientras me movía debajo de él, intentando soltar una pierna.

—Álex —advirtió suavemente. Hizo más presión y, cuando tomaba aire, su pecho se hinchaba contra el mío. En la profunda oscuridad de la cámara de aislamiento sensorial, su aliento se sentía cálido contra mis labios. No me atreví a moverme. Ni siquiera una fracción de centímetro.

Su agarre se debilitó, y sus manos bajaron por mis hombros, sujetándome cerca de las mejillas. En aquellos segundos, el corazón estaba a punto de salirme del pecho, y todos mis músculos se bloquearon, tensándose con antelación. ¿Iba a besarme? No. Tenía el labio hecho polvo, pero si lo hiciese no le pararía, aun sabiendo que estaba muy mal. Me dieron escalofríos por toda la espalda, y me relajé bajo él.

—No pasa nada por tener miedo, Álex.

Entonces eché la cabeza hacia atrás, quise ponerme lejos de él, tanto como las ganas que tenía de estar allí.

—Pero no tienes nada que temer. —Me bajó la barbilla amablemente, con sus dedos—. ¿Cuándo aprenderás? —dijo con voz dura y ronca—. Eres la única que puede controlar en qué te convertirás. Eres tan fuerte como para no perder nunca la cabeza. Lo creo de veras. ¿Por qué tú no?

Respiré entrecortadamente. Su fe en mí era mi debilidad. Mi pecho se hinchaba tanto que parecía levantarme del suelo. Pasó un rato hasta que pude volver a hablar.

—¿A qué le tienes miedo tú? —Volví a preguntar.

—Pensaba que fuiste *tú* la que dijo que yo nunca tenía miedo.

—Pues sí.

Aiden se movió un poco y con su pulgar me acarició la mejilla.

—Tengo miedo de algo.

—¿De qué? —susurré.

Tomó aire profundamente.

—Tengo miedo de que nunca me permitan sentir lo que siento.

Capítulo 7

El aire me dolía al respirar. Ojalá le pudiese ver la cara, los ojos. Quería saber en qué estaba pensando, tocarle. Sin embargo me quedé allí quieta, solo mi corazón seguía en movimiento.

Volvió a acariciarme con el pulgar.

—Eso es lo que me da miedo. —Entonces se levantó—. Estaré en la otra sala de entrenamiento cuando estés lista... para volver a tu habitación.

Cuando abrió la puerta entró un breve destello de luz del exterior y luego la oscuridad volvió a cubrirme.

No me movía, pero mi cerebro iba a toda velocidad. Tenía miedo de que nunca le permitieran sentir lo que sentía. Dioses, no era estúpida, aunque ojalá lo fuese. Sabía a qué se refería y también sabía que no significaba nada. Una parte de mí estaba cabreada, porque se había atrevido a decirlo cuando lo único que lograba con ello era dejarme un doloroso deseo en el pecho, un deseo tan intenso que podría sepultarme bajo su peso. ¿Y por qué admitirlo justo en ese momento, cuando anteriormente le había pedido que simplemente me dijese que él sentía lo mismo y lo negó? ¿Qué había cambiado?

Y tenía razón sobre lo otro. Me aterraba convertirme en algo que no pudiese controlar, rendirme a la conexión, a Seth. Era como si a pesar de haber logrado pasar por todos los demás obstáculos de mi vida, quedase otro, *aquel* sobre el cual no podía pasar con la temeridad de la antigua Álex.

La puerta volvió a abrirse y el suave murmullo de dos voces masculinas flotó por la sala. Sonó una profunda risa mientras sus pies se hundían en el blando suelo. Podría haber dicho algo, pero estaba demasiado sumida en mis pensamientos como para poder decir una sola palabra.

Un segundo más tarde, unos pies tropezaron con mis piernas y sonó un grito de sorpresa. Un cuerpo cayó sobre mí. Solté un «*ejem*» y le aparté las manos de mi pecho.

—¡Dioses, Álex! —exclamó Luke, rodando de encima de mí y sentándose a mi lado—. Por todos los Hades, ¿qué haces aquí?

—¿Cómo has sabido que soy yo solo con tocarme las tetas? —gruñí, pasándome un brazo por la cara.

—Es un súper poder.

—Guau.

Luke resopló. Sentí cómo el suelo vibraba cuando se dirigió hacia su silencioso y misterioso compañero.

—Hey —dijo Luke—, ¿puedes darnos un minuto?

—Claro. Como quieras —respondió el chico cerrando de nuevo la puerta. La voz me resultaba súper familiar, pero por más que lo intentaba, no lograba ponerle cara.

—Pervertido —le dije—. ¿Para qué usas esta sala, Luke? Qué cochino.

Rio.

—Seguro que para algo más entretenido y normal que tú. Tú eres la única que se mete en la oscuridad de una habitación sensorial como si fuese un bicho raro. ¿Qué hacías aquí? ¿Montando un complot para revolucionar el Covenant? ¿Meditar? ¿Darte placer?

Hice una mueca.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Claro que sí.

—Entonces vete. Esta sala ya está ocupada.

Luke suspiró.

—No seas ridícula.

Me pareció gracioso, teniendo en cuenta que él no tenía ni idea de qué hacía allí dentro. Luke no tenía ni idea de qué acababa de pasar allí. Seguramente pensaría que me estaba escondiendo de todo el mundo o volviéndome loca. Esa parte todavía la tenía pendiente y era muy probable que pudiese suceder. Si hubiese sido Caleb el que hubiese entrado, lo habría sabido. Respiré profundamente.

De repente me di cuenta de que no llevaba mejor lo de echarle de menos.

—Es una mierda no tener amigos, ¿verdad? —preguntó Luke tras unos momentos.

Arrugué la frente.

—Sabes, menos mal que no eres psicólogo, porque se te da fatal hacer que la gente se sienta mejor consigo mismo.

—Pero sí tienes amigos —continuó como si no hubiese dicho nada—. Lo único es que parece que nos has olvidado.

—¿A quién?

—A mí —Luke se estiró a mi lado—. Y a Deacon. Y también a Olivia.

Resoplé.

—Olivia me odia.

—Claro que no.

Y una mierda. —Dejé caer el brazo, mirándole en la oscuridad—. Me culpa por la muerte de Caleb. Ya la oíste el día de su funeral y ayer en el pasillo.

—Está dolida, Álex.

—¡Y yo también! —Me senté con las piernas cruzadas.

Las colchonetas temblaron cuando Luke se tumbó de lado.

—Ella quería a Caleb. Aunque a los demás nos parezca imposible querer a alguien, ella le quería.

—Yo también. Él era *mi* mejor amigo, Luke. Me culpa por la muerte de mi mejor amigo.

—Ya no te culpa por nada.

Me arreglé los pelillos que se escapaban de mi coleta.

—¿Y eso desde cuándo? ¿Ha pasado en las últimas veinticuatro horas?

Impertérrito, Luke se sentó y, de algún modo, logró encontrar mi mano en la oscuridad.

—El día que se te acercó en el pasillo quería pedirte perdón.

—Es gracioso, porque recuerdo que dijo algo como que debía tragarme mi dolor.

—No aparté mi mano de la suya, porque la verdad es que estaba bien que alguien me tocara sin que ocurriera nada extraño—. ¿Acaso es esa una nueva forma de disculparse que yo no conozco?

—No sé en qué estaría pensando. Quería disculparse, pero no te paraste a hablar con ella —explicó Luke suavemente—. Y perdió los papeles. Se portó fatal, y ella lo sabe. Y que luego la humillases delante de todo el mundo tampoco es que ayudase mucho, la verdad.

La antigua Álex se habría reído al oír eso, pero no me hizo sentir mejor.

—Tienes que hablar con ella, Álex. Os necesitáis la una a la otra.

Aparté la mano y me levanté rápidamente. De pronto, la sala me resultaba agobiante e inaguantable.

—No la necesito. Ni a ella, ni a nadie.

Luke se puso a mi lado en un santiamén.

—Eso es lo más infantil que has dicho nunca.

Entrecerré los ojos en su dirección.

—Y tengo algo incluso más infantil que decirte: estoy a dos segundos de pegarte.

—Eso no es nada bonito —dijo Luke burlándose y dando vueltas a mi alrededor—. Necesitas amigos, Álex. Por muy bueno que esté Seth, no puede ser tu único amigo. Necesitas estar con alguna chica. Necesitas alguien a quien poder llorarle, alguien que no intente acostarse contigo. Necesitas alguien que quiera estar contigo no por lo que eres, sino por quién eres.

Abrí la boca de par en par.

—Guau.

Luke debió sentir mi asombro, porque se rio.

—Todo el mundo sabe qué eres, Álex. Y la mayoría piensa que es bastante guay. Lo que no creen que mole tanto, y es la razón por la que todo el mundo te evita, es tu actitud. Todos entienden que estés dolida por lo de Caleb y lo de tu madre. Lo pillamos, pero eso no significa que tengamos que aguantar tus constantes gilipolleces.

Abrí la boca para decirle a Luke que no era yo la que se estaba portando mal, que eran todos los que, desde que volví, me habían estado tratando como si fuese un

bicho raro —y antes incluso—, pero no logré decir nada. A parte de pasar tiempo con Seth, me había aislado de todos los demás.

A veces era una persona horrible. Tenía mis razones, buenas razones, pero no eran más que excusas. Sentí un tremendo peso sobre mi pecho.

Entre el silencio y la oscuridad que nos rodeaba, Luke me encontró y pasó sus brazos por encima de mis hombros.

—Bueno, a lo mejor tenemos que aguantarlas un poco. Después de todo, eres un Apollyon. —Pude oír una sonrisa en su voz—. Y aunque hayas sido una tremenda imbécil, seguimos queriéndote y nos preocupamos por ti.

Se me hizo un nudo en la garganta. Intenté aguantar, en serio, pero sentí cómo las lágrimas me picaban en los ojos y todos mis músculos se relajaban. No sé cómo, mi cabeza encontró su hombro, y él me dio unas palmaditas reconfortantes en la espalda. Por un segundo, imaginé que Luke era Caleb, y en mi mente hice como que le contaba todo cuanto había ocurrido. Mi Caleb imaginario me sonrió, me abrazó más fuerte y me ordenó que me recompusiese. Daba igual cuanto hubiese ocurrido y todo lo que hubiese descubierto, que el mundo no había acabado ni iba a hacerlo. Y por el momento, me pareció suficiente.



Cuando salí de la cámara sensorial, Aiden estaba esperándome. No dijo nada. Los dos habíamos dicho, y probablemente pensado, más que suficiente. El ambiente entre nosotros no era raro, pero había una cierta sensación de... incertidumbre. Aunque también podría ser cosa mía, que estaba proyectando mis propios sentimientos en él.

Recorrimos el paseo, dirigiéndonos hacia la residencia. El viento arrastraba arena y el aire estaba cada vez más húmedo y frío según nos acercábamos al jardín.

Había dos puros mirando la estatua de mármol de Apolo intentando coger a Dafne mientras ella se convertía en árbol. Uno de ellos le dio con el codo al otro.

—Hey, mira, Apolo se está poniendo palote.

Su amigo se rio y yo puse los ojos en blanco.

—Álex. —Había algo en la voz de Aiden, una cierta dureza que me decía que lo que me iba a decir a continuación iba a ser fuerte. Me miró a la cara y luego detrás mío—. ¿Pero qué demonios...?

No era lo que esperaba.

Aiden pasó corriendo por mi lado, prestando toda su atención a algo que no era yo. Mierda. Me giré.

—No me... *oh*.

Y vi aquello que había cortado a Aiden.

Dos mestizos llevaban a hombros a un Jackson a penas consciente —un Jackson

casi irreconocible—. Era como si hubiese elegido el bando perdedor de una enorme pelea. Cada centímetro de su piel estaba amoratada o sangrando, los ojos hinchados, los dos labios abiertos y una profunda marca que le cruzaba la cara que se asemejaba sospechosamente a la suela de una bota.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Aiden, poniéndose en el lugar de uno de los mestizos y prácticamente soportando todo el peso.

El mestizo negó con la cabeza.

—No lo sé. Nos lo encontramos así en el patio.

—Me... me he caído —dijo Jackson chorreando sangre. Creo que incluso le faltaba algún diente.

Aiden parecía dudar algo.

—Álex, por favor, vete directamente a tu cuarto.

Asentí enmudecida y me aparté. Seguía cabreada con Jackson. Había intentado estampar su pie contra mi cabeza, pero lo que le habían hecho era terrible, y bien calculado.

Mi mirada y la de Aiden se cruzaron durante un segundo mientras lo arrastraba hacia el edificio médico. Me volvió a la mente la conversación con Seth.

—¿Con quién te has peleado en clase? —me preguntó.

—Siempre me juntan con Jackson.

Oh dioses, había sido Seth.



Era como si Seth quisiera evitarme la mayor parte del tiempo, seguramente por todo aquello del bocadillo de jamón. O se cancelaban nuestros entrenamientos o estos consistían en trabajar mis escudos mentales. Durante toda una semana, cada vez que lo veía, le preguntaba por Jackson. Con cara inocente me decía que él no había sido. No le creía y se lo dije justo así.

Me miró sin expresar ninguna emoción y dijo:

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

Prefería pensar que él no había sido, porque quien fuera el que le hizo aquello a Jackson, le había dejado fuera de combate por un tiempo largo. Jackson no decía nada, literalmente. Tenía la boca cerrada con hierros y oí que el dentista había tenido que hacer un gran trabajo. Aunque se curaría bastante más rápido que un mortal, sabía que iba a seguir sin decir nada. Le había asustado, pero bien.

Y aunque quería creer que no había sido Seth, no me podía quitar la sospecha de encima. ¿Quién si no iba a hacerle algo así a Jackson? Seth tenía un motivo —un motivo que me ponía enferma—. Si había sido él, era por lo que Jackson me había hecho en clase. ¿Pero cómo podía hacer algo tan violento... tan inestable? La

pregunta me estaba volviendo loca.

Lo bueno era que, aquel extraño estado de ánimo que me acompañó durante un tiempo, desapareció. Una pequeña parte de mí echaba de menos la compañía que por las tardes me proporcionaba Seth, y la forma en que siempre me convertía en una almohada humana por las noches, pero había otra parte de mí que sentía cierto alivio. Como si nadie esperase nada especial de mí.

Aunque nadie había intentado drogarme ni matarme, Linard y Aiden continuaban siguiéndome a todas partes. Cuando estaban ocupados, era la enorme sombra de Leon la que me seguía. Había tomado la costumbre de pasar por las salas de entrenamiento hasta cuando no tenía que entrenar con Seth. Sabía que Aiden podía encontrarme allí. No volvimos a hablar sobre nuestros miedos, pero simplemente... nos veíamos... en la sala de entrenamiento.

Puede sonar cursi, sin embargo era como en los viejos tiempos, antes de que todo se tornase una locura. A veces Leon nos encontraba allí. Nunca pareció sospechar nada, ni sorprenderse. Ni siquiera la última vez, cuando nos vio sentados contra la pared discutiendo sobre si los fantasmas existían o no.

Yo no creía en ellos.

Aiden sí.

Leon pensaba que los dos éramos idiotas.

Pero vaya, lo estaba deseando. Simplemente estar allí sentados, hablando. Sin entrenar. Sin intentar usar akasha. Aquellos momentos con Aiden, incluso cuando Leon se nos unía, eran mi parte preferida del día.

No había vuelto a intentar ahogar a Olivia, pero todo era súper incómodo cuando nos veíamos —no es que me sorprendiese—. Empecé a comer en la cafetería con Seth. El segundo día Luke se sentó con nosotros, luego Elena, y al final Olivia. No hablamos, pero tampoco nos gritamos nada.

Aunque, algunas cosas nunca cambian. Llegaron las festividades mortales de Navidad y Año Nuevo. Y tal como llegaron, pasaron, igual que la mayor parte de enero. La mayoría de los puros seguía temiendo que los mestizos se convirtiesen en criaturas sedientas de éter y los atacasen en cualquier momento. Deacon, el hermano de Aiden, era uno de los pocos que se atrevía a sentarse cerca de nosotros en clase o a hablarnos por el campus. Otra cosa que no había cambiado era mi incapacidad a la hora de escribirle una carta a mi padre. Cada noche que pasaba sola, empezaba una carta y la dejaba. Tenía el suelo lleno de bolas de papel.

«*Simplemente escribe qué sientes, Álex. Piensas demasiado*» —dijo Aiden cuando me quejé—. «*Hace ya dos meses que sabes que está vivo. Tienes que escribir sin pensar*».

¿Dos meses? No me parecía tanto tiempo. Aquello significaba que me quedaba poco más de un mes para Despertar. Quizá solo intentaba que el tiempo pasase más

lento. Sea como fuere, no podía evitar plasmar mis sentimientos y, si mi padre era tan listo como pensaba, no querría que pensase que tenía problemas.

Después de entrenar con Seth, cogí el cuaderno y me fui hacia una de las salas comunes, la que tenía menos gente. Me encogí en la esquina de un sofá rojo y me quedé mirando a la página en blanco mientras mordisqueaba el boli.

Linard se quedó apoyado en la puerta, aburrido. Cuando me pilló mirándole, hice una mueca y volví a quedarme mirando las líneas azules del papel. Luke me interrumpió varias veces, intentando que jugase con él una partida al *air hockey*.

Cuando volví a sentir su sombra sobre mí, gruñí.

—Que no quiero...

Olivia estaba frente a mí. Llevaba puesto un jersey gordo de cachemir que me encantó en cuanto lo vi. Tenía los ojos bien abiertos.

—Eh... perdón —dije—. Pensaba que eras Luke.

Se pasó una mano por su pelo rizado.

—¿Está intentando que juegues al fútbolín?

—No. Ahora se ha pasado al *air hockey*.

Rio nerviosa y miró hacia el grupito que estaba jugando. Se puso recta y señaló hacia el hueco que había a mi lado.

—¿Puedo sentarme?

El estómago me dio un vuelco.

—Claro, si quieres...

Olivia se sentó y se frotó las palmas contra los pantalones. Pasó un buen rato sin que ninguna de las dos dijese nada. Ella fue la primera en romper el silencio.

—Bueno, ¿qué... qué tal todo?

Era una pregunta preparada, y me salió una risa ahogada y dura. Me puse el cuaderno contra el pecho y miré a Luke. Hacía como que no se había dado cuenta de que estábamos juntas.

Suspiró y empezó a levantarse.

—Vale. Ya veo...

—Lo siento —dije en voz baja y ronca. Sentí cómo me ardían las mejillas, pero me obligué a continuar—. Lo siento todo, sobre todo lo del pasillo.

Olivia apretó las piernas.

—Álex...

—Sé que querías a Caleb, y que no he pensado nada más que en mi dolor. —Cerré los ojos y me tragué el nudo que cerraba mi garganta—. Ojalá pudiese volver atrás y cambiar todo lo sucedido aquella noche, en serio. He pensado un millón de veces qué pude haber hecho de otra forma.

—No deberías... hacerte eso —dijo en voz baja—. Al principio no quería saber qué había pasado, ¿sabes? Los detalles y todo eso. No podía con ello. Aunque al

final, hace como una semana, hice que Lea me lo contase todo.

Me mordí el labio sin saber muy bien qué decir. No había aceptado mi disculpa, pero estábamos hablando.

Respiró profundamente. Los ojos le brillaban.

—Me dijo que Caleb la había salvado. Que tú estabas peleando contra otro daimon y que, si él no la hubiese agarrado, ahora estaría muerta.

Asentí agarrando con fuerza el cuaderno. Me volvieron los recuerdos de aquella noche, de Caleb pasando a mi lado.

—Fue muy valiente, ¿verdad? —dijo con voz entrecortada.

—Sí —dije segura y con fuerza—. Ni siquiera lo dudó un segundo, Olivia. Fue muy rápido y lo hizo bien, pero el daimon... fue más rápido.

Parpadeó varias veces, y las pestañas se le humedecieron.

—Sabes, me contó qué pasó en Gatlinburg. Por cuanto tuvisteis que pasar y cómo lograste sacarlo de la casa.

—Fue pura suerte. Mi madre y los otros empezaron a pelearse. No hice nada especial.

Olivia me miró.

—Él te admiraba muchísimo, Álex. —Hizo una pausa y rio en voz baja—. Cuando empezamos a salir, estaba celosa de ti. Era como si nunca pudiese superar todo lo que habíais pasado juntos. Caleb te quería muchísimo.

—Y yo le quería. —Tomé aire—. Y él te quería a ti, Olivia.

Sonrió llorosa.

—Supongo que necesitaba culpar a alguien. Podría haber sido Lea o a los Guardias que no pudieron mantener fuera a los daimons. No lo sé. Es solo que tú tienes esa fuerza imparable, eres un Apollyon. —Sus rizos rebotaron al mover la cabeza—. Y...

—No soy un Apollyon, todavía. Pero sé a qué te refieres. Lo siento. —Apreté el alambre del cuaderno—. Ojalá...

—Y lo siento. —Me giré hacia ella—. No fue culpa tuya. Fui una estúpida por haberte culpado. Aquel día en el pasillo solo quería disculparme, pero al final todo salió mal. Y sé que Caleb me odiaría por culparte a ti. No tenía que haberlo hecho nunca, pero es que estaba muy dolida. Le echo mucho de menos. —Se le rompió la voz y se giró tomando aire—. Sé que no son más que excusas, aunque no te culpo.

La garganta se me llenó de lágrimas.

—¿En serio?

Olivia negó con la cabeza.

Quería darle un abrazo, pero no estaba segura de si estaría bien hacerlo. Igual era demasiado pronto.

—Gracias. —Quería decir más cosas, pero no encontraba las palabras para

hacerlo.

Cerró los ojos.

—¿Quieres oír algo gracioso?

Parpadeé.

—Claro.

Se giró hacia mí y sonrió aunque tenía los ojos inundados de lágrimas.

—Después de que Jackson y tú os peleaseis el otro día, todo el mundo hablaba de ello en la cafetería. Cody pasó a nuestro lado y dijo alguna impertinencia. No me acuerdo de qué, seguramente algo sobre lo estupendo que es ser un pura sangre. —Puso los ojos en blanco—. Bueno, el caso es que Lea se levantó como si nada y le tiró todo el plato de comida sobre la cabeza. —Se rio—. Sé que no debería reírme, pero ojalá lo hubieses visto, fue muy gracioso.

Abrí la boca, sorprendida.

—¿En serio? ¿Y qué hizo Cody? ¿Lea tuvo algún problema?

—Cody se cabreó y dijo que no éramos más que un puñado de infieles o alguna tontería por el estilo. Creo que a Lea la han castigado, y su hermana no estaba demasiado contenta con ella.

—Guau. No parece algo típico de Lea.

—Parece que ha cambiado —Olivia se calmó—. Ya sabes, después de todo aquello. No es la misma. En fin, tengo que hacer algunas cosas, pero... me alegro de que hayamos hablado.

Nuestras miradas se cruzaron y sentí que parte de la tensión se había desvanecido. No sería como antes, al menos no en un tiempo.

—Yo también.

Sonrió aliviada.

—¿Nos vemos en la cafetería mañana para comer?

—Claro. Ahí estaré.

—La semana que viene me voy con mi madre para pasar con ella las vacaciones de invierno. Tiene que ir a algo del Consejo y quiere que vaya con ella, pero a la vuelta, ¿hacemos algo juntas? No sé, como ver una peli o salir.

Los mortales tenían vacaciones durante las Navidades, pero nosotros las teníamos todo el mes de febrero para celebrar el Antesterión. En los viejos tiempos, la fiesta duraba solo tres días y todo el mundo se emborrachaba en honor a Dionisos. Era como la Noche de Todos los Santos, y el carnaval acababa en una enorme orgía de borrachos. En algún momento los puros extendieron la fiesta a un mes entero, más en calma, y lleno de sesiones del Consejo. Los esclavos antes podían participar, aunque aquello también había cambiado.

—Sí, claro, sería genial. Me encantaría.

—Bien, pues ya te diré —Olivia se levantó para marcharse, pero se paró en la

puerta. Se giró, me saludó con la mano y me dedicó una pequeña sonrisa antes de marcharse completamente.

Miré el cuaderno. Parte del dolor y la culpa que tenía tras la muerte de Caleb se desvaneció. Respiré profundamente y le garabateé una rápida nota a Laadan, diciéndole que no se preocupase por el incidente con la bebida y agradeciéndole que me contase lo de mi padre. Después escribí dos frases debajo del corto párrafo.

Por favor, dile a mi padre que LE QUIERO. Solucionaré la situación.

Aquella misma noche, más tarde, cerré la carta y se la di a Leon, que estaba esperando fuera de mi edificio, para que se la diese a Aiden.

—¿Puedo preguntar qué haces pasándole notitas a Aiden? —Miró la carta como si fuese una bomba.

—Es una carta de amor. Le pido haga un circulito en si «Sí» o si «No» me quiere.

Leon me lanzó una mirada insulsa, pero se metió la carta en el bolsillo de atrás. Le sonreí traviesa antes de cerrar la puerta. Ahora que había escrito la carta era como si me hubiesen quitado el peso de un camión de los hombros. Me aparté de la puerta y fui hasta el escritorio. Con los dedos descalzos le pegué a algo gordo y pesado.

—¡Ay! —Saltando sobre una pierna, miré hacia abajo—. Oh, dioses, qué estúpida que soy.

El libro de Mitos y Leyendas me miraba desde el suelo. Me agaché y lo cogí. Con toda aquella locura me había olvidado de él. Me senté y abrí el polvoriento libro buscando la parte que Aiden me había mencionado en Nueva York. No tuve suerte con la parte que estaba en mi idioma. Suspiré y le di la vuelta al libro, mirando las páginas escritas con algo que me parecían garabatos.

Me paré cuando llevaba unos cientos de páginas, no porque reconociese nada de lo que estaba escrito, sino porque reconocí el símbolo que estaba en la parte superior de la página.

Era una antorcha boca abajo.

Había varias páginas escritas en griego antiguo que no me servían de nada. Deberían enseñárnoslo en el Covenant en vez de Trigonometría, pero yo que sabré. A los puros sí que les enseñaban la antigua lengua.

Aiden la conocía; era algo un poco de empollón, pero me ponía.

Si pudiese conocer un poco más sobre la Orden, quizá lograra las pruebas que me hacían falta para probar que pasaba algo con Telly y Romvi. No estaba cien por cien segura de que tuviese algo que ver con lo ocurrido, pero era mejor que la sugerencia de Seth.

Lo último que necesitábamos era una rebelión... o que uno de nosotros matase a otro pura sangre.

Capítulo 8

Aquella noche, más tarde, cuando estaba medio dormida, escuché ese sonido que ya conocía de mi puerta abriéndose. Me incorporé sobre el codo y me aparté el pelo de la cara. El leve escalofrío que me recorrió la espalda me decía que era Seth. De nada servían las cerraduras con él. O las derretía o usaba el elemento aire para abrirlas desde el otro lado.

Se paró justo bajo la puerta. Sus ojos brillaban suavemente en la oscuridad.

Me sorprendió verle ahí, así que me costó un poco decir algo.

—No deberías estar aquí tan tarde, Seth.

—¿Acaso eso me ha detenido alguna vez? —Se sentó en el borde de mi cama. Podía sentir sus ojos sobre mí—. Esta tarde estabas de mucho mejor humor.

—Y yo que pensaba que se me estaba dando mejor lo de bloquearte.

—Y estás mejorando. Lo has hecho muy bien hoy en el entrenamiento.

—¿Y por eso has venido? —Oí cómo se quitaba los zapatos—. ¿Porque ahora lo tengo más difícil para tirarte comida?

—Quizá. —Oí una sonrisa en su voz.

—Empezaba a pensar que te estaba gustando más tu cama.

—Me echabas de menos.

Me encogí de hombros.

—Seth, sobre lo de Jackson...

—Ya te lo he dicho. No he tenido nada que ver. ¿Y por qué iba a hacer algo tan horrible?

—No lo sé. ¿Porque eres un psicótico?

Seth se rio.

—Eso de «psicótico» es muy fuerte. Significaría que no me siento culpable por lo que hago.

Arqueé una ceja.

—Pues lo que yo decía.

Levantó las sábanas, me aparté hacia un lado y vi cómo se metía dentro. Se puso de lado, mirando hacia mí.

—Has visto que tengo guardia personal. Sabrá que estás aquí.

—Me he cruzado con Linard por el camino. —Me apartó un mechón de pelo que me había caído sobre la mejilla y me lo puso detrás de la oreja—. Me ha dicho que estaba saltándome las normas. Y yo le he dicho que se fuera al carajo.

—¿Y él que te ha dicho?

Seth me puso una mano en el hombro, tapando el fino tirante de mi camiseta. El cordón empezó a vibrar suavemente.

—No parecía estar muy contento. Ha dicho que se lo iba a decir a Marcus.

El corazón me dio un pequeño vuelco. No tenía ninguna duda de que Aiden se enteraría. Seguro que Aiden ya sabía de los hábitos nocturnos de Seth, y se me hicieron unos nudos en el estómago al mirar a Seth. «*No estoy con Aiden. No estoy con Aiden. No estoy haciendo nada malo*». Me puse tensa.

—No es que Marcus pueda hacer nada. —Se inclinó sobre mí, haciendo que me pusiese boca arriba. Me acarició bajo el tirante y me dio un escalofrío al notar sus nudillos recorriendo mis clavículas—. Solo es el Decano.

—Y mi tío —señalé—. Dudo que le guste la idea de que haya algún chico durmiendo en mi cama.

—Hummm, pero yo no soy simplemente algún chico. —Inclinó la cabeza hacia abajo, y el pelo le cayó sobre la cara—. Soy el Apollyon.

La respiración se me aceleró.

—Pero las reglas... son también para ti y para mí.

—Ah, recuerdo aquella chica que no era capaz de cumplir una norma ni aunque le fuese la vida en ello. —Movié la cabeza, rozando su nariz contra la mía—. Y creo que lo que estamos haciendo ahora no es la peor norma que has incumplido.

Me puse roja al ponerle las manos en el pecho para evitar que recorriese aquellos dos o tres centímetros que nos separaban.

—La gente cambia —dije.

—Algunos, sí. —Puso el brazo junto a mi cabeza, apoyándose en él.

El cordón se estaba volviendo loco, obligándome a prestarle atención. Encogí los dedos de los pies.

—¿Has venido para hablar de las normas que he incumplido o qué?

—No. La verdad es que tenía una razón para venir.

—¿Y esa razón es...? —Me moví, incómoda, intentando ignorar la forma en que la piel comenzaba a cosquillearme, sobre todo las palmas de las manos. Gracias a los dioses, Seth llevaba puesta la camiseta.

—Dame un segundo.

Arrugué la frente.

—¿Por qué...?

Seth bajó la cabeza, posando sus labios contra los míos. Me sentía entre querer cerrar la boca y querer abrirme a él, era algo muy frustrante. Me dolía lo mismo estar con él que el estar lejos de él.

—¿Para... para esto has venido? —le pregunté cuando levantó la cabeza.

—No era la razón principal.

—¿Y entonces por qué...? —Su boca cortó la frase y el beso se hizo más profundo, robando mis quejas. El cordón saltó cuando sus manos bajaron por mi brazo, por mi tripa y se metieron bajo mi camiseta.

Sonrió contra mis labios.

—Tengo que viajar con Lucian durante las vacaciones de invierno. No volveré hasta finales de Febrero.

—¿Cómo? —El zumbido del cordón empezaba a ser excesivo y me costaba concentrarme. Me sorprendió un tanto que se fuese estando mi dieciocho cumpleaños tan cerca, ya que supuse que se quedaría metido en mi habitación las semanas antes de que Despertase—. ¿Dónde te vas?

—Al Covenant de Nueva York —respondió, enredando su otra mano entre mi pelo—. Ha habido algunos problemas que requieren la atención del Consejo.

Empecé a verlo todo más claro.

—Quiero ir contigo. Mi padre está...

—No, no puedes venir. Allí no podemos garantizar tu seguridad.

—Me da igual. Quiero ir. Tengo que ver a mi padre. —Por la cara que puso vi que no me lo estaba ganando—. Estarás tú. No puede pasarme nada. Además, aquí voy a estar menos segura si tú no estás. —Me dolió decir esas últimas palabras, pero mandé mi orgullo a paseo. Era más importante ver a mi padre.

Seth sonrió levemente, disfrutando del pequeño subidón de ego.

—Marcus le ha asegurado a Lucian que aquí estarás bien protegida. Tu querido pura sangre se cortaría las venas antes de dejar que te pasase algo.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué? —Subió la mano hasta mis costillas—. Es cierto. Y Leon y Linard también estarán aquí, cuidando de ti. Estarás bien.

No tenía miedo de quedarme sola. Simplemente quería ver a mi padre.

—Seth, tengo que ir.

Me besó el labio inferior, en el que solo me había quedado una pequeña cicatriz.

—No, claro que no. No vas a venir. Ni siquiera yo podría conseguir que Lucian aceptase que volvieses a ese infierno.

Mi mente iba a cien, intentando buscar una forma de poder convencerle.

—Ni se te ocurra intentar escaparte, porque todos esperan que lo hagas. No creo que pueda sentirte desde tan lejos, pero desde el día en que me vaya, alguien estará vigilándote. Así que ni lo pienses. En serio.

—No necesito una maldita niñera.

—Claro que la necesitas. —Sus labios encontraron mi barbilla—. La chica que no es capaz de cumplir una norma ni para salvar su vida sigue en tu interior.

—Eres un capullo.

—Me has llamado cosas peores, así que lo tomaré como un cumplido. —Sonrió a pesar de que sabía que en su interior estaba sintiendo toda mi ira.

—¿Cuándo te vas? —pregunté, intentando que mi voz sonase neutra.

—Me voy el sábado por la noche, así que estás atrapada conmigo hasta entonces.

—Me besó la base del cuello.

—Genial —murmuré. Las clases se acababan el miércoles. Casi todos los puros se iban de vacaciones súper pijas, lo que significaba que la mayoría de los Guardias se irían para protegerlos.

Algunos mestizos también se irían —alguno que siguiese en contacto con su familia mortal o se llevase bien con el pura sangre—. Aún podía haber alguna posibilidad de que me pudiese escapar, ¿pero cómo iba a ir hasta Nueva York? Ni siquiera tenía carnet de conducir, aunque ese era el menor de mis problemas.

Tendría que llegar hasta Nueva York sin que me matasen por el camino.

Seth volvió a besarme y yo me revolví, apartándole mientras nuestra conexión parecía querer ahogarme.

—¿Y por qué tienes que irte? —le pregunté. Necesitaba algo, lo que fuese, en lo que concentrarme para no hacer caso al cordón, que se tensaba cada vez más.

Se enrolló mechones de mi pelo en los dedos.

—Hay un problema con... los sirvientes de los Catskills.

—¿Qué? —El miedo floreció en mi interior, creciendo tan rápido como las malas hierbas—. ¿A qué te refieres?

—Algunos desaparecieron tras el ataque. No han encontrado sus cuerpos y no se escapó ningún daimon. —Volvió a darme un rápido y profundo beso antes de volver a hablar—. Parece que el elixir no funciona muy bien.

—¿Sabes algo de los desaparecidos? —Le agarré la mano antes de que siguiese indagando por debajo de mi camiseta.

—No creo que tu padre esté entre los desaparecidos, pero en cuanto pueda confirmarlo, te lo haré saber. —Se inclinó hacia delante y, como lo tenía agarrado de la muñeca, no pude pararle—. No quiero seguir hablando. Voy estar fuera muchas semanas.

Su peso hizo saltar de alegría al cordón mientras yo luchaba por prestar atención.

—Seth, esto... esto es importante. ¿Qué ha pasado con el elixir?

Suspiró.

—No lo sé. Parece que ya no es tan fuerte.

—¿Tan fuerte?

—Sí, los mestizos... empiezan a ser conscientes de sí mismos. Como los ordenadores de Terminator.

Era una comparación extraña, pero entendí a qué se refería. Y guau, lo que estaba pasando era algo bastante importante. El elixir era una mezcla de hierbas y compuestos químicos que hacían que los mestizos estuviesen atontados y serviciales. Sin él, dudaba que los mestizos esclavizados estuviesen contentos con lo que les había tocado en la vida.

—Aquí parece que sí que funciona.

—Es eso. Que funciona en todas partes menos allí. El Consejo quiere que nos aseguremos de que no pasa nada en Nueva York, sobre todo después del ataque.

—¿Pero por qué tienes que ir tú?

—No lo sé, Álex. ¿Podemos hablarlo luego? —Me miró con los ojos brillantes—. Quiero hacer otras cosas.

El cordón zumbó, como si estuviese de acuerdo.

—Pero...

Seth volvió a besarme y apretó más su mano contra mi tripa. Le solté la muñeca para empujarle de encima, pero me encontré agarrándole de la camiseta. El aire a nuestro alrededor crepitó. Algo empezaba a crecer en mi interior, una advertencia de que la maldita conexión no iba a traer nada bueno.

Sentí cómo el cordón salía a la superficie incluso antes de abrir los ojos. Las luces ámbar y azul proyectaban sombras extrañas en las paredes de mi habitación. Me sentí paralizada por ellas durante un segundo. Se me hacía realmente extraño que fuésemos nosotros los causantes. Que viniesen de nuestro interior.

Me asustó un poco.

Una de sus manos estaba por todas partes, bajando por mi brazo, por mi pierna, y nuestros cordones se unían en una espiral sin fin, conectándonos. Agarré su camiseta con los dedos, tirando de él hacia arriba y hacia abajo.

De repente, me ardía la piel bajo su mano. Pequeños pinchazos de dolor me cortaban la respiración. Sentí algo en el estómago, era akasha pasando a través de nuestros cordones. Un pequeño momento de cordura me recordó lo ocurrido la última vez que nos unimos. Estábamos moviéndonos juntos en la cama, y aquella vez había poca ropa que quitar.

El pánico clavó sus garras en mí. No estaba lista para hacerlo, con Seth. Le solté la camiseta y le empujé fuerte para poder salir de debajo suya y romper la conexión. Me puse de rodillas, tocándome la tripa.

—Eso... duele.

Seth parecía mareado.

—Perdón, no puedo controlarlo.

Con las manos temblando me levanté la camiseta para ver lo que supuse que habría. Centrada sobre mi ombligo, justo debajo de las costillas, tenía una marca brillante que parecía una doble tilde unida por arriba.

—Es la marca de la energía de los dioses —susurró Seth sentándose—. Joder, Álex, esta es buena, mañana deberíamos intentar volar algo por los aires. Sé que se te dio fatal porque era la primera vez que lo intentabas, pero estoy seguro de que ahora va a funcionar.

Era increíble lo rápido que había pasado de querer hacerlo a querer volar algo por los aires. Seth parecía más emocionado por la runa que por cualquier otra cosa, y sus

ojos volvían a tener aquel brillo de locura.

Puso sus manos alrededor de la marca.

—Primero aparecen cuatro marcas: valor, fuerza, energía e invencibilidad. Pero la de la energía, esa es akasha. ¿Has visto dónde está? —Quiso tocar la marca, pero me aparté y él frunció el ceño—. Bueno, da igual, de ahí es de donde sacas la energía.

También es donde se quedaba el cordón inactivo cuando no intentaba convertirme en una hormona con patas.

—¿Qué pasa cuando te llega la cuarta marca?

Seth se pasó una mano por el pelo, apartándoselo de la cara. La luz de luna que se filtraba por las persianas brillaba en su cara.

—No lo sé. A mí me vinieron todas de golpe, pero aparecieron en ese orden: en ambas palmas, en la tripa y en la nuca. Y luego todo lo demás.

De repente se me secó la boca. Me solté la camiseta y me senté en el borde de la cama.

—¿Crees que Despertaré antes si me aparece la cuarta?

Levantó la mirada.

—No lo sé, ¿sería algo malo?

Me sentí mareada.

—Igual deberíamos dejar de... tocarnos y esas cosas hasta que cumpla los dieciocho.

—¿Qué?

—Seth, no puedo Despertar antes de tiempo.

Negó con la cabeza.

—No lo entiendo, Álex. Las cosas irán mucho mejor en cuanto Despiertes. No tendrás que volver a preocuparte por Telly ni por las furias. Demonios, ni siquiera los dioses podrán tocarnos. ¿Cómo no va a ser algo bueno?

No era bueno porque, en cuanto Despertase, era bastante probable que me perdiese a mí misma durante el proceso. Seth me advirtió hacía tiempo que sería como dos mitades uniéndose, que aquello que él desease afectaría a mis decisiones y elecciones. No volvería a tener el control sobre mí misma ni sobre mi futuro.

Aiden tenía razón aquel día en la cámara de aislamiento sensorial. Estaba aterrada.

—Álex. —Me cogió la mano con delicadeza, con dulzura—. Que Despiertes ahora será lo mejor para... los dos. Incluso podríamos intentarlo, ver si conseguimos que aparezca la cuarta marca. Quizá no pase nada. Quizá Despiertes.

Me solté la mano. La determinación de sus palabras me asustó.

—¿Estás... estás haciéndolo aposta, Seth?

—¿Hacer qué?

—Intentar hacer que Despierte antes, tocándome o lo que sea.

—Te toco porque me gusta. —Volvió a intentar tocarme, pero lo aparté la mano—. ¿Qué pasa contigo? —preguntó.

—Lo juro por todos los dioses, Seth, si estás haciendo esto aposta pienso acabar contigo.

Seth arrugó las cejas.

—¿No crees que estás siendo un tanto melodramática?

—No lo sé. —Y lo decía en serio. Las palmas me picaban, la tripa me ardía y el cordón por fin se estaba calmando—. No has hecho nada conmigo en las últimas semanas más que entrenar, y vas y apareces esta noche aquí, todo cariñoso y sobón. ¿Y justo pasa esto?

—Estaba cariñoso y sobón porque voy a estar fuera varias semanas. —Seth se bajó de la cama elegantemente—. Y no te estaba evitando. Simplemente te estaba dando espacio.

—¿Y por qué has venido esta noche?

—Sea por lo que fuere, está claro que ha sido un error. —Se agachó para coger los zapatos—. Parece que solo vengo para utilizarte para mis malvados planes.

Me bajé de la cama. ¿Me estaba volviendo paranoica?

—¿Qué haces?

—¿Qué te parece? No quiero estar donde no se me quiere.

Empecé a sentir un cierto malestar que me retorció por dentro.

—¿Entonces por qué has venido si... no es para eso?

Levantó la cabeza. Sus ojos eran de un color acre furioso, como un león acorralado que se debate entre huir y atacar.

—Te echaba de menos, Álex. Por eso. Y voy a echarte de menos. ¿Acaso se te ha pasado eso alguna vez por la cabeza?

Oh, oh dioses. Me puse roja, sintiéndome culpable. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Me sentía lo peor.

Seth apartó la mirada.

—Supongo que te veré a la vuelta. —Se giró hacia la puerta—. Tú solo... ten cuidado.

—Mierda —murmuré. Salí disparada y me puse delante de la puerta—. Seth...

—Aparta del medio, Álex.

Sus palabras me hirieron, pero respiré profundamente.

—Mira, todo esto de las marcas y del Despertar me tiene muerta de miedo. Ya lo sabes, pero... pero no debería haberte acusado de nada.

No cambió la expresión de su cara.

—Pues no.

Le agarré la mano y dio un paso atrás.

—Lo siento, Seth.

Miró hacia el infinito, con la boca cerrada.

—Lo siento de veras. —Le solté la mano y apoyé la cabeza contra su pecho. Con cuidado, le rodeé con mis brazos—. Lo que pasa es que no quiero convertirme en otra persona.

Seth tomó aire.

—Álex...

Cerré los ojos con fuerza. Con conexión o sin ella, me preocupaba por él. Era importante para mí y quizá sentía por él algo más que lo que la conexión me hacía sentir. A lo mejor simplemente era que me preocupaba por él igual que me había preocupado por Caleb. Sea como fuere, no quería herir sus sentimientos.

Soltó los zapatos y me abrazó.

—Me vuelves loco.

—Lo sé. —Sonreí—. El sentimiento es mutuo.

Rio y me besó en la frente.

—Vamos. —Empezó a guiarme hacia la cama.

Me quedé un poco parada. No querer herir sus sentimientos no significaba que quisiera acabar con una marca en la nuca. Seth me metió en la cama.

—A dormir, Álex. Nada más... a no ser que... —Su mirada cayó sobre el tirante de mi camiseta—. Sabes, deberías llevarlo más a menudo. Deja poco a la imaginación, y me gusta.

Me puse completamente roja. Pasé por encima de él y me arrojé hasta la barbilla. Seth se rio y se tumbó. Me pasó un brazo por la cintura, arrojándose bien cerca. Respiraba tranquilo, no como yo, que parecía que se me iba a salir el corazón del pecho. Además, estaba sonriendo, como si no hubiésemos discutido.

—Eres un perverso —dije por enésima vez.

—Me has llamado cosas peores.

Y supuse que en el futuro volvería a hacerlo.

Capítulo 9

—Guau. Mira quién está sonriendo. El mundo se va a acabar. —Dos ojos plateados asomaban tras un montón de pelo rubio rizado, Deacon St. Delphi sonrió mientras se sentaba a mi lado—. ¿Cómo te va, mi mestiza favorita?

—Bien. —Miré el libro de texto, con la boca cerrada—. Perdón por no haber estado muy habladora.

Se inclinó hacia mí, tocándome en el hombro.

—Lo entiendo.

Sabía que lo hacía. Seguramente por eso no me había presionado para que hablase con él desde que había vuelto. Solo se sentaba a mi lado en clase, sin decir nada. No me había dado cuenta de que había estado esperando a que me soltase yo.

Volví a mirarle. Aquello era lo que pasaba con Deacon. Todo el mundo, incluso Aiden, le veía como un chico fiestero y vago que no prestaba atención a nada, pero era bastante más observador de lo que nadie pensaba. Lo pasó mal creciendo sin padres y creo que por fin estaba saliendo de la etapa de chico fiestero al que no le importa nada.

—¿Vas a hacer algo estas vacaciones de invierno?

Puso los ojos en blanco.

—Para eso haría falta que Aiden se tomase días libres, porque no me deja salir de la isla sin él. Desde lo sucedido en los Catskills ha estado súper paranoico. Creo que piensa que pueden aparecer por aquí daimons o las furias en cualquier momento.

Me encogí.

—Lo siento.

—Da igual —respondió—. No es culpa tuya. Veo que no voy a hacer nada emocionante. He oído que mi querido hermano mayor está haciéndote de vigilante.

Puse los ojos en blanco.

—Ya sabes, le oí por encima hablar con el Decano cuando fue a casa.

—¿Qué casa? ¿La cabaña de Aiden?

Deacon levantó una ceja.

—No, *la* casa. —Me vio como asombrada y se apiadó de mí—. La casa de nuestros padres. Bueno, en realidad ahora es su casa. Está al otro lado de la isla, cerca de la de Zarak.

No tenía ni idea de que hubiese otra casa. Simplemente había asumido que la cabaña era de Aiden y que Deacon dormía en la residencia. Y pensándolo, ¿por qué demonios estaba Aiden viviendo en aquella mini cabaña si tenía una de esas enormes casas opulentas en la isla principal?

Como si supiese en qué estaba pensando, Deacon suspiró.

—A Aiden no le gusta estar en la casa. Le recuerda demasiado a nuestros padres y odia ese estilo de vida lujoso.

—Oh —susurré, mirando hacia el frente de la clase. Aquel profesor siempre llegaba tarde.

—Pues eso, volviendo a mi historia. Les escuché hablando. —La silla y la mesa de Deacon hicieron un ruido horrible al acercarse a mí—. ¿Quieres saber de qué?

Luke, que estaba sentado en la mesa de Elena, nos miró. Levantó las cejas al vernos.

—Claro. Suéltalo —le dije.

—En el Consejo está pasando algo, algo que tiene que ver con los mestizos.

—¿Cómo qué? —pregunté.

—No lo sé exactamente. Pero sé que tiene que ver con el Consejo de Nueva York. Deacon apartó la mirada, concentrándose en la clase.

—Supuse que sabrías algo, ya que acabas de estar allí.

Negué con la cabeza. Siempre pasaba algo con el Consejo, y seguramente tendría que ver con lo del elixir. Entonces me di cuenta de que Deacon seguía mirando hacia delante. Seguí su mirada. Estaba mirando a Luke.

Y Luke le estaba mirando a él.

De una forma tan intensa como a veces miraba yo a... Aiden.

Volví a mirar rápidamente a Deacon. No podía verle los ojos, pero tenía las orejas sonrosadas.

Después de un rato, demasiado para ser un tío mirando a otro por casualidad, Deacon se echó hacia atrás. Pensé en aquella voz fantasma que había oído con Luke en la habitación sensorial. Me pareció conocida... pero no podía ser.

—En fin. —Deacon se aclaró la garganta—. Creo que haré una fiesta para todos los que se tienen que quedar aquí durante las vacaciones de invierno. ¿Crees que Aiden se animará?

—Eh, no creo.

Deacon suspiró.

—Habría que intentarlo.

Le devolví la mirada.

—Sí, supongo.



—No funciona.

Seth hizo un ruido de impaciencia con la garganta.

—Intenta concentrarte.

—Eso hago —le solté, apartándome el pelo que el viento me había lanzado sobre

la cara.

—Inténtalo con más ganas, Álex. Tú puedes.

Me abracé, temblando. En el pantano hacía un frío increíble. El viento frío y húmedo me golpeaba, y el grueso jersey no servía de nada. Llevábamos con aquello casi todo el sábado. Cuando Seth sugirió que podía intentar volar por los aires, supuse que estaba bromeando.

Me equivocaba.

Cerré los ojos y me imaginé el pedrusco en mi mente. Ya conocía su textura, el color terroso y su forma irregular. Llevaba mirando esa cosa durante horas.

Seth se puso detrás de mí, me cogió la mano y la puso en el lugar donde había aparecido la última marca.

—Siéntelo. ¿Lo sientes?

¿Sentir el cordón? Sí. También me gustaba que él me tapara la mayor parte del viento.

—Vale. Imagínate el cordón desenredándose, siente cómo despierta a la vida.

Tenía la sensación de que Seth estaba disfrutando demasiado con todo aquello, teniendo en cuenta cómo se apretaba contra mí.

—¿Álex?

—Sí, siento el cordón. —Lo sentí abriéndose, reptando por mis venas.

—Bien. El cordón no solo somos nosotros —dijo suavemente—. Es akasha, el quinto y último elemento. Ahora deberías sentir a akasha. Accede a ello. Imagina en tu mente qué quieres.

Quería un taco, pero dudaba que akasha pudiese traerme algo Taco Bell. Dioses, en aquel momento sería capaz de hacer cosas terribles por un Taco Bell.

—¿Álex, me estás prestando atención?

—Por supuesto. —Hice una mueca.

—Entonces hazlo. Vuela la roca.

Seth hizo que sonara fácil. Como si un bebé pudiese hacerlo. Me hubiese gustado darle un codazo en el estómago, pero me imaginé la roca y luego me imaginé el cordón saliendo disparado de mi mano. Lo hice una y otra vez.

No pasó nada.

Abrí los ojos.

—Lo siento, no funciona.

Seth se apartó, quitándose los mechones de pelo que se le habían soltado de la coleta. Puso las manos sobre su cadera y me miró.

—¿Qué? —Otra ráfaga de viento helado me obligó a moverme para mantenerme en calor—. No sé qué quieres que haga. Tengo frío. Tengo hambre. Y he visto que, por alguna extraña razón, están poniendo ahora en la tele la película Solo en Casa y tengo que verla porque en Navidades estuve contigo las veces que la echaron por la

tele.

Levantó las cejas.

—Que quieres ver ¿qué?

—¡Oh, dioses! ¿No sabes todo lo que le pasa a ese niño?

—¿Qué?

—Qué triste, Seth.

Movió la mano.

—Da igual. Algo tiene que desatar tu habilidad de acceder a akasha. Ojalá... —
Le vi pensativo y luego juntó las manos—. La primera vez que lo hiciste, estabas
cabreada. Y luego te convertiste en una ninja loca luchando contra las furias, estabas
cabreada y asustada. Hay que *presionarte*.

—Oh, no no no. —Empecé a retroceder—. Sé a dónde quieres llegar, y no voy a
seguirte el juego. En serio, Seth. Ni se te...

Seth levantó la mano, y el elemento aire me golpeó contra el pecho, tirándome de
espaldas. Luchar usando los elementos era algo en lo que había mejorado un poco.
Entonces, accedí a la energía y sentí cómo se tensaba el cordón, cómo tiraba. Me
encogí mientras el aire huracanado rompía a mi alrededor. Al incorporarme, el pelo se
me echó hacia atrás.

Iba a dejarlo lisiado.

Y entonces lo tenía encima, usando todo su peso para mantenerme quieta contra
la áspera hierba muerta. Pequeños guijarros se me clavaban en la espalda al
retorcerme bajo él.

—¡Quítate de encima, Seth!

—Oblígame —dijo, acercando su cara a la mía.

Alcé las caderas, enrollé mis piernas en su cintura y giré. Durante un segundo
tuve ventaja sobre él y deseé apretarle el cuello con mis dedos helados y ahogarlo
hasta la muerte. No me gustaba estar atrapada contra el suelo ni la sensación de
impotencia. Y Seth lo sabía.

—Así no —gruñó Seth. Me agarró de los hombros, poniéndome de espaldas de
nuevo—. Usa akasha.

Pelemos, rodando entre los arbustos. Cada vez que me tiraba de espaldas, Seth
se frustraba más, y yo tenía más ganas de matarle. Me atravesó una dulce y cabezona
ira, enredándose en el cordón. Sentí cómo crecía. Me picaba la piel. Las marcas del
Apollyon me ardían y palpitaban.

Los labios de Seth se curvaron.

—Eso es, hazlo.

Grité.

Y entonces teníamos a Leon encima, agarrando a Seth por el cuello de la camiseta
y lanzándolo a un lado. Se revolvió como un gato en el aire y aterrizó de rodillas. Las

marcas del Apollyon aparecieron todas a la vez, moviéndose por su piel con tanta rapidez que se volvieron borrosas. Se fijó en Leon. Había algo mortal en sus ojos, lo mismo que cuando el Maestro me pegó. Pensé en Jackson.

Me puse en pie y corrí hacia Seth.

—¡No! ¡Seth, no!

—No deberías haberlo hecho —Seth avanzó. Sus intenciones eran claras.

Leon levantó una ceja.

—¿Quieres intentarlo, chico?

—¿Quieres morir?

—Dejadlo —dije entre dientes, metiéndome entre los dos. Miré a Leon por encima del hombro. El centinela pura sangre no parecía mínimamente preocupado. Estaba loco.

—Leon, estábamos entrenando.

—Pues no me lo parecía.

Sobre el enorme hombro de Seth, pude ver a varios Guardias y a Aiden venir hacia nosotros. Deseé que fuesen más rápido y llegasen antes de que alguno de aquellos dos idiotas hiciese alguna estupidez.

—Leon, no estaba haciéndome daño —intenté de nuevo.

—¿Qué crees que vas a hacer? —preguntó Seth—. ¿A hacerme?

Miró a Seth.

—Crees que puedes derribarme, ¿verdad?

—No lo creo. —Akasha, hermosa y brillante, rodeaba su mano derecha. El aire chasqueó alrededor de la bola—. Lo sé.

Aquello era una locura. Le agarré el brazo a Seth y sentí un golpe de ira en mi interior. Quise atacar a Leon, tenía que mostrarle que estaba metiéndose con la persona equivocada, que yo era mejor que él. No se atrevería a volver a tocarme. Se lo iba a demostrar.

—Vamos —dijo Leon en voz baja.

—¡Hey! —gritó Aiden—. ¡Ya basta!

Seth y Leon se movieron a la vez, apartándome de un golpe. La combinación de los brazos de ambos contra mí me envió volando hacia atrás y choqué contra el pedrusco que había estado intentando volar en pedazos. Giré para no caer de cara contra el terreno pantanoso y aterricé de rodillas. El fango helado me manchó los pantalones y me saltó a la cara.

Aturdida, más por la rabia que por otra cosa, levanté la cabeza y miré entre mi pelo. ¿Qué demonios acababa de pasar? Lo de que me empujasen había sido un accidente, pero la violencia que había sentido no era mía.

Era de Seth. No había sido como las otras veces, cuando me habían dado los sofocos. Aquello había sido distinto. *Sentí* aquello que él sentía, *quise* lo que él

quería. ¿Me había pasado antes? Creo que no. Me temblaban las manos.

Los Guardias habían llegado a Leon. No estaba segura de si intentaban proteger a Leon o a Seth. Aiden, en cambio, fue a por el Apollyon, como supuse que haría en cuanto le vi.

Estaba segura de que Aiden sabía que había sido un accidente, pero parecía querer apalearlos a los dos. Por lo que se decían y cómo se agarraban, Leon culpaba a Seth y este culpaba a todos menos a él mismo. Los Guardias parecían estar muy preocupados.

Tambaleándome y saliendo del pantano, me dirigí hacia ellos justo cuando Seth intentaba evitar a Aiden.

Con los ojos brillantes, Aiden lo agarró del cuello de la camiseta y lo apartó varios metros. No parecía ver que tenía el elemento más fuerte y mortal conocido por los dioses a unos centímetros de su cuerpo, o no le importaba.

—Ya basta —dijo Aiden empujando a Seth—. Apartaos.

—¿En serio quieres meterte? —preguntó Seth—. ¿Ahora?

—Más de lo que te imaginas.

Akasha tembló y Seth empujó a Aiden.

—Oh, y tanto que me lo imagino. ¿Y sabes qué? Es algo en lo que pienso... *cada vez*. ¿Sabes a qué me refiero?

—¿Es lo mejor que tienes, Seth? —Aiden empezó un mano a mano con el Apollyon. Y de repente me di cuenta de que aquello no sucedía solo por lo que acababa de ocurrir. Era mucho más—. Porque creo que tú y yo sabemos la verdad.

Oh, dioses benditos, aquello se estaba convirtiendo en una pelea entre chicos.

Seth se movió tan rápido que resultaba difícil verlo. Tenía un brazo hacia atrás, apuntando directamente a la mandíbula de Aiden. Él reaccionó igual de rápido y le agarró el brazo, apartándolo de nuevo.

—Vuelve a intentarlo, y no pararé —advirtió Aiden.

Un segundo después ya estaban pegándose. Los dos cayeron al suelo rodando y lanzándose puñetazos, solo se veía una mancha negra moviéndose, según lograba uno u otro estar arriba. Empecé a avanzar, pero me paré al poco. Ni siquiera estaban peleando como Centinelas. No había nada grácil en sus puñetazos ni en sus bloqueos. Estaban peleando como dos idiotas llenos de testosterona, y yo sentí la necesidad de ir hasta ellos y pegarles una patada en la cabeza.

Levanté las manos.

—Debe de ser una broma.

Los Guardias y Leon fueron a por los dos. Les costó separar a Aiden de Seth. Aiden tenía un corte en la mejilla y tenía unas gotitas de sangre. Seth tenía una raja en el labio.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó Leon apartando a Aiden—. Aiden, tienes que

parar.

Aiden se pasó la mano por la mejilla y se apartó de Leon.

—Sí, ya he acabado.

Los Guardias le decían lo mismo a Seth, pero cuando lo soltaron, Seth se abrió paso entre ellos.

—¿Creéis que podríais ganarme en una pelea? ¿Cualquiera de vosotros? ¡No me podéis ni tocar! Soy el maldito...

—¡Parad ya! —grité—. ¡Parad! —Seth se quedó de piedra y varios pares de ojos se fijaron en mí—. ¡Dioses! *Estábamos* entrenando. No hay por qué matarse por esto. —Miré a Aiden—. No tiene sentido. Así que parad de una maldita vez.

Se sentía la tensión en el aire, pero Seth se apartó y escupió un montón de sangre. Se estiró la camiseta y las marcas empezaron a desaparecer.

—Como iba diciendo, pero parece que sois demasiado estúpidos como para entenderlo, *estábamos*...

—Cállate Seth. —Cerré los puños.

Levantó las cejas.

Aiden seguía estando furioso. Sus ojos eran como lagos de plata.

—Ya está, ¿vale? —dije, sobre todo a él—. Estoy bien. Nadie ha muerto. Y ahora, si entre los tres lográis no mataros los unos a los otros, voy a darme una ducha, porque huelo a culo.

Los labios de Leon se torcieron como si quisiera sonreír, pero tras la mirada de furia que le lancé, su expresión volvió a la estoicidad a la que me tenía acostumbrada.

Pasé junto a él, temblando. Los vaqueros se me estaban helando sobre las piernas.

Seth se giró.

—Álex...

—No. —Me paré. Que ni se le ocurriese venir conmigo. Necesitaba alejarme de él, poner algo de distancia entre su rabia y yo antes de que me liase a dar puñetazos. Tenía que averiguar qué acababa de pasar allí, por qué había sentido con tanta intensidad los deseos de Seth.

—¡Álex! —gritó Seth—. Vamos.

—Déjame sola. —Volví a ponerme en marcha—. Ya he tenido suficiente por hoy. En serio. *Fin*.

Capítulo 10

Seth sabía que aquel sábado por la noche le convenía no venir a buscarme. Y lo agradecí, porque la verdad era que no quería ver su cara. Sin embargo, el domingo por la noche le abrí la puerta cuando llamó. Por eso supe que se sentía mal; Seth nunca llamaba a la puerta.

Llevaba las manos en los bolsillos y tenía el lado derecho del labio hinchado.

—Hey —me dijo, mirando por encima de mi cabeza.

—Hey.

Cambió el peso de pierna.

—Álex, siento... siento lo de ayer. No...

—Calla —le corté—. Sé que solo intentabas que usara akasha, no pretendías atizarme, pero estabais como locos. Y no lo digo para bien.

Puso cara de cordero.

—Ya lo sé, pero Aiden me cabreó...

—Seth.

—Vale, tienes razón. Ya está, ya ha pasado. Y no quiero discutir contigo. Me estoy preparando para irme. —Entonces me miró—. Había pensado que estaría bien que me acompañases hasta el puente.

—Deja que coja algo para ponerme por encima. —La verdad es que necesitaba hablar con él. Tras coger una sudadera, salió de la habitación en silencio. El campus estaba oscuro; solo se movían las sombras de los Guardias que patrullaban. Al respirar, formaba pequeñas nubecitas en el aire—. Ayer sentí tu rabia.

—Seguro que cualquiera en un radio de diez kilómetros la sintió.

—No me refiero a eso. —Seguimos el camino de mármol que rodeaba las residencias y llevaba hacia el puente, al lado del edificio principal del Covenant—. La sentí *de verdad*. Estaba deseando darle una paliza de muerte a Leon. Era como... si fuese mi propia rabia.

Seth no respondió, solo miraba al frente, con los ojos entrecerrados.

—Se me pasó en cuanto dejé de tocarte, pero fue bastante extraño. —Me paré en cuanto vi el puente. Estaban llenando un Hummer negro de equipaje. El aire estaba lleno de humo, y varios Guardias vigilaban el lugar—. ¿No tienes nada que decir?

Me miró.

—Estabas tan cerca de soltar a akasha, Álex. Si Leon no hubiese interrumpido, lo habrías logrado.

Ni que eso hubiese sido lo más importante que había pasado.

—Seth, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Sí, pero no sé por qué sentiste mi enfado tan claramente. —Se sacó las manos

de los bolsillos y cruzó los brazos—. Puede que fuera porque estabas accediendo a akasha. Te puso más en sintonía con lo que yo estaba sintiendo.

Parecía que lo que yo había sentido ni le preocupó ni le sorprendió, pero para mí era algo bastante importante.

—Cuando Despierte, sentiré y querré lo mismo que tú. ¿Entiendes qué quiero decir? Ya *quería* lo mismo que tú.

—Álex. —Me puso las manos sobre los hombros y me apoyó contra su pecho—, no estás Despertando. Deja de preocuparte.

Fruncí el ceño y me aparté.

—Pero sí que está empezando a pasar, ¿verdad? ¿Primero las marcas y ahora esto? Además, apenas queda un mes.

—No pasa...

—Alexandria, me alegra que hayas venido a despedir a Seth —dijo Lucian. Me giré y en ese mismo momento me vi envuelta en un débil abrazo. Casi me ahogo en su olor de incienso y clavo—. Ojalá fuese seguro traerte con nosotros. Calmaría mis preocupaciones que estuvieses cerca de Seth.

Los brazos me colgaban bajo su abrazo. Agh. Odiaba cuando Lucian hacía aquello.

Me dio unas palmaditas en la espalda y se apartó, dirigiéndose a Seth.

—¿Cuántos Guardias crees que tenemos que llevar?

¿Lucian le pedía a Seth su opinión? Pero. Qué. Demonios. Me giré hacia Seth, incrédula.

Seth se puso recto.

—Por lo menos cinco. Eso dejaría cuatro para ayudar aquí en caso de que ocurriese algo.

—Bien. Tienes ojo para ser líder, Seth —Lucian le dio una palmadita en el hombro—. Si tuviésemos más Centinelas como tú, no habría tantos problemas con los daimons. —Hizo una pausa y sonrió—. Si hubiese más hombres como tú en el Consejo, nuestro mundo sería mucho mejor.

Me entraron ganas de reír. No podía creerme que Seth estuviese accediendo a aquella épica lamida de culo. Era obvio por la forma en que Lucian sonreía bobamente y murmuraba como admirado, pero dioses, Seth estaba como si le acabasen de dar un millón de dólares y le dijiesen que se los podía gastar en alcohol y mujeres.

—Estoy de acuerdo —Seth sonrió de una forma aún más chulesca.

Me dieron ganas de zarandear a Seth. Empezaba a tenerlo muy en cuenta.

Lucian se giró hacia mí.

—Tú, cariño, tienes mucha más suerte que la mayoría de los mestizos. Has sido bendecida al ser un Apollyon y que este gran hombre sea tu otra mitad.

Hice una mueca.

A mi lado, Seth seguía quieto.

—Os dejo que os despidáis. Salimos en unos minutos, Seth.

Vi cómo Lucian se marchaba. Su túnica blanca ondeaba tras de sí, sin llegar nunca a rozar el suelo. Me acordé de la forma en que estuvo mirando el trono del Patriarca Telly cuando estuve dando mi testimonio en los Catskills. A nadie le atraía tanto el poder como a Lucian.

—Sabes —dijo Seth arrastrando las palabras—, no tienes que estar tan sorprendida por lo que ha dicho Lucian. Podría haber sido peor.

Reí.

—¿En serio me lo dices?

Seth me lanzó una mirada de ira.

—La cosa es que me parece que soy un buen partido.

—La cosa es que crees que eres lo mejor que jamás haya existido, pero no estaba hablando de eso. Te estaba lamiendo el culo, Seth. Trama algo.

—Para nada. —Volvió a cruzar los brazos—. Lo que pasa es que Lucian cree que sé de qué hablo. Y también aprecia mis opiniones.

—Lo dirás de broma. —Intenté no poner los ojos en blanco.

—¿Por qué te cuesta tanto creerlo? —Se veía que estaba molesto—. Déjame que te pregunte algo, Álex. Si Lucian o tu tío dijeren cosas buenas de Aiden, ¿te costaría tanto tragártelas?

—¿Qué narices quieres decir con eso? —¿Y a qué venía?—. Aiden es un Centinela, su habilidad para tomar decisiones o liderar es...

—¿Qué piensas que soy? —Seth inclinó la cabeza hacia delante y bajó las cejas—. ¿Una broma en vez de un Centinela?

Ay. Vi cuál fue mi fallo.

—No es lo que quería decir. Eres un Centinela, de los buenos, pero por favor, dime que no confías en él. —Le agarré del brazo y apreté—. Eso era lo que quería decir.

—Sí que confío en Lucian, y tú también deberías. De todos los que te rodean, él es el único que está intentando cambiar nuestro mundo.

—¿Qué?

—¿Seth? —dijo Lucian—. Es la hora.

—Espera. —Le agarré el brazo—. ¿A qué te refieres?

Le vi nervioso cuando me miró atentamente.

—Tengo que marcharme. Por favor, ten cuidado, y recuerda aquello que te dije la otra noche. Ni se te ocurra intentar ir a Nueva York.

Le miré enfada.

Empezó a sonreír mientras se daba la vuelta, pero paró.

—¿Álex?

—Dime.

Abrió la boca mientras se pasaba la mano por la cabeza.

—Nada, ten cuidado, ¿vale? —Cuando asentí, se metió la mano al bolsillo y sacó algo pequeño y delgado—. Casi me olvido. He cogido esto para que podamos hablar mientras estoy fuera.

Cogí el móvil. No era de los baratos, así que deseé que tuviese un montón de juegos instalados.

—Gracias.

Seth asintió.

—He guardado mi número en la agenda. Yo ya tengo el tuyo.

No había nada más que decirse. Cuando Seth llegó al Hummer, Lucian *volvió* a darle una palmada en la espalda.

De repente, Leon apareció a mi lado; al parecer sería mi escolta de vuelta a la residencia.

Seth se montó en el Hummer, camino a un jet privado que los esperaba en el aeropuerto de la isla principal. Miró hacia atrás en cuanto el coche comenzó a moverse.

Forcé una sonrisa antes de que Leon me alejase del puente, pero bajo las luces pude ver cómo Seth parecía desilusionado mientras que Lucian tenía una sonrisa satisfecha.



Se hacía raro que Seth no estuviese. El cordón de mi interior se había calmado y estaba bastante segura de que, si un dios se me apareciese justo en frente, Seth no sentiría nada. Solo hacía un día que se había marchado, pero ya me sentía... *normal*. Como si me hubiesen quitado un peso de los hombros.

Y era raro, porque al llevar el libro de Mitos y Leyendas la mochila me pesaba un montón. Lo llevaba a todas partes, esperando poder acorralar a Aiden en algún momento que le tocase cuidar de mí. Pero en aquel momento tenía a Leon detrás de mí, a una distancia no demasiado discreta.

Me paré en mitad del camino, al lado del jardín, y me di la vuelta.

—¿No tienes frío?

Leon se miró la camiseta de manga corta.

—No. ¿Por qué?

—Porque hace un frío que pela. —Y vaya que sí. Llevaba una camiseta de tirantes, una camiseta térmica de manga larga y una sudadera, y aun así tenía frío.

Leon se paró a mi lado.

—¿Entonces qué haces fuera si tienes tanto frío?

—Por desgracia, salir es la única forma que hay de ir de un lado a otro del campus, a no ser que sepas algo que yo desconozco.

—Podrías hacernos un favor a todos y quedarte en la residencia —sugirió.

Temblando, me abracé.

—¿Tienes idea de lo bien que sienta poder hacer algo que no sea entrenar ni quedarme en la habitación?

—¿O estar con Seth?

Le miré detenidamente, intentando no sonreír.

—¿Has hecho una broma? Oh dios mío, sí.

Su cara no mostró ninguna emoción.

—No hay nada en ese chico sobre lo que se puedan hacer bromas.

—Vale. —Me di la vuelta y comencé a andar. Leon se puso a mi lado—. Seth no te gusta nada, ¿verdad?

—¿Tanto se nota?

Le miré.

—No. Para nada.

—¿Y a ti? —preguntó según girábamos la esquina del edificio de entrenamientos. El viento que venía del océano era bestial—. He oído rumores... de que dos Apollyons tienen una poderosa conexión. Tiene que ser difícil saber qué sientes de verdad por alguien si se da el caso.

Aquello sí que era incómodo. De toda la gente que había en el universo, no iba a ponerme a discutir con Leon sobre los problemas que tenía en mi relación.

Suspiró profundamente al mirar hacia la estatua de Apolo y Dafne, con expresión distante.

—Los sentimientos forzados siempre acaban en tragedia.

Aquello era muy profundo. Otra ráfaga de viento helado me atravesó. Dafne tenía un gesto realmente trágico.

—¿Crees que Dafne sabía que la única forma que tenía de escapar de Apolo era muriendo?

No respondió en seguida, y cuando lo hizo, lo hizo con voz profunda.

—Dafne no murió, Álex. Sigue igual que el día que... se perdió. Sigue siendo un laurel.

—Tío, vaya mierda. Apolo era un tío raro.

—A Apolo le habían alcanzado con una flecha de amor y a Dafne con una de plomo. —Miró hacia abajo y señaló hacia la estatua—. Como ya he dicho, un amor que no es orgánico y natural es peligroso y trágico.

Me aparté el pelo y volví a mirar la estatua.

—Bueno, espero no tener que convertirme en un árbol.

Leon chasqueó la lengua.

—Entonces presta atención y distingue entre necesidad y querer.

—¿Cómo? —Le miré bizqueando. El sol había empezado a ponerse y formaba una especie de halo alrededor de él—. ¿Qué acabas de decir?

Se encogió de hombros.

—Ahí está tu otra niñera.

Distraída, me di la vuelta. Aiden venía por el camino. Mataría por volver a verle en vaqueros. Hice una mueca. Bueno, igual no *matar*, pero casi. Cuando me volví a girar, Leon ya se había marchado.

—Mierda —murmuré, mirando detenidamente las sombras que comenzaban a crecer por la playa y el jardín.

—¿Qué pasa? —preguntó Aiden.

El pecho comenzó a palpitarme, igual que siempre que lo miraba. Tenía una leve moradura en la mandíbula por la pelea con Seth.

—Estaba hablando con Leon y de repente ha desaparecido.

Aiden sonrió.

—Suele hacerlo.

—Es que ha dicho algo... —Moví la cabeza—. Da igual. ¿Te toca a ti ahora ser mi niñera?

—Hasta que decidas quedarte en la habitación toda la noche —respondió—. ¿Hacia dónde ibais?

—Iba hacia la sala común, pero tengo algo que quiero enseñarte. —Toqué la parte baja de la mochila—. ¿Te apetece?

Levantó las cejas.

—¿Debería preocuparme por qué llevas en la mochila?

Sonreí.

—Puede.

—Bueno, ¿qué te queda en la vida si quitas el riesgo? ¿Tiene que ser en privado?

—Seguramente.

—Conozco el sitio perfecto. —Se metió las manos en los pantalones—. Sígueme.

Agarré las cintas de la mochila mientras me pedía a mí misma un poco de calma. No estaba hablando con él para ligar ni seducirlo. Ni para hacer nada que no debiese estar haciendo. Tenía un motivo, así que mi corazón no debería estar latiendo a esta velocidad.

No había ninguna razón.

Aiden me dio un golpecito con el codo después de llevar un rato andando en silencio.

—Estás diferente.

—¿Ah, sí?

—Sí, estás más como... —Se quedó en silencio. Cuando volvió a hablar, el océano tenía un color rojo dorado según el sol iba desapareciendo por el horizonte—. Pareces más relajada.

—Bueno, tengo más tiempo para mí misma. Eso es relajante. —Me pregunté si realmente se me veía cambiada. No me lo pareció por la mañana, cuando me estaba preparando. Lo único que había notado distinto era que las marcas no me habían molestado desde que Seth se había marchado.

—Oh, casi me olvido. Mandé la carta a Nueva York antes de que estos fuesen hacia allá. Laadan debería haberla recibido ayer u hoy.

—¿En serio? Espero que mi padre... no sea uno de los que han desaparecido.

—¿Cómo lo sabes? —Entrecerró los ojos—. No me lo digas. ¿Seth?

Asentí.

—Me dijo que algunos de los mestizos del servicio habían desaparecido y que el elixir no estaba haciendo efecto.

Vi en sus ojos que estaba preocupado.

—¿Cuánto te ha contado?

—No mucho más.

Aiden asintió.

—Claro que no. Algunos mestizos no responden al elixir. Ha habido rebeliones y peleas entre los sirvientes; se niegan a obedecer a los Maestros y desaparecen. El Consejo teme que haya una rebelión, y el Covenant de Nueva York se ha debilitado desde los ataques. Nadie sabe exactamente cómo o por qué el elixir ha dejado de funcionar.

Pensé en mi padre. ¿Sería él uno de los que han desaparecido o estaba luchando? Sabía que él era uno de aquellos en los que el elixir no funcionaba.

—Debería estar allí.

—Es aquí donde debes estar.

—Pareces Seth.

Entrecerró los ojos.

—Por una vez, estoy de acuerdo con él.

—Increíble. —Miré hacia el edificio de la academia principal y justo entonces supe hacia dónde nos dirigíamos—. Vamos a la biblioteca.

Volvió a sonreír.

—Tiene privacidad. Nunca hay nadie a esta hora y, si alguien nos ve, simplemente estás estudiando.

Reí.

—¿Y alguien va a creerse eso?

—Se han visto cosas más raras —respondió mientras subíamos por las anchas escaleras.

Pasamos junto a dos Guardias que estaban en la entrada. Desde el ataque que ocurrió allí en el que le arrebataron la vida a Caleb y el de los Catskills, habían aumentado muchísimo la seguridad. En el pasado me habría quejado porque hacía más difícil escaparse y rondar por allí. Pero en aquel momento, después de todo, me aliviaba ver que habían aumentado en número.

Un aire viciado nos saludó al entrar. En silencio seguí a Aiden por el pasillo hacia la biblioteca. Todavía había varios Instructores en sus despachos, y nos cruzamos con varios estudiantes que salían de allí.

Aiden se adelantó y abrió la puerta de la biblioteca, tan caballeroso como siempre. Sonreí agradecida y entré, pero me quedé helada.

Luke y Deacon salieron de detrás de una de las altas estanterías, hombro con hombro. Cuando nos vieron, juro que se separaron tres metros de un salto.

—¿Deacon? —Aiden parecía sorprendido—. ¿Estás en la biblioteca?

—Sí. —Deacon se apartó un mechón de rizos rubios de la frente—. Estamos estudiando Trigonometría.

Ninguno de los dos llevaba ni un solo libro en la mano. Miré a Luke expectante. Él apartó la mirada, pero torció la boca.

Aiden abrió los ojos hasta más no poder.

—Vaya. La verdad es que estoy orgulloso de ti. ¿Estudiando?

Mantuve la boca cerrada.

—Ya ves, comenzando una nueva etapa y todo eso. —Deacon se acercó a su hermano mayor—. Tomándome mi educación en serio.

Me mordí la lengua para no decir nada.

Aiden le hizo un gesto a Luke con la cabeza.

—Haz que no se meta en líos, Luke.

Oh, dios. Por la forma nerviosa en que Deacon movía los pies y la gran sonrisa de Luke, supuse que Aiden no tenía ni idea del tipo de «líos» en que se estaban metiendo estos dos. Las relaciones del mismo sexo no estaban en la lista de cosas tabú de nuestro mundo. Era el hecho de que Deacon fuese un puro y Luke un mestizo.

Y de entre todos los mestizos del mundo, yo sabía lo estúpido y peligroso que era aquello que fuese que estaban haciendo. Miré a Aiden. Me devolvió la mirada y sonrió. El estómago me dio un vuelco. Era estúpido y peligroso, pero no podía cambiar qué sentía.

Capítulo 11

Cuando Aiden encontró una sala de estudio vacía, yo seguía luchando por mantener la boca cerrada. Estaba al final de la biblioteca, entre las secciones de *Libros-que-nunca-he-leído* y la de *Libros-que-ni-siquiera-me-suenan*. Dejé la puerta semiabierta, lo que me alivió y me decepcionó al mismo tiempo.

Me senté y dejé la bolsa sobre la mesa.

—Está guay que Deacon esté estudiando y eso.

Aiden se sentó a mi lado y se giró, se puso frente a mí con su rodilla contra la mía.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Saqué el enorme libro y lo puse entre nosotros.

—¿Parezco estúpido?

Me quedé helada.

—Eh... ¿es una pregunta trampa?

Levantó una ceja.

—No. No pareces estúpido.

—Pues pensaba que sí. —Alargó un brazo y cogió el libro. Su mano rozó la mía, provocándome pequeños escalofríos—. Estaban estudiando igual que nosotros.

No estaba segura de cómo actuar, así que no dije nada.

Aiden se quedó mirando el libro, con cara de enfadado.

—Sé qué está haciendo mi hermano, Álex. ¿Y sabes qué? Me jode.

—¿En serio?

—Sí. —Levantó la mirada y me miró a los ojos—. No puedo creer que piense que me vaya a importar que le gusten los tíos o algo. Siempre lo he sabido.

—Pues yo no.

—A Deacon se le da bien ocultarlo. ¿Y qué es esto que tengo delante? —preguntó. Alargué el brazo y abrí el libro por la parte de la Orden de Tánatos. Pasó unas cuantas páginas y luego volvió al principio de la sección—. Siempre ha fingido que le interesaban las chicas y quizá también le gusten, pero a mí nunca me ha tenido engañado.

—A mí me tenía engañada. —Vi cómo un mechón rizado le caía a Aiden sobre la frente y sentí un terrible deseo de apartárselo—. ¿Así que nunca te ha hablado del tema?

Aiden gruñó.

—No. Creo que piensa que me voy a enfadar o algo. Y créeme, quiero decirle que no me importa, pero me parece que le resulta incómodo hablar sobre ello. Así que simplemente hago como que no lo veo. Supongo que en algún momento me lo

contará.

—Claro que sí. —Me mordí el labio—. Pero... es Luke.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—No me gusta el hecho de que pueda... estar con un mestizo, pero confío en que no haga nada... —Se echó a reír—. Sí, bueno, quizá no soy el mejor para dar lecciones sobre todo esto de los puros y los mestizos.

Me puse roja. Aiden levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron. Abrió la boca, pero la cerró rápidamente. Volvió a mirar hacia el libro y se aclaró la garganta.

—Así que, ¿la Orden de Tánatos? No es que sea algo muy divertido que leer.

Me sentía segura, así que asentí.

—Telly tiene tatuado este símbolo en el brazo. —Señalé hacia la antorcha, con cuidado de no tocarle—. Y Romvi también que, por cierto, sigue odiándome con todas sus fuerzas. Y me acuerdo de que, en la parte que hablaba sobre el Apollyon, mencionaba que Tánatos mató a Solaris y al Primero. A lo mejor todo el rollo este de la Orden sigue en activo y tienen algo que ver con... con lo ocurrido en los Catskills.

Cerró en un puño la mano que tenía junto al libro, pero no levantó la mirada.

—Hasta donde yo sé, la Orden ya no existe, pero quién sabe.

—¿Quizá esto nos revelaría algo? Pero yo no puedo leerlo.

Sonrió levemente.

—Dame unos minutos, no es fácil leerlo.

—Vale. —A parte del crujido de la puerta, la biblioteca estaba oscura y en silencio. Ni de coña iba a salir de allí. Saqué un cuaderno y un boli.

—Voy... voy a hacer como que estudio o algo.

Aiden rio.

—Hazlo.

Sonreí y comencé a garabatear en una página del cuaderno. Era difícil, porque su rodilla seguía rozando la mía, y puede que fuera mi imaginación, pero era como si cada vez estuviésemos más juntos.

Mientras Aiden leía, yo hice un boceto horrible de la estatua de Apolo y Dafne que había fuera. De vez en cuando, Aiden echaba un vistazo y hacía comentarios sobre el dibujo. Incluso llegó a ofrecerse a pagarme unas clases de dibujo, por lo que se ganó un puñetazo en el brazo.

Dejé mi obra de arte y miré a ver por qué página iba. No es que me sirviese de mucho, pero al mirar el símbolo que aparecía en cada página, sentí un nudo en la garganta. En lugar de pensar en Telly o en Romvi, me acordé del puro al que había matado en los Catskills. Me apoyé en el respaldo y me froté las piernas. La sensación de clavarle una daga a un puro era muy diferente a la de un daimon, incluso que a la de un daimon mestizo.

Siempre había elección y, de nuevo, había tomado la decisión incorrecta. De

hecho, había encadenado un montón de malas decisiones en muy poco tiempo, pero aquella se llevaba la palma. Podría haber desarmado al Guardia. Podría haber hecho cualquier otra cosa en lugar de lo que hice. Lo maté sin saber siquiera su nombre.

—Hey —dijo Aiden con voz suave—. ¿Estás bien?

—Sí. —Levanté la mirada y forcé una sonrisa—. ¿Has averiguado algo?

Me estaba mirando atentamente. Podía sentirlo incluso cuando volví a mirarme las manos.

—Solo el porqué de la creación de la Orden —dijo—. Parece ser que la creamos nosotros, los pura sangre, para que fuese una organización que mantuviese vivas las antiguas tradiciones y protegiesen a los dioses. Y parece que incluso algunos mestizos selectos fueron iniciados en la Orden.

—Genial. —Acaricié la mesa con las manos—. ¿Los dioses necesitan que los protejan?

—No parece ser como tú piensas, sino que más bien habla de proteger su existencia de los mortales, de todo aquel que sea una amenaza para ellos. —Aiden cogió el libro de nuevo y pasó unos cuantos capítulos—. Dice que los miembros tienen una marca, lo que explicaría el tatuaje, si es que pertenecen a la Orden. Pero hay algo más.

—¿Qué? —Le miré—. ¿El qué?

Respiró profundamente y giró el libro hacia mí.

—Lo hemos malinterpretado al leerlo. Es comprensible, por cómo está hecha la frase. Mira.

Aiden estaba señalando el capítulo sobre el Apollyon.

—*La reacción de los dioses, especialmente de la Orden de Tánatos, fue rápida y tajante. Ambos Apollyons fueron ejecutados sin juicio.*

Me hundí en la silla según iba comprendiéndolo todo.

—No fue Tánatos quien los mató sino la Orden de Tánatos.

Aiden asintió mientras volvía al capítulo de la Orden.

—Eso parece.

—¿Pero cómo? Tanto Solaris como el Primero habían Despertado completamente. Según dice Seth, en cuanto eso ocurre somos indestructibles.

Negó con la cabeza.

—La Orden es muy mística, o al menos es lo que pone aquí. —Con el dedo señalaba algo que para mí no eran más que garabatos—. Se dice que la Orden son «*los ojos y la mano de Tánatos*». ¿Quizá Tánatos les haya otorgado alguna habilidad para poder matar al Apollyon?

Moví la cabeza.

—Algo que no entiendo es que, si tanto los dioses como el Apollyon pueden usar akasha, entonces ¿por qué iban a necesitar los dioses, Tánatos, a nadie para matar al

Apollyon? Simplemente tendrían que usar akasha.

—No lo sé —dijo mirándome. Sus ojos eran de un gris metálico—. Y también me cuesta creer que Seth no lo sepa. ¿No te ha dicho que cuando Despiertas se te traspasan los conocimientos de los Apollyons anteriores?

—Sí que me lo dijo. Seth debería saberlo. —Apoyé la barbilla en la mano, y una horrible sensación me recorrió el cuerpo. Si Seth sabía lo mismo que sabían todos los Apollyons anteriores, ¿no habría descubierto ya alguno de ellos, en todos aquellos años, que eran producto de la unión entre un mestizo y un puro? ¿Y no conocería alguno de ellos lo de la Orden? Sobre todo si las vidas de Solaris y el Primero le fueron transferidas también a Seth al Despertar.

—¿Qué pasa? —preguntó Aiden en voz baja.

Sentí una profunda ira en mi interior.

—Creo que Seth no está siendo totalmente sincero conmigo.

Aiden no respondió.

Respiré profundamente.

—No entiendo por qué iba a mentirme sobre esto. Quizá... quizá nunca ha llegado a atar los cabos. —Me parecía ridículo hasta a mí, pero a mi cerebro le costaba aceptar que Seth pudiese estar ocultándome algo así. ¿Por qué iba a hacerlo?

Pasaron unos segundos antes de que Aiden volviese a hablar.

—Álex, si la Orden sigue existiendo hoy en día, entonces quizá estén tras los ataques en los Catskills. Y si son los ojos y la mano de Tánatos, te han marcado como si fueses una amenaza.

Pensé en algo que me dijo la furia antes de que intentara arrancarme la cabeza de cuajo, que yo era una amenaza y que no era nada personal. Pero intentar matarme era algo bastante personal.

—¿Crees que las furias no estaban allí por el ataque daimon sino... por mí?

—No reaccionaron hasta el ataque daimon.

Me froté las sienes y cerré los ojos. Todo aquello me estaba dando dolor de cabeza.

—Hay tantas cosas que no me encajan; la Orden, las furias, Seth. ¿Por qué fueron a por mí en vez de a por él?

Aiden cerró el libro.

—Tengo que contarle esto a Marcus. Si la Orden sigue activa, esto es serio. Y si Telly es miembro, entonces tenemos que andarnos con cuidado.

Asentí, abriendo los ojos con curiosidad. Volví a sentir su mirada.

—Vale.

—No quiero que vuelvas a la clase de Romvi —continuó—. Hablaré con Marcus, estoy seguro de que estará de acuerdo.

—No será complicado. Mañana es el último día antes de las vacaciones, así que

me la saltaré. —Me dio un escalofrío—. ¿Crees que la parte de los ojos de Tánatos es literal?

—Conociendo a los dioses me atrevería a decir que sí. —Hizo una pausa y alargó el brazo para cogerme de la barbilla con la yema de sus dedos. Lentamente giró mi cara hacia él—. ¿Qué me ocultas, Álex?

Sentí una oleada de calor.

—Nada —susurré a la vez que intentaba girar la cabeza, pero él me mantuvo quieta.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? Sé que me ocultas algo.

El deseo de contarle a alguien lo que estaba pasando comenzaba a ser más fuerte que el aviso de Seth de que mantuviese las marcas del Apollyon en secreto. ¿Y quién mejor para contárselo que a Aiden? Él era el único en todo el mundo en quien confiaba, sobre todo teniendo en cuenta cuanto había arriesgado para mantenerme a salvo.

A Seth no le hubiese gustado que él lo supiese, pero la verdad es que no estaba muy contenta con Seth en esos momentos.

—Está ocurriendo —dije finalmente.

Aiden me miró a los ojos.

—¿Qué está ocurriendo?

—Esto, cosas raras. —Levanté las manos, con las palmas hacia arriba. Miró hacia abajo sin soltarme la barbilla y volvió a mirarme con ojos curiosos—. Me han comenzado a aparecer las marcas del Apollyon. Tú no las puedes ver, pero están ahí, en ambas palmas. Y tengo otra en la tripa.

Parecía que le había tomado por sorpresa y me soltó la barbilla, pero sin apartarse.

—¿Cuándo ha empezado?

Aparté la mirada.

—La primera apareció cuando estábamos en los Catskills. Un día estábamos Seth y yo entrenando y me enfadé. No se cómo, lancé una roca por los aires, y lo siguiente que recuerdo es un cordón saliendo de Seth y una runa en mi mano.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Bueno, entonces no estábamos en un buen momento y estabas muy ocupado. Seth me pidió que no dijese nada hasta que no supiésemos qué estaba ocurriendo. —Suspiré y le conté las otras veces, también cómo había visto mi propio cordón. Cuando acabé de contárselo todo, vi que Aiden no estaba muy contento—. A veces pasa... cuando nos tocamos. Seth cree que si me sale la cuarta runa en la nuca, Despertaré antes de tiempo, y está bastante emocionado ante la perspectiva.

—Álex —respiró descompasado.

—Sí, ya lo sé. Soy rara hasta para ser Apollyon. —Reí—. No quiero la cuarta

marca. Ya sabes, prefiero gastar lo que me queda de los diecisiete y no ser el Apollyon. Pero Seth está en plan «*Puede ser lo mejor de todo*».

—¿Lo mejor para quién? —preguntó en voz baja—. ¿Para ti o para Seth?

Volví a reír, pero mi extraño humor se desvaneció al recordar que sospechaba que Seth me las había hecho a propósito.

—¿Álex?

—Seth dice que será mejor para mí porque seré más fuerte, pero creo que... creo que lo que realmente desea es un subidón de energía. Me recuerda a las setas del Super Mario o algo así, porque siento cómo akasha fluye desde mí hacia... —Abrí la boca de par en par—. Hijo de perra.

—¿Qué pasa? —Aiden frunció el ceño.

Se me encogió el estómago.

—La segunda marca me dejó agotada durante días. —Me puse recta y miré a Aiden, todo empezaba a encajarme—. ¿Te acuerdas de la noche que quedamos todos en la oficina de Marcus? La noche anterior me había aparecido otra runa, y esa vez había sido diferente. —Sentí una oleada de calor en las mejillas al recordar que, mientras ocurría, aquella vez estuve de acuerdo—. Pues eso, estaba súper cansada, y seguí así bastantes más días.

Aiden asintió.

—Me acuerdo. Estabas hecha polvo.

Y eso me había acabado llevando a la cámara de privación sensorial... y al miedo susurrado por Aiden.

—Bueno, tú no te llevaste la mala parte. A Seth le tiré un bocadillo.

Intentó forzar una sonrisa, pero tenía los ojos encendidos.

—Seguramente se lo merecía.

—Pues sí, pero dioses, ¿es lo que pasará cuando Despierte? —El pánico me atenazó con sus heladas garras—. Va a dejarme seca. Creo que ni se ha dado cuenta de eso.

Sus ojos brillaban de ira, lejos de la dulzura que tenían antes, y cerró los puños.

—Sea lo que sea... lo que estéis haciendo que provoca la aparición de esas runas, tenéis que parar.

Le miré.

—Eso ya lo sé, pero no hará que deje de ocurrir en algún punto. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que mi madre me advirtió de que el Primero me drenaría. Y yo pensaba que era una locura de daimon.

Aiden se hizo con la poca distancia que pude poner entre nosotros.

—No pienso dejar que te ocurra nada, Álex. Y eso va por Seth también.

Guau. Mi corazón se volvió loco. Realmente parecía que podía hacer algo al respecto.

—Aiden, no puedes pararlo. Nadie puede.

—No podemos evitar que Despiertes, pero el intercambio de energía solo ocurrirá si le tocas tras cumplir los dieciocho, ¿verdad? Pues entonces no le toques.

No podía imaginarme a Seth estando de acuerdo con eso de no tocar, pero lo entendería cuando supiese qué me podría pasar.

—Lo entenderá —dije en voz alta—. Hablaré con él en cuanto vuelva. Es mejor hablarlo cara a cara.

Aiden no parecía muy convencido.

—Esto no me gusta nada.

—Él no te gusta nada —señalé.

—Tienes razón. Seth no me gusta, pero esto va más allá.

—¿No hay siempre algo? —Me moví un poco y sentí su aliento sobre mis labios. Si me movía dos centímetros, nuestros labios se tocarían. Y de repente, Aiden me estaba mirando fijamente a los labios.

—Hablaré con Marcus —dijo Aiden con voz ronca.

—Eso ya lo has dicho.

—¿Ah sí? —Inclinó un poco la cabeza—. Deberíamos volver.

Tragué saliva. Aiden no se movía, y todos los músculos de mi cuerpo me gritaban que cruzase aquel pequeño espacio que nos separaba. Pero aparté mi silla, haciendo un horrible ruido. Me puse de pie. Parecía no quedar suficiente aire en aquella pequeña sala de paredes verde guisante. Me dirigí hacia la puerta, pero me paré al darme cuenta de que me había dejado la bolsa en la mesa. Me di la vuelta.

Aiden estaba delante de mí. No le había oído levantarse ni acercarse a mí. Llevaba mi bolsa en la mano, con el libro ya dentro. Y estaba tan cerca de mí que las puntas de nuestros pies se rozaban. Tenía el corazón a mil y era como si un montón de mariposas me hubiesen explotado en el estómago. Casi tenía miedo de respirar, de sentir lo que sabía que no podía.

Me puso el asa de la bolsa sobre el hombro y me puso el pelo por detrás de la oreja. Pensé que quizá me abrazaría, o me zarandearía, porque siempre había la posibilidad. Pero entonces, me puso la mano en la mejilla y me acarició el labio con su pulgar, teniendo cuidado con la cicatriz que tenía en el centro, a pesar de que hacía mucho que ya no me dolía.

Respiré profundamente. Sus ojos eran como plata líquida. El pulso se me aceleró. Sabía que quería besarme, igual ir más allá. La piel me cosquilleaba de emoción, anticipación y mucho deseo. Y creo que él lo notaba. No necesitaba un estúpido cordón para saberlo.

Pero Aiden no haría nada. Tenía tanto control sobre sí mismo que podría rivalizar con el de las sacerdotisas vírgenes que servían en los templos de Artemisa. Además estaban todas las razones por las que no debía —por las que no debíamos.

Aiden cerró los ojos y exhaló con fuerza. Cuando volvió a abrir los ojos, apartó la mano y me lanzó una sonrisa fugaz.

—¿Estás lista? —preguntó.

Asentí, echando de menos su tacto. Fuimos hasta mi habitación en silencio. Yo le miraba disimuladamente de vez en cuando, no parecía estar enfadado, solo inmerso en sus pensamientos y quizá un poco triste.

Aiden me acompañó hasta mi habitación como si algún pirado de la Orden o una furia fuesen a salir de uno de los armarios de mantenimiento. El pasillo estaba casi vacío, pues en mi piso había un montón de puros y sus padres ya los habían dejado sin clase el lunes, comenzando con antelación las vacaciones de invierno. Asintió y esperó hasta que cerré la puerta con cerrojo.

Dejé la bolsa en el sofá, me senté y saqué el móvil que Seth me había dado. Solo había un contacto: Peluchín.

No pude evitar reírme. Siempre había dos Seth: uno gracioso y encantador, que podía ser paciente y amable. Y otro totalmente diferente —el Seth que realmente no conocía, el que parecía contar solo medias verdades y era la encarnación física de lo que más temía.

Respiré profundamente, presioné el nombre y escuché un tono, dos, y luego dio paso a un mensaje genérico de contestador.

Seth no contestó ni me devolvió la llamada en toda la noche.

Capítulo 12

No tenía ni la más mínima idea de qué podría estar haciendo Seth, que no podía ni devolver una llamada. No es que estuviese preocupada por su seguridad; Seth podía cuidarse solo, pero me preguntaba si seguiría enfadado conmigo. Lo más gracioso era que, si no lo estaba, lo iba a estar después de hablar conmigo. Sorprendentemente, cuando entré en la clase de Verdades Técnicas y Leyendas, me olvidé de Seth fácilmente.

Deacon levantó la mirada y sonrió cuando me senté a su lado. Me sorprendió verlo en el último día de clase. Supuse que él sería de los primeros en saltársela.

—¿Qué tal en la biblioteca? ¿Pudiste estudiar algo?

Miré disimuladamente hacia el frente de la clase. Luke estaba hablando con Elena, pero nos estaba mirando —a Deacon— por el rabillo del ojo.

—¿Mi visita a la biblioteca? —Miré a Deacon—. ¿Y la vuestra?

—Bien. Estudiamos un montón —Deacon ni se inmutó.

—Guau. —Bajé la voz—. Increíble, teniendo en cuenta que ninguno de los dos llevaba libros para estudiar.

Deacon abrió la boca, pero la cerró rápidamente.

Le guiñé un ojo.

Las puntas de las orejas se le pusieron rojas. Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Pues vale.

Una parte de mí quería decirle a Deacon que Aiden lo sabía y que no debía preocuparse, pero eso no tenía que hacerlo yo. Aunque quizá podría darle una pista.

—No pasa nada —susurré—. Sinceramente, no creo que a nadie, ni puro ni mestizo, le importe.

—Es que no es eso —susurró él.

Levanté una ceja.

—¿Ah no?

—No —Deacon suspiró—. También me gustan las chicas, pero... —Buscó a Luke con la mirada—. Él es distinto.

Bueno, por lo menos no estaba totalmente equivocada en cuanto a las preferencias de Deacon.

—Sí, sin duda Luke es distinto.

Deacon sonrió.

—No es lo que piensas. No hemos... hecho nada.

—Lo que tú digas. —Sonreí.

Se inclinó sobre el hueco que había entre nuestras mesas.

—Es un mestizo, Álex. Creo que tú mejor que nadie sabe lo peligroso que es eso. Me aparté bruscamente y me lo quedé mirando.

Deacon me guiñó un ojo y puso una sonrisa astuta.

—La pregunta es: ¿Merece la pena romper la regla número uno o no?

Antes de poder ni siquiera abrir la boca para responder —aunque sinceramente, no tenía ni idea de qué decir— dos Guardias del Consejo entraron en clase, dejándonos a todos en silencio. Me retorcí, casi deseando poderme esconder debajo de la mesa.

El que tenía el pelo rapado escaneó la sala con la mirada, juntando los labios y formando una línea tensa. Su mirada se encontró con la mía y se me heló la sangre en las venas. Lucian no estaba allí y yo no reconocía a los dos Guardias.

—¿Señorita Andros? —Su voz era suave, pero llena de autoridad—. Tiene que venir con nosotros.

Todos los alumnos se giraron y me miraron. Cogí mi bolsa y vi a Deacon mirarme con cara de sorpresa. Me dirigí hacia el principio de la clase, forzando una sonrisa de «aquí no pasa nada», pero las rodillas me temblaban.

Que dos Guardias sacasen a alguien de clase nunca era por algo bueno.

Se oía un ligero murmullo por la zona donde estaban sentados Cody y Jackson. Les ignoré y seguí a los guardias. Nadie dijo nada mientras íbamos por los pasillos o subíamos la enorme cantidad de escaleras. Seguía sintiendo un enorme pavor. Marcus no había mandado a unos Guardias del Consejo a buscarme. Habría mandado a Linard, o a Leon, incluso a Aiden.

Los Guardias del Consejo abrieron la puerta de la oficina de Marcus y me metieron dentro. Miré por toda la habitación, buscando a su ocupante.

Las piernas me fallaron.

El Patriarca Telly estaba frente al escritorio de Marcus, con las manos detrás de la espalda. Sus ojos pálidos se aguzaron cuando nuestras miradas se encontraron. Desde la última vez que le vi, me pareció que el color gris se había extendido desde sus sienes, salpicando todo su pelo. En lugar de la espléndida toga que llevaba durante el Consejo, ahora vestía una simple túnica de color blanco y pantalones de lino.

Tras de mí, la puerta se cerró con un suave sonido. Me giré. No estaban los Guardias, ni Marcus. Estaba completamente sola con el Patriarca Gilipollas. Genial.

—¿Puede sentarse, Señorita Andros?

Me giré lentamente y me obligué a respirar profundamente.

—Prefiero quedarme de pie.

—Pero yo prefiero que se siente —respondió—. Tome asiento.

No podía desobedecer una orden directa del Patriarca Mayor. Pero eso no quería decir que fuese a hacerle reverencias. Fui hacia la silla todo lo despacio que pude, sonriendo por dentro al ver que la mandíbula le temblaba ligeramente.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Patriarca Mayor? —pregunté después de hacer el paripé colocando mi bolsa con cuidado en el suelo, alisándome el jersey y acomodándome.

Su mirada estaba llena de indignación.

—Tengo algunas preguntas para usted acerca de la noche que abandonó el Consejo.

Empecé a tener ardor de estómago.

—¿No tendría que estar aquí Marcus? ¿Y no deberíamos esperar hasta que estuviese aquí mi tutor legal? Lucian está en Nueva York, donde debería estar usted.

—No veo razón para incluirlos en esta... vergonzosa situación. —Pasó a mirar el acuario, observando al pez durante un rato mientras yo me sentía cada vez más incómoda—. Después de todo, ambos sabemos la verdad.

¿Cuál? ¿Que era un completo capullo? Todo el mundo lo sabía, pero dudaba mucho que fuese eso a qué se refería.

—¿Qué verdad?

Telly rio al darse la vuelta.

—Quería hablar de la noche que los daimons y las furias atacaron el Consejo, sobre la razón real por la que se marchó.

Se me paró el corazón, pero no cambié la cara.

—Pensaba que lo sabía. Los daimons me perseguían. Y las furias también. Verá, al final de la noche era súper popular.

—Eso es lo que usted dice. —Se apoyó en la mesa y cogió una pequeña estatua de Zeus—. Sin embargo, encontramos muerto a un Guardia pura sangre. ¿Tiene algo que decir?

Empecé a notar un regusto amargo en la boca.

—Bueno... había un montón de puros y mestizos muertos. Y un montón de sirvientes que no le importan una mierda a nadie. Si alguien les hubiese ayudado se habrían salvado.

Levantó una ceja.

—No me importa la pérdida de un mestizo.

La ira tenía otro sabor, sabía a sangre.

—Murieron decenas y decenas.

—Repito, ¿por qué iba a importarme?

Me estaba provocando. Lo sabía. Seguía teniendo unas ganas locas de darle un puñetazo.

—Estoy aquí por la muerte de uno de mis Guardias —continuó—. Quiero saber cómo murió.

Fingí que me aburría.

—Pues supongo que algo tendrá que ver con los daimons que había por todo el

edificio. Suelen matar a la gente y tal. Y también estaban las furias, que se dedicaron a partir a la gente en dos.

Su sonrisa de satisfacción se desvaneció.

—Le mataron con una daga del Covenant.

—Pues vale. —Me acomodé en la silla e incliné la cabeza hacia un lado—. ¿Sabe que ahora también convierten a los mestizos?

El Patriarca entornó los ojos.

Comencé a hablar más lentamente.

—Bien, pues algunos de esos mestizos han sido entrenados como Centinelas y Guardias. Llevan dagas. Seguramente fue uno de ellos. —Abrí mucho los ojos y asentí—. Creo que también saben usar esas dagas.

Sorprendentemente, Telly se rio y, desde luego, no fue una risa simpática, más bien como la del Doctor Maligno.

—Qué boquita tiene. Dígame, ¿lo hace porque cree que está a salvo? ¿Que ser el Apollyon la hace intocable? ¿O es simplemente estupidez?

Hice como que lo pensaba.

—A veces hago estupideces. A lo mejor esta es una de ellas.

Qué extraño. Era la segunda vez que me preguntaban lo mismo en las últimas veinticuatro horas. Respondí igual.

—¿Es una pregunta trampa?

—¿Por qué cree que he esperado tanto antes de interrogarla, Alexandria? Sé lo de su conexión con el Primero. Y sé que la distancia lo anula. —Su sonrisa iba creciendo por momentos. Agarré con fuerza los reposabrazos de la silla—. Así que ahora mismo no es más que una mestiza. ¿Me entiende?

—¿Cree que necesito a Seth para defenderme?

Sus mejillas hundidas se sonrosaron ligeramente.

—Dígame qué ocurrió aquella noche, Alexandria.

—Hubo un enorme ataque daimon del que os intenté avisar pero me ignorasteis. Dijisteis que era una idea ridícula que los daimons pudiesen tramar un plan de esas dimensiones. —Hice una pausa para que fuese más consciente del golpe bajo—. Yo peleé, maté unos cuantos daimons y destruí a una furia o dos.

—Ah, sí. Luchó magníficamente, por lo que he oído. —Hizo una pausa y se acarició la barbilla—. Y luego se descubrió su plan. Los daimons iban a por el Apollyon.

—Exacto.

—Lo veo raro —respondió—, teniendo en cuenta que intentaron matarla a plena vista de los Guardias y Centinelas. Quienes, por cierto, son leales al Consejo.

Bostecé haciendo ruido para demostrar que no tenía miedo, cuando en realidad estaba temblando por dentro. Si lo hubiese notado, sabría que yo tenía algo que ver.

—No tengo ni idea de qué se le pasa por la cabeza a un daimon. No puedo explicarlo.

Telly se apartó de la mesa y se puso frente a mí.

—Sé que mató al Guardia pura sangre, Alexandria. Y también sé que otro pura sangre lo ha encubierto.

Me encontré con la mente en blanco al mirarle. Un enorme y potente miedo me dejó sin aire. ¿Cómo lo sabía? ¿Acaso la compulsión de Aiden había desaparecido? No, porque entonces yo estaría esposada frente al Consejo y Aiden... oh dioses, Aiden estaría muerto.

—¿No tiene nada que decir ante esto? —preguntó Telly, disfrutando del momento.

Cálmate. Cálmate.

—Lo siento. Es que estoy alucinando un poco.

—¿Y por qué?

—Porque es lo más estúpido que he oído en mucho tiempo. ¿Y sabe el tipo gente con la que me rodeo? Pues es mucho decir.

Apretó los labios.

—Está mintiendo. Y no se le da bien mentir.

Tenía el pulso a mil.

—Pues, de hecho, miento muy bien.

Estaba perdiendo la paciencia rápidamente.

—Dígame la verdad, Alexandria.

—Le estoy diciendo la verdad. —Hice que mis dedos se relajaran—. No soy tan tonta como para atacar a un puro y mucho menos matarlo.

—Atacó a un Maestro en el Consejo.

Mierda.

—En realidad no le atacué, evite que atacase a otra persona. Y bueno, ya aprendí la lección.

—Siento discrepar. ¿Quién le ayudó a encubrirlo?

Me incliné hacia delante.

—No tengo ni idea de qué está hablando.

—Está poniendo a prueba mi paciencia —dijo—. No querrá ver qué pasa cuando la pierda.

—Parece que *ya* la ha perdido. —Miré a mi alrededor, tratando de calmar el corazón—. No tengo ni idea de por qué me está preguntando todo esto. Y me estoy perdiendo el último día de clase antes de las vacaciones de invierno. ¿Me va a hacer un justificante o algo?

—¿Se cree muy lista?

Sonreí chulesca.

Telly levantó la mano tan rápidamente que no me dio tiempo de esquivar el puñetazo. Su mano impactó contra mi mejilla con tanta fuerza que me giró la cara. En aquel momento estaba tan incrédula como enfadada. Mi cerebro se negaba a aceptar el hecho de que me hubiese pegado, de que se hubiese atrevido a pegarme *a mí*. Y el cuerpo me pedía que se la devolviese, que lo tumbase de un golpe. El puño me cosquilleaba de ganas de pegarle en la boca.

Agarré con fuerza los brazos de la silla y lo miré. Eso era lo que él quería. Quería que se la devolviese. Entonces tendría mi culo en bandeja.

Telly sonrió.

Le devolví el gesto, ignorando el dolor.

—Gracias.

Sus ojos brillaban de rabia.

—Se cree muy fuerte, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Supongo que podría decirse que sí.

—Siempre tendré formas de hundirla, querida. —Sonrió más, pero la sonrisa nunca llegó a sus ojos—. Sé que mató a un pura sangre. Y sé que alguien, otro puro o el Primero, lo ha encubierto.

Sentí un escalofrío por la espalda, helado como las garras del miedo. Lo ignoré, sabiendo que más tarde me volvería... si es que había un *más tarde*. Levanté una ceja.

—No tengo ni idea de qué está hablando. Ya le he contado lo que pasó.

—¡Y ha sido todo mentira! —Se inclinó hacia adelante, agarrando los brazos de la silla. Sus dedos estaban a escasos centímetros de los míos y tenía la cara roja de furia—. Ahora dígame la verdad o si no...

Luché por no apartarme.

—Ya se la he dicho.

Se le marcó una vena en la frente.

—Se está adentrando en un terreno peligroso, cariño.

—No tiene ninguna prueba —dije tranquila mirándole a los ojos—. Si la tuviese, ya estaría muerta. Si fuese una simple mestiza ni siquiera necesitaría una prueba. Pero para eliminarme necesitas el permiso del Consejo. Ya sabe, por ser el *preciado Apollyon* y todo eso.

Telly se apartó de la silla y me dio la espalda.

Sabía que tenía que quedarme callada. Burlarme de él era probablemente de lo más estúpido, pero no podía parar. El miedo y la ira no eran una buena combinación en mí.

—Lo que no entiendo es por qué está tan seguro de que haya matado a un pura sangre. Obviamente no hubo ningún testigo, no hay nadie que me haya

comprometido. —Hice una pausa, disfrutando al ver cómo se tensaban todos los músculos de su espalda a través de la fina túnica—. ¿Por qué iba a...?

Se dio la vuelta, sin mostrar ninguna expresión en la cara.

—¿Por qué iba a qué, Alexandria?

El estómago se me revolvió al darme cuenta. Mis sospechas eran ciertas. Miré sus elegantes manos.

—¿Cómo puede estar tan seguro, a menos que ordenase a alguien, a un Guardia por ejemplo, que me atacase? Supongo que entonces podría tener la certeza de ello si el Guardia apareciese muerto, pero seguro que no habría hecho algo así. El Consejo se enfadaría bastante en ese caso, quizá hasta perdería su puesto.

Estaba tan ocupada regodeándome que no le había visto moverse.

Me volvió a pegar en la misma mejilla. El dolor ardía y me dejó aturdida. No fue una tontería de golpe, la silla se puso a dos patas durante unos segundos. Las lágrimas me ardían en los ojos.

—No... no puede hacer esto —dije con voz ronca.

Telly me agarró la muñeca.

—Puedo hacer lo que me plazca. —Telly me puso de pie, agarrándome con fuerza el brazo y haciéndome daño al arrastrarme hasta el otro lado de la oficina. Me llevó hasta la ventana—. Dígame, ¿qué ve ahí fuera?

Me tragué las lágrimas, intentando calmar el odio que amenazaba con rebosar de mi interior. Estatuas y arena, y más allá, el océano se movía entre fuertes olas. Había gente por todo el campus.

—¿Qué ve Alexandria? —Me agarró con más fuerza.

Hice una mueca de dolor, odiando la debilidad que mostraba en aquel momento.

—No sé. Veo gente y la maldita arena. Y el océano. Veo un montón de agua.

—¿Ve a los sirvientes? —Señaló hacia el atrio, donde un montón de ellos estaba esperando las órdenes de su Maestro—. Son míos. Todos ellos.

Me quedé petrificada. No podía apartar la vista de ellos.

Telly se inclinó hacia mí y sentí su aliento sobre mi oreja.

—Déjeme que le cuente un pequeño secreto sobre la verdad acerca de la visita de su otra mitad a los Catskills. Lo han llevado para lidiar con los sirvientes en los que no funcione el elixir y se nieguen a obedecer. ¿Lo sabía?

—¿Lidiar con ellos?

—Coja un poco de esa listilla que lleva dentro y piense. Estoy seguro de que lo entenderá.

Lo entendía, pero no me lo podía creer. Había gran diferencia entre las dos cosas. Entendía que Telly dijese que Seth iba a acabar con cualquier mestizo que causase problemas, pero Seth no aceptaría hacer algo así. También sabía que Telly me estaba diciendo todo aquello para provocarme.

Y lo estaba consiguiendo.

—Déjeme que le diga algo más —dijo Telly—. De todos esos sirvientes, hay uno que es mi favorito. Uno que pedí personalmente para mí hace muchos años. ¿Sabe que conocí a su madre y a su padre?

Cerré los ojos.

—¿Qué pasa Alexandria? ¿Alguien le ha contado ya algo? —Me soltó la muñeca y rio—. Pensar que su hermosa madre se echase a perder de esa manera, mezclándose con un mestizo. ¿Acaso pensaban que se iba a salir con la suya? ¿Cree que Lucian ha olvidado la deshonra que le causó?

Papá. Papi. Padre. Cosas que nunca habían significado nada para mí hasta que leí la carta de Laadan. Pero ahora lo eran todo para mí.

—Sé que para usted no debe significar nada —continuó Telly—. Nunca lo ha conocido, pero sí que sé, que quien haya encubierto lo que hizo tiene que significarle mucho. ¿Y cómo dicen? ¿De tal palo, tal astilla?

Cualquier atisbo de alivio que pudiese tener dejó paso a una profunda desesperación. Telly no iba a usar a mi padre en mi contra. Iba a usar a Aiden.

Telly me dejó junto a la ventana y volvió al centro de la habitación.

—Esta es su última oportunidad. Me iré pasado mañana, después del amanecer y, si para entonces no se ha entregado, no habrá más oportunidades. Todo esto podría acabar fácilmente.

Ya ni siquiera sentía el dolor de la cara.

Telly sonrió, disfrutando de mi silencio.

—Admita haber matado al Guardia, y no cargaré contra... —Sus labios se curvaron—: quien te haya encubierto. Y créame, lo averiguaré. Solo he visto a unos pocos que se hayan interesado por usted además del Primero. ¿Qué? —Rio—. ¿Pensaba que no había prestado atención?

El aire se me escapó de los pulmones y comencé a marearme.

—Veamos —Telly se acarició la barbilla—, está tu tío, que creo que se preocupa por ti más de lo que parece. Pero estaba en Nueva York. Luego ese centinela: el que te encontró aquella noche en el laberinto. ¿Leon? Luego está también ese otro que amablemente se ofreció a entrenarte. Supongo que será St. Delphi. Y luego está también Laadan. Todos ellos son sospechosos, y me aseguraré de que todos sufran. Siendo el Patriarca Mayor, puedo revocar el puesto de Marcus. Incluso puedo apartar a Lucian. Puedo presentar cargos contra los demás. Con toda la agitación que hay y los últimos acontecimientos, va a ser demasiado fácil.

Un nudo formado de miedo y frustración me bloqueó la garganta. Se me empezaron a formar lágrimas en los ojos, y yo tan solo deseaba estamparle la cabeza a Telly.

—Y por lo que a usted respecta, la pondremos a servir y le darán el elixir. Si se

niegas, bueno, las cosas acabarán mal.

Cerré los puños.

—Eres... repugnante.

Telly se acercó a mí, con la mano lista para volver a pegarme.

Le agarré la muñeca y le miré fijamente a los ojos.

—Ya he tenido suficientes golpes por hoy, gracias.

Al escuchar ruidos desde el pasillo, Telly se soltó la muñeca. Marcus gritaba y pedía que se le dejase entrar a su despacho. Telly levantó una ceja.

—Tiene hasta el viernes al amanecer.

Las paredes se me echaron encima.

Telly sonrió y Marcus cada vez gritaba más. Ninguno de los dos dijimos nada.

—¿Por qué me odias tanto? —pregunté finalmente.

—No le odio, Alexandria, odio *qué* es.

Capítulo 13

A aquello se reducía todo, a que era un Apollyon y a que convertiría a Seth en un Asesino de Dioses. Y en aquel momento supe, sin duda, que Telly era miembro de la Orden. Según él, solo protegía a los dioses de una amenaza y no veía nada malo en aquello que estaba haciendo.

Las puertas se abrieron de par en par y me puse a mirar por la ventana, tratando de controlarme.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Marcus.

—Tenía algunas... dudas sobre qué pasó la noche en que Alexandria abandonó el Consejo —respondió Telly—. Al principio no se la veía muy colaboradora, pero creo que hemos llegado a entendernos. Después, me ha sido increíblemente útil.

Sí, claro, donde había llegado es a mi cara.

Me planteé cuánto tardaría en coger una de aquellas dagas que tenía Marcus en la pared y clavársela a Telly en un ojo antes de que sus Guardias pudiesen hacer nada. La tensión iba creciendo en la sala, moviéndose a oleadas en todas direcciones.

—¿Y por qué no he tomado parte en este interrogatorio? O mejor aún, ¿acaso no podía esperar a que volviese Lucian? —Marcus lo dijo tranquilo, pero reconocí ese tono cortante en su voz. Los dioses sabían las innumerables veces que me había hablado así—. Él es su tutor y debería estar presente.

Telly chasqueó la lengua.

—No era un interrogatorio formal ni avalado por el Consejo. Simplemente tenía algunas dudas que quería aclarar. Por eso no hacía falta que estuvieseis presentes ni tú ni Lucian. Además del hecho de que soy el Patriarca Mayor y no necesito vuestro permiso.

Eso puso a Marcus en su sitio.

—Alexandria —dijo Telly—. Por favor, no olvide lo que hemos hablado.

No respondí porque seguía sopesando si me daría tiempo a apuñalarlo antes de que los Guardias me derribaran.

El Patriarca se retiró y disculpó su marcha entre tantos cumplidos que casi me costaba creer que acabase de poner mi mundo patas arriba.

—¿Alexandria? —La voz de Marcus rompió el silencio—. ¿Qué quería hablar contigo?

—Tenía dudas sobre lo ocurrido en el Consejo —dije con la voz rota—. Eso es todo.

—¿Álex? —El corazón se me cayó a los pies al oír a Aiden. Por supuesto, estaba allí—. ¿Qué ha pasado?

Estaba frente a ellos, con la mirada fija en la alfombra y usando el pelo para

taparme disimuladamente la mejilla.

—Al parecer me porté mal. Tenemos que trabajarlo más.

De repente, Aiden estaba frente a mí y me echó la cabeza hacia atrás, apartando el pelo de mi cara. Estalló de ira, tomando aire con fuerza, como si fuese un agujero negro furioso.

—¿Esto te lo ha hecho él? —Lo dijo en voz tan baja que casi no le escuché.

Como no podía responderle, aparté la mirada.

—Esto es intolerable. —Aiden se giró hacia Marcus—. No puede hacer esto. Es una chica.

A veces Aiden se olvidaba de que también era una mestiza, y eso... como que anulaba la parte de que no hay que pegar a una chica. Igual que pasó con Jackson. Igual que pasa con la mayoría de los pura sangre. Nuestra sociedad —nuestras reglas y cómo nos trataban— era una mierda. No había forma de explicarlo.

Y, de repente, me vinieron a la mente miles de preguntas, pero una destacaba por encima de todas. ¿Cómo podía seguir formando parte de aquel mundo? Siendo un Centinela, de alguna forma significaría que apoyaba la estructura social, que básicamente estaba de acuerdo con todo aquello, y no era cierto. Lo odiaba.

Sacudí la cabeza para apartar momentáneamente aquellos pensamientos.

—Es el Capullo Mayor. Puede hacer cuanto quiera, ¿no?

Marcus seguía mirándome asombrado. ¿En serio estaba tan sorprendido por la violencia de Telly? Si así era, para mí acababa de perder varios puntos de inteligencia. Se volvió hacia Leon.

—Se supone que no debería ir sola a ningún sitio. ¿Cómo es que Telly dio con ella?

—Estaba en clase —respondió Leon—. Linard esperaba a que saliese. Nadie esperaba que Telly estuviese aquí. No con todo lo que está ocurriendo en Nueva York.

Marcus le lanzó una mirada amenazante a Linard.

—Si tienes que sentarte en clase con ella, hazlo.

—No es su culpa —dije—. Es imposible que alguien me esté vigilando cada segundo del día.

Aiden maldijo.

—¿Y eso es todo lo que vas a hacer? Es tu sobrina, Marcus. ¿Telly pega a *tu* sobrina y esa es tu respuesta?

Los ojos de Marcus se pusieron de color verde intenso.

—Soy consciente de que es mi sobrina, Aiden. Y no pienses ni por un segundo que esto. —Me señaló—, no me parece intolerable. Pienso contactar inmediatamente con el Consejo. Me da igual que sea una mestiza. Telly no tiene derecho.

Me apoyé sobre la otra pierna.

—¿Y al Consejo le va a importar algo? ¿En serio? Estáis todo el día machacando a los sirvientes. ¿Qué tengo yo de diferente?

—Tú no eres una sirviente —dijo Marcus mientras se apresuraba hacia su escritorio.

—¿Y eso implica que esté bien? —grité con los puños apretados—. ¿Está bien pegar a los sirvientes por su sangre? ¿Y sin embargo no está bien porque yo sea medio...? —Me corté antes de desvelar demasiado. Todos me estaban mirando.

Tras la mesa, Marcus respiró profundamente y cerró los ojos por un momento.

—¿Estás bien, Alexandria?

—Huy, sí, genial.

Aiden me cogió del brazo.

—Me la llevo a la clínica.

Me solté.

—Que estoy bien.

—Te ha *pegado* —sentenció Aiden con los ojos brillantes.

—Me saldrá un moratón y ya está, ¿vale? Ese no es el problema. —Necesitaba salir de aquella sala, alejarme de todos. Necesitaba pensar—. Tan solo quiero volver a mi habitación.

Marcus se quedó quieto, con el teléfono a medio camino de su oreja.

—Aiden, asegúrate de que llega a la habitación. Quiero que se quede allí hasta que sepamos qué pretende Telly, o hasta que se vaya. Voy a ponerme en contacto con Lucian y el resto del Consejo —dijo Marcus mirando a Aiden fijamente a los ojos—. En serio, que no salga de la habitación.

Yo estaba demasiado entretenida repasando todo lo sucedido como para preocuparme de que Marcus me hubiese confinado a mi habitación. Y si Lucian se enteraba de lo que había pasado, entonces Seth también. Por lo menos había algo bueno en toda aquella basura. Si Seth estuviese conmigo, seguramente mataría a Telly.

Marcus me detuvo ante la puerta.

—¿Alexandria?

Me giré, deseando que fuese rápido. Que me regañase por haberme enfrentado a Telly, dijese que no lo volviese a hacer y me advirtiese sobre mi mal comportamiento.

Me miró a los ojos.

—Siento no haber estado aquí para poder pararlo. No volverá a ocurrir.

A mi tío le había poseído un alien o algo. Parpadeé despacio. Antes de que pudiese decir nada, volvió a atender la llamada. Un tanto sorprendida, dejé que Aiden me sacase del despacho y llevase por el pasillo.

En cuanto la puerta se cerró tras nosotros en el descansillo, Aiden me cerró el paso a las escaleras.

—Quiero que me cuentes qué ha pasado.

—Yo solo quiero volver a mi habitación.

—No te lo estoy pidiendo, Álex.

No le contesté, así que finalmente Aiden se dio la vuelta, tenso, y se puso a bajar las escaleras mientras yo le seguía despacio. Como las clases aún estaban en marcha, las escaleras y el vestíbulo del primer piso estaban prácticamente vacíos, a excepción de algunos Guardias e Instructores. Llegamos en silencio hasta mi habitación. Durante todo el camino supe que no iba a dejarlo pasar. Aiden solo trataba de ganar tiempo, por lo que realmente no me sorprendió que entrase en mi habitación y cerrase la puerta tras él.

Solté la bolsa y me pasé las manos por el pelo.

—Aiden.

Me cogió de la barbilla como en el despacho de Marcus y me inclinó la cabeza hacia un lado. Tensó la mandíbula.

—¿Cómo ha ocurrido?

¿Tan mal estaba?

—Supongo que no acerté a la primera la respuesta correcta.

—¿Te ha pegado dos veces?

Avergonzada, me separé y me senté en el sofá. Me habían entrenado para luchar y defenderme. Había salido de peleas con daimons con tan solo unos rasguños. Todo aquello me hacía sentir débil e impotente.

—No deberías estar aquí —dije al final—. Sé que Marcus ha dicho que tenías que asegurarte de que me quedase en la habitación. Yo, no tú.

Aiden se puso al lado de la mesita, con las manos sobre sus labios. Aquella posición me recordaba a nuestros entrenamientos, se ponía así cuando sabía que algo me iba a costar. No se iba a rendir fácilmente.

—¿Por qué?

Me reí, haciendo una mueca de dolor.

—No tendrías que estar cerca de mí. Creo que Telly tiene a alguien vigilándome, vigilándonos.

No vi ni una pizca de miedo en sus ojos.

—Tienes que contarme qué ha pasado, Álex. Y ni se te ocurra mentirme, porque lo sabré.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza.

—No sé si puedo.

Oí cómo Aiden rodeaba la mesa y se sentaba en el borde, enfrente mío. Me tocó la otra mejilla con la mano.

—Puedes contármelo todo. Ya lo sabes. Siempre voy a ayudarte. ¿Cómo puedes dudar?

—No lo dudo. —Abrí los ojos, avergonzada al darme cuenta de que los tenía húmedos.

Pareció confundido.

—¿Entonces por qué no puedes contármelo?

—Porque... porque no quiero que te preocupes.

Aiden frunció el ceño.

—Siempre te preocupas por los demás, cuando deberías estar más preocupada por ti misma.

Resoplé.

—No es verdad. Últimamente he estado bastante centrada en mí misma.

Rio suavemente, pero cuando dejó de reír, también dejó de sonreír.

—Álex, háblame.

Volví a sentir aquel miedo horrible, jamás pensé que realmente hubiera desaparecido por completo. Las palabras me salieron solas.

—Telly lo sabe.

Él simplemente entrecerró los ojos.

—¿Cuánto sabe?

—Sabe que maté a un puro sangre —susurré—. Y también sabe que bien Seth o un puro me encubrieron.

Aiden no dijo nada.

Empecé a preocuparme de verdad.

—Sin duda es miembro de la Orden, y creo que fue él quien envió al Guardia para que me matara. Es la única forma que tiene de saberlo, a no ser que la compulsión...

—La compulsión sigue funcionando. —Aiden se pasó la mano por el pelo, a través de sus rizos oscuros—. Lo habríamos sabido, ya me habrían arrestado.

—Entonces la única forma que tiene de saberlo que él mismo hubiese mandado un Guardia para matarme.

Aiden se agarró la nuca.

—¿Estás segura de que lo sabe?

Reí molesta, señalándome la mejilla.

—Me lo hizo al no admitirlo.

Sus ojos plateados parecían arder.

—Me encantaría matarlo.

—Y a mí, pero no hará que las cosas vayan mejor.

Me sonrió.

—Pero nos sentiríamos mejor.

—Joder, qué chungo te has vuelto. Gracioso, pero chungo.

Aiden sacudió la cabeza.

—¿Qué dijo exactamente?

Le conté las preguntas que me había hecho Telly.

—Sabes, la parte buena es que pensó que usar a mi padre no tendría ningún efecto sobre mí. Pero dijo que si me entregaba, no seguiría indagando para tratar de descubrir al puro que me encubrió. Si no le digo nada, irá tras cualquier puro al que parezca que le caigo bien: tú, Laadan, Leon e incluso Marcus. Supongo que piensa que no puede ir a por Seth o que le tiene miedo.

—Álex...

—No sé qué hacer. —Me aparté del sofá, esquivándole. Vagué por el pequeño salón y me sentí encerrada. Me paré, dándole la espalda a Aiden—. Estoy jodida, lo sabes, ¿verdad?

—Álex, ya se nos ocurrirá algo. —Sentí cómo se acercaba a mí—. No acaba aquí, siempre hay opciones.

—¿Opciones? —Crucé los brazos—. Tuve opciones cuando el Guardia intentó matarme y elegí la peor. Cometí un gran fallo, Aiden. No puedo arreglarlo. Y, ¿sabes qué? Creo que el Guardia ni siquiera le importa.

—Ya lo sé —respondió suavemente—. Creo que mandó al Guardia sabiendo que podías defenderte y que posiblemente lo matarías. Tiene sentido.

Me di la vuelta.

—¿En serio?

Asintió con los ojos entrecerrados.

—Es la trampa perfecta, Álex. Telly envía al Guardia para matarte, sabiendo que es bastante probable que luches con él y acabes matándolo en defensa propia.

—Pero en este mundo la defensa propia no significa nada.

—Exacto. Así Telly te tendría pillada. Nadie podría detenerle si quisiera matarte o, como mínimo, degradarte a servir. Te da el elixir y no Despiertas. Problema resuelto, excepto porque Telly no esperaba que un puro usase una compulsión y te encubriese.

Asentí.

—Pero sabe que alguien lo hizo.

—Da igual —dijo Aiden—. Puede que lo sepa, pero no puede dar ninguna prueba sin ponerse en evidencia e incriminarse. Puede que sea el Patriarca Mayor, pero no tiene el poder de ir indiscriminadamente contra unos pura sangre. Puede acusarnos todo lo que quiera, pero no puede hacer nada sin pruebas.

En mi pecho comenzó a nacer un pequeño atisbo de esperanza.

—Tiene mucho poder, Aiden. Y también tiene a la Orden, a la que solo los dioses saben cuánta gente pertenece.

—No importa, Álex. —Aiden puso sus fuertes y amables manos sobre mis hombros—. Ahora, lo único que tiene es miedo. Piensa que puede asustarte hasta que admitas la verdad. Está usando ese miedo contra ti.

—¿Pero qué pasará si va contra todos? ¿Qué pasará contigo?

Aiden sonrió.

—Puede que lo haga, pero no llegará a ninguna parte. Y cuando no admitas nada, volverá a Nueva York. Y nosotros estaremos listos por si vuelve a intentar algo. Esto no ha acabado.

Asentí de nuevo.

Aiden me miró a los ojos.

—Quiero que me prometas que no harás ninguna estupidez, Álex. Prométeme que no te entregarás.

—¿Por qué todos pensáis que voy a hacer alguna estupidez?

Puso cara de que simplemente lo sabía.

—Acto reflejo, Álex. Creo que ya lo hemos hablado.

Suspiré.

—No haré ninguna tontería, Aiden.

Aiden se quedó mirándome un segundo y luego asintió. En vez de relajarse como pensaba, parecía que estaba más tenso. Exhaló bruscamente y asintió una vez más. Fuese lo que fuese lo que estaba pensando, no era nada bueno.

Cuando su mirada de acero se cruzó con la mía, supe que era bastante posible que no hubiese creído nada de lo que le acababa de prometer.

Capítulo 14

Aquella misma noche, a pesar de tener el teléfono a medio metro de la cara, parecía que Seth me gritaba al oído.

—¡Voy a matarlo!

—Ya, no eres el primero que lo dice. —Me levanté del sofá, mirando de reojo hacia la puerta. No necesitaba verlo para saber que Leon estaba haciendo guardia en mi puerta. Gracias a los dioses, la mayoría de los estudiantes se habían marchado; tener a un Centinela personal cubriéndome era lo último que me faltaba para ser aún más rarita—. Es bastante triste que yo sea la voz de la razón.

—¿Y qué sugieres? —preguntó—. Es el Patriarca Mayor, Álex. Es obvio que fue él quien ordenó al Guardia que te matase.

—Ya. —Me dirigí hacia el baño, con la cabeza ladeada. Mi mejilla izquierda estaba roja y ligeramente hinchada. Una pequeña línea azul enmarcaba mi mandíbula. Jackson me había dejado peor. Telly pegaba como una nena. Sonreí—. Pero Aiden ha dicho que él no...

—Aiden es idiota.

Puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. ¿Por qué no contestaste al teléfono la otra noche?

—¿Estás celosa?

—¿Qué? No. Simplemente me pareció extraño.

Seth rio.

—Estaba ocupado y, cuando tuve un rato para contestarte, ya era demasiado tarde. ¿Me has echado de menos o qué?

La verdad era que no. Me aparté del espejo y volví a la habitación.

—Seth, ¿en realidad qué estás haciendo ahí?

—Ya te lo he dicho. —Hubo una ligera interferencia—. Pero bueno, ¿acaso importa ahora mismo? Deberías estar preocupada por Telly.

Me senté en el borde de la cama.

—Telly me ha dicho que te han llevado para que te encargues de los mestizos que han causado problemas y no responden al elixir. ¿Es cierto?

Silencio.

Empecé a sentir nudos en el estómago.

—Seth.

Suspiró.

—Álex, ese no es el problema. Telly sí.

—Ya lo sé, pero necesito saber qué estás haciendo ahí. —Empecé a tirar de un hilo suelto de la colcha—. Mi padre... sé que él no respondía al...

—Ni siquiera he visto a tu padre, Álex. Te lo juro, ni siquiera sé cómo es, y Laadan no quiere decírmelo. Podría estar aquí o podría haberse ido.

Me vi desbordada de ira y frustración.

—¿Qué haces con los mestizos que no responden al elixir?

Al otro lado del teléfono me respondió un sonido irritado.

—Lo que me ha ordenado el Consejo que haga, Álex. Encargarme de ellos.

Se me heló la sangre.

—¿A qué te refieres con «encargarte de ellos»?

—Álex, eso ahora no importa. Mira, solo son mestizos...

—¿Y qué demonios crees que somos nosotros? —Me levanté y empecé a dar vueltas por la habitación. De nuevo—. Somos mestizos, Seth.

—No —respondió sin inmutarse—. Somos Apollyons.

—Dioses, me encantaría tenerte delante.

—Sabía que me echabas de menos —dijo Seth. Pude casi oír su sonrisa.

—No. Si te tuviese delante te daría una patada en las pelotas, Seth. No puedes estar de acuerdo con... *encargarte* de los mestizos, Seth. No es que esté mal, es mucho peor. Es horrible, asqueroso.

—No estoy *matando* a nadie, Álex. Dioses, ¿quién te crees que soy?

—Oh —paré y sentí cómo me ponía roja.

Durante un rato estuvimos en silencio. Era como si Seth estuviese yendo a toda prisa a alguna parte.

—Me encantaría meterme en tu cabeza, aunque solo fuese una hora —dijo riendo—. No. Olvídalo. No quiero. Me hundirías en la miseria.

—Seth...

—Vamos a concentrarnos en lo importante: Telly. No creo que no tenga nada. No seguiría amenazando con ir contra el puro responsable de la compulsión si no tuviese algo.

El miedo regresó.

—¿En serio crees que tiene algo?

—Telly puede ser muchas cosas, pero no es estúpido. Ha esperado hasta saber que ni Lucian ni yo íbamos a estar cerca para hacer algo. No me sorprendería que Telly hubiese preparado esto del elixir hace semanas como plan de emergencia. Necesitaba una distracción y la ha conseguido. Y Aiden tampoco es estúpido —dijo—. Te está diciéndote lo que necesitas oír para que no hagas una estupidez.

Me volví a sentar medio mareada.

—Mierda.

—Escúchame, Álex. Nadie, ni tu tío ni Aiden, importa. Apártate de Telly. Deja que intente cumplir su amenaza, tenga pruebas o no.

—¿Qué? —Me quedé mirando el teléfono, como si pudiese verme, por estúpido

que fuese—. Me importan, Seth.

—No, te importa Aiden. En realidad, el resto te da igual —corrigió.

—¡No es verdad!

Seth rio, pero sin pizca de humor.

—Álex, se te da fatal mentir.

¿Qué demonios? ¿Todos pensaban que no hacía más que estupideces y que era una pésima mentirosa? Pero no estaba mintiendo. Laadan, e incluso Marcus, me importaban. Hasta Leon, por muy raro que fuese.

Respiré profundamente.

—¿Así que crees que Telly tiene algo?

—No creo que Telly amenace en vano esperando que caigas. Mira todo lo que ha hecho ya.

Me cubrí la cara con la palma de la mano.

—Seth, no puedo dejar que vaya a por ellos.

—Claro que puedes, y vas a hacerlo. Ellos. No. Importan. Tú sí. Nosotros sí.

—Odio cuando dices eso —dije entre dientes.

—Porque es cierto, Álex. ¿Por qué? Porque cuando Despiertes, podemos cambiar las cosas. —Seth hizo una pausa y bajó la voz—. No tienes ni idea de lo que la mayoría del Consejo quiere hacer con los mestizos de aquí. Por suerte, mi presencia parece mantenerlos a raya, pero los quieren muertos, Álex. Ven a los mestizos como un problema para el que no tienen ni tiempo ni recursos. Sobre todo ahora que los daimons no tienen reparos en atacar Covenants.

—Pensaba que los mestizos no te importaban. —Levanté la cabeza y me puse a mirar la pared en blanco.

—Que no me quiten el sueño sus vidas y estar de acuerdo en exterminarlos son dos cosas muy diferentes, Álex.

—Dioses, Seth. —Sacudí la cabeza—. A veces es como si no te conociese.

—Nunca lo has intentado —dijo sin enfadarse—. Y ahora no es algo que importe. Todo lo que importa es que estés a salvo. Mira, tengo que irme. Tú quédate en la habitación, al menos hasta que Telly se marche. Sé que el viernes tiene que estar aquí porque tienen sesión.

—De acuerdo —dije—. ¿Seth?

—Dime.

Me mordí el labio, no tenía ni idea de qué le quería decir. Había muchas cosas, pero ninguna en la que quisiese meterme ahora.

—Nada. Ya... ya hablamos luego.

Seth colgó sin hacerme prometer que no me metería en líos. Creo que sabía que mi palabra valía tanto como la suya.



Las siguientes veinticuatro horas pasaron terriblemente lentas. No podía salir de la habitación. Uno de mis niños me traía la comida. A parte de ellos, nadie venía a verme. Aburrída de narices, limpié el baño y empecé a ordenarme el armario, lo que supuso tener un montón de ropa tirada por el suelo.

Por un momento, el miedo comenzó a consumirme. ¿Estaba tomando la decisión correcta al no entregarme?

Intenté llamar a Seth unas cuantas veces, pero era un fracaso. A veces me devolvía la llamada justo cuando me acababa de poner el pijama. No hablábamos mucho, ni de nada importante. Creo que le sorprendía que siguiese en la habitación y no hubiese hecho ninguna tontería.

Me costó horas hasta que me pude dormir, no dejaba de dar vueltas. Sin embargo, no pude dormir mucho tiempo. Me desperté cuando aún estaba todo a oscuras, con la colcha enrollada en las piernas.

Unos finos rayos de luz cruzaban el techo y desaparecían en cuanto la luna se ocultaba tras las nubes. Mi cerebro de repente se puso a mil, repasando todo lo ocurrido con Telly, con Aiden y Seth. ¿Y si Seth tenía razón y Telly descubría que fue Aiden? Y aun sin saberlo, ¿qué pasaría si iba a por él? No era solo por Aiden por quien me preocupaba. ¿Qué diría de mí si dejase que otros saliesen perjudicados para yo poder escaparme hasta la siguiente? Porque habría una siguiente vez —lo sabía—. Y entonces, ¿quién arriesgaría su vida y su futuro?

No era justo ni correcto.

Me incorporé, saqué las piernas de la cama y me puse de pie. El aire frío me puso la piel de gallina. Cogí una enorme sudadera larga y me la puse sobre la camiseta. Me acerqué a la ventana, aparté las cortinas y miré hacia fuera. No podía ver nada en la oscuridad, aunque tampoco sabía qué estaba buscando.

—¿Qué estoy haciendo? —Me pregunté.

—Absolutamente nada, si es que me preguntabas a mí.

Solté las cortinas dando un chillido y me di la vuelta. Con el corazón a mil, logré ver una enorme silueta que ocupaba toda la puerta. Aunque reconocí quién era, no logré calmar mi corazón.

—¡Por todos los daimons! Casi me da un infarto.

Aiden dio un paso al frente y cruzó los brazos.

—Lo siento.

Me acomodé la sudadera y le miré.

—¿Qué haces en mi habitación?

—¿Acaso ahora tienes problemas con que haya chicos en tu habitación?

—Ja-Ja. —Me acerqué rápidamente hasta la mesilla de noche y encendí la luz. Un

tenue brillo iluminó la habitación—. La verdad es que nunca he invitado a Seth. Simplemente venía como si estuviese en su casa.

Una leve sonrisa apareció en su cara. Como siempre, llevaba puesto su uniforme de Centinela. Entonces me di cuenta. Abrí la boca de par en par.

—Estás de servicio, ¿verdad? —Le pregunté.

—Bueno, había bastantes probabilidades de que te escapases y te entregases antes de que Telly se fuese mañana. Solo tomamos precauciones, por si acaso.

—¿Tomamos? —solté—. ¿Hay alguien más aquí?

—No, pero Leon estaba justo antes de que te quedases dormida. Linard está patrullando por fuera. —Hizo una pausa—. Yo acabo de cambiarle el turno a Linard. Perdona si te he despertado.

Le miré boquiabierto.

—¿Os habéis estado turnando aquí mientras dormía? ¿Anoche también? Asintió.

—Por suerte, Marcus lo sugirió. Si no, me parece que Linard habría acabado persiguiéndote por todo el centro para detenerte antes de que escapases.

—No soy tan estúpida. —Agarré el borde de la sudadera con fuerza—. ¿En serio crees que iría a entregarme a Telly en mitad de la noche?

Ladeó la cabeza.

—Lo dice la que se escapó del Covenant y se encontró con un daimon.

Tocada.

—Da igual. No tenía pensado volver a hacer algo igual.

—¿Ah no?

Negué con la cabeza. Una parte de mí había llegado a pensarlo.

—Solo es que no podía dormir. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Lo entiendo. —Me miró y se fijó en mi mejilla—. ¿Qué tal va?

Giré la cabeza para taparme la cara.

—Bien.

Apartó la mirada un momento, pero volvió a mirarme de nuevo.

—Has pasado por cosas peores, ya lo sé, pero aun así. Nunca debiste pasar por eso... ni por lo de Jackson. La verdad es que por nada de todo esto.

—¿A qué te refieres?

—Nada, solo estoy pensando en voz alta. —Aiden se relajó y miró a su alrededor—. Hacía mucho que no venía por aquí.

Seguí su mirada, que acabó en la cama. Una oleada de calor me recorrió desde la cabeza hasta la punta de los pies. Una decena de imágenes bailaban frente a mis ojos —todas ellas para nada correctas, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que estaba pasando.

—Era tu primer día de vuelta —dijo con una pequeña sonrisa—. También estaba

todo el suelo lleno de ropa.

Sorprendida, me fijé en él —el Aiden real y completamente vestido—. Había estado en mi sala de estar, pero tenía razón. No había ido más allá del sofá.

—¿Te acuerdas?

Asintió.

—Claro. Te estaba sermoneando.

—Por haber tirado a Lea de la silla, estirándole el pelo.

Aiden rio, y el sonido de su voz me calmó.

—Por fin lo admites.

—Es que ella se lo había buscado. —Me mordí el labio al ver cómo me miraba a los ojos. ¿En qué estaría pensando? Me senté en el borde de la cama—. No voy a hacer nada, a pesar de que debería. No tienes que quedarte ahí.

Aiden se quedó en silencio un momento, luego se dirigió hacia mí y se sentó a mi lado. De repente, el aire se volvió más denso y la cama más pequeña. La última vez que habíamos estado en una cama —y a mí me faltó poco para estar desnuda— fue aquella noche en su cabaña. Por imposible que pareciese, mi memoria se calentó y cada vez estaba más nerviosa, mucho más nerviosa. Tenía que haberme quedado dormida.

—¿Por qué crees que deberías entregarte, Álex?

Me eché hacia atrás y crucé las piernas. La distancia ayudaba.

—Seth ha dicho que hay bastantes probabilidades de que Telly pueda probar que fuiste tú o de que haga algo contra todo aquel del que sospeche algo.

Se giró y me miró.

—No importa si lo hace, Álex. Si te entregas será tu fin. ¿No lo entiendes?

—Si no lo hago, podría significar el tuyo, o el de cualquiera del que crea que me ha ayudado.

—No importa.

—Pareces Seth, diciendo que la única vida que importa es la mía. Es una gilipollez. —Me puse de rodillas y respiré profundamente—. ¿Qué pasa si Telly te hace algo? ¿O a Laadan, o a Leon, o a Marcus? ¿Esperas que esté de acuerdo? ¿Que viva con ello?

Los ojos de Aiden se oscurecieron.

—Sí, espero que vivas con ello.

—Es una locura. —Me bajé de la cama, sintiendo cómo cada vez me enfadaba más—. ¡Estás loco!

Me miró tranquilo.

—Así son las cosas.

—No puedes decir que mi vida es más importante que la tuya. No está bien.

—Pero es que tu vida es más importante para mí.

—¿Te estás escuchando? —Me paré enfrente de él, con las manos temblando—. ¿Cómo puedes tomar esa decisión por otros, por Laadan y Marcus?

—Mira —dijo Aiden levantando las manos—, enfádate conmigo. Pégame. No cambiaré nada.

Fui hacia él para empujarle, no para pegarle.

—No puedes...

Aiden me agarró las dos muñecas y me llevó hacia él, pasando a agarrarme las dos con una sola mano. Suspiró.

—Te lo decía figuradamente, no que *realmente* me pegases.

Estaba tan aturdida que no pude ni responder, solo le miraba. Tan solo nos separaban unos pocos centímetros. Con las piernas entrelazadas con las suyas, apenas podía moverme. Con la mano libre me apartó el pelo de la cara. Me quedé sin aliento y el corazón comenzó a acelerarse. Nuestras miradas se encontraron, y sus ojos se volvieron del color del mercurio.

Me cogió por la nuca. Le oí respirar profundamente. Me soltó las muñecas y me cogió de la cadera. Antes de parpadear siquiera, me encontré de espaldas, con Aiden sobre mí. Sujetándose con un brazo, bajó la cabeza y rozó con sus labios mi mejilla hinchada.

—¿Cómo es que siempre acabamos así? —preguntó con voz ronca, pasando su mirada por mi cara y todo mi cuerpo.

—Yo no he sido. —Despacio, levanté las manos y las apoyé sobre su pecho. Su corazón palpitaba agitado bajo mi mano.

—No. Ha sido todo cosa mía. —Movié la parte inferior de su cuerpo hacia abajo. Sus ojos buscaban los míos—. Cada vez se me hace más duro.

Levanté las cejas y solté una risita.

—¿El qué?

Sonrió, y sus ojos brillaron.

—Parar antes de que sea demasiado tarde.

En un segundo, todo —cuando nos distanciamos el día en que le di aquella estúpida púa, lo que había visto en los Catskills, el lío en el que nos habíamos metido e incluso Seth—, todo desapareció. Las palabras salieron solas.

—No pares.

No pares.

Capítulo 15

Cuando me miró, sus ojos parecían brillar. Igual que en la biblioteca, sabía que quería besarme. Su determinación se derrumbaba y la mano le temblaba contra mi mejilla.

Deslicé las manos hasta su terso abdomen, parando justo encima de la goma de sus pantalones. Lo que más me apetecía era perderme en él, olvidarlo todo. Quería que él se perdiese *en mí*.

Tomó aire con la boca entreabierta.

—Creo que sería mejor que Leon o cualquier otro te vigilase durante la noche.

—Seguramente.

Hizo una mueca mientras separaba la mano de mi mejilla, bajándola por el cuello, bajo mi sudadera. Me sobresalté un poco al notar su mano sobre el hombro.

—Dicen que es fácil ser sabio después del hecho —dijo.

No me importaba lo que fuera que estuviese diciendo sobre no sé qué sabio, solo me importaba la mano sobre mi piel, bajándome la sudadera por el brazo.

—¿Cuándo... cuándo llega el siguiente niñoero?

—Por la mañana.

Las mariposas de mi estómago se volvieron locas. Aún quedaban muchas horas. Todavía podían pasar muchas cosas en todo aquel tiempo.

—Oh.

Aiden no contestó. En vez de eso, me acarició las marcas del brazo y cerró los ojos. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, llegándome al ama. Inclino la cabeza y un manojo de rizos oscuros cayó hacia delante, pero no pudo ocultar el deseo en sus ojos.

Me puse tensa, el pecho casi me dolía. Su aliento tibio y tentador rozaba mis labios, luego me rozó con los suyos dulcemente. Ese simple acto me dejó sin aliento, me robó el corazón. Cuando se apartó, me di cuenta de que no me podía quitar algo que ya tenía él.

Aiden se puso de lado, llevándome consigo. Metió un brazo por debajo mío y me llevó hacia su pecho, acercándose tanto que podía escuchar cómo su corazón iba a mil. Tenía algo bajo la camiseta que se me clavaba en la mejilla. Me di cuenta de que era su colgante.

—¿Aiden?

Bajó la barbilla hasta mi cabeza y tomó aire.

—Duérmete, Alex.

Abrí los ojos de par en par. Intenté levantar la cabeza, pero no podía moverme ni un centímetro.

—Ahora no creo que pueda dormirme.

—Bueno, pues más te vale intentarlo.

Intenté soltarme, pero movió sus piernas, agarrándome una entre ellas. Le agarré la camiseta con el puño.

—Aiden.

—Álex.

Frustrada, le pegué en el pecho. La risa de Aiden retumbó en mí y, aunque tenía ganas de pegarle fuerte, empecé a sonreír.

—¿Por qué? ¿Por qué me has besado? Quiero decir, ¿acabas de besarme, no?

—Sí. No. Algo así —suspiró—. Eso quería.

Empecé a sentirme medio mareada. Como si una parte de mí no fuese consciente del mundo exterior ni de las consecuencias; la parte que estaba completamente controlada por mi corazón.

—Vale, y entonces, ¿por qué has parado?

—¿Podemos hablar de cualquier otra cosa? ¿Por favor?

—¿Por qué?

Subió la mano por mi espalda, hasta el pelo, provocándome escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Porque te lo he pedido educadamente...?

Estar tan cerca de él no ayudaba nada. Cada vez que respiraba, notaba su loción de afeitado y aquel olor a sal de mar. Si me movía, nos acercábamos más aún. No iba a poder dormirme de ninguna forma.

—Esto está muy mal.

—Es lo más acertado que has dicho en toda la noche.

Puse los ojos en blanco.

—Y es todo culpa tuya.

—No te lo discuto. —Aiden se puso de espaldas y yo acabé pegada a su lado. Intenté incorporarme, pero me sujetaba con fuerza. Acabé con la cabeza sobre su hombro y el brazo atrapado bajo él—. Cuéntame algo —dijo cuando dejé de forcejear.

—No creo que quieras que te cuente nada ahora mismo.

—Cierto. —Rio—. ¿Dónde te gustaría que te asignaran cuando te gradúes?

—¿Cómo? —Fruncí el ceño. Aiden repitió la pregunta—. Sí, te he oído, pero es una pregunta como... muy al azar.

—¿Y? Contesta.

Dejé de intentar soltarme y decidí aprovechar al máximo aquella situación tan extraña; me acurruqué más cerca de él. Seguramente me acabaría arrepintiéndome más tarde, cuando se diese cuenta y me apartase. Aiden tensó los brazos.

—No lo sé.

—¿No lo has pensado?

—La verdad es que no. Cuando volví al Covenant, ni siquiera pensé que fuesen a admitirme de nuevo, y luego me enteré de todo lo del Apollyon. —Hice una pausa, y pensé que no lo había pensado demasiado en todo aquel tiempo—. Supongo que dejé de verlo como una opción factible.

Aiden soltó las manos y empezó a trazar círculos sobre mi brazo. Era absurdamente reconfortante.

—Sigue siendo una opción, Álex. Que Despiertes no significa que se acabe tu vida. ¿Dónde irías?

Deseé que se hubiese acordado de apagar la luz antes de comenzar a achucharnos y cerré los ojos.

—No lo sé. Supongo que elegiría algún sitio donde nunca hubiese estado, como Nueva Orleans.

—¿Nunca has estado? —dijo sorprendido.

—No, ¿y tú?

—Unas cuantas veces.

—¿Durante el Mardi Gras?

Aiden me agarró la mano que tenía sobre su tripa y entrelazó sus dedos con los míos.

—Una o dos veces —contestó.

Sonreí al imaginarme a Aiden con collares.

—Pues eso, igual un sitio así.

—¿O Irlanda?

—Te acuerdas de las cosas raras que digo.

Me apretó la mano.

—Me acuerdo de todo lo que dices.

Sentí una oleada de calor y la disfruté. Dijo lo mismo el día del zoo, pero se me había olvidado tras todo lo que había ocurrido después.

—Pues es bastante vergonzoso. Digo muchas tonterías.

Aiden rio.

—La verdad es que sí que dices cosas bastante raras.

No podía discutirse. Nos quedamos en un agradable silencio durante un ratito, escuchando el sonido acompasado de su respiración.

—¿Aiden?

Inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Sí?

Por fin pude decir lo que llevaba tragándome mucho tiempo.

—¿Y si... y si ya no quiero ser Centinela?

Aiden no respondió inmediatamente.

—¿A qué te refieres?

—No es que no le vea sentido a ser Centinela y creo que aún lo necesito, pero a veces siento que ser Centinela es aceptar las cosas tal y como son. —Respiré profundamente. Decir algo así era parecido a decir una herejía—. Es como que ser Centinela significa que me parece correcto cómo son tratados los mestizos y... no es así.

—A mí tampoco —dijo suavemente.

—Me siento... fatal por pensar así, pero es que no sé. —Cerré los ojos con fuerza, un tanto avergonzada—. Pero después de ver a todos aquellos sirvientes muertos en los Catskills, no puedo seguir formando parte de esto.

Hubo una pausa.

—Entiendo lo que dices.

—Y hay un «pero» ¿verdad?

—No. No lo hay. —Aiden me apretó la mano—. Sé que convertirte en el Apollyon no es lo que quieres, pero estarás en posición de poder cambiar las cosas, Álex. Habrá puros que te escucharán. Algunos quieren que las cosas cambien. Si es algo que realmente piensas, entonces haz lo que puedas.

—¿Y eso no significa que esté eludiendo mis deberes como Centinela? —dije con un hilo de voz—. Porque el mundo necesita Centinelas y Guardias; los daimons matan indiscriminadamente. Es que no puedo...

—Puedes hacer lo que quieras. —Vi que lo decía con sinceridad y quería creerle, pero no era el caso. Incluso siendo el Apollyon, seguía siendo una mestiza y no podía hacer lo que quisiera—. No es eludir tu responsabilidad —dijo—. Cambiar la vida de cientos de mestizos hará mucho más bien que cazar daimons.

—¿Eso crees?

—No lo creo, lo sé.

Logré liberarme un poco de la presión y bostecé.

—¿Y si alguien nos ve?

—No te preocupes. —Me apartó el pelo de la cara, colocándomelo tras el hombro —, Marcus sabe que estoy aquí.

Dudaba mucho que Marcus supiese que Aiden estaba en mi cama. Decidí que a lo mejor todo aquello no era más que un sueño, pero los labios aún me cosquilleaban tras el breve beso. Quería preguntarle por qué estaba allí así. No tenía sentido, pero no quería acabar con la calidez que había entre nosotros con preguntas lógicas. A veces la lógica estaba sobrevalorada.



Lentamente, abrí los ojos y parpadeé. Los débiles rayos de sol de la mañana se

filtraban a través de las cortinas. Pequeñas motas de polvo flotaban en el rayo de luz. Tenía un pesado brazo sobre la tripa y una pierna sobre la mía, como si quisiera asegurarse de que no iba a escaparme mientras dormía.

Ni siquiera los dioses me hubiesen podido apartar de aquella cama o de sus brazos.

Disfruté sintiéndole contra mí, cómo su aliento mecía el pelo en mi sien. Lo de la noche anterior no fue un sueño raro. Y si lo fue, no estaba segura de querer despertar. Quizá no tenía miedo de que me marchase en medio de la noche mientras él dormía. Quizá deseaba estar cerca de mí, igual que yo lo deseaba de él.

Se me aceleró el corazón a pesar de no haberme movido. Allí tumbada, mirando las pequeñas motas de polvo, me pregunté cuántas veces había soñado quedarme dormida y despertar en los brazos de Aiden. ¿Cien o más? Seguro que más. La garganta se me cerró. No estaba bien que se me tentara de aquella forma, probar cómo podría ser un futuro con Aiden, algo que nunca podría tener.

Mi pecho se inundó de dolor. Estar así en sus brazos dolía, pero no me arrepentía ni un poco. En el silencio de la mañana admití que no podía olvidarme de Aiden. Daba igual lo que pasase de aquel momento en adelante, mi corazón seguiría siendo suyo. Podría formar una familia con una pura y abandonar la isla para siempre, que no importaría. Contra todo pronóstico y contra el sentido común, Aiden me había calado hondo, se había instalado en mi corazón y se había filtrado hasta mis huesos. Era parte de mí y... toda yo —mi corazón y mi alma— siempre sería suya.

Sería estúpida si pensase de otro modo, si me imaginase una situación diferente. Si pensaba en Seth, el dolor se extendía desde mi pecho y se me metía por dentro, ardiendo como una marca de daimon. Sea lo que fuese que tenía con Seth, no era justo para él. Si de verdad se preocupaba por mí, esperaría tener algo de hueco en mi corazón.

Con cuidado de no despertar a Aiden, bajé la mano hasta la que él tenía sobre mi cadera y la puse encima. Recordaría aquella mañana toda mi vida, ya fuese larga o corta.

—¿Álex? —dijo Aiden con voz somnolienta.

—Hey.

Aiden se despertó a mi lado y levantó un brazo. No dijo nada al bajar la mano y agarrar la mía. Recorrió mi cara con su mirada plateada y me sonrió, aunque no con los ojos.

—Todo va a salir bien —dijo—. Te lo prometo.

Eso esperaba. Telly ya se habría ido, sin mí. Seguro que estaba cabreado. Era imposible saber qué haría ahora. Si le ocurriese algo a cualquiera de ellos, no podría quitármelo de la cabeza. Me puse de lado, aunque estaba un poco incómoda porque Aiden seguía cogiéndome la mano.

—Lo odias. No hacer nada mientras te sientes responsable por lo sucedido.

Suspiré.

—Es que soy responsable.

—Álex, lo hiciste para salvar tu vida. No es culpa tuya —dijo—. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Sabes si Telly se ha ido ya? —pregunté en vez de responderle.

—No lo sé, pero supongo que sí. Anoche antes de venir aquí, Linard me dijo que no había salido de la isla desde que llegó al Covenant.

—¿También lo habéis estado vigilando a él?

—Teníamos que asegurarnos de que no tramase nada. Los Guardias que sirven a Lucian han sido un buen recurso. Telly ha estado tan bien vigilado que sé que anoche cenó langosta al vapor.

Fruncí el ceño. Yo había cenado un bocadillo frío.

—Deberíais montaros vuestra propia agencia de espías.

Aiden rio.

—Quizá en otra vida, y solo si tuviese aparatos guays.

Sonreí.

—¿Aparatos como los de 007?

—En *El mañana nunca muere* lleva una moto BMW R1200 —dijo como si la diesease—. Dioses, aquella moto era una pasada.

—Pues no la he visto. La película.

—¿Cómo? Pues qué mal. Habrá que arreglarlo.

Me di la vuelta. La sonrisa de Aiden ya había alcanzado sus ojos, de un color gris azulado.

—No me apetece nada ver una película de James Bond.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Para nada. Me parecen súper aburridas. Igual que las de Clint Eastwood. Aburridas.

—Creo que no podemos seguir siendo amigos.

Reí y él sonrió aún más. Entonces, aparecieron sus hoyuelos, esos que hacía tanto que no veía que me parecía una eternidad.

—Tendrías que sonreír más.

Aiden levantó una ceja.

—Y tú tendrías que reír más.

La verdad es que últimamente no había tenido muchos motivos para reír, pero no quería pensar en ello. Aiden se iría enseguida y todo aquello sería como una fantasía. Una fantasía que no podía dejar escapar aún. Nos quedamos así un poco más, hablando cogidos de la mano. Cuando llegó el momento de hacer frente a la realidad,

Aiden se bajó de la cama y fue al baño. Yo me quedé allí, con una sonrisa bobalicona en la cara.

Esa mañana había estado llena de contradicciones: tristeza y felicidad, desesperación y esperanza. Todas esas emociones cambiantes me habían agotado, pero estaba lista para ir a... correr, o algo así.

Y yo nunca me sentía lista para salir a correr.

Llamaron a la puerta, lo cual me sacó de mis ensoñaciones.

—Seguramente será Leon —dijo Aiden desde el baño. El resto de lo que dijo se lo tragó el desagüe del lavabo.

Salí de la cama con un gruñido y me puse la sudadera. El reloj del salón decía que solo eran las siete y media. Puse los ojos en blanco. Era el segundo día de las vacaciones de invierno y ya estaba en pie antes de las ocho de la mañana. Seguro que no era nada bueno.

—¡Ya voy! —grité cuando volvió a llamar. Abrí la puerta.

—Buenos días, tesoro. —Era Linard quien estaba en el pasillo, con las manos detrás de la espalda. Miró por encima de mi cabeza, echado un ojo por la habitación—. ¿Dónde está Aiden?

—En el baño. —Me aparté un poco para dejarle entrar—. ¿Telly se ha ido ya?

—Sí, se fue justo al amanecer. —Linard se volvió hacia mí, sonriendo—. Esperó, tal y como te ofreció, pero no viniste.

—Seguro que estaba cabreado.

—No. Creo que estaba más... decepcionado que otra cosa.

—Se siente. Qué pena. —Esperaba que Aiden saliese pronto porque necesitaba lavarme los dientes.

—Sí —dijo Linard—, sí que es una pena. Todo podría haber acabado fácilmente.

—Sí... —Arrugué la frente—. Espera. ¿Qué...?

Linard era rápido, como todos los Guardias. Durante un breve segundo reconocí haber estado antes en aquella misma posición, solo que entonces por mis venas corría un montón de adrenalina. Entonces, un dolor ardiente explotó justo bajo mis costillas, al lado de la runa, y no pude pensar en nada más. Era un dolor agudo y repentino, de esos que te quitan el aliento antes de que te des cuenta.

Me tambaleé hacia atrás y miré hacia abajo mientras intentaba coger aire y entender ese enorme dolor que atenazaba todo mi cuerpo. Tenía una daga del Covenant clavada hasta la empuñadura.

Quise preguntar por qué, pero cuando abrí la boca, la sangre me salió a borbotones y cayó al suelo en un fino hilo.

—Lo siento. —Linard sacó la daga y yo me doblé en dos, sin poder hacer ni un ruido—. Te dio la opción de vivir —susurró.

—Hey, esperaba que viniese Leon... —Aiden paró en seco a unos metros de

nosotros y entonces se tiró contra Linard. Un sonido más animal que humano salió de Aiden mientras agarraba a Linard por el cuello con el brazo.

Me di de espaldas contra la pared, y las piernas cedieron. Caí doblada, intentando parar la hemorragia. La sangre viscosa y caliente se me escapaba entre los dedos. Se oyó un grito y un crujido que señalaba el fin de Linard.

Aiden pidió ayuda a gritos mientras se agachaba a mi lado, apartando mis manos temblorosas y apretando la herida con las suyas. Aiden me miró con la cara desencajada y horror en su mirada.

—¡Álex! Álex, háblame. Háblame, ¡maldita sea!

Parpadeé y su cara se formó ante mí, pero le veía borroso. Intenté decir su nombre, pero una tos ronca y húmeda sacudió todo mi cuerpo.

—¡No! No. No. —Miró hacia la puerta por encima del hombro. Había un montón de Guardias que habían llegado atraídos por el ruido—. ¡Id a buscar ayuda! ¡Ahora! ¡Vamos!

Las manos se me movieron en un espasmo y empecé a sentir cómo se me entumecía todo el cuerpo. En realidad no me dolía nada, solo el pecho, pero era por otra razón. La cara que tenía cuando se volvió hacia mí y me miró el abdomen. Apretó con más fuerza. Sus ojos parecían agitados, sorprendidos y horrorizados.

Quería decirle que aún le amaba —que siempre lo había hecho— y quería decirle que se asegurase de que Seth no se volvía loco. Moví la boca, pero las palabras no salían.

—Está bien. Todo va a salir bien. —Aiden forzó una sonrisa, los ojos le brillaban. ¿Estaba llorando? Aiden nunca lloraba—. Tú aguanta. Vamos a por ayuda. Aguanta por mí. Por favor, *Agapi mou*. Aguanta por mí. Te prometo...

Oí un sonido sordo seguido de un flash de luz, brillante y cegador. Y luego nada, excepto oscuridad. Sentí que caía dando vueltas y que todo se había acabado.

Capítulo 16

Bajo mi mejilla, el suelo estaba húmedo y frío. Un olor fresco, como a musgo, llenaba el aire y me hacía pensar que estaba en algo parecido a una cueva musgosa. Ya que lo pensaba, ¿no debería tener frío? El sitio era frío y húmedo, sumido en la oscuridad. La única luz salía de unas enormes antorchas que salían del suelo, pero estaba bien. Me incorporé y me puse de pie, temblorosa, mientras me apartaba el pelo de la cara.

—Oh... oh, diablos no...

Estaba en la orilla de un río y, al otro lado, había cientos, si no miles, de personas, *personas desnudas*, que temblaban mientras se apiñaban en corrillos. El río de color ónice que nos separaba formaba ondas y la masa de gente se movió hacia adelante, aullando.

Me estremecí y deseé taparme los oídos.

La gente de mi orilla se arremolinaba, algunos vestidos de Centinela y otros con ropa normal. No todos eran iguales. Los que estaban más cerca de la orilla parecían los más felices. Los otros parecían confusos, estaban pálidos y con la ropa llena de sangre y suciedad.

Unos hombres, vestidos con túnicas de cuero y montados sobre caballos negros, juntaban en grupos a los que parecían más desorientados. Supuse que eran una especie de guardias, y por cómo me miraban algunos, me dio la impresión de que no debería estar allí —fuese donde fuese.

Espera. Me volví a girar hacia el río, intentando ignorar a las pobres... *almas... en el otro...* Oh, mierda. Estaba en el Río Estigia, donde Caronte llevaba las almas hasta el Inframundo.

Estaba muerta.

No. No. No. No podía estar muerta. Ni siquiera me había lavado los dientes. No podía ser. Y si estuviese muerta ¿qué haría Seth? Se volvería loco cuando lo descubriese, si es que no lo había notado ya. Nuestra unión disminuía con la distancia, pero ¿podría haber sentido también mi pérdida? A lo mejor no estaba muerta.

Me abrí la sudadera, miré hacia abajo y maldije.

Tenía toda la camiseta empapada en sangre —mi sangre—. Entonces recordé todo: la noche anterior y la mañana con Aiden, tan perfecta. Aiden —oh dioses— me había rogado que aguantase y yo me había ido.

Sentí una enorme rabia.

—No puedo estar muerta.

Oí una suave risa femenina detrás de mí.

—Cariño, si estás aquí, estás muerta. Como todos los demás.

Me giré, dispuesta a pegarle a alguien.

Una chica a la que nunca había visto antes chilló.

—¡Lo sabía! Estás muerta.

Me negaba a creer que estaba muerta. Aquello era una extraña pesadilla causada por el dolor. Y, en serio, ¿por qué aquella tía estaba tan contenta porque estuviese muerta?

—No estoy muerta.

La chica tenía unos veintitantos años, llevaba unos vaqueros con pinta de caros y sandalias de tiras. Agarraba algo con la mano. La había tomado por una pura sangre, pero su mirada abierta y compasiva me dijo que debía estar equivocada.

—¿Cómo has muerto? —preguntó.

Me abracé.

—No estoy muerta.

Su sonrisa no se alteró.

—Yo estaba de compras con mis Guardias. ¿Te gustan estos zapatos? —Levantó el pie y lo movió para que los viese bien—. ¿A que son divinos?

—Eh, sí. Son geniales.

Suspiró.

—Lo sé. He muerto por ellos. Literalmente. Mira, decidí que me apetecía estrenarlos, aunque se estaba haciendo tarde y mis Guardias se empezaban a poner nerviosos. Pero en serio, ¿qué hacían un puñado de daimons en la Avenida Melrose? —Puso los ojos en blanco—. Me dejaron seca y aquí estoy, esperando para ir al Paraíso. En fin, parece estar un tanto confusa.

—Estoy bien —susurré mirando a mi alrededor. Aquello no podía ser real. No podía estar atrapada en el Inframundo con Buffy—. ¿Por qué tú no estás como ellos?

Siguió mi mirada e hizo una mueca.

—Aún no les han dado esto. —En la palma de la mano tenía una brillante moneda de oro—. No pueden cruzar hasta que no les dan paso. En cuanto lo tienen, quedan como nuevos y pueden coger el siguiente barco.

—¿Y si no les dan una moneda?

—Esperan hasta que se la dan.

Se refería a las almas del otro lado del río. Me estremecí y les di la espalda, aunque me di cuenta de que... yo no tenía moneda.

—¿Qué pasa si no tienes moneda?

—No pasa nada. Algunos acaban de llegar. —Me pasó un brazo sobre los hombros—. Suelen tardar unos cuantos días. A la gente le gusta hacer funerales y esas cosas, es una mierda para nosotros porque tenemos que esperar aquí tanto rato que se te hace eterno. —Hizo una pausa y rio—. Ni siquiera te he dicho cómo me

llamo. Soy Kari.

—Álex.

Arrugó la frente.

Puse los ojos en blanco. Había que explicárselo hasta a los muertos.

—Es el diminutivo de Alexandria.

—Lo sé, conozco tu nombre. —Antes de poderle preguntar por qué, Kari me apartó de un grupo de guardias con pinta de enfadados que me miraban de reojo—. Al final aquí acabas aburriéndote.

—¿Por qué estás siendo tan maja conmigo? Eres una pura sangre.

Kari rio.

—Aquí todos somos iguales, cariño.

Mi madre también me lo había dicho. Vaya. Tenía razón. Dioses, no quería creérmelo.

—Además, cuando estaba viva... no os odiaba —continuó, sonriendo—. Quizá fuese porque era un oráculo.

Abrí la boca sorprendida.

—Espera, ¿eres el oráculo?

—Es cosa de familia.

Me acerqué a ella, mirando fijamente el tono de su piel y sus ojos oscuros, que de repente me resultaron conocidos.

—¿No estarás emparentada con la Abuela Piperi?

Kari rio.

—Piperi es mi apellido.

—Me cago en...

—Ya, es raro, ¿eh? —Se encogió de hombros—. Ese era mi gran propósito en la vida, pero mi amor por los zapatos acabó con ello. Les pega eso de ser unos zapatos «divinos de la muerte», ¿eh?

—Pues sí —dije nerviosa—. Así que, tú eres la que recibió el oráculo cuando... murió la Abuela Piperi.

Pasó un rato y luego suspiró.

—Pues sí... por desgracia. Nunca se me dio bien eso del destino, ¿sabes? Y las visiones... pues suelen ser una mierda —Kari me miró, entrecerrando sus ojos color obsidiana—. Estás donde debías estar.

—¿Ah sí? —Solté un gritito. Jo, tío...

Asintió.

—Pues sí. Esto, esto ya lo he visto antes. Sabía que te iba a conocer, pero no tenía ni idea de que iba a ser *aquí*. Ves, los oráculos no saben qué va a ser de sus propias vidas, es un asco. —Volvió a reír—. Dioses, sé qué pasará.

Aquello sí que captó mi atención.

—¿Ah sí?

Sonrió enigmática.

Agarré la sudadera con fuerza.

—¿Vas a contármelo?

Kari se quedó callada, ¿tenía que hacerlo ahora que parecía empezar a decir cosas con sentido? Ella era un oráculo y yo estaba muerta. Ya no había mucho que pudiese hacer, ¿no? Sacudí la cabeza y miré a mi alrededor. No podía ver hacia dónde llevaba el río; solo se veía un enorme agujero negro. A nuestra derecha había una pequeña grieta, de donde salía un extraño brillo azulado, proveniente del otro lado.

—¿Hacia dónde lleva eso? —pregunté señalando a la luz.

Kari suspiró.

—De vuelta arriba, pero no es lo mismo. Si sales por ahí, no serás más que una sombra, eso suponiendo que puedas evitar a los guardias.

—¿Los tíos a caballo?

—Síp. Ya sea hacia arriba o hacia abajo, a Hades no le gusta perder ni una sola alma. Deberías haber visto a alguien intentándolo. —Se estremeció—. Horrible.

Oímos un escándalo desde la orilla y nos giramos. Kari aplaudió.

—Oh, dioses. ¡Por fin! —Kari salió disparada hacia la fila de gente, que no paraba de crecer.

—¿Qué? —Salí detrás de ella. Los guardias a caballo estaban organizando a la gente en filas a ambos lados del río—. ¿Qué ocurre?

Me miró sonriendo.

—Es Caronte. Ha llegado. ¡Es la hora del Paraíso, nena!

—¿Pero cómo sabes dónde vas? —Intenté seguir a su lado, pero cuando llegué hasta donde estaba la gente me quedé parada. *Oh, mierda.*

—Simplemente lo sabes —dijo Kari pasando a través de todos lo que estaban allí, que supuse no tenían moneda para poder subir—. Me alegro de haberte conocido, Alexandria. Estoy un noventa y nueve por ciento segura de que nos volveremos a ver. —Y desapareció entre la gente.

Estaba tan ocupada viendo todo lo que estaba pasando a mi alrededor que no presté atención a lo que acababa de decir. La barca era más grande de lo que solía salir en los cuadros. Era *enorme*, como del tamaño de un yate, y tenía bastante mejor pinta que la imagen de una barca cutre a la que estaba acostumbrada, pintada de color blanco brillante y perfilada de color dorado. Al mando iba Caronte. Él sí que tenía la pinta que me esperaba.

Su cuerpo delgado estaba totalmente cubierto por una enorme capa negra. Con una de sus manos huesudas sujetaba un farol. Dirigió su cabeza cubierta hacia mí y, a pesar de no verle los ojos, sé que me vio.

En unos pocos segundos, el barco estaba lleno y se deslizaba río abajo,

desapareciendo tras el oscuro túnel. No sé cuánto tiempo me quedé allí de pie, pero en un momento dado me di la vuelta y me dirigí hacia la gente. Mirase donde mirase solo veía caras. Jóvenes y ancianos. Con cara de aburridos o sorprendidos. Había muertos vagando por todas partes y yo estaba sola, completamente sola. Intenté hacerme más pequeña, pero me iba chocando con todo el mundo.

—Perdona —dijo una mujer vieja. Llevaba una bata rosa que le hacía más pequeña—. ¿Sabes qué ha pasado? Me he ido a dormir y... me he despertado aquí.

—Eh. —Retrocedí—, lo siento, estoy tan perdida como usted.

Parecía confusa.

—¿Tú también te fuiste a dormir?

—No —suspiré mientras me apartaba—. Me mataron de una puñalada. —En cuanto dije aquellas palabras deseé retirarlas, porque hacían que todo fuese más real.

Me paré fuera del montón de gente y me miré los pies desnudos. Me daban ganas de pegarme a mí misma. Estaba muerta de verdad.

Levanté la cabeza y lo que vi fue aquella extraña luz azul. Si lo que Kari había dicho era cierto, entonces aquella era la salida de la... zona de paso. ¿Y luego qué? ¿Ser una sombra para siempre? Pero ¿y si en realidad no estaba muerta?

—Estás muerta —murmuré para mí misma mientras me dirigía hacia la luz azul. Cuanto más me acercaba a ella, más atraída me sentía por ella. Parecía darlo todo; luz, calor, *vida*.

—¡No vayas hacia la luz! —gritó una voz, seguida de una risa, una risa malévola que amaba—. Es mentira lo que dicen sobre la luz, ¿sabes? Nunca vayas hacia la luz.

Me quedé helada. Si mi corazón siguiese latiendo, algo de lo que no estaba completamente segura, se me habría parado. Como si tuviese los pies en cemento, me giré lentamente. No podía crérmelo —no quería creer lo que estaba viendo, porque si no era real...

Estaba a solo unos metros de mí, con una camisa blanca de lino y unos pantalones. El pelo rubio le llegaba por los hombros y estaba sonriendo, sonriendo de verdad. Y aquellos ojos, tan azules como el cielo en verano, estaban vivos y brillaban. No como la última vez que los había visto.

—¿Álex? —dijo Caleb—. Parece que hayas visto un fantasma.

Todos mis músculos se activaron a la vez. Salí corriendo hacia él y di un salto.

Riendo, Caleb me cogió por la cintura y empezó a dar vueltas. De repente fue como si se abriesen unas compuertas de par en par. En menos de un segundo me hice una bola y me convertí en un enorme bebé llorón. Me temblaba todo el cuerpo; no podía evitarlo. *Era Caleb, mi Caleb, mi mejor amigo. Caleb.*

—Venga, Álex. —Me incorporó, pero seguía agarrándome con fuerza—. No llores. Ya sabes cómo me pongo cuando lloras.

—Lo... lo siento. —Eso sí, no había nada en el mundo que me hiciese soltar el

abrazo a lo boa constrictor que le estaba dando—. Oh dioses no me puedo creer... que estés aquí.

Me apartó el pelo de la cara.

—Me has echado de menos, ¿eh?

Levanté la cabeza.

—No es lo mismo sin ti. Nada es lo mismo sin ti. —Levanté las manos y le toqué las mejillas y el pelo. Era de carne y hueso. Real. No tenía sombras bajo los ojos y no tenía la mirada acuosa como después de Gatlinburg. Ya no tenía marcas—. Oh dioses, estás aquí de verdad.

—Soy yo, Álex.

Apoyé la cara en su pecho y volví a echarme a llorar. Ni en un millón de años habría pensado que volvería a verle. Había tantas cosas que quería decirle.

—No lo entiendo —murmuré contra su pecho—. ¿Cómo es que estás aquí? No llevarás esperando todo este tiempo, ¿verdad?

—No. Perséfone me debía una. Estábamos jugando al Mario Kart de la Wii y la dejé ganar. Me he cobrado el favor.

Me aparté, limpiándome las lágrimas con la mano.

—¿Tenéis la Wii aquí abajo?

—¿Qué pasa? —Sonrió y, oh dioses, pensaba que nunca volvería a ver aquella sonrisa—. Nos aburrimos. Sobre todo Perséfone, durante estos meses, cuando le toca estar aquí. Normalmente, Hades no suele jugar, gracias a los dioses. Es un maldito tramposo.

—Espera. ¿Juegas a Mario Kart con Hades y Perséfone?

—Aquí abajo soy algo así como una celebridad, gracias a ti. Cuando... llegué, me llevaron directamente con Hades. Quería saberlo todo acerca de ti. Supongo que le caí bien —Caleb se encogió de hombros y me volvió a agarrar en otro de sus abrazos gigantes—. Dioses, Álex, estaba deseando volver a verte. Pero no pensé que sería de esta forma.

—Dímelo a mí —dije fríamente—. ¿Cómo... cómo es?

—No está mal, Álex. Nada mal —dijo suavemente—. Hay cosas que echo de menos, pero es igual que estar vivo, solo que no lo estás.

Entonces caí.

—Caleb, ¿está... está mi madre por aquí?

—Sí. Y es muy maja. —Hizo una pausa—. Muy maja, teniendo en cuenta que esta vez no ha intentado matarme, ya sabes.

Me entraron náuseas, algo raro teniendo en cuenta que se suponía que estaba muerta.

—¿Has hablado con ella?

—Sí. La primera vez que la vi fue muy raro, pero ahora ya no es lo que era

cuando nos tenía secuestrados. Es tu madre, Álex. La madre que recuerdas.

—Parece que la has perdonado.

—Pues sí. —Me limpió las lágrimas de las mejillas—. Sabes, en vida no lo habría hecho. Pero una vez aceptas esto de morir, como que te vuelves un poco más sabio. Además a ella la convirtieron en daimon. Aquí abajo no tienen nada de eso en cuenta.

—¿Ah no? —Oh Dioses, estaba a punto de volver a llorar.

—Para nada, Álex.

Algunos guardias estaban empezando a juntarse a nuestro alrededor. Me concentré en Caleb y deseé que no apartaran.

—¡Tengo que verla! ¿Puedes llevarme...?

—No, Álex. No puedes verla. Ni siquiera sabe que estás aquí, y seguramente, por ahora, sea lo mejor.

Aquello me desilusionó.

—Pero...

—Álex, ¿cómo crees que se sentiría tu madre si supiese que estás aquí? Solo hay una razón para que estés aquí. Eso la pondría muy triste.

Mierda, la verdad era que algo de razón sí que tenía. Pero estaba allí, lo que significaba que estaba muerta. ¿No la iba a acabar viendo en algún momento? Esa parte no me parecía tan lógica.

—Te he echado de menos —dijo de nuevo, y volví a abrazarlo.

Le cogí de la camisa y las palabras que quería decirle salieron solas.

—Caleb, lo siento mucho, mucho, mucho todo. Lo que ocurrió en Gatlinburg y... no haber prestado atención a todo lo que pasaste después. Estaba demasiado centrada en mí misma.

—Álex...

—No. Lo siento. Y luego está lo que te ocurrió. No era justo. Nada fue justo. Y lo siento mucho.

Caleb apoyó su frente contra la mía, juraría que le brillaron los ojos.

—No fue culpa tuya, Álex. No vuelvas a pensar eso, ¿vale?

—Es que te echo mucho de menos. No sabía qué hacer después de que... te marchases. Te odiaba por haberte muerto. —Me ahogué entre lágrimas—. Solo te quería de vuelta.

—Ya lo sé.

—Pero no te odio. Te quiero.

—Ya lo sé —volvió a decir—, pero tienes que saber que nada de aquello fue culpa tuya, Álex. Todo tenía que ocurrir. Ahora lo entiendo.

Reí medio ronca.

—Dioses, hasta pareces listo. ¿Qué te ha pasado, Caleb?

—Supongo que la muerte me ha hecho más listo. —Me observó la cara—. Tú no

pareces haber cambiado. Solo me parece que... que hace mucho que te vi por última vez.

—Tú estás mejor. —Le toqué la cara con los dedos y apreté los labios. Caleb estaba impresionante. No había ni rastro de todo lo que había sufrido. Parecía estar en paz, completo como nunca lo había estado en vida—, te echo mucho de menos.

Caleb me achuchó más fuerte y rio.

—Ya lo sé, pero tenemos que dejar esto de ser tan buenos amigos, Álex. Primero nos torturan unos daimons, y ahora nos apuñalan a los dos. Eso es pasarse con el rollo de «hacer todo juntos».

Estaba llorando, pero volví a reír. Parecía tan cálido y tan real. Vivo.

—Dioses, es verdad que estoy muerta.

—Sí, más o menos.

Me sorbí la nariz.

—¿Cómo puedo estar más o menos muerta?

Caleb se apartó un poco y bajó la barbilla. Vi una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Hay un enorme dios rubio que está negociando con Hades ahora mismo. Al parecer estás en el limbo o algo así. Tu alma está esperando a ser devuelta.

Me quedé de piedra y parpadeé perpleja.

—¿Cómo?

Asintió.

—No estarás muerta durante mucho tiempo.

Me froté los ojos.

—Llevo horas aquí. Estoy más que muerta.

—Las horas aquí son tan solo segundos allí —explicó—. Cuando he venido pensaba que sería ya demasiado tarde, que Hades te habría soltado ya.

—¿No voy a... seguir muerta?

—No —Caleb sonrió—, pero tenía que verte. Necesito decirte algo.

—Vale. —Una punzada de dolor en la tripa me asustó. Me apoyé contra él—. ¿Caleb?

—No pasa nada. —Me sujetó con sus brazos—. No tenemos mucho tiempo, Álex. Necesito que me escuches. A veces aquí abajo oímos cosas... de lo que pasa arriba. Es sobre Seth.

Sentí que empezaba a arder por dentro.

—¿El... el qué sobre Seth?

—En realidad no lo sabe, Álex. Cree que lo controla, pero no. No... no te creas todo lo que oyes. Aún hay esperanza.

Intenté reír, pero el fuego cada vez era más vivo.

—Sigues siendo... un admirador loco de Seth.

Caleb hizo una mueca.

—Lo digo en serio, Álex.

—Vale. —Respiré, agarrándome la tripa—. Caleb, algo... va mal.

—Todo va bien, Álex. Tú recuerda lo que te he dicho. A veces a la gente le cuesta recordarlo todo después de estas cosas. Álex, ¿puedes hacerme un favor?

—Sí.

—Dile a Olivia que yo habría elegido Los Ángeles —Caleb me dio un beso en la frente—, ella lo entenderá, ¿vale?

Asentí, aunque no entendía nada, mientras le agarraba con fuerza la camisa, como si me fuera la vida en ello.

—Se... se lo diré. Te lo prometo.

—Te quiero, Álex —dijo Caleb—. Eres como la hermana que nunca quise, ¿sabes?

La risa se me entrecortó debido al fuego que me destrozaba por dentro.

—Yo también te quiero.

—Nunca dejes de ser como eres, Álex. Es tu pasión, tu fe insensata, la que te acabará salvando, la que os salvará a los dos. —Me agarró con más fuerza—. Prométeme que no lo olvidarás.

Según se acrecentaba el dolor, la mirada se me empezó a nublar.

—Te lo prometo. Te lo prometo. *Te lo prometo. Te lo prom...*

Me apartaron de su lado, o al menos eso fue lo que sentí. No dejaba de dar vueltas y más vueltas, me caía a pedazos y volvía a unirme. No sentía más que dolor. Inundaba mis sentidos y avivaba el miedo. Los pulmones me ardían.

—Respira, Alexandria. *Respira.*

Cogí aire y abrí los ojos. Dos ojos completamente blancos, sin pupila ni iris, me miraban. Los ojos de un dios.

—Oh, *dioses* —susurré antes de perder la consciencia.

Capítulo 17

A mi alrededor había gente moviéndose. No podía verlos, pero escuchaba sus pies desnudos sobre las baldosas, no hablaban. Alguien se inclinó sobre la cama. Respiraba tranquilo y de forma constante, eso me calmaba. Me llegó el olor a hojas ardiendo y sal de mar.

Se abrió una puerta y la persona que había a mi lado se giró.

Después de aquello ya no recuerdo nada, sumiéndome de nuevo en la agradable nada. Cuando finalmente abrí los ojos, era como si me los hubiesen pegado; me costó recuperar la visión. Estaba rodeada de paredes blancas, lisas y aburridas. Reconocí la sala médica. No había ventanas, por lo que no sabía si sería de noche o de día. Recordaba vagamente a Linard y mucho dolor. Luego, un destello de luz y como si cayese. Después, todo era confuso. Recordaba un olor como a musgo y más cosas, pero todo parecía estar en los límites de mi memoria.

Tenía la lengua seca como un trapo y las extremidades entumecidas. Un dolor sordo palpitaba en mi esternón. Respiré profundamente, haciendo una mueca de dolor.

—¿Álex? —Sentí movimiento al otro lado de la cama, entonces Aiden entró en mi campo de visión. Tenía unas sombras oscuras bajo los ojos y el pelo hecho un desastre, cayéndole sin control. Se sentó en la cama, con cuidado de no moverme—. Dioses, Álex, no... no pensaba...

Arrugué la frente y traté de cogerle la mano, pero ese movimiento me tiró de la tripa. La piel, sensible, me causó un agudo pinchazo.

—Álex, no te muevas demasiado. —Aiden puso su mano sobre la mía—. Te ha hecho un remiendo, pero tienes que tomártelo con calma.

Miré a Aiden, y al hablar, sentí que la garganta me ardía.

—Linard me apuñaló, ¿verdad?

Los ojos de Aiden se pusieron de un color gris tormenta. Asintió.

—Maldito bastardo —solté.

Hizo una mueca al oírme.

—Álex, lo... lo siento mucho. No debería haber sucedido. Yo estaba allí para asegurarme de que no te pasase nada y...

—Déjalo. No ha sido culpa tuya. Además, obviamente estoy bastante bien. Lo único es que no me lo esperaba de Linard... Romvi, vale. ¿Pero Linard? —Empecé a moverme, pero Aiden fue más rápido y me empujó suavemente hacia abajo—. ¿Qué? Puedo incorporarme.

—Álex, tienes que estar quieta. —Frustrado, sacudió la cabeza—. Ten, bebe esto. —Me puso una taza delante.

Cogí la pajita y le miré por encima del borde de la taza. La taza de agua con sabor a menta me sentó divinamente y calmó mi garganta irritada.

Aiden seguía mirándome, como si no hubiese esperado volver a verme nunca más. Me vino a la mente una imagen de él inclinado sobre mí, afectado y suplicando. Su cara reflejaba toda una serie de emociones: diversión, cansancio, pero, sobre todo, alivio.

Me apartó la taza.

—Espacio.

Aparté la sábana y me sorprendió ver que llevaba una camiseta limpia y la sudadera que daban en el Covenant. Ignoré las punzadas de dolor y levanté el borde de la camiseta.

—Oh, mierda.

—No está tan mal...

Me temblaban las manos.

—¿En serio? Porque creo que esto haría sentirse orgulloso a tu querido James Bond.

La línea roja era como de cinco centímetros de largo por dos de ancho como mínimo. La piel de alrededor estaba rosada y arrugada.

—Linard intentó matarme.

Aiden me cogió las manos y las apartó de mi camiseta. Luego me la bajó y arregló las sábanas a mi alrededor con cuidado. Nunca dejaba de sorprenderme lo... cuidadoso y amable que era Aiden conmigo aunque sabía lo dura que era. Me hacía sentir femenina, pequeña y valiosa. Protegida. Cuidada.

Para alguien como yo, que había nacido y entrenado para luchar, aquellos cuidados me volvían loca.

Tensó la mandíbula.

—Sí.

Miré a Aiden maravillada.

—Soy como un gato. Parece que tengo siete vidas.

—Álex. —Me miró a los ojos—, ya has gastado todas esas vidas y alguna más.

—Bueno... —Volví a sentir el olor a musgo.

Aiden me puso la mano en la mejilla y sentí su calor. Me acarició la mandíbula con su pulgar.

—Álex... moriste. Moriste en mis brazos.

Abrí la boca, pero volví a cerrarla. La luz brillante y aquella sensación de caer no habían sido un sueño extraño, había algo más... lo sabía.

Le tembló la mano que tenía en mi mejilla.

—Te estabas desangrando muy rápidamente. No había tiempo.

—No... no lo entiendo. Si morí, ¿cómo es que estoy aquí ahora?

Aiden comprobó con la mirada que la puerta estaba cerrada y exhaló lentamente.

—Bueno, pues ahí es donde todo se vuelve más extraño, Álex.

Tragué.

—¿Cómo de extraño?

Me sonrió brevemente.

—Hubo un destello de luz.

—Eso lo recuerdo.

—¿Recuerdas algo más?

—Caer, recuerdo que caía sin parar y... —Arrugué la cara—. No me acuerdo.

—No pasa nada. Lo mejor será que descanses, podemos hablarlo más tarde.

—No. Quiero saberlo ahora. —Le miré a los ojos—. Venga, parece que va a ser interesante.

Aiden rio y bajó la mano.

—Sinceramente, no me lo habría creído si no lo hubiese visto.

Empecé a ponerme de lado, pero recordé aquello de que no me moviese. Quedarme quieta iba a ser todo un reto.

—Me mata tanto suspense.

Se acercó más aún, hasta que su cadera dio contra mi muslo.

—Tras el destello, Leon estaba agachado a nuestro lado. Al principio pensé que acababa de entrar a la habitación, pero... había algo raro. Acercó una mano hacia ti y, al principio pensé que iba a tomarte el pulso, pero en vez de eso te puso la mano en el pecho.

Levanté las cejas.

—¿Dejaste a Leon que me toquetease?

Aiden estuvo a punto de reír, pero negó con la cabeza.

—No, Álex. Dijo que tu alma seguía en tu cuerpo.

—Eh.

—Sí —contestó—, y luego me dijo que te llevase al centro médico y me asegurase de que te metían en quirófano para coserte y parar la hemorragia, que aún no era demasiado tarde. Yo no entendía nada porque tú... estabas muerta, pero entonces le vi los ojos.

—Unos ojos completamente blancos —susurré, al recordar haber visto algo así.

—Leon es un dios.

Miré a Aiden. No era capaz de decir nada al respecto. Al oír eso, mi cerebro poco menos que se bloqueó.

—Ya lo sé. —Se inclinó hacia mí y me apartó el pelo de la cara—. Todos pusieron más o menos esa cara cuando te traje aquí. Marcus ya había llegado... y los doctores querían que me marchase. Unos te estaban cosiendo y otros simplemente estaban allí. Era un caos. Debiste estar... muerta unos minutos, lo que me costó

traerte desde la habitación hasta aquí, y entonces Leon apareció sin más en la sala. Todos se quedaron helados. Te despertó. Volvió a tocarte y te dijo que respiraras.

Respira, Alexandria. Respira.

—Y respiraste —dijo Aiden con voz ronca—. Abriste los ojos y susurraste algo antes de quedarte inconsciente.

Yo seguía en la parte aquella del dios.

—¿Que Leon es un... dios?

Asintió.

—Vaya —dije lentamente—, santo cielo.

Aiden rio, y lo hizo de verdad. Era una risa fuerte y estupenda, llena de alivio.

—Ni... ni te lo imaginas... —Me evitó la mirada y se pasó una mano por el pelo—. Da igual.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza con la mandíbula tensa.

Le cogí la mano, y él entrelazó sus dedos con los míos. Me miró.

—Estoy bien —susurré.

Aiden se me quedó mirando durante lo que pareció una eternidad.

—Pensaba que te habías ido, que te habías marchado, Álex. Estabas *muerta* y yo... te sujetaba a pesar de que no podía hacer nada. Nunca había sentido tanto dolor. —Se quedó sin aliento—. No desde que perdí a mis padres, Álex. No quiero volver a sentir algo así nunca más, no contigo.

Empecé a notar lágrimas en los ojos. No sabía qué decir. Mi mente aún estaba intentando asumir todo, estaba completamente saturada. Y él me estaba cogiendo la mano que, a pesar de no ser lo más sorprendente del día ni de lejos, me afectaba también. Había muerto. Y un dios, que al parecer era Centinela, me había devuelto a la vida y todo aquello. Pero lo más fuerte era la forma en que Aiden me miraba, como si no hubiese creído que volvería a hablar conmigo de nuevo, ver mi sonrisa o escuchar mi voz. Parecía un hombre que había estado al borde de la desesperación, de donde le habían apartado en el último momento. Yo seguía sintiendo todas aquellas emociones, sin llegar a creer que él no hubiese llegado a perder nada, que yo siguiese allí.

Entonces me di cuenta de algo tan importante como potente.

Aiden bien podía decirme que no sentía lo mismo que yo. Ya podía luchar contra lo que había entre los dos noche y día. Ya podía mentirme de allá en adelante, que daba igual.

Yo siempre, *siempre* sabría la verdad.

Aunque nos separase una inmensidad o hubiese una decena de normas que nos obligasen a estar separados y no pudiésemos nunca estar juntos, siempre sabría la verdad.

Y dioses, le amaba, le amaba muchísimo y aquello nunca iba a cambiar. Había muchas cosas de las que no estaba segura, sobre todo después de lo sucedido, pero no de eso. Antes de que pudiese evitarlo, se me escapó una lágrima que recorrió mi mejilla. Cerré los ojos con fuerza.

Cogió aire, esta vez con más dificultad. La cama se hundió al moverse y me pasó una mano por el pelo, jugueteando con mis mechones. Sentí sus labios cálidos y suaves contra mi mejilla, borrando la lágrima con un beso.

Yo me quedé quieta, muy quieta, temiendo que cualquier movimiento fuese a alejarlo. Era como un animal salvaje a punto de escapar.

Al hablar, sentí su aliento sobre mis labios, provocándome escalofríos.

—No puedo volver a sentir lo mismo. No puedo.

Estaba muy cerca de mí. Con una mano seguía agarrando la mía, y la otra pasó de mi pelo a tocarme la cara.

—¿De acuerdo? —dijo—. Porque no puedo perder... —Cortó la frase y miró hacia la puerta. Los pasos se oían cada vez más cerca. Apretó los labios y se volvió hacia mí. Me soltó la mano y se puso recto—. Luego seguimos hablando.

Yo me quedé allí sentada como una tonta, con el corazón temblando, y dije lo más elocuente que podía en aquel momento.

—Vale.

La puerta se abrió y entró Marcus. Llevaba la camiseta medio metida por dentro y llevaba sus, normalmente impolutos pantalones, arrugados. Igual que Aiden, estaba hecho un asco, pero se le veía aliviado. Paró junto a mi cama, exhalando con fuerza.

Me aclaré la garganta.

—Estás fatal.

—Estás viva —contestó.

Aiden se puso de pie.

—Sí que lo está. La estaba poniendo al día de todo.

—Bien. Muy bien. —Marcus me miró—. ¿Cómo te sientes, Alexandria?

—Pues bien, supongo, después de morir y todo eso. —Me moví, incómoda por tantas atenciones—. ¿Y todo esto de que Leon sea un dios? No conozco a ningún dios que se llame Leon. ¿Es una especie de dios bastardo que nadie ha reclamado?

Aiden se retiró a una esquina de la habitación, a una distancia mucho más apropiada para un pura sangre. Enseguida eché de menos su cercanía, pero no dejaba de mirarme. Era como si tuviese miedo de que desapareciese.

—Eso es porque Leon no es su nombre real —dijo.

—¿Ah, no?

Marcus se sentó en el sitio de Aiden. Hizo un amago de querer tocarme, pero en lugar de eso se puso la mano en el regazo.

—¿Quieres un poco de agua?

—Emmm, vale. —Me extrañó un tanto, pero me rellenó la taza y me la sujetó para que bebiese. El alien ese que tenía mi tío había tomado el control, definitivamente. En cualquier momento le saldría del estómago y se pondría bailar claqué por mi cama.

Aiden se apoyó contra la pared.

—Leon es Apolo.

Casi me ahogo con el agua. Sin dejar de toser, me agarré la tripa con una mano y moví la otra frente a mi cara.

—Alexandria, ¿estás bien? —Marcus dejó la taza y miró a Aiden, que ya estaba junto a la cama—. Ve a buscar a uno de los médicos.

—¡No! —Tomé aire, con los ojos llorosos—. Estoy bien. Es solo que el agua se me ha ido por el otro lado.

—¿Seguro? —preguntó Aiden. No parecía muy seguro de qué hacer, si traer a un médico o hacerme caso.

Asentí.

—Sí, es que me ha sorprendido. Vamos, hey, ¿estáis seguros? ¿Apolo?

Marcus me miró.

—Sí. Sin duda, es Apolo.

—Me cago en... —No había palabra que le hiciese justicia—. ¿Ha dado alguna explicación?

—No —Marcus volvió a taparme—, después de traerte de vuelta, dijo que tenía que irse y que volvería.

—Y desapareció de la habitación. —Aiden se frotó los ojos—. No hemos vuelto a verle desde entonces.

—Es decir, ayer —añadió Marcus.

—¿Osea que llevo durmiendo un día entero? —Los miré a los dos—. ¿Y vosotros habéis dormido en este tiempo?

Aiden apartó la mirada, pero Marcus respondió.

—Han pasado muchas cosas, Álex.

—Pero vosotros...

—Tú no te preocupes por nosotros —interrumpió Marcus—. Estamos bien.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Estaban hechos un asco.

—Y Linard... está muerto.

—Sí —dijo Marcus—. Estaba trabajando para esta... esta Orden.

Miré a Aiden y me acordé de aquel crujido que oí. Si esperaba ver remordimientos en sus ojos, no los encontraría. De hecho, la cara que tenía era de que volvería a hacerlo.

—¿Y Telly?

—No llegó a aterrizar en Nueva York. Ahora mismo no tenemos ni idea de dónde

está. El Instructor Romvi también ha desaparecido —Marcus volvió a poner las manos sobre su regazo—. He hecho algunas llamadas y ahora mismo unos cuantos Centinelas de confianza están buscando a Telly.

—¿De confianza como Linard? —En cuanto dije aquellas palabras, deseé no haberlo hecho. Las mejillas me ardían—. Lo... lo siento. No ha estado bien. No lo sabías.

Los ojos verdes de Marcus brillaron.

—Tienes razón, no lo sabía. Había muchas cosas que no sabía. Como la verdadera razón por la que te fuiste de Nueva York o que ya te están saliendo las marcas del Apollyon.

Oh, no. No me atreví a mirar a Aiden.

—Y hasta hace unas noches tampoco sabía nada de que la Orden de Tánatos pudiese estar implicada —continuó Marcus, tenso—. Si hubiese sabido la verdad, podríamos haber prevenido todo esto.

Me encogí todo lo que pude.

—Ya lo sé, pero si te involucrábamos en lo que ocurrió en Nueva York, estarías en peligro.

—Eso da igual. Tengo que saber cuándo pasan este tipo de cosas. Soy tu tío, Alexandria, y cuando matas a un pura sangre...

—Lo hizo en defensa propia —dijo Aiden.

—Y tú lanzaste compulsiones a dos pura sangre para protegerla. —Marcus miró a Aiden por encima del hombro—. Lo entiendo, pero eso no cambia el hecho de que necesito saberlo. Todo esto ha creado la tormenta perfecta para que acabase sucediendo algo así.

—¿No estás... enfadado con Aiden? ¿No vas a entregarle?

—A veces dudo de su capacidad de razonamiento analítico, pero entiendo por qué lo hizo —suspiró—. La ley me obliga, Alexandria. También a entregarte y, al no hacerlo, me enfrento a cargos por traición. Igual que Aiden si alguien descubre qué hizo.

La traición suponía muerte para ambos. Tragué saliva.

—Lo siento. Siento haberos metido en todo esto.

Aiden se ablandó.

—Álex, no te disculpes. No ha sido por tu culpa.

—Claro que no. No puedes evitar... aquello que eres. Y todo sucede debido a lo que eres. —Los labios de Marcus se curvaron en una media sonrisa—. No estoy de acuerdo con muchas de las decisiones que has tomado, ni con el hecho de que me hayáis ocultado cosas muy importantes, pero no puedo culpar a Aiden por hacer lo mismo que yo habría hecho en su situación. Soy tu tío, Alexandria, y puede que sea duro contigo, pero eso no significa que no me preocupe por ti.

Me quedé en silencio, asombrada, mirándole. ¿Podría ser que lo hubiese estado malinterpretando durante todos aquellos años? Porque en serio, me habría apostado la vida a que no me soportaba. Pero ¿quizá era aquella su versión del amor, siendo así de duro conmigo por mi bien? Aguanté las lágrimas y deseé darle un abrazo.

La cara de Marcus me decía que seguramente le resultase un tanto incómodo.

Vale, a lo mejor aún no estábamos en el punto de poder abrazarnos, pero aquello... ya me estaba bien. Me aclaré la garganta.

—Así que... guau. Leon es Apolo.

Aiden sonrió.

Le devolví la sonrisa, pero de repente me entró el pánico y me di cuenta por qué.

—Oh, dioses. —Empecé a levantarme, pero Marcus me paró—. Tengo que llamar a Seth. Si sospecha algo, se volverá loco. No os lo podéis ni imaginar.

La sonrisa de Aiden se desvaneció.

—Si lo supiese, si lo hubiese sentido a través de vuestra unión ya se habría vuelto loco. No lo sabe.

Ahí tenía un poco de razón, pero aun así necesitaba hablar con él.

—Creemos que es mejor que no lo sepa, no hasta que esté contigo —dijo Marcus—. Ahora mismo no podemos permitirnos que pierda la cabeza. Anoche te llamó y Aiden le dijo que estabas durmiendo.

Aiden puso los ojos en blanco.

—Después de quejarse porque yo respondiese al teléfono que *él* te había dado expresamente a ti, colgó. Si sintió algo, no sabe el porqué.

Parecía algo propio de Seth. Aliviada, volví a echarme.

—Aun así, ¿podéis traerme el teléfono? Si no sabe nada de mí, sospechará algo y se cargará a alguien.

—Claro que sí.

—Ya voy yo a por él —dijo Aiden suspirando.

—Bien, y mientras lo coges, qué tal si te das una ducha y descansas un poco. No has dormido nada desde ayer por la mañana —dijo Marcus—. Los Guardias de Lucian están en la puerta. Nadie pasará.

La única razón por la que confiaba en los Guardias de Lucian era que la única persona que tenía incluso más ganas que Seth de que despertase, era Lucian.

—¿Lucian sabe qué ha pasado?

Marcus se puso de pie.

—Sí, pero está de acuerdo en que lo más sensato es que Seth no sepa nada por ahora.

—¿Confías en Lucian?

—Confío en que sabe que no podemos permitirnos ninguna represalia por parte de Seth. A parte de eso, no especialmente, pero tenía que saber lo de Telly. Tiene a

parte de su gente buscando al Patriarca Mayor. —Hizo una pausa—. Ahora no te preocupes por esas cosas. Descansa un poco, volveré más tarde.

Aún tenía muchas preguntas, como quiénes eran aquellos Centinelas en los que confiaba Marcus y cómo iba a poderle ocultar a Seth un secreto así, pero estaba cansada y sabía que ellos también.

Aiden se quedó un poco más después de que Marcus se marchara y vino a mi lado, observándome con sus ojos plateados.

—Aún no has salido de esta habitación, ¿verdad? —pregunté.

En vez de responder, se agachó y me dio un beso en la frente.

—Volveré pronto —prometió—, tú intenta descansar un poco y no salgas de la cama hasta que no haya alguien contigo.

—Pero en realidad no estoy cansada.

Aiden rio suavemente y se apartó.

—Álex, puede que te encuentres bien, pero has perdido mucha sangre y te acaban de operar.

También había muerto, pero no tenía sentido añadirlo. No quería que Aiden se preocupase aún más, sobre todo estando tan cansado.

—Vale.

Se apartó de la cama y paró frente a la puerta. Se giró para mirarme y sonrió.

—No tardaré.

Me puse de lado con cuidado.

—No voy a irme a ninguna parte.

—Lo sé. Yo tampoco.

Capítulo 18

Dormí más de lo esperado. Cuando me desperté, la habitación estaba vacía y me habían dejado el móvil en la mesilla. Deseé que Aiden estuviese descansando, igual que Marcus. Me senté y puse una mueca de dolor, ya que al hacerlo me tiraban los puntos.

Intrigada, volví a mirarme la cicatriz. Los mestizos nos curábamos más rápido y las hojas del Covenant estaban diseñadas para hacer cortes limpios, pero aquello seguro que causó daños internos. ¿Me habría arreglado Apolo algo más? Porque dudaba que los médicos pudiesen arreglar aquellas cosas. La verdad es que me encontraba... bien, aunque sin energía.

Mirando por la habitación, algo pareció venirme a la memoria. Tenía la sensación de que me estaba olvidando de algo, algo muy importante. Lo tenía en la punta de la lengua, igual que cuando me lanzaron la compulsión. Aunque esa vez era distinto. Era más bien como despertarse y no acordarse de un sueño.

Suspiré y me estiré para coger el móvil. Solo había una llamada perdida de Peluchín. Me volví a tumbar y le devolví la llamada.

Seth respondió al segundo toque.

—Así que estás viva.

El corazón me dio un vuelco.

—Claro, ¿cómo no iba a estarlo?

—Bueno, no he podido hablar contigo en dos días. —Hizo una pausa—. ¿Qué has estado haciendo?

—Dormir, no mucho más.

—¿Has estado durmiendo dos días seguidos?

Me toqué la cicatriz e hice una mueca.

—Sí, eso ha sido todo.

—Interesante... —Se oyó un ruido amortiguado, como si hubiese puesto algo por encima del teléfono—. ¿Estabas durmiendo y Aiden tenía tu teléfono?

Mierda.

—Estaba haciendo de niñero. No sé por qué respondió al teléfono cuando llamaste. —Volví a escuchar el mismo ruido y a Seth gruñendo—. ¿Qué haces?

—Es difícil ponerse los pantalones sujetando el teléfono.

—Emmm, ¿quieres que te llame más tarde? ¿Como por ejemplo, cuando no estés desnudo?

Seth rio.

—Ya no estoy desnudo. En fin, por cierto, quizá tenemos alguna enfermedad rara de Apollyons. Llevo dos días seguidos como cansado, pero ya me encuentro mejor.

Así que sí había sentido algo. Me mordí el labio.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara.

—Alguna vez me has dicho que cuando Despierte sabré todo lo que sabían los anteriores Apollyons, ¿no?

Hizo una pausa.

—Sí, eso dije.

Empecé a estar un poco intranquila.

—¿Entonces cómo puede ser que no supieses nada sobre la Orden de Tánatos, de cuando ellos mataron a Solaris y al Primero? ¿No habrías visto lo mismo que ellos?

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó Seth.

Respiré hondo.

—Porque no tiene sentido, Seth. ¿Cómo puede ser que no supieses que los Apollyons salen de una relación entre un mestizo y un puro? ¿Ninguno de los anteriores Apollyons lo sabía?

—¿Por qué me preguntas? —Una peculiar risita muy femenina le cortó. Cuando Seth volvió a hablar, le oí de fondo decir algo así como «*compórtate*».

Me incorporé y tomé aire con dificultad, ya que la tripa me tiraba.

—¿Con quién estás, Seth?

—¿Por? ¿Estás celosa?

—Seth.

—Espera un momento —contestó, y oí una puerta cerrarse—. Mierda, qué frío hace aquí fuera.

—Será mejor que tengas cuidado, no se te vaya a congelar algo y se te caiga.

Rio.

—Oh, qué mala eres. Creo que simplemente estás celosa.

¿Que si estaba celosa de que estuviese con una chica y desnudo? Obviamente. ¿No debería estarlo? En verdad no estaba celosa, más bien enfadada. Enfadada porque a mí me habían apuñalado y había muerto mientras Seth estaba haciendo el capullo por allí. ¿Cómo iba a estar enfadada? Era yo la que estaba enamorada de otro. En realidad no tenía nada que decirle, pero yo no me había quedado desnuda con aquel chico, no desde hacía muchos meses, desde que decidí ver hacia dónde iba lo nuestro.

Dioses, estaba muy confundida. No tenía ni idea de qué estaba pasando y por qué precisamente en aquel momento.

—No estoy haciendo nada malo —dijo Seth después de un silencio.

—No he dicho que lo fuese. Espera. Estás con Tetas, ¿verdad?

—¿De verdad quieres saberlo, Álex?

Dicho así, no. Me mordí el labio sin saber muy bien qué decir. De repente

escuché la voz de Caleb en mi cabeza. «*Aún hay esperanza*». Qué raro.

—Nunca dijimos queuviésemos una relación y, además, da igual. Tú estás ahí y yo estoy aquí. En una semana o algo así estaré de vuelta y ya no pasará nada.

Parpadeé.

—¿«Da igual»? ¿En serio?

Seth suspiró.

—Sé que ha estado a tu lado desde el momento en que me fui, con ese halo de melancolía, haciendo lo que sea para poder estar contigo. ¿Y encima contesta a tu móvil mientras estás dormida? Pues sí, «da igual».

Abrí la boca de par en par.

—No es como lo pintas.

—Mira, que da igual. Tengo que irme, luego hablamos. —Y me colgó.

Me quedé un buen rato mirando el móvil, tan sorprendida como molesta. ¿Me acababa de dar permiso para hacer lo que fuese con Aiden porque le daba igual, como a mí me debería dar igual lo que él estuviese haciendo con Tetas? Dioses, ¿me había muerto y había vuelto a un universo alternativo?

La puerta se abrió y entró Aiden. Dejé el teléfono a un lado y me alegré de verlo mucho más fresco. El pelo húmedo se le rizaba sobre la frente y las sombras bajo sus ojos habían disminuido.

—Hey, estás despierta. —Se sentó a mi lado, y la cama nos juntó más—. ¿Cómo te encuentras?

Me aparté de él.

—Asquerosa.

Aiden arrugó la frente.

—¿Asquerosa?

—Hace días que no me lavo los dientes ni la cara. No te acerques a mí.

Río.

—Vamos, Álex.

—En serio, doy asco. —Me tapé la boca con la mano.

Ignoró mis protestas, se acercó y me apartó el pelo grasiento de la cara.

—Estás tan guapa como siempre, Álex.

Le miré. Parecía que no esperaba mucho.

Aiden arqueó una ceja.

—¿Has llamado a Seth?

Como no quería bajar la mano, asentí.

Sus ojos brillaron.

—¿Sospechaba algo?

—No —dije con la mano en la boca—. De hecho, estaba con Tetas.

Puso cara de confuso.

—¿Tetas?

—Una chica de Nueva York —expliqué.

—Oh. —Aiden se echó hacia atrás—. ¿A qué te refieres con que estaba con esa chica?

—¿Tú qué crees? —Bajé la mano.

—Oh, Álex, lo siento.

Hice una mueca.

—¿Por qué lo sientes? Si «da igual». Seth y yo no tenemos una relación. — Aunque desde que volvió conmigo al Covenant se estaba portando como si la tuviésemos. Dejé de pensar en ello y me concentré en algo más importante—. Tengo que salir de la cama.

Algo pasó por la mente de Aiden y negó con la cabeza.

—Álex, en serio, no deberías.

—En serio, lo *necesito*.

Le mantuve la mirada y pareció entenderlo.

—Vale, venga, te ayudo.

No me gustaba mucho la idea de que se acercase tanto a mí sintiéndome así de asquerosa, pero no había forma de discutirlo. Aiden me ayudó a salir de la cama e insistió en acompañarme hasta el pequeño baño. Casi esperaba que acabase entrando conmigo.

Cerré la puerta e hice lo que tenía que hacer, mirando la ducha con deseo. A Aiden le daría algo si la abriese. Miré la puerta, dudando si se atrevería a entrar o no. Aiden era un santurrón.

Decidí comprobar la teoría.

Al segundo de abrir el grifo, gritó.

—Álex, ¿qué haces?

—Nada. —Me quité la ropa, aunque deseaba tener algo limpio que ponerme.

—Álex. —Por su tono notaba que estaba tan desconcertado como frustrado.

Sonreí.

—Voy a darme una ducha rápida. Estoy asquerosa, tengo que lavarme.

—No deberías. —La manilla de la puerta se movió. No la había cerrado—. ¡Álex!

—Estoy desnuda —advertí.

Primero hubo un silencio y luego:

—¿Se supone que con eso conseguirás que no quiera entrar?

Sentí calor por todo mi cuerpo mientras miraba hacia la puerta.

Le oí suspirar.

—Hazlo rápido, Álex, porque como no hayas salido en cinco minutos, entraré.

Me di la ducha más rápida de mi vida. Me sequé y me vestí rápidamente. Disfruté de volver a estar limpia, pero la ducha me había dejado sin las pocas fuerzas que me

quedaban. Me senté frente al lavabo, porque el váter me parecía que estaba demasiado lejos, y me lavé los dientes. Ya no sentía la boca como si tuviese un trapo mugriento, pero miré al lavabo y me di cuenta de que iba a tener que levantarme otra vez. Por un segundo deseé no haber salido de la cama.

Sé que ha estado a tu lado desde el momento en que me fui, con ese halo de melancolía, haciendo lo que sea para poder estar contigo.

Cerré los ojos, agarré el cepillo con fuerza y estiré las piernas.

Da igual. Tú estás ahí y yo estoy aquí. En una semana o algo así estaré de vuelta y ya no pasará nada.

Me empezó a resbalar la pasta de dientes por la barbilla. ¿No pasaría nada porque Seth ya estaría por allí? ¿O no pasaría nada porque en cinco semanas iba a Despertar? ¿Era eso lo que Seth me intentaba decir mientras Tetas hacía lo que fuese?

—¿Álex? —Aiden llamó a la puerta del baño—. ¿Estás bien?

Miré hacia la puerta del baño y se me salió más pasta de dientes de la boca.

—Estoy cansada.

La puerta se abrió. Aiden me miró levantando las cejas. Sonrió despacio, suavizando la expresión tan dura que tenían sus ojos desde que me había despertado. Rio.

El pecho me empezó a palpar.

—No está bien reírse de una chica muerta.

—Ya te he dicho que deberías haberte quedado en la cama. —Cuando se arrodilló a mi lado sus ojos seguían teniendo el mismo brillo y me quitó la pasta de dientes de la barbilla con el pulgar—. Pero nunca me escuchas. Espera.

No es que fuese a irme a ninguna parte, así que vi cómo miraba hacia el lavabo y se ponía de pie. Volvió a entrar en la habitación y volvió en seguida con dos vasitos de plástico y unas toallitas de papel.

Me quitó el cepillo de las manos y lo tiró en el lavabo después de llenar el vaso.

—Toma.

Con las mejillas ardiendo, cogí el vaso y me metí el agua en la boca.

Me pasó el otro vaso vacío.

—Enjuágate y repite.

Le miré, pero cuando volvió a reír, en mi interior me puse súper contenta. En cuanto dejé de tener pasta de dientes cayéndome de la boca y las manos vacías, se agachó y me rodeó con un brazo.

—Puedo levantarme sin ayuda —gruñí.

—Por supuesto. —El pelo de Aiden me hizo cosquillas en las mejillas—. Por eso estás sentada en el suelo del baño. Venga, volvemos a la cama.

La puerta de la habitación se abrió.

—¿Qué pasa? —La voz de Marcus resonó por toda la habitación—. ¿Está bien?

Estaba roja por completo.

—Está bien. —Aiden me puso en pie sin dificultad. La piel de la tripa me tiraba un poco, pero no puse ninguna mueca. No quería que le diese algo—. Solo se ha cansado. —Sonrió y me soltó—. ¿Puedes volver sola a la cama?

Asentí.

—No es mi culpa. Leon... Apolo, quien sea, no me ha dejado bien. Poderes divinos, los...

—Claro que te he dejado bien, pero estabas muerta. Reconoce que tiene mérito —dijo Apolo.

Pegué un salto. Apolo estaba sentado en el borde del váter, con las piernas cruzadas.

A mi lado, Aiden hizo una reverencia.

—Mi señor.

—Oh, dioses —dije—. En serio. ¿Intentas que esta vez muera de un infarto?

Apolo se giró hacia Aiden.

—Ya te lo he dicho. Conmigo no hace falta que hagas esas tonterías de «señor» y las reverencias. —Pequeñas chispas eléctricas rodeaban aquellos ojos completamente blancos—. ¿Por qué estás fuera de la cama? ¿Acaso que te apuñalen no te asegura un tiempo de calma y tranquilidad? —Sonrió a Aiden, que ya se había incorporado—. Es difícil de cuidar, ¿eh?

Aiden estaba un poco pálido.

—Sí...

—Es que... me sentía asquerosa.

Apolo desapareció del baño y apareció detrás de Aiden. Marcus dio un paso atrás, con los ojos como platos. Él también hizo una reverencia y, por un momento, me dio la sensación de que se iba a caer.

—Por todos los dioses —dijo Aiden resoplando mientras me sacaba del baño.

Mientras me volvía a meter en la cama, me quedé mirando al enorme dios que estaba en la esquina.

—¿Alguien sabe esto?

Apolo se deslizó hasta la cama. Era raro mirarle y ver rasgos de Leon. La cara era básicamente la misma, pero más fina, más afilada. El pelo era como el oro bruñido y, en contraposición con el pelo casi rapado que llevaba Leon, le llegaba justo por debajo de sus anchos hombros. Además parecía más alto, si es que era posible. Era tan hermoso que hasta dolía mirarle, pero los ojos... me daban miedo. No tenían ni pupilas ni iris, solo las órbitas blancas, que parecían estar llenas de electricidad.

El dios del Sol.

Estaba mirando al maldito dios del Sol... y aun así, era como estar viendo a Leon. Era extraño que hubiese un dios en la Tierra, pero estar tan a gusto como Apolo

parecía estar era del todo irreal.

Apolo levantó una ceja y giró lentamente la cabeza hacia Marcus.

—Sé que es un tanto... chocante, pero mi misión requería que ocultase quién era.

Marcus parpadeó como si saliese de un trance.

—¿Hay más de los tuyos por aquí?

Apolo sonrió.

—Siempre estamos por aquí.

—¿Por qué? —preguntó Aiden. Él también parecía desconcertado.

—Es complicado —dijo Apolo.

—¿Leon era alguien de verdad? ¿Lo poseíste o algo así? —Crucé las piernas bajo la manta—. ¿O eras tú todo el tiempo?

Despacio, estiré el brazo y le toqué el brazo con el dedo. Era como carne de verdad, cálida y dura. Decepcionada, volví a tocarle. Al tocarle me esperaba algo increíble, celestial. En vez de eso, lo único que logré fue que todos me mirasen raro, incluso Apolo.

—Por favor, deja de tocarme —dijo Apolo.

Volví a agarrarle el brazo.

—Lo siento. Es que eres muy real. Quiero decir, pensaba que vosotros en realidad no estabais con nosotros.

—Álex —Aiden se sentó en el borde de la cama—, creo que deberías dejar de tocarle.

—Pues vale. —Bajé la mano. A pesar de ello, seguía queriendo tocarle. Era raro. Era como si quisiera frotarme contra él, como un gato o algo... y eso era más raro todavía, y un poco incómodo.

—Normalmente no —dijo Apolo mirándome con el ceño fruncido—. Cuando estamos en la Tierra tenemos limitados nuestros poderes. Aquí todo nos desgasta. Intentamos estar apartados y, si venimos de visita, estamos poco tiempo.

—¿Lo suficiente para montároslo con alguna mortal?

—Alexandria —espetó Marcus.

Apolo me miró.

—No. Hace siglos que no tenemos semidioses.

Cuando me miró me entró un escalofrío.

—Tus ojos dan cosilla.

Parpadeó, y en un nanosegundo sus ojos eran de un color azul cobalto intenso.

—¿Mejor?

La verdad era que no. No si me miraba así.

—Huy, sí.

Marcus se aclaró la garganta.

—La verdad es que no sé qué decir.

Apolo movió la mano, quitándole importancia.

—Llevamos meses trabajando juntos. No ha cambiado nada.

—No sabíamos que eras Apolo —Aiden cruzó los brazos—, eso cambia las cosas.

—¿Por qué? —Apolo sonrió—. Simplemente supongo que ahora no tendrás tantas ganas de pelear conmigo.

Unas pequeñas arruguitas bordearon los ojos de Aiden cuando sonrió.

—De eso puedes estar seguro. Es que todo esto es... me refiero, ¿cómo es que no lo sabíamos?

—Fácil. No quería que lo supieseis. Hacía que integrarme fuese... más fácil.

—Lo siento —interrumpí. Apolo levantó una ceja, expectante. Sentí cómo me ponía roja—, es que todo esto es muy raro.

—Dime —murmuró Apolo.

—Quiero decir, te he insultado de todas las formas posibles a la cara. Muchas veces. Como cuando te acusé de perseguir tanto a chicos como a chicas y de cómo se tenían que convertir en árbol para escapar...

—Como ya he dicho antes, algunas cosas no son ciertas.

—¿Así que Dafne no se convirtió en árbol para huir de ti?

—Oh, dioses —dijo Aiden entre dientes pasándose la mano por la cara.

A Apolo se le tensó un músculo en la mandíbula.

—Eso no fue solo culpa mía. Eros me había disparado una maldita flecha de amor. Créeme, cuando te dan con una cosa de esas, no puedes evitarlo.

—Pero le arrancaste parte de *su* corteza. —Me estremecí—. Y la llevabas de corona. Es como un asesino en serie que guarda objetos personales de sus víctimas... o dedos.

—Estaba enamorado —respondió, como si estar enamorado explicase que la chica tuviese que convertirse en un árbol para escapar de él.

—Vale. ¿Y qué pasa con Jacinto? El pobre chico no sabía...

—Alexandria. —Marcus soltó un bufido enfadado.

—Perdón. Es que no entiendo por qué no me ha aniquilado o algo así.

—El día aún es joven —dijo Apolo, que sonrió cuando me vio abrir los ojos de par en par.

Marcus me miró.

—Estás aquí por ella.

Apolo asintió.

—Alexandria es muy importante.

Eso me resultó extraño.

—Pensaba que los dioses no erais muy admiradores de los Apollyons.

—Zeus creó al primer Apollyon hace miles de años, Alexandria, como medio

para asegurar que ningún pura sangre se hiciese demasiado poderoso y amenazase a los mortales, o a nosotros —explicó—. Se crearon como un sistema de equilibrio de poderes. No somos admiradores ni enemigos del Apollyon, lo vemos simplemente como una necesidad que en algún momento requeriremos. Y ese día ha llegado.

Capítulo 19

—¿Por qué ahora? —pregunté al ver que nadie más hablaba. Los puros estaban deslumbrados. Apolo era como una estrella para ellos, pero para mí, a pesar de su belleza sobrenatural, seguía siendo Leon.

—Nunca ha habido un peligro tan grande —respondió Apolo. Al verme confusa, suspiró—. Quizá debería explicar unas cuantas cosas.

—Pues quizá sí —dije entre dientes.

Apolo se inclinó sobre la mesilla y cogió la jarra de agua. La olió y la puso en su sitio.

—Mi padre siempre ha sido muy... paranoico. Tiene mucho poder, pero Zeus siempre ha temido que sus hijos le hagan lo mismo que él les hizo a sus padres. Derrocarlo, conquistar Olimpia, matarlo mientras duerme... Ya sabes, cosas de familia.

Miré a Aiden, pero Apolo lo tenía anonadado.

—El caso es que Zeus decidió mantener cerca a sus enemigos. Por eso llamó a todos los semidioses de vuelta al Olimpo y destruyó a los que no habían respondido a su llamada, pero se olvidó de sus hijos —Apolo sonrió con chulería—. Tanto poder y a veces me pregunto si, cuando era pequeño, Zeus se había caído de cabeza. Se olvidó de los Hematoi, los hijos de los semidioses.

Me reí, pero Marcus miró al techo como si esperase que Zeus fuese a lanzarle un rayo a Apolo.

—Los Hematoi —Apolo miró a Aiden y a Marcus respectivamente—, son una versión descafeinada de los semidioses, pero son muy poderosos a su modo. Su número supera con creces al de los dioses, por miles. Si se pusiesen de acuerdo para intentar derrocarlos, quizá lo conseguirían. Y los mortales no tendrían ninguna opción contra los Hematoi.

—Yo pensaba que erais omniscientes. ¿No os enteraríais si estuviesen a punto de derrocaros?

Apolo rio.

—Las leyendas, Alexandria, a veces cuesta separarlas de la verdad. Algunas cosas las sabemos, pero el futuro no está escrito en piedra. Y respecto a cualquier ser de este planeta, no podemos ver ni interferir en nada. Tenemos nuestros... medios para tener controladas las cosas.

—Por eso el oráculo vivía aquí —dijo Aiden.

Otra vez volví a sentir aquel cosquilleo en la cabeza. Algo sobre un oráculo parecía querer venirme a la mente, pero se me escapaba.

—Sí. El oráculo responde ante mí y solo ante mí.

—Porque eres el dios de las profecías... entre un millón de cosas más —añadí. Ya había pillado el hilo de la conversación.

—Sí. —Vino otra vez a la cama e inclinó la cabeza hacia un lado—. Cuando Zeus se dio cuenta de que se había olvidado de los Hematoi, supo que debía crear algo que fuese lo suficientemente poderoso como para poder controlarlos, pero sin que pudiese haber tantos como Hematoi.

Marcus se sentó en la única silla libre de la habitación.

—¿Así fue como se creó el Apollyon?

Apolo se sentó al lado de Aiden, ya no cabía nadie más en la cama.

—Un Apollyon solo se engendra cuando la madre es Hematoi y el padre es mestizo. Es el éter de una hembra pura combinado con el de un mestizo lo que crea un Apollyon. Algo así como pasa con los minotauros. Los Apollyons en el fondo no son más que monstruos.

Fruncí el ceño a sus espaldas.

—Vaya, gracias.

—Se prohibió que las dos razas se juntasen para asegurarnos de que no hubiese demasiados, y a los Hematoi se les ordenó que matasen toda descendencia proveniente de una pura y un mestizo.

Abrí la boca de par en par.

—Pero eso es horrible.

—Puede que sí, pero no podíamos tener una docena de Apollyons por ahí. —Me miró desde arriba—. Tener dos ya es suficientemente malo. Imagínate si hubiese una docena... No. No se puede. Además, en cada generación uno sobrevive, como habíamos planeado. Aunque de vez en cuando alguna cosa falla.

Apolo empezaba a no gustarme.

—¿Así que soy un monstruo y un error?

Me guiñó un ojo.

—El error perfecto. —Me aparté un poco de él. La sonrisa se reflejó en sus ojos brillantes—. Siempre y cuando el Apollyon sepa comportarse, se le deja hacer lo suyo. Cuando hay un segundo en la mezcla, aumenta el poder del Primero. Eso era algo que no habíamos planeado. Zeus dice que es una broma del destino o algo así.

Marcus se inclinó hacia delante.

—¿Y entonces por qué dejáis que viva el segundo si puede suponer una amenaza?

Me dio un escalofrío.

Apolo volvió a ponerse de pie, como si fuera hiperactivo o algo parecido.

—Ah, te cuento: no podemos tocar a los Apollyons. Las marcas os protegen de nosotros. Solo la Orden de Tánatos puede acometer un ataque contra el Apollyon y, por supuesto, un Apollyon puede matar a otro Apollyon.

Me empezaba a doler la cabeza.

—Y Seth, por supuesto, lo sabe. ¿Verdad? —pregunté.

—Seth lo sabe todo.

Exhalé con fuerza.

—Voy a matarle.

Apolo levantó una ceja.

—La raza humana y los Hematoi tienen algo peor a lo que temer que todo esto de los daimons. Ah, por cierto, el problema de los daimons es culpa de Dionisos. Fue el primero en descubrir que el éter es adictivo y tenía que enseñárselo a alguien. Un día emborrachó tanto de éter, que se lo contó a un Rey de Inglaterra. ¿Sabes la de problemas que causó?

Ya era oficial. Los dioses no eran más que niños grandes.

—Es bueno saberlo, pero ¿podemos volver a eso de que hay algo peor que temer?

—El oráculo hizo una profecía sobre tu nacimiento; uno nos traería la muerte a todos y que el otro sería nuestra salvación.

—Oh, leches —murmuré—, la abuela Piperi ataca de nuevo.

Apolo ignoró lo que acababa de decir.

—Aunque ella no supo decir cuál era cuál. Así que me entró la curiosidad. Cuando Solaris apareció no hubo ninguna profecía de este tipo. ¿Qué hacía que esta vez fuese diferente? Así que os he seguido en vuestras vidas y no he encontrado nada particularmente especial en ninguno de los dos.

—Haces maravillas con mi autoestima.

Se encogió de hombros.

—Solo digo la verdad, Alexandria.

—¿Y no les hablaste al resto de los dioses sobre Seth y Alexandria? —preguntó Marcus.

—No, y debería. Mi decisión no me ha hecho ganar muchos adeptos. —Cruzó los brazos—. Pero entonces, hace tres años, el oráculo predijo que si te quedabas en el Covenant morirías, lo que llevó a tu madre a escapar para protegerte, aunque su profecía se hizo realidad.

Entonces lo entendí.

—Porque he vuelto al Covenant...

—Y has muerto —continuó Aiden con los puños apretados—. Dioses.

—El oráculo nunca se equivoca —dijo Apolo—. Te vigilé justo hasta la noche antes del ataque daimon en Miami. Creo que una vez incluso me sentiste. Volvías de la playa y te paraste justo frente a tu puerta.

Abrí los ojos de par en par.

Recuerdo haber sentido algo extraño, pero... no lo sabía.

—Ojalá me hubiese quedado por allí... —Sacudió la cabeza—. Cuando me enteré de que el Covenant te buscaba, me disfracé de Leon para poder ver qué sucedía. No

tenía ni idea de que Lucian sabía quién eras en realidad.

—Yo nunca se lo conté —dijo Marcus—. Yo lo sabía porque mi hermana me lo confió antes de irse. Para entonces, Lucian ya lo sabía.

—Interesante —murmuró Apolo—. Creo que no soy el único dios que hay por aquí.

—¿No puedes saber si hay más dioses cerca? —preguntó Aiden.

—No si no quieren que lo sepa —contestó—. También podríamos estar moviéndonos en diferentes épocas. Aun así, no sé qué puede ganar un dios asegurándose de que los dos Apollyons se junten.

—¿Alguno busca venganza? —pregunté.

Apolo rio.

—¿Y cuándo no estamos buscando vengarnos los unos de los otros? Nos molestamos entre nosotros de puro aburrimiento. No sería difícil imaginar que alguno se lo acabase tomando mal.

—¿Pero de qué tienen miedo, Apolo? —preguntó Marcus—. ¿Por qué la Orden intenta acabar con Alexandria si no ha hecho nada?

—No están intentando acabar con Alexandria.

—Su objetivo Seth —susurré.

Aiden se puso tenso y los ojos se le tornaron de color gris tormenta.

—Siempre es Seth.

—Pero él no ha hecho nada —protesté.

—Aún —respondió Apolo.

—¿Has visto, presagiado, o yo que sé, que vaya a hacer algo?

—No.

—¿Entonces todo esto lo dices solo por lo que dijo la loca de la Abuela Piperi? —Me aparté el pelo detrás de las orejas—. ¿Y ya está?

Marcus entrecerró los ojos.

—Me parece exagerado.

Apolo puso los ojos en blanco.

—No podéis decir que Seth no esté preparado para hacer algún desastre. Ya tiene el ego de un dios y, creedme, sé de qué hablo. El tipo de poder que manejará el Asesino de Dioses es algo astronómico e inestable. Ya empieza a sentir sus efectos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Aiden.

—¿Álex? —dijo Apolo con dulzura.

Sacudí la cabeza. Algunas veces me había cuestionado la cordura de Seth e incluso sus intenciones. También estaba lo de Jackson. No podía probar que hubiese sido él, pero... Negué con la cabeza.

—No. Nunca haría algo tan estúpido.

—Qué mona. —En un segundo tenía a Apolo a mi altura, mirándome a los ojos

—. Lo defiendes incluso a pesar de que no confías en él por completo. Quizá en algún momento lo hiciste, pero ya no.

Abrí la boca, pero volví a cerrarla. Bajé la mirada y me mordí el labio. De nuevo, algo me vino a la mente. Tragué saliva.

—Ahora tengo que irme —dijo Apolo en voz baja.

Levanté la vista y me encontré con su mirada. Apolo seguía dándome cosilla, aunque me cuestionaba si molaba. La verdad era que me gustaba.

—¿Volverás?

—Sí, pero no puedo volver a ser Leon. He revelado mi... identidad, y ahora tengo que responder por no haber informado a Zeus acerca de qué he estado haciendo.

—¿Vas a tener problemas?

—Seguramente me encierren. —Se rio ante su propia broma. Yo seguía mirándole—. Soy Apolo, Alexandria. Zeus puede besarme el culo.

Marcus de nuevo puso cara de querer esconderse bajo la cama.

—Me pasaré cuando pueda. —Se volvió hacia Marcus—. Miraré también a ver si puedo dar con Telly. Oh, y a ver si puedes hacer que trasladen aquí a Solos Manolis desde Nashville. Es un mestizo de confianza.

—He oído hablar de él —dijo Aiden—. No tiene... pelos en la lengua.

Apolo sonrió y entonces, sin mediar más palabras, desapareció de la habitación.

—Bueno, este sí que sabe hacer una salida espectacular —dijo Aiden poniéndose de pie y sacudiendo la cabeza.

Marcus y Aiden empezaron a hacer planes sobre cómo contactar con Solos, pero yo solo les escuchaba a medias. Me encogí, pensando en lo que Apolo había dicho sobre Seth. Una parte de mí se negaba en redondo a creer que Seth pudiese ser peligroso, pero siendo honesta conmigo misma, la verdad era que no estaba muy segura de ello. Hubo veces en que me había demostrado que no sabía bien qué hacía o lo que se podía esperar de él. Ni siquiera podía imaginarme por qué le hacía tanto caso a Lucian.

No me había dado cuenta de que Marcus se había ido hasta que Aiden me tocó la cara. Me pregunté si se habría dado cuenta de que últimamente me estaba tocando mucho. Era como si lo hiciese de forma inconsciente, quizá para recordarse a sí mismo que estaba viva...

De repente, la neblina que rodeaba mis recuerdos desapareció. Me incorporé tan deprisa que me quedé sin aliento.

—¿Álex? ¿Estás bien? —Me preguntó Aiden con los ojos como platos—. ¿Álex? Me costó unos segundos reaccionar y decirlo.

—Recuerdo... recuerdo lo que pasó cuando morí.

La cara que puso me dijo que no esperaba algo así. Me puso la mano en la nuca.

—¿A qué te refieres?

Sentí que las lágrimas me cerraban la garganta.

—Estuve en el Inframundo, Aiden. Había un montón de gente esperando, esperando para pasar al otro lado y unos guardias a caballo. Incluso vi a Caronte y su barca, mucho, mucho más grande y bonita de lo que me esperaba. Y estaba también esta chica que se llamaba Kari, que la habían matado unos daimons mientras compraba zapatos y...

—¿Y qué más? —preguntó mientras me secaba una lágrima.

—Dijo que era un oráculo. Que siempre supo que iba a conocerme, pero no así. También vi a Caleb. Pude hablar con él, Aiden. Dioses, parecía tan... contento. Allí juega a la Wii con Perséfone. —Reí y me sequé la cara—. Sé que es una locura, pero lo vi, me dijo que mi madre también estaba allí y que estaba feliz. Me dijo que había un dios rubio enorme discutiendo con Hades acerca de mi alma. Seguro que era Apolo. Era real Aiden, te lo juro.

—Te creo, Álex. —Me apoyó contra su pecho—. Cuéntame qué pasó. Todo.

Apoyé la mejilla en su hombro, cerrando los ojos con fuerza. Le conté todo lo que Caleb me había dicho, incluido lo que dijo sobre Seth. Cuando le pedí a Aiden el número de Olivia para poderle entregar el mensaje, negó con la cabeza, poniendo cara de sentirlo.

—Sé que quieres contárselo —dijo—, y lo harás, pero ahora mismo no queremos que la gente sepa qué ha pasado. No sabemos en quién podemos confiar.

En otras palabras: no teníamos que preocuparnos por Olivia, pero no podíamos arriesgarnos a que volviese a repetirse lo mismo. Odiaba no poder contárselo en aquel mismo momento, porque era importante, ¿pero cómo iba a poder hacerlo sin desvelar todo lo sucedido? Era imposible.

—Lo siento, Álex. —Me acarició la espalda—, pero tendrá que esperar.

Asentí.

Tras darme cuenta de que había estado con Caleb, una parte de mí estaba más dolida, porque su pérdida seguía fresca. Sin embargo, al notar que Aiden seguía abrazándome tras calmarme, las lágrimas que me cayeron eran de felicidad, a pesar de todo. El dolor por la pérdida de Caleb seguía ahí, pero había disminuido al saber que él y mi madre estaban en paz. Y en ese instante eso era lo único que me importaba.

Capítulo 20

El corazón me iba a mil, bombeaba sangre por todo mi cuerpo a una velocidad que no era normal para alguien que había muerto y todo ese rollo. Intenté, sin éxito, no mirar a Aiden mientras un Guardia metía mis maletas en casa de sus padres. Estábamos en medio de la noche y debería tener frío, pero sentía unos calores horribles. Sobre todo después de ver a Deacon, que nos esperaba en el porche con una sonrisita divertida en la cara.

—Seguramente este sea el lugar más seguro en el que puedas estar hasta que encontremos a Telly y determinemos si alguien más está relacionado con la Orden. — Marcus me puso los brazos sobre los hombros—. En cuanto vuelva de Nashville, te quedarás conmigo, o con Lucian, en cuanto vuelva de Nueva York.

—Debería mantenerse lo más alejada posible de la casa de Lucian —dijo Apolo apareciendo de la nada. Varios de los Guardias se apartaron, pálidos y con los ojos como platos. Apolo les sonrió—. Allí donde Seth esté, sugiero que no esté Alexandria.

Todos los puros y mestizos hicieron una reverencia. Yo también, aunque olvidé que los puntos aún estaban curando y puse una mueca de dolor.

—Tendremos que colgarle un cascabel —murmuró Aiden.

Apreté los labios para no reír.

—De hecho —dijo Apolo lentamente—, seguramente sea aquí donde esté más segura.

Deacon se atragantó.

Marcus se recuperó más rápidamente que la última vez.

—¿Has averiguado algo?

—No. —Apolo miró a Deacon con curiosidad antes de dirigirse a Marcus—. Quería hablar contigo en privado.

—Por supuesto. —Marcus se giró hacia mí—. Volveré en unos pocos días. Por favor, haz caso de lo que te diga Aiden... e intenta no meterte en problemas.

—Ya lo sé. No puedo salir de la casa hasta que Apolo me lo diga. —Y de hecho, aquellas fueron las palabras exactas de Marcus. Nadie podía sacarme de la casa excepto Apolo, Aiden o Marcus. Ni siquiera los Guardias de Lucian. Si alguien lo intentaba, tenía permiso para patearles el culo.

Marcus le hizo un gesto de asentimiento a Aiden y se dio la vuelta para marcharse. Según pasaba a nuestro lado, Apolo nos saludó levantando dos dedos, que quedaba bastante raro viniendo de él. En los últimos dos días me había acostumbrado a sus apariciones fortuitas. Parecía que le encantaba asustar a la gente con ellas.

—¿Estás lista? —preguntó Aiden.

Deacon levantó una ceja.

—Cállate —dije al pasar junto a Deacon.

—Si no he dicho nada. —Se giró y me siguió hacia el interior—. Vamos a divertirnos un montón. Será como una fiesta de pijamas.

¿Una fiesta de pijamas en casa de Aiden? Oh, dioses. Me estaba poniendo roja con lo que imaginaba. Aiden cerró la puerta tras los que se fueron y le lanzó una mirada asesina a Deacon.

Deacon, sonriendo, se balanceó sobre sus talones.

—Para tu información, me aburro fácilmente y te obligaré a que seas mi fuente de entretenimiento. Vas a ser como mi bufón personal.

Le saqué el dedo.

—Hey, eso no es gracioso.

Aiden pasó a mi lado.

—Lo siento. Puede que hasta acabes deseando haberte quedado en la clínica.

—Oh, apuesto que no. —Deacon me miró con una sonrisa traviesa—. En fin. Oye, ¿cuando estabas con los mortales celebrabas San Valentín?

Parpadeé.

—La verdad es que no. ¿Por?

Aiden resopló y se metió en una de las habitaciones.

—Sígueme —dijo Deacon—. Te va a encantar. Lo sé.

Lo seguí a través del pasillo, que estaba poco iluminado y todavía menos decorado. Pasamos junto a varias puertas cerradas y una escalera de caracol. Deacon atravesó una arcada, se paró y tocó la pared. La luz inundó todo el cuarto. Era el típico invernadero, con ventanas desde el suelo hasta el techo, muebles de mimbre y plantas de colores.

Deacon paró junto a una pequeña planta que había en una maceta sobre una mesita baja de cerámica. Parecía un pino en miniatura al que le faltaban varias ramas. La mitad de las agujas estaban esparcidas a su alrededor y dentro de la maceta. Una bola de Navidad colgaba de la rama más alta, haciendo que el arbolito se inclinase hacia la derecha.

—¿Qué te parece? —preguntó Deacon.

—Umm... bueno, pues es un árbol de Navidad un tanto distinto, pero no sé qué tiene que ver con San Valentín.

—Es triste —dijo Aiden mientras entraba a la habitación—, de hecho, da un poco de vergüenza ajena mirarlo. ¿Qué tipo de árbol es, Deacon?

Sonrió.

—Se llama Árbol de Navidad Charlie Brown.

Aiden puso los ojos en blanco.

—Deacon saca esta cosa todos los años. El pino ni siquiera es de verdad. Lo deja

aquí desde el día de Acción de Gracias hasta el de San Valentín. Que, por cierto, gracias a los dioses, es pasado mañana. Eso significa que le toca quitarlo.

Toqué las agujas de plástico.

—He visto los dibujos.

Deacon le echó un spray.

—Es un AFM.

—¿Un AFM? —pregunté.

—Árbol de Fiestas de Mortales —explicó Deacon—. Pasa por las tres fiestas más importantes. Durante Acción de Gracias se le pone el bulbo marrón, verde en Navidades y rojo en San Valentín.

—¿Y en Nochevieja?

Agachó la cabeza.

—¿Pero de verdad eso es una fiesta?

—Eso creen los mortales. —Crucé los brazos.

—Pues están equivocados. El Año Nuevo es durante el solsticio de verano —dijo Deacon—. Sus cálculos están fatal, como la mayoría de sus costumbres. Por ejemplo, ¿sabías que el día de San Valentín no tenía nada que ver con el amor hasta que Geoffrey Chaucer^[1] comenzara todo eso del amor cortés en la Alta Edad Media?

—Sois muy raros los dos —les dije sonriendo.

—Pues sí —respondió Aiden—. Ven, que te enseñe tu habitación.

—Hey, Álex —dijo Deacon—, mañana haremos galletas, por la víspera de San Valentín.

¿Hacer galletas para la víspera de San Valentín? No sabía que eso se celebrase también. Me reí y salí con Aiden de la habitación.

—No os parecéis en nada.

—¡Yo molo más! —gritó Deacon desde la sala del Árbol de Fiestas de Mortales.

Aiden comenzó a subir las escaleras.

—A veces creo que nos cambiaron al nacer. Ni siquiera nos parecemos.

—Eso no es cierto. —Pasé el dedo por la guirnalda que cubría el pasamanos de mármol—, tenéis los mismos ojos.

Sonrió mirando hacia atrás.

—Nunca suelo quedarme aquí. Deacon lo hace de vez en cuando y a veces, cuando los miembros del Consejo vienen de visita, se quedan aquí. La casa suele estar vacía.

Recordé lo que me dijo Deacon sobre la casa. Quise decir algo, pero no me salían las palabras, así que le seguí en silencio. En aquellos dos últimos días, Aiden no se había despegado de mi lado. Igual que antes de que ocurriera lo de la puñalada, estuvimos hablando sobre cosas estúpidas e inocuas. Y al final no había conseguido el teléfono de Olivia, como mucho tenía el de su madre.

—Deacon se queda en una de las habitaciones de abajo. Yo estaré aquí. —Señaló hacia la primera habitación.

No podía resistir la tentación de ver su habitación, así que eché un ojo dentro. Como la de la cabaña, solo tenía lo justo y necesario. Tenía ropa perfectamente doblada sobre una silla junto a la cama de matrimonio. No había ni fotos ni cosas personales.

—¿Esta era tu habitación cuando eras pequeño?

—No —Aiden se apoyó contra la pared del pasillo y me miró con los ojos caídos—, mi habitación era la de Deacon. Tiene todo lo que puede necesitar. Esta era una habitación de invitados. —Se separó de la pared—. La tuya está al final del pasillo. Es mucho más maja.

Salí de la habitación. Pasamos junto a varias puertas cerradas, pero una llamó mi atención, eran puertas dobles, cerradas con llave y decoradas con incrustaciones de titanio. Supuse que habría sido la habitación de sus padres. Aiden abrió una puerta al final del pasillo enmoquetado y encendió la luz. Pasé junto a él, con la boca de par en par. La habitación era preciosa y enorme. Una alfombra de pelo cubría el suelo, pesadas cortinas tapaban la ventana y habían dejado mis maletas junto a un vestidor. Una televisión de pantalla plana colgaba de una pared y la cama era tan grande que cabían cuatro personas. Vi que también tenía cuarto baño, con una bañera enorme. Mi corazón empezó a palpar más fuerte.

Aiden se rio al ver mi cara fascinada.

—Supuse que te gustaría esta habitación.

Miré dentro del cuarto de baño y suspiré.

—Quiero casarme con esa bañera. —Me giré y le sonreí—. Esto será como estar en uno de esos hoteles súper caros, solo que gratis.

Se encogió de hombros.

—Yo no sé de eso...

—Tu no debías darte ni cuenta, con tu infinita riqueza. —Me dirigí hacia la ventana y abrí las cortinas. Con vistas al mar, genial. La luna se reflejaba en las tranquilas aguas de color ónice.

—El dinero no es mío. Es de mis padres.

Lo que lo convertía en suyo y de Deacon, pero no dije nada.

—La casa es preciosa.

—Algunos días más que otros.

Me puse roja y apoyé la frente en el cristal de la ventana, que estaba frío.

—¿De quién fue la idea de que me quedase aquí?

—Fue una decisión conjunta. Después de lo que ha pasado, no podías quedarte allí.

—No puedo quedarme aquí para siempre —dije en voz baja—. Cuando las clases

comiencen, tengo que estar en la otra isla.

—Para entonces ya se nos ocurrirá algo —dijo—. Ahora no te preocupes. Ya pasa la media noche, debes estar cansada.

Solté las cortinas y le miré. Estaba junto a la puerta, con los puños cerrados.

—No estoy cansada. He estado metida en aquella habitación del hospital y en la cama una eternidad.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Me di una palmadita en la tripa—. No estoy rota, ya ves.

Aiden estuvo en silencio unos segundos y luego sonrió un poco.

—¿Quieres algo de beber?

—¿Estás intentando emborracharme, Aiden? Increíble.

Levantó una ceja.

—Estaba pensando más en darte un chocolate caliente.

Sonreí.

—¿Y tú?

Se dio la vuelta y empezó a salir de la habitación.

—Algo para lo que tengo edad.

Puse los ojos en blanco y le seguí. Aiden me hizo chocolate caliente, con nubecitas de caramelo y él se bebió una botella de agua. Luego me llevó a hacer un pequeño recorrido por la casa. Era parecida a la de Lucian, extravagantemente grande, con más habitaciones de las que nadie pudiera usar nunca y una propiedad que valía más que mi propia vida. La habitación de Deacon estaba junto a la cocina, a la que se entraba por una puerta de acero bajo las escaleras.

Reí cuando intentó poner recto el árbol AFM de Deacon, mientras bebía el chocolate a sorbitos. Eché un vistazo por la habitación buscando algún objeto personal. No había ni una sola fotografía de la familia St. Delphi. Como si nunca hubiese existido.

Aiden se quedó de pie junto a una puerta cerrada que no me había enseñado en la mini visita.

—¿Qué tal está el chocolate?

Sonreí.

—Perfecto.

Puso la botella de agua en la mesita y cruzó los brazos.

—He estado pensando mucho en lo que dijo Apolo.

—¿En cuál de todas las locuras? —Le miré mientras bebía, sobre el borde de la taza. Me encantaba la forma en que sonreía como respuesta a las tonterías que salían de mi boca. Eso tenía que ser amor.

—Cuando vuelva, no deberías ir a casa de Lucian.

Bajé la taza.

—¿Por qué?

—Apolo tiene razón en lo de Seth. Estás en peligro por su culpa. Cuanto más lejos de él estés, más a salvo estarás.

—Aiden...

—Sé que te preocupas por él, pero sospechas que Seth no ha sido honesto contigo. —Aiden dio unos pasos y se sentó en una silla. Bajó la mirada y sus gruesas pestañas le abanicaron las mejillas—. No deberías estar cerca de él, teniendo en cuenta que puede ir y venir de casa de Lucian.

En parte, Aiden tenía razón. Aquello era cierto, pero dudaba seriamente que esa fuese la única razón.

—¿Y esto es por lo que ha dicho Apolo?

—No. Es más que eso.

—¿No te gusta Seth? —pregunté inocentemente, soltando la taza.

Sonrió.

—A parte de eso, Álex, no ha sido honesto en muchas cosas. Mintió sobre no saber cómo se creaban los Apollyons, sobre la Orden y hay bastantes probabilidades de que... te haya hecho esas marcas a propósito.

—Vale, ¿y a parte de todo eso?

Me miró.

—Bueno, pues no me gusta que te estés conformando con él.

Puse los ojos en blanco.

—Odio cuando dices eso.

—Es cierto —dijo.

Empecé a enfadarme.

—Eso no es verdad. No me estoy conformando con Seth.

—Entonces déjame que te haga una pregunta. —Aiden se inclinó hacia delante—. Si pudieses tener... a quien quisieras, ¿estarías con Seth?

Le miré sorprendida de que hubiese soltado aquello. Y a decir verdad, no era una pregunta justa. ¿Qué podía responder?

—Exacto. —Se apoyó en el respaldo, sonriendo.

Sentí que algo explotaba en mi interior.

—¿Por qué no lo admites y ya está?

—¿Admitir qué?

—Que estás celoso de Seth. —Aquella era una de esas veces en las que tenía que callarme, pero no podía. Estaba enfadada y emocionada a la vez—. Estás celoso porque puedo estar con Seth si quiero.

Aiden sonrió con satisfacción.

—¿Ves? Acabas de decirlo tú misma. Estarías con Seth *si* quisieras. Obviamente

no quieres, así que ¿por qué estás con él? Porque te estás conformando.

—¡Argh! —Cerré los puños. Tenía ganas de estamparle una patada—. Eres la persona más frustrante que conozco. Vale. Lo que tú digas. No estás celoso de Seth, ni de que lleve durmiendo en mi cama los dos últimos meses porque, por supuesto, no estabas deseando ser tú.

Algo peligroso brilló en sus ojos plateados.

Tenía las mejillas ardiendo y deseaba pegarme a mí misma. ¿Por qué había dicho eso? ¿Para enfadarle o para hacerme parecer una guarra? Creo que logré las dos cosas.

—Álex —dijo en voz baja y engañosamente suave.

—Olvídalo. —Fui a pasar por su lado, pero su mano salió disparada rápidamente, como una serpiente atacando. Un segundo estaba andando y al siguiente estaba a horcajadas sobre su regazo. Le miré, con los ojos como platos y el corazón a mil.

—Está bien —dijo cogiéndome los antebrazos—, tienes razón. Estoy celoso de ese niño. ¿Contenta?

En lugar de regodearme por haber logrado que admitiese que tenía razón, puse las manos sobre sus hombros y saqué un tema totalmente distinto.

—Siempre... siempre olvido lo rápido que te mueves cuando quieres.

Una extraña sonrisilla jugueteó en sus labios.

—Y eso que aún no has visto nada, Álex.

El pulso empezó a disparármese, estaba al borde de un ataque al corazón. Ya había acabado de discutir, de hablar, en general. En ese momento tenía otras cosas en mente. Y sabía que él estaba pensando lo mismo. Sus manos se movieron desde mis brazos hasta mis caderas. Me echó hacia delante, y mi suavidad chocó contra su dureza.

Nuestras bocas no se tocaron, pero sí el resto de nuestros cuerpos. Ninguno de los dos nos movíamos. Había algo primario en la mirada de Aiden, posesivo. Me dio un escalofrío, pero de los buenos. No podía pensar en nada más que en lo bien que sentaba su cuerpo contra el mío.

Le cogí la cara y pasé los dedos por su pelo, sorprendida por la intensidad de lo que sentía, que era más fuerte que cualquier vínculo. Sensaciones deliciosas me inundaron cuando sus manos se tensaron sobre mis caderas y se apretó contra mí. La forma en que le temblaban las manos y la intensidad con que su cuerpo se movía me estaban volviendo loca.

—Tengo que decirte algo —susurró buscando mis ojos con la mirada—. Que debería haberte dicho...

—Ahora no. —Las palabras lo estropearían todo. Hacían que entrasen en el juego la lógica y la realidad. Bajé mi boca hacia la suya.

Se encendió una luz del pasillo.

Salté de Aiden como si se hubiese prendido fuego. Desde varios metros de distancia intenté recuperar el aliento, con los ojos fijos en los de Aiden. Se levantó de la silla. El pecho se le movía arriba y abajo con fuerza. Durante un segundo me pareció que iba a mandarlo todo al infierno y volver a cogerme entre sus brazos, pero escuchar unos pasos que se acercaban pareció devolverle un poco de sentido común. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y soltó aire con fuerza.

Sin decir una sola palabra, me di la vuelta y salí de la habitación. Me crucé por el pasillo con un Deacon somnoliento y confuso.

—Tengo sed —dijo frotándose los ojos.

Murmuré algo similar a «*buenas noches*» y salí disparada hacia arriba. Ya en la habitación, me tiré sobre la cama y me quedé mirando hacia el techo abovedado.

Parecía que no podía pasar nada entre nosotros. ¿Cuántas veces nos habían interrumpido? Parecía que daba igual lo fuerte que fuera nuestra conexión, nuestra atracción. Siempre se interponía algo entre nosotros.

Vestida, me puse de lado y me acurruqué. Me entraron ganas de patear a todos los que pensaron que sería buena idea que me quedase con Aiden. Ya teníamos —tenía— suficientes problemas como para añadir a Aiden y mis ganas de lanzarme sobre él.

No es que me hubiese lanzado yo esta vez... ni la última. *Oh, cielos...*

Me toqué bajo la camiseta y sentí la cicatriz bajo las costillas. Servía como un doloroso recordatorio de que mis problemas amorosos —o la falta de ellos— no eran los peores.

Capítulo 21

Lo primero que hice al levantarme, fue darme un lujoso baño en la impresionante bañera. Me quedé dentro hasta que la piel se me empezó a arrugar y aun así me costó salir.

Era el cielo hecho bañera.

Después bajé y vi a Deacon espatarrado en un sofá en la sala de juegos. Le aparté las piernas y me senté. Estaba viendo reposiciones de *Sobrenatural*.

—Buena elección —comenté—. Me encantaría conocer a los dos hermanos en la vida real.

—Cierto —Deacon se apartó unos rizos de la cara—. Es lo que veo cuando no estoy en clase o cuando se supone que estoy en clase.

Sonreí.

—Aiden te mataría si supiese que te saltas clases.

Levantó las piernas y las apoyó en mi regazo.

—Ya lo sé. He dejado de hacerlo.

También había dejado de beber. Le miré. Quizá Luke estaba siendo una buena influencia.

—¿Vas a hacer algo especial para San Valentín? —pregunté.

Apretó los labios.

—¿Por qué preguntas eso, Álex? No lo celebramos.

—Pero tú sí. Si no... no tendrías ese árbol.

—¿Y tú? —preguntó, con sus ojos grises danzando—. Juraría haber visto a Aiden en la joyería...

—¡Cállate! —Le pegué en la tripa con un cojín—. Deja de decir esas cosas. No hay nada entre nosotros.

Deacon sonrió y nos pusimos a ver los capítulos que tenía grabados. Hasta la tarde no me atreví a preguntar dónde estaba Aiden.

—La última vez que miré estaba fuera con los Guardias.

—Oh.

Parte de mí estaba contenta de que Aiden estuviese vigilando fuera. Me puse roja solo de pensar en anoche, en nosotros sobre la silla.

—Anoche estuvisteis despiertos hasta bastante tarde —dijo Deacon.

No cambié la cara.

—Me estaba enseñando la casa.

—¿Eso es todo lo que te estaba enseñando?

Sorprendida, reí y me giré hacia él.

—¡Pues sí, Deacon! Dioses...

—¿Qué? —Se incorporó y me quitó las piernas de encima—. Solo era una pregunta inocente.

—Ya, claro. —Le vi levantarse—. ¿Dónde vas?

—Voy a la residencia. Luke sigue allí. Eres bienvenida si quieres, pero no creo que Aiden te deje salir de casa.

Los puros y los mestizos podían ser amigos, sobre todo si iban juntos a clase, y eso pasaba mucho. Aunque desde los ataques daimon de principios de año no tanto. Zarak no había hecho últimamente ninguno de sus fiestones. Pero que un mestizo se quedase en casa de un puro sí que levantaría sospechas.

—¿Qué vais a hacer? —pregunté.

Deacon me guiñó un ojo mientras salía de la habitación.

—Oh, seguro que lo mismo que estabais haciendo anoche mi hermano y tú. Ya sabes, va a enseñarme la residencia.



Varias horas después, Deacon volvió y Aiden por fin entró. Evitó mi mirada y subió directamente. Deacon se encogió de hombros y me convenció para hacer galletas con él. Cuando al final bajó Aiden, se quedó en la cocina mientras Deacon y yo nos comíamos una pizza. Llevaba unos vaqueros y una camiseta de manga larga, me quedé tan embobada mirándole que Deacon me dio un codazo. En cuanto Aiden se relajó, bromeó un poco con su hermano. De vez en cuando, nuestras miradas se cruzaban y sentía una descarga eléctrica por toda mi piel.

Después de comernos nuestro propio peso en masa cruda de galleta, acabamos todos en el salón, hundidos en unos sofás que seguramente eran más grandes que las camas de la mayoría de la gente. Antes de irse a la cama, Deacon tuvo el control del mando a distancia durante cuatro horas seguidas, y Aiden salió a ver a los Guardias. Ni idea de por qué. Me dediqué a deambular por la casa. ¿Qué quiso decirme Aiden antes de decirle que dejase de hablar? ¿Estaba listo para hablar, tal y como dijo cuando estaba en el médico? Inquieta, vi que había llegado a la habitación del árbol AFM. Le di un toquecito y sonreí al ver cómo se balanceaba. Deacon era muy raro. ¿Quién tenía un Árbol de Fiestas de Mortales?

Era tarde y ya hacía rato que debería estar en la cama, pero no me llamaba nada la idea de ir a dormir. Llena de preocupaciones, di vueltas por la habitación hasta que me paré frente a la puerta. No tenía nada mejor que hacer y me entró mucha curiosidad, así que probé a abrirla. No estaba cerrada. Miré hacia atrás, abrí la puerta y entré en la habitación. De repente me di cuenta de por qué Aiden no había incluido aquella habitación en la visita.

Todas sus cosas personales estaban metidas en aquella habitación redonda. Fotos

de Aiden por todas las paredes, resumiendo la historia de su infancia. También había fotos de Deacon, un niño precioso con el pelo rubio rizado y mejillas regordetas que auguraban unas facciones delicadas.

Me paré frente a una de Aiden y sentí que se me encogía el pecho. Debía tener seis o siete años. Unos rizos oscuros le caían sobre la cara, en vez de las ondas sueltas que tenía en la actualidad. Estaba adorable: los ojos y los labios grises. Había una foto de él con Deacon. Aiden debía tener probablemente unos diez años y tenía su bracito sobre los hombros de su hermano. La cámara había capturado a los dos hermanos riendo.

Rodeé un enorme sofá y cogí el marco de titanio que estaba sobre el mantelito de la chimenea. Se me paró la respiración.

Salía su padre —su madre y su padre.

Salían detrás de Deacon y Aiden, con las manos sobre los hombros de los chicos. Tras ellos, el cielo azul brillaba. Era fácil decir a quién se parecía cada uno. Su madre tenía el pelo sedoso del color del trigo, cayéndole en pequeños rizos por detrás de los hombros. Era guapa, como todos los puros, con unas facciones delicadas y unos ojos azules risueños. Sin embargo, era sorprendente lo mucho que Aiden se parecía a su padre. Desde el pelo casi negro hasta sus ojos plateados, eran una copia exacta.

No era justo que se hubiesen llevado a sus padres siendo tan jóvenes, privados de poder ver crecer a sus hijos. Aiden y Deacon habían perdido muchísimo.

Pasé un dedo por el borde del marco. ¿Por qué había encerrado Aiden todos aquellos recuerdos? ¿Alguna vez entraba allí? Observé la habitación a mi alrededor y vi una guitarra junto a una estantería llena de libros y cómics. Me di cuenta de que era su habitación. Un lugar en el que creía que estaba bien recordar a sus padres y quizá poder escapar de todo y estar solo.

Volví a fijarme en la foto e intenté imaginarme a mi madre y a mi padre. Si los puros y los mestizos pudiesen estar juntos, ¿habríamos tenido momentos así? Cerré los ojos e intenté imaginarme a los tres. En aquel momento no me costaba recordar a mi madre. La vi antes de convertirse, pero mi padre seguía teniendo la marca de la esclavitud en la frente. Hiciese lo que hiciese, no lograba que se fuese.

—No deberías estar aquí.

Sorprendida, me di la vuelta, agarrando el marco con fuerza contra mi pecho. Aiden estaba en la puerta, con los brazos pegados al cuerpo. Caminó hasta el centro de la habitación y se puso frente a mí. Tenía una expresión sombría en la cara.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Me entró la curiosidad. La puerta no estaba cerrada con llave. —Tragué saliva, nerviosa—. Acabo de llegar.

Bajó la mirada y se puso tenso. Me cogió la foto de las manos y la volvió a poner sobre la chimenea. Sin decir nada, se agachó y puso las manos sobre la leña.

Inmediatamente, el fuego comenzó a crecer y a echar chispas. Cogió un atizador.

Avergonzada y dolida por su repentina frialdad, me aparté.

—Lo siento —susurré. Él seguía tenso, atizando el fuego—. Me voy. —Me di la vuelta, y de repente lo tenía delante de mí. El corazón me dio un vuelco.

Me agarró el brazo.

—No te vayas.

Le miré los ojos atentamente, pero no recibí ninguna pista.

—Vale.

Aiden respiró con fuerza y me soltó el brazo.

—¿Quieres beber algo?

Me abracé y asentí. Aquella habitación era como su santuario, un homenaje silencioso a la familia que había perdido, y yo lo había invadido. Seguro que ni siquiera Deacon se atrevía a entrar. Y aquí estaba yo.

Aiden sacó de la barra dos copas de vino y las puso encima. Las llenó y me miró.

—¿Vino?

—Vale. —Tenía la garganta seca—. Lo siento mucho, Aiden, no debería haber entrado.

—Deja de disculparte. —Salió de la barra y me dio una de las copas. La cogí esperando que no se notase cómo me temblaban los dedos. El vino era dulce y suave, pero no me entró bien—. No quería asustarte —dijo poniéndose junto al fuego—, es solo que me ha sorprendido verte aquí.

—Es... eh... una habitación muy bonita. —Me sentí idiota al decirlo.

Sonrió un poco.

—Aiden...

Me miró tanto rato que llegué a pensar que no iba a decir nada y, cuando lo hizo, no fue lo que esperaba.

—Después de lo que te pasó en Gatlinburg, me acordé de lo que tuve que pasar... después de lo que les ocurrió a mis padres. Tenía pesadillas. Estuve... escuchando sus gritos una y otra vez durante años. Nunca te lo dije. Quizá debería haberlo hecho, podría haberte ayudado.

Me senté en el borde del sofá, sujetando la copa por el pie. Aiden miró el fuego y tomó un sorbo de vino.

—¿Recuerdas aquel día en el gimnasio, cuando me contaste lo de tus pesadillas? Se me quedó grabado el miedo que le tenías a Eric y a que volviese —continuó—. No dejaba de pensar en qué pasaría si hubiese escapado algún daimon del ataque a mis padres. ¿Cómo habría podido seguir adelante?

Eric fue el único daimon que escapó de Gatlinburg. No había dejado de pensar en él, escuchar su nombre me retorció el estómago. La mitad de las marcas que tenía en el cuerpo eran gracias a él.

—Pensé que sacarte de allí y llevarte al zoo te ayudaría a liberar la mente, pero tenía... tenía que hacer algo más. Contacté con algunos Centinelas de la zona. Sabía que Eric no habría ido muy lejos, no después de saber lo que eras y haber probado tu éter —dijo—. Basándome en la descripción que hicisteis tú y Caleb, no fue difícil encontrarle. Estaba justo a las afueras de Raleigh.

—¿Cómo? —El estómago se me cerró aún más—. Raleigh estaba a solo treinta kilómetros de allí.

Asintió.

—En cuanto confirmamos que era él, fui para allá. Leon, Apolo, me acompañó.

Al principio no pude entender cómo pudo hacerlo, pero entonces me acordé de aquellas semanas después de decirle que le quería en las que canceló nuestros entrenamientos. Aiden tenía tiempo para hacerlo sin que me diese cuenta.

—¿Qué pasó?

—Lo encontramos. —Sonrió sin gracia antes de volver a mirar el fuego—. No le maté inmediatamente. No sé lo que eso dice de mí. Al final, creo que realmente lamentó haber sabido siquiera que existías.

No sabía qué decir. Una parte de mí estaba sorprendida por el hecho de que hubiese ido tan lejos por mí. La otra parte estaba un tanto horrorizada. Bajo la apariencia calmada y de control que Aiden mostraba, había una segunda piel de oscuridad, una parte de él que solo había logrado atisbar levemente. Le miré y me di cuenta de que no había sido justa con él. Le había puesto en un enorme pedestal, y en mi mente no tenía ningún defecto.

Pero Aiden no era perfecto.

Di un sorbo al vino.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Por entonces no hablábamos mucho y además, ¿cómo habría podido hacerlo? —Se rio con dureza—. No era una caza de daimons normal. No era una muerte humana y precisa como nos enseñan.

El Covenant nos enseñaba básicamente a no jugar con nuestras presas, por así decirlo. A pesar de que no pudiéramos salvar a los daimons, en algún momento fueron pura sangres... o mestizos. Aun así, a pesar de lo perturbador que era saber que Aiden había torturado a Eric, no me disgustaba. A saber lo que eso decía de *mí*.

—Gracias —dije al final.

Se giró hacia mí bruscamente.

—No me des las gracias por algo así. No lo hice solo...

—No lo hiciste solo por mí. Lo hiciste por lo que le ocurrió a tu familia. —Sabía que tenía razón, no lo había hecho tanto por mí. Era su forma de vengarse. No estaba bien, pero lo entendía. En su lugar, seguramente yo habría hecho lo mismo y quizá más aún.

Aiden se quedó quieto. Las llamas proyectaban un cálido brillo sobre él, que miraba su copa.

—Estábamos visitando a unos amigos en Nashville. Yo no los conocía mucho, pero tenían una hija de mi edad, más o menos. Yo pensaba que simplemente estábamos de vacaciones, antes de comenzar el colegio, pero en cuanto llegamos allí, mi madre prácticamente me empujó hacia ella. Era pequeña, con el pelo rubio muy claro y ojos verdes. —Respiró hondo y agarró con fuerza el pie de la copa—. Se llamaba Helen. Con perspectiva, ahora veo por qué mis padres hicieron que pasara tanto tiempo con ella, pero por alguna razón en su momento no lo entendí.

Tragué saliva.

—¿Iba a ser tu pareja?

Puso una sonrisa triste.

—La verdad es que no le hacía caso. Me pasaba el tiempo siguiendo a los Guardias mestizos, viéndolos entrenar. Mi madre estaba muy decepcionada conmigo, pero recuerdo que mi padre se reía, le decía que me diese algo de tiempo y dejase que la naturaleza siguiese su curso. Que yo no era más que un niño y que ver a unos hombres peleando me interesaba más que las chicas guapas.

Se me hizo un nudo en el estómago. Me apoyé en el sofá, dejando de lado la copa de vino.

—Vinieron cuando era de noche. —Cuando bajó la mirada sus pestañas tupidas abanicaron sus mejillas—. Escuché ruidos de pelea en el exterior, me levanté y miré por la ventana. No vi nada, pero lo sabía. Se oyó un ruido abajo y desperté a Deacon. Él no entendía qué estaba pasando ni por qué lo obligué a esconderse en el armario, cubierto de ropa. Después, todo ocurrió muy deprisa. —Tomó un gran sorbo de vino y dejó la copa a un lado—. Solo había dos daimons, pero controlaban el fuego. Acabaron con tres de los Guardias quemándolos vivos.

Quería que parase, porque sabía lo que venía después, pero tenía que soltarlo todo. Dudaba mucho de que lo hubiese contado alguna vez, y yo debía atender.

—Mi padre les devolvía los ataques, o al menos lo intentaba. Los Guardias caían a derecha e izquierda. El ruido despertó a Helen, y yo intenté que se quedase arriba, pero vio a uno de los daimons atacar a su padre, le arrancó la garganta delante de ella. Gritó. Nunca olvidaré ese sonido. —Estaba como distante mientras hablaba, como si estuviese allí de nuevo—. Mi padre trató de asegurarse de que mi madre subiese las escaleras, pero después no volví a verle. Le oí gritar y yo. —Sacudió la cabeza—, me quedé allí de pie, aterrorizado.

—Aiden, no eras más que un niño.

Asintió ausente.

—Mi madre me gritó que fuese a por Deacon y lo sacase de la casa junto con Helen. No quería dejarla, así que empecé a bajar las escaleras. El daimon salió de la

nada y la cogió por el cuello. Me estaba mirando a los ojos cuando le partió el cuello. Sus ojos... se apagaron. Y Helen... Helen no dejaba de gritar. No paraba. Sabía que la iba a matar a ella también. Salí corriendo escaleras arriba y le cogí de la mano. Ella estaba aterrorizada y trataba de huir de mí, ralentizándonos a los dos. El daimon nos alcanzó y cogió a Helen. Empezó a arder en llamas.

Me costaba respirar. Las lágrimas me ardían en los ojos. Era... era más horrible de lo que me había imaginado y me recordó al chico al que el daimon hizo arder en Atlanta.

Aiden se giró hacia el fuego.

—Después, el daimon vino a por mí. No sé por qué no usó el fuego contra mí, sino que me tiró al suelo, pero sabía que iba a beberse todo mi éter. Y entonces apareció el Guardia al que habían quemado abajo. No sé cómo, supongo que sufriendo el más horrible de los dolores, logró subir las escaleras y matar al daimon. —Me miró y no vi dolor en su expresión. Quizá más bien pena y remordimiento, pero también un poco de admiración—. Era un mestizo, uno de esos a los que había estado siguiendo. Debía tener la misma edad que yo ahora y, ¿sabes? A pesar del terrible dolor, cumplió con su deber. Salvó mi vida y la de Deacon. Unos días después me enteré que no sobrevivió a las quemaduras. Nunca tuve la oportunidad de agradecerse.

En aquel momento cobró sentido que tolerase a los mestizos. La acción de un solo Guardia cambió siglos de prejuicios en un chico, convirtiendo esos prejuicios en admiración. No me extrañaba que Aiden nunca viese la diferencia entre mestizos y puros.

Aiden vino hasta mí y se sentó. Me miró a los ojos.

—Por eso decidí convertirme en Centinela. No tanto por lo que les ocurrió a mis padres, sino por aquel mestizo que murió por salvar mi vida y la de mi hermano.

No sabía qué decir, ni si podía decir algo siquiera, así que contuve las lágrimas y le puse una mano sobre el brazo. Él puso una mano sobre la mía y miró a lo lejos. Apretó la mandíbula.

—Dioses, creo que nunca le había contado a nadie lo que pasó aquella noche.

—¿Ni a Deacon?

Aiden negó con la cabeza.

—Me siento... honrada porque hayas decidido compartirlo conmigo. Sé que es mucho. —Le apreté el brazo—. Ojalá nunca hubieses tenido que pasar por algo así. No fue justo para nadie.

Tardó un poco en responder.

—He logrado justicia por lo que aquellos daimons me hicieron. Sé que es distinto a lo que tú tuviste que pasar, pero quería que tuvieses justicia. Ojalá te lo hubiese contado antes.

—Por aquel entonces estábamos muy enredados —dije. No nos hablábamos y por aquel entonces Caleb murió. El corazón no me dolió tanto como solía hacerlo cuando pensaba en él—. Entiendo lo que pasó con Eric.

Sonrió un poco.

—Fue un acto reflejo.

—Claro. —Traté de pensar en algo para distraernos un poco. Ambos lo necesitábamos. Encontré con la mirada una guitarra acústica apoyada contra la pared—. Toca algo.

Se levantó y cogió la guitarra con cuidado. Volvió al sofá y se sentó en el suelo frente a mí. Bajó la cabeza y algunos rizos le cayeron sobre la cara mientras toqueteaba unas piezas en la parte baja de la guitarra. Con sus largos dedos sacó una púa de entre las cuerdas.

Miró hacia arriba medio sonriendo.

—Eso es trampa —murmuró—, sabías que no iba a negarme.

Me puse de lado lentamente. La tripa ya no me dolía casi, pero me había acostumbrado a tener cuidado.

—Ya lo sabes.

Aiden rio y rasgó un poco las cuerdas. Tras ajustar el sonido, empezó a tocar. La canción era misteriosa a la vez que tranquilizadora. Hizo unos punteos agudos durante unas estrofas y luego volvió a tocar unos acordes. Mis sospechas se confirmaron, Aiden sabía tocar la guitarra. No titubeó ni falló una sola nota. Me tenía embobada. Apoyé la cabeza en la almohada grande, me acurruqué y cerré los ojos, dejando que la melodía me envolviese. Lo que fuese que estaba tocando tenía un efecto calmante, como una nana perfecta. Sonreí. Me lo imaginaba perfectamente, sentado frente a un bar repleto, tocando canciones que encandilarían a todo el mundo.

Cuando acabó la canción abrí los ojos. Me estaba mirando con una enorme dulzura en sus ojos, tan profunda que no quería apartar nunca la mirada de ellos.

—Ha sido precioso.

Aiden se encogió de hombros y puso la guitarra a un lado con cuidado. Levantó una mano y me quitó la copa de vino casi intacta de los dedos. Me miró mientras le daba un trago y la dejó también a un lado. Podíamos haber estado así, mirándonos durante horas, sin hablar.

No sabía qué pasaba, pero levanté una mano y la puse sobre su pecho, en el corazón. Bajo la mano noté algo duro y con forma de lágrima, algo que llevaba bajo la camiseta. Ya había sentido antes el colgante y nunca le había prestado demasiada atención, pero ahora... me resultaba familiar.

Ahogué un gritito al comprenderlo todo. Aiden me miró, con los ojos increíblemente brillantes. Un escalofrío me recorrió toda la espalda y se extendió por mi piel con una rapidez inusitada. Metí la mano por su camiseta y cogí la cadena.

—Álex —pidió Aiden, más bien rogó, con voz ronca—, Álex, por favor...

Dudé un instante, pero tenía que verlo. Necesitaba hacerlo. Con cuidado, saqué la cadena. Me quedé sin aliento al sacar la cadena por completo.

Colgando de la cadena de plata llevaba la púa negra que le había regalado por su cumpleaños. El día que se la regalé me dijo que no me amaba. Pero aquello... *aquello* debía significar algo, y el corazón me ardía. Sin poder decir una sola palabra, pasé un dedo sobre la piedra pulida. Tenía un pequeño agujero en la parte superior, por donde pasaba la cadena.

Aiden me cogió la mano, cerrando mis dedos sobre la púa de la guitarra.

—Álex...

Cuando le miré a los ojos, lo vi increíblemente vulnerable, sentía tanta impotencia como yo. Me entraron ganas de llorar.

—Ya lo sé. —Y era cierto. Sabía que, aunque nunca lo dijese, aunque lo negase, yo lo seguía sabiendo.

Abrió la boca.

—Supongo que no podía seguir ocultándotelo.

Cerré los ojos con fuerza, pero se me escapó una lágrima que rodó por mi mejilla.

—No llores. —Atrapó la lágrima con un dedo y puso su frente contra la mía—. Por favor, odio cuando lloras por mi culpa.

—Lo siento. No quiero ser una llorona. —Me sequé las mejillas, me sentía como una tonta—. Es que... no lo sabía.

Aiden me cogió la cara y me dio un beso en la frente.

—Quería llevar siempre una parte de ti conmigo, fuese como fuese.

Me estremecí.

—Pero yo... no tengo nada tuyo.

—Sí, claro que sí. —Aiden puso sus labios sobre mi mejilla húmeda. Sonreía con la voz—. Tienes una parte de mi corazón. Todo entero, en realidad. Para siempre. Aunque tu corazón pertenezca a otro.

El corazón me dio un vuelco, pero no me moví.

—¿A qué te refieres?

Bajó las manos y se echó hacia atrás.

—Sé que te gusta.

Claro que sí, pero no tenía mi corazón. Cuando tenía a Aiden frente a mí, nuestra conexión iba más allá que cualquier profecía. Mi destino verdadero, real, no una ilusión. Las profecías no eran más que sueños; Aiden era mi realidad.

—No es lo mismo —susurré—, nunca lo ha sido. Eres tú quien tiene mi corazón... y solo quiero compartirlo contigo.

Los ojos de Aiden parecían de nuevo plata líquida. Lo vi antes de que bajase la mirada. Pasaron unos instantes hasta que volvió a levantar los ojos y me miró.

Parecía estar librando una batalla interna. Cuando habló, no estaba segura de si había ganado o perdido.

—Deberíamos irnos a la cama.

Me quedé perpleja. *Espera*, ¿estaba sugiriendo que nos fuésemos a la cama juntos o que nos fuésemos a la cama por separado? No tenía ni idea, y me daba demasiado miedo tener esperanzas al mismo tiempo que, extrañamente, me daba miedo la idea. Era como que me ofrecían algo que llevaba mucho tiempo esperando y de repente, no supiese qué hacer con ello. O cómo hacerlo.

Curvó los labios y se puso de pie. Me cogió las manos y me levantó. Las piernas me temblaban.

—Vete a la cama —me dijo.

—¿Y... tú también vienes?

Aiden asintió.

—Ahora subo.

No podía respirar.

—Ve —apremió.

Y me fui.

Capítulo 22

Estaba segura de que me iba a dar un ataque al corazón. Normalmente no nos afectaban las enfermedades de los mortales, pero tras haber tenido un resfriado, parecía que no ser imposible. Aun así, no podía respirar.

Me lavé los dientes y me desenredé el pelo. Me quedé mirando la cama, indecentemente grande, que estaba en medio de la habitación. No sabía qué ponerme. ¿O no debería llevar nada puesto? Oh dioses, ¿en qué estaba pensando? No es que hubiese dicho que iba a subir para tener sexo. Si no fuese así y me viese desnuda tumbada en la cama, sería bastante embarazoso. Quizá solo quería pasar más tiempo conmigo. Dejando aparte lo de Seth, sobre nosotros seguía pesando no poder estar juntos.

Pero llevaba *la púa*. La había llevado colgando sobre el corazón todo el tiempo.

Me puse una camiseta de tirantes, los pantalones cortos que usaba para dormir y me fui a la cama. Por el camino me miré los brazos. A la luz de la luna, que se filtraba por la ventana, se me veía la piel irregular, llena de parches. No quería que Aiden viese aquello, así que, rápidamente, me cambié y me puse una camiseta fina de manga larga. Me dejé los pantalones. Después me metí en la cama, me tapé hasta la barbilla y esperé.

Unos minutos después, alguien llamó a la puerta suavemente.

—Puedes pasar. —Hice una mueca por haberlo dicho con un gallo.

Aiden entró y cerró la puerta con cerrojo tras él. También se había cambiado, ahora llevaba unos pantalones de pijama oscuros y una camiseta gris sin mangas que mostraba sus brazos musculados. Tragué saliva nerviosa y le pedí a mi corazón que se tranquilizase antes de que me diese un telele.

Me miró y se puso tenso. La habitación estaba demasiado oscura y no podía verle la cara, aunque deseaba poder hacerlo para poder saber en qué estaba pensando. Sin decir nada, se dirigió hacia la ventana y corrió las cortinas. La habitación se sumió en la oscuridad y agarré la manta con fuerza. Le oí trastear en la habitación y vi un brillo. Aiden trajo una vela hasta la cama y la puso sobre una mesita. Me miró, con su expresión suavizada por la luz de la vela. Sonrió.

Empecé a relajarme, soltando un poco la manta.

Con cuidado, abrió las sábanas de su lado y se metió en la cama, sin perder el contacto visual conmigo.

—¿Álex?

—¿Sí?

Seguía sonriendo.

—Relájate. Solo quiero estar aquí contigo... si te parece bien.

—Me parece bien —susurré.

—Genial, porque la verdad es que no querría estar en ninguna otra parte.

El calor que sentía en mi pecho me habría podido hacer flotar hasta las estrellas. Vi cómo se estiraba a mi lado. Miré hacia la puerta, aunque sabía que Deacon no estaba cerca. Además, no era que no lo sospechara. Y tampoco le importaba. Me mordí el labio, mirando fugazmente a Aiden. Estaba boca arriba, y sus ojos eran como plata ardiendo, brillantes e intensos. No podía apartar la mirada.

Aiden respiró con fuerza y levantó el brazo que tenía a mi lado.

—¿Vienes?

Con el corazón a mil, me acerqué a él hasta que mi pierna rozó con la suya. Me agarró la cintura con un brazo y me llevó hacia él, echándome un poco hacia abajo, hasta que mi mejilla quedo a la altura del pecho. Podía sentir cómo le iba el corazón a toda velocidad, igual que el mío. Nos quedamos así, en silencio, un ratito, y en esos minutos me sentí en el paraíso. El simple placer de estar a su lado era tan estupendo que no podía ser algo malo.

Aiden levantó el otro brazo y me tocó la mejilla, acariciándome con su pulgar.

—Te pido perdón por aquel día en el gimnasio. Por cómo te hablé, por el daño que te hice. Pensaba que estaba haciendo lo correcto.

—Lo entiendo, Aiden. No pasa nada.

—Sí que pasa. Te hice daño, lo sé. Quiero que sepas por qué —dijo—. Cuando me contaste lo que sentías, en el zoo... mi... mi autocontrol se fue a pique. —«*Pues no me lo pareció*», pensé mientras él seguía—. Sabía que no iba a poder seguir estando cerca de ti, porque iba a ser tocarte y no poder parar.

Levanté la mirada hacia él y abrí la boca para decir algo que seguramente habría fastidiado el momento, pero no pude hacerlo. Aiden me puso una mano sobre la nuca y se inclinó. Sus labios se encontraron con los míos y, como todas las veces anteriores, sentimos aquella chispa inexplicable entre los dos. Hizo un sonido mientras me besaba, cada vez más fuerte.

Se apartó lo justo para rozar mis labios con los suyos al hablar.

—No puedo seguir fingiendo que no lo quiero, que no te quiero a ti. No después de lo que te ha pasado. Pensaba... pensaba que te había perdido, Álex, para siempre. Y lo habría perdido todo. Tú lo eres todo *para mí*.

De golpe, un montón de sentimientos afloraron en mí; sorpresa, esperanza y amor. Tanto amor, que todo lo que nos rodeaba se desvaneció en aquel instante.

—Esto... esto es lo que has estado intentando decirme.

—Es lo que siempre he querido decirte, Álex. —Se incorporó, llevándome con él—. Siempre he querido tener esto contigo.

Puse las manos sobre sus mejillas, y nuestras miradas ardientes se cruzaron.

—Siempre te he querido.

Aiden hizo un ruido ahogado y sus labios se dirigieron hacia mí de nuevo. Enterró sus manos en mi pelo, agarrándome con fuerza.

—Yo no quería... venir aquí.

Me volvió a besar y se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo. Mi corazón martilleaba contra mis costillas mientras sus dedos se apartaban de mi cara y comenzaban a bajar. Se levantó lo justo como para que pudiese quitarle la camiseta y dejarla a un lado. Recorrí con las manos cada rincón de su cuerpo y le fui besando hasta llegar a su pecho. Sentí cómo su respiración se hacía más pesada y susurró mi nombre como si fuese una súplica. Me cogió los brazos y me devolvió a sus labios.

Sin decir nada, me solté y levanté los brazos. Obedeció la orden silenciosa y dejó mi camiseta a un lado. Sin más aviso, me puse de espaldas, mirándole desde abajo. Sus manos recorrían mi piel desnuda y sus labios se hundían por mi garganta y la curva de mi hombro. Besó con ternura cada cicatriz, y al llegar a la que me había dejado Linard, se estremeció.

Mis dedos jugaban con su pelo mientras lo atraía contra mí. Sus besos me estaban volviendo loca, provocaban en mí extrañas y maravillosas reacciones. Susurré su nombre una y otra vez como una especie de plegaria enloquecida. Me encontré moviéndome contra él, guiada por un instinto primario que me decía qué hacer. El resto de nuestra ropa acabó apilada en el suelo. En el momento en que nuestros cuerpos se alinearon, sentí algo salvaje.

Nuestros besos se hicieron más profundos, su lengua jugaba con la mía y yo me balanceaba sobre él. Todo aquello era maravilloso, deliciosamente agradable. Aiden me besó por toda la piel. Yo estaba perdida en un mundo de sensaciones para las que no estaba preparada. Quizá no era lo que pretendíamos, pero... estaba pasando.

Aiden levantó la cabeza.

—¿Estás segura?

—Sí —dije sin aliento—, nunca he estado más segura.

Sus manos temblaban en mi cara.

—¿Te has...?

Preguntaba si me había tomado mi dosis del método anticonceptivo obligatorio que el Consejo hacía tomar a todas las mestizas. Asentí.

Sus ojos plateados brillaron. Su mano tembló contra mi mejilla de nuevo y, mientras se incorporaba, no dejaba de recorrer mi cuerpo con la mirada. Mi recién descubierta valentía prácticamente desapareció bajo su ardiente mirada. Pareció notar mi nerviosismo de alguna forma, y me besó de forma dulce y suave. Era paciente y perfecto, logró hacer desaparecer mi timidez poco a poco hasta enlazarme con él.

Hubo un momento en el que pareció asustado, sabiendo que no había marcha atrás, que esa vez no íbamos a parar. Me dio un beso intenso que me dejó temblando y su mano se deslizó por mi cuerpo con un detalle exquisito. Sus besos hacían lo

mismo y, cuando paró, me pidió permiso con los ojos. Ese simple instante, ese pequeño acto, despertó mis lágrimas. No podía —no quería— negarle nada.

Aiden estaba en todas partes; en cada caricia, en cada gemido. Cuando pensaba que no podía aguantar más, que iba a romperme, allí estaba él para demostrarme que podía. Cuando sus labios volvieron a descender a mí, lo hicieron con locura.

—Te quiero —susurró—. Te quiero desde aquella noche en Atlanta y siempre te querré.

—Te quiero —dije agitada contra su piel.

Se liberó. El control que parecía envolverlo desapareció por fin. Disfruté de ello, en la pura simplicidad de estar entre sus brazos y saber que él sentía la misma locura que yo. Se apoyó sobre el brazo mientras sus besos parecían tener la misma prisa que yo, levantó sus labios para susurrar algo en un precioso idioma que no entendí. Estaba casi al borde, encaminándome rápidamente hacia un final glorioso.

Estábamos rodeados de nuestro amor mutuo. Se convirtió en algo tangible, electrificando el aire a nuestro alrededor hasta me pareció que podíamos arder ante su fuerza. Allí, en aquel momento de absoluta belleza, no éramos una mestiza y un pura sangre, solo dos personas profunda y locamente enamoradas.

Éramos uno.



Me desperté un rato después, envuelta en los brazos de Aiden. La vela aún temblaba junto a la cama. Las sábanas se habían enrollado en nuestras piernas y el edredón se había caído al suelo. Me di cuenta de que estaba usando a Aiden de almohada. Levanté la mirada y me empapé de él. No me cansaba de mirarlo.

Su pecho se alzaba rítmicamente bajo mis manos. Cuando dormía parecía mucho más joven y relajado. Unos rizos oscuros le caían sobre la frente y tenía los labios entreabiertos. Me eché hacia delante y besé suavemente esos labios.

Sus brazos se tensaron inmediatamente, revelando que no estaba tan profundamente dormido como yo pensaba. Sonreí cuando me pilló.

—Hola.

Aiden abrió los ojos.

—¿Cuánto rato llevas mirándome?

—No mucho.

—Conociéndote —dijo arrastrando las palabras, aún medio dormido—, llevas mirándome desde que me quedé dormido.

—No es cierto —reí.

—Ya, ya. Ven aquí. —Me echó hacia abajo y nuestras narices se acariciaron—. Mucho más cerca aún.

Me acerqué más y enredé mi pierna en la suya.

—¿Suficiente?

—Déjame ver. —Bajó las manos por mi espada hasta la cintura, donde presionó ligeramente—. Así mejor.

Me puse roja.

—Sí... mucho mejor.

Aiden sonrió y un brillo travieso cruzó sus ojos plateados. Tenía que haber sabido que estaba tramando algo, pero aquel lado de Aiden, juguetón y sensual, me era desconocido. Bajó la mano más aún, obteniendo un grito ahogado de sorpresa. Se incorporó ágilmente y sin darme cuenta me vi sentada en su regazo.

No pude pensar mucho. Aiden empezó a besarme, apartando de mí cualquier pensamiento o respuesta que pudiese darle. La sábana se cayó y me fundí en él. Un rato después, cuando el sol estaba a punto de salir y la vela hacía tiempo que se había apagado, Aiden me despertó con cuidado.

—Álex. —Me besó la frente.

Abrí los ojos, sonriendo.

—Sigues aquí.

Me acarició la mejilla.

—¿Dónde iba a estar si no? —Me besó y encogí los dedos de los pies—. ¿Pensabas que me iba a marchar sin más?

Me sorprendió poder tocarle el brazo sin que se tuviese que apartar.

—No. La verdad es que no lo sé.

Frunció el ceño mientras su dedo recorría mi pómulos.

—¿A qué te refieres?

Me apreté contra él.

—¿Y ahora qué?

Vi en su mirada que lo comprendió.

—No lo sé, Álex. Tendremos que tener cuidado. No será fácil... pero ya se nos ocurrirá algo.

Por un segundo se me paró el corazón.

Iba a ser casi imposible tener una relación en cualquier parte, pero no podía evitar que una cierta esperanza aflorase en mi interior ni que las lágrimas asomasen a mis ojos. ¿Estaba mal esperar un milagro? Porque eso era lo que íbamos a necesitar para que la relación funcionase.

—Oh, Álex. —Me cogió entre sus brazos, sujetándome con fuerza. Busqué con la cara el hueco entre su cuello y su hombro y tomé aire con fuerza—. Lo que hemos hecho ha sido lo mejor que he hecho nunca. No es solo una aventura.

—Ya lo sé —murmuré.

—No te voy a dejar simplemente porque unas estúpidas leyes digan que no

podemos estar juntos.

Eran unas palabras peligrosas, pero me derretí al escucharlas, me deleité en ellas. Le abracé e intenté apartar los miedos y preocupaciones. Aiden estaba arriesgando mucho por estar conmigo, y yo también, pero no podía negar nuestros sentimientos por lo que le pasó a Héctor. No era justo que tuviésemos miedo de eso.

Aiden se tumbó de espaldas y me acomodó a su lado.

—Y no te voy a perder por Seth.

El aire no me llegaba a los pulmones. Me había entregado por completo a Aiden y me había olvidado completamente de lo inolvidable, de que iba a Despertar en dos semanas y todo lo que significaba. ¿Y si cambiaba lo que sentía por Aiden? Mierda. ¿Qué pasaría si nuestra unión hacía que esos sentimientos fueran hacia Seth?

Para empezar, ¿cómo demonios había podido olvidarme de Seth? No podía justificarlo con un «*Ojos que no ven, corazón que no siente*». La cosa era que Seth me gustaba, mucho. Una parte de mí incluso le amaba, aunque la mayoría de las veces me daban ganas de pegarle. Pero mi amor por Seth no tenía nada que ver con el que sentía por Aiden. No me consumía, no me hacía sentir la necesidad de hacer locuras, ser inconsciente y, a la vez, tener más cuidado. Mi corazón y mi cuerpo no respondían del mismo modo.

Aiden me acarició el brazo.

—Sé qué estás pensando, *agapi mou, zoí mou*.

Respiré.

—¿Qué significa?

—Quiere decir «mi amor, mi vida».

Cerré los ojos con fuerza para evitar las lágrimas. Recordé la primera vez que me dijo *agapi mou*. Dioses, Aiden no había mentido. Me quería desde el principio. Saberlo me proveyó de una determinación de acero. Me levanté y le miré. Sonrió y el corazón me dio un vuelco. Levantó un brazo y me puso un mechón de pelo detrás de la oreja. Dejó la mano quieta.

—¿En qué piensas ahora?

—Podremos hacerlo. —Me agaché y le besé—. Joder, lo haremos.

Me rodeó la cintura con un brazo.

—Lo sé.

—Dioses, sé que suena ridículo, pero por favor no te rías de mí. —Sonreí—. Tenía... mucho miedo de Despertar, de perderme a mí misma. Pero... pero ya no. No voy a perderme porque... bueno, lo que siento por ti no me dejará olvidar quién soy.

—Nunca dejaré que olvides quién eres.

Sonreí más aún.

—Dioses, estamos locos. Lo sabes, ¿verdad?

Aiden rio.

—Creo que se nos da bien esto de estar locos, la verdad.

Nos quedamos abrazados más tiempo del que deberíamos. No quería dejarlo ir y creo que a él le pasaba lo mismo. Me puse de lado y le vi ponerse la ropa. Sonreí cuando me pilló mirándole. Levanté las cejas.

—¿Qué pasa? Es una vista preciosa.

—Qué mala eres —dijo sentándose a mi lado. Me puso una mano en la cadera. En su mirada se reflejaba algo fiero—. Lo lograremos.

Me acerqué más a él, deseando que no se fuera.

—Lo sé. Lo creo.

Aiden me besó de nuevo y susurró.

—*Agapi mou.*

Capítulo 23

Todo y nada cambió tras nuestra relación sexual. No me cambió. Bueno, llevaba todo el día una sonrisa tontorrón pegada en la cara que no me podía quitar. A parte de eso, estaba igual. Pero me sentía diferente. Me dolían lugares que pensaba que no podían doler. Mi corazón palpitaba de una forma especial cada vez que pensaba en su nombre. Era muy cursi, pero me encantaba.

Dejar que fuese mi corazón y no mis hormonas las que decidiesen cuándo hacerlo, hizo que lo que tuvimos Aiden y yo fuese especial. Y cuando pasábamos por el lado del otro durante el día, las miradas que cruzábamos significaban algo más. Todo significaba más, porque ambos nos lo estábamos jugando todo y ninguno de los dos se arrepentía.

Me pasé la mayor parte de la tarde y la noche jugando al Scrabble con Deacon. Creo que se arrepintió de haberme pedido jugar, porque yo era uno de *esos* jugadores de Scrabble que siempre que podía ponía solo palabras de cuatro letras.

Una parte de mí pensaba que en cualquier momento los dioses nos lanzarían un rayo por haber roto todas las reglas. Por eso, cuando Apolo apareció de la nada en medio de nuestra cuarta ronda de Scrabble, casi me da un infarto.

—¡Dioses! —Me agarré el pecho—. ¿Puedes dejar de hacer eso?

Apolo me miró extrañado.

—¿Dónde está Aiden?

Deacon se levantó lentamente, se aclaró la garganta e hizo una reverencia.

—Ehh, creo que está fuera. Voy a buscarlo.

Vi cómo Deacon se retiraba. No sabía qué hacer a solas con Apolo. ¿Debía levantarme y hacerle también una reverencia? ¿Era de mala educación estar sentada en presencia de un dios? Pero justo entonces Apolo se sentó a mi lado con las piernas cruzadas y se puso a jugar con las letras del tablero. Supongo que no.

—Sé lo que ha pasado —dijo Apolo tras unos segundos.

Arrugué la frente.

—¿A qué te refieres?

Señaló con la cabeza hacia el tablero.

Miré y casi me desmayo. Había escrito SEXO y AIDEN con aquellos estúpidos cuadraditos. Horrorizada, me puse de rodillas en el suelo y revolví las letras.

—¡No... no tengo ni idea de qué hablas!

Apolo echó la cabeza hacia atrás y se rio. Mucho. Y muy alto.

Creo que lo odiaba, fuese un dios o no.

—Siempre lo he sabido. —Apoyó la espalda en el sofá y cruzó los brazos. Sus

ojos azules artificiales brillaban desde el interior—. Me sorprende que hayáis llegado tan lejos.

Abrí la boca de par en par.

—Espera. ¿La noche que volvió Kain? Tú... sabías que estaba en la cabaña de Aiden, ¿verdad?

Asintió.

—Pero... ¿y ahora cómo lo sabes? —El estómago se me cerró—. Oh dioses, ¿has estado haciendo de las tuyas y has aparecido en plan pervertido o algo parecido? ¿Nos has visto?

Apolo entrecerró los ojos e inclinó la cabeza hacia mí.

—No. Tengo cosas mejores que hacer.

—¿Como qué?

Sus pupilas brillaron de color blanco.

—Ah, pues no sé. A lo mejor buscar a Telly, vigilar a Seth y, si tengo suerte, devolverte de entre los muertos. Ah, se me olvidaba, y aparecer unas cuantas veces en el Olimpo para no tener a todos mis hermanos pensando en qué estaré haciendo.

—Oh, perdona. —Me calmé, un poco disgustada conmigo misma—. Sí que estás ocupado.

—Da igual, puedo oler a Aiden en ti.

La cara me empezó a arder.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres con que puedes *olerle*? Tío, que me he duchado.

Apolo se inclinó hacia delante y me miró a los ojos.

—Todo el mundo tiene un olor personal. Si lo mezclas bastante con otra persona, cuesta mucho sacarte ese olor de encima. La próxima vez quizá prefieras ducharte con un jabón de verdad en vez de con esas cosas para chicas.

Me tapé la cara.

—Qué vergüenza.

—Pues a mí me parece muy divertido.

—Y... ¿Y no vas a hacer nada al respecto? —Susurré mientras levantaba la cabeza.

Puso los ojos en blanco.

—Creo que en estos momentos es el menor de nuestros problemas. Además, Aiden es un buen chico. Siempre serás su prioridad, por encima de todo. Pero estoy bastante seguro de que en algún momento se pondrá en plan sobreprotector. —Apolo se encogió de hombros. Yo simplemente le miraba con la boca abierta—. Tendrás que ponerlo firme en algún momento.

¿Apolo me estaba dando consejos para mi relación? Aquel era, oficialmente, el momento más raro de toda mi vida, y eso era mucho decir. Por suerte, Aiden y Deacon llegaron en ese momento y me salvaron de morir humillada.

Deacon se metió las manos en los bolsillos.

—Bueno, me voy a hacer... algo. Eso. —Se dio media vuelta y cerró la puerta según salía.

La actitud de Deacon hacia Apolo era muy extraña. Esperaba en serio que no hubiese hecho nada con Apolo, por su bien. Podría acabar convertido en flor o en tocón de árbol.

Aiden fue hasta el centro del salón con paso firme e hizo una reverencia.

—¿Hay novedades? —preguntó al incorporarse.

—Sabe lo nuestro —dije.

Un segundo después, Aiden me levantó y me puso detrás de él. Llevaba dos dagas del Covenant en las manos.

Apolo levantó una de sus doradas cejas.

—¿Qué te había dicho sobre que te iba sobreproteger?

Vaya, pues tenía razón. Con la cara roja, le sujeté el brazo a Aiden.

—Parece que no le importa.

Los músculos de Aiden se tensaron.

—¿Y por qué iba a creerlo? Es un dios.

Tragué saliva.

—Bueno, quizá porque si tuviese algo en contra me podría haber matado en un segundo.

—Eso es cierto. —Apolo estiró las piernas, cruzándolas a la altura del tobillo—. Aiden, no puede sorprenderte que lo sepa. ¿Tengo que recordarte nuestra cacería especial en Raleigh? Si no es por amor, ¿por qué iba un hombre a ir tras alguien de esa manera? Y créeme, sé hasta dónde puede llegar la gente por amor.

Las mejillas de Aiden se sonrosaron levemente y se relajó un poco.

—Siento... haberte engañado con todo esto, pero...

—Lo entiendo. —Agitó una mano como quitándole importancia—. Toma asiento, ponte en cuclillas o haz lo que quieras. Tenemos que hablar y no tengo mucho tiempo.

Respiré profundamente y me volví a sentar donde antes. Aiden se sentó en el brazo del sofá, cerca de mí.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Vengo de estar con Marcus —respondió Apolo—. Ha logrado reclutar a Solos.

—¿Reclutarlo para qué? —Miré a Aiden y apartó la mirada. Le di un codazo en la rodilla, curiosa y enfadada a la vez, porque sabía que aquello significaba que me había ocultado algo—. ¿Reclutarlo para qué, Aiden?

—No se lo has contado, ¿verdad? —Apolo se apartó un metro de mí—. No me pegues.

—¿Qué pasa? No voy por ahí pegando a la gente. —Los dos me miraron. Crucé

los brazos para no pegarles—. Venga. Muy bien. ¿Qué pasa?

Apolo suspiró.

—Solos es un Centinela mestizo.

—Eso ya me lo imaginaba. —Aiden me dio un empujoncito con la rodilla en la espalda. Le lancé una mirada de odio—. ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Eso estaba intentando contarte. —Apolo se levantó ágilmente—. El padre de Solos es un Patriarca de Nashville. De hecho, él es el único hijo del Patriarca, y eso tiene mucha importancia; ha crecido con mucha información acerca de las políticas del Consejo.

—Vale —dijo lentamente. Que los puros se preocupasen por cuidar de sus hijos mestizos no era algo nunca visto. Raro, sí, pero yo era un ejemplo.

—No todos en el Consejo están encantados con Telly, Álex. Algunos incluso quieren relegarlo de su puesto —explicó Aiden.

—Y si mal no recuerdo, votaron en contra de ponerte bajo servidumbre. —Apolo se deslizó hasta la ventana—. Si se sabe en qué ha estado metido, no le sentará bien a todos esos miembros del Consejo, incluido el padre de Solos quien, por cierto, es muy laxo en el tratamiento de los mestizos. Tenerlos de nuestro lado puede ser de gran ayuda.

—¿A qué te refieres con que su padre es muy laxo?

Apolo me miró.

—Es uno de esos que piensa que los mestizos no deberían ser forzados a servir si no siguen el prototipo de Centinela o Guardia.

—Bueno, en eso la culpa no es de nadie más que vuestra. —Sentí una gran rabia en mi interior—. Vosotros sois los responsables de que nos traten así.

Apolo frunció el ceño.

—Nosotros no tenemos nada que ver en eso.

—¿Cómo? —dijo Aiden sorprendido.

—Nosotros no somos responsables del sometimiento de los mestizos —dijo Apolo—. Eso es todo cosa de los pura sangre. Ellos decretaron la separación de las dos razas en castas hace muchísimos siglos. Nosotros solo pedimos que no se juntasen.

Aquellas palabras destruyeron mi mundo. Todo lo que me habían enseñado que debía creer ya no era cierto. Desde pequeña me dijeron que los dioses nos veían como algo inferior y que nuestra sociedad actuaba en consecuencia.

—Entonces ¿por qué... por qué no habéis hecho nada?

—No era nuestro problema —respondió Apolo despreocupadamente.

Sentí una profunda rabia desde mi interior y me puse en pie.

—¿Que no era vuestro problema? ¡Los pura sangre son vuestros hijos! Igual que nosotros. Podríais haber hecho algo hace años.

Aiden me cogió del brazo.

—Álex.

—¿Qué? —dijo Apolo—. ¿Qué esperabas que hiciésemos, Álex? Las vidas de los mestizos están literalmente un paso muy pequeño por encima de las de los mortales. No podemos intervenir en cosas tan triviales.

¿La esclavitud de miles y miles de mestizos era algo trivial? Me solté de Aiden y fui a por Apolo. Echando la vista atrás, estaba claro que no era una buena idea, pero estaba muy enfadada, impactada por saber que los dioses lo habían sabido desde el principio y habían *permitido* a los puros tratarnos como si fuésemos animales por domesticar. Una pequeña parte racional de mi cerebro sabía que no debía tomármelo como algo personal, porque los dioses eran así. Si no les involucraba directamente, les daba igual. Tan simple como eso. La parte cabreada pudo con la racional.

—¡Álex! —gritó Aiden viniendo a por mí.

Cuando quería, podía ser muy rápida. No pudo pararme. Logré ponerme a menos de medio metro de Apolo, y él levantó la mano. Me di contra un muro invisible.

Apolo sonrió.

—Me gusta tu temperamento fiero.

Le pegué una patada al escudo invisible. Un agudo dolor me recorrió el pie y cojeé hacia atrás.

—¡Au! ¡Mierda, eso ha dolido!

Aiden me sujetó.

—Álex, tienes que calmarte.

—¡Estoy calmada!

—Álex —me regañó Aiden, intentando no reírse.

Apolo bajó la mano, apenado.

—Yo... entiendo tu enfado, Alexandria. Se ha tratado a los mestizos injustamente.

Respiré profundamente para calmarme.

—Por cierto —dijo Apolo—, la próxima vez que intentes pegar a un dios que no sea yo, te destruirán. Si no lo hace el dios, serán las furias. Tienes suerte de que las furias y yo no nos llevemos bien. Les gustaría ver mis entrañas colgando del techo.

—Vale. Lo pillo. —Puse mi maltrecho pie en el suelo—, pero no creo que lo entiendas de verdad. Ese es vuestro problema, el los dioses. Creasteis todo esto y lo dejasteis de lado. No asumís ninguna responsabilidad por nada de lo que pase. Lleváis el término «egocéntrico» hasta niveles insospechados. Todos nuestros problemas, los daimons e incluso la mierda esta del Apollyon, es culpa de los dioses. ¡Tú mismo lo has dicho! Si me preguntas, creo que no servís para nada el 99% de las veces.

Aiden me puso la mano en la parte baja de la espalda. Esperé que fuese a decirme

que me callase, porque le estaba gritando a un dios, pero no lo hizo.

—Álex tiene parte de razón, Apolo. Ni siquiera yo sabía... la verdad. A nosotros también nos enseñan que los dioses decretaron la separación de las dos razas.

—No sé qué decir —dijo Apolo.

Me arreglé el pelo, que se me había hecho una maraña tras chocar contra Apolo.

—Por favor, no digas que lo sientes, porque sé que no es verdad.

Apolo asintió.

—Vale. Ahora que nos hemos sacado todo esto de dentro, vamos a volver a la razón de esta visita. —Aiden me llevó hasta el sofá y me obligó a sentarme—. Y en serio, Álex, nada de pegar.

Puse los ojos en blanco.

—¿O qué? ¿Me expulsarás del partido?

Aiden sonrió desafiante, como si estuviese dispuesto a aceptar la apuesta y disfrutarlo.

—Solos y su padre serán claves para asegurarnos de que Telly sea expulsado como Patriarca Mayor y de que se abra una investigación exhaustiva que determine cuántos miembros de la Orden puede haber por ahí fuera. Y antes de me preguntes que por qué siendo un dios no puedo saberlo, te recordaré que no somos omniscientes.

—¿Por qué os preocupaba cómo fuese a reaccionar ante esto? —pregunté confusa—. Parece algo bueno.

—Eso no es todo. —Aiden tomó aire—. El padre de Solos tiene numerosas propiedades en todos los estados, lugares donde podemos esconderte hasta que todos los miembros de la Orden sean desenmascarados.

—Y no solo eso —añadió Apolo—. Podemos mantenerte a salvo hasta que sepamos cómo tratar con Seth y tu Despertar.

Parpadeé, convencida de que no les había entendido bien.

—¿Qué?

—Lo peor que puede pasar ahora es que Seth tome tu poder y se convierta en el Asesino de Dioses. —Apolo cruzó los brazos—. Aún es más, tenemos que asegurarnos de que estás suficientemente lejos como para que, cuando Despiertes, la unión esté debilitada por la distancia y no puedas conectar con él. No podemos fiarnos de él.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos fiarnos de él? ¿Qué ha hecho?

—Te ha mentido en muchas cosas —señaló Aiden.

Sacudí la cabeza.

—Además de mentirme sobre el Apollyon, ¿qué más ha hecho?

—No es lo que haya hecho, Alexandria, sino qué hará. El oráculo lo ha visto.

—¿Te refieres a toda esa mierda de «uno para salvar y uno para destruir»? ¿Por

qué? ¿Por qué iba a ser ese el caso de Seth y mío si no somos la primera pareja de Apollyons? —Me aparté el pelo de la cara, frustrada, con la necesidad de... limpiar el nombre de Seth. No era que tuviese buen nombre, pero vamos.

De repente tenía a Apolo arrodillado frente a mí, mirándome a los ojos. Aiden se puso tenso.

—No he perdido el tiempo intentando protegerte y discutiendo con Hades por tu alma para que ahora lo eches todo a perder basándote en una confianza absurda e inocente.

Cerré los puños.

—¿Y a ti qué más te da, Apolo?

—Es complicado —fue todo lo que dijo.

—Si todo lo que puedes decir es que «es complicado» entonces puedes olvidarlo. ¿Y las clases?

—Marcus nos ha asegurado que te graduarás a tiempo —dijo Aiden.

—¿Tú lo sabías?

Asintió.

—Álex, creo que es lo más inteligente que podemos hacer.

—¿Huir es lo más inteligente? ¿Desde cuándo piensas así? Porque creo recordarte diciéndome que huir no arregla nada.

Aiden apretó los labios.

—Eso era antes de que te asesinaran, Álex. Antes de que... —Se interrumpió a sí mismo y sacudió la cabeza—. Eso era antes.

Sabía a qué se refería y me dolía. Me dolía porque tenía que preocuparse por mí, pero aun así, no lograba calmarme.

—Teníais que haberme contado que estabais planeándolo esto. Es igual que cuando Lucian y Seth planearon mandarme a algún país lejano. Deberíais contar conmigo para estas cosas.

—Alexandria...

—No —corté a Apolo y me levanté antes de que Aiden pudiese pararme—, no voy a esconderme porque exista la *posibilidad* de que Seth haga algo.

—Entonces olvida lo de Seth. —Aiden se puso de pie y cruzó los brazos—. Hay que protegerte de la Orden.

—No podemos olvidarnos de Seth. —Empecé a dar vueltas a la habitación. Me dieron ganas de arrancarme el pelo—. Si de repente voy y desaparezco, ¿qué creéis que hará Seth? Sobre todo si no se lo decimos, que sé que es en lo que estáis pensando.

Apolo se puso en pie y echó la cabeza hacia atrás.

—Esto sería mucho más fácil si fueses más agradable.

—Pues lo siento, tío. —Paré y miré a Aiden a los ojos—. No puedo seguir por

aquí. Si realmente pensáis que la Orden volverá a intentar hacer algo, entonces necesitaremos la ayuda de Seth.

Aiden se dio media vuelta, con sus anchos hombros tensos y gruñendo por lo bajo. Normalmente me molestaría aquella muestra de testosterona, pero en aquel momento me pareció un tanto sexy.

El dios del Sol suspiró.

—Por ahora tú ganas, pero sigo pensando que acabarán mal las cosas.

—¿Y cómo van a acabar mal? —pregunté.

—¿A parte de lo obvio? —Apolo frunció el ceño—. Si Seth hace lo que tememos, los dioses lanzarán toda su furia contra puros y mestizos, eso para empezar. Y como decía, si se llega a ese punto, no tendrás opción.

—¿Entonces por qué no dejáis que la Orden me mate y ya está? Eso resolvería todos los problemas, ¿no? —No era que quisiera morir, pero tenía sentido. Hasta yo lo reconocía—. Así Seth no podría convertirse en el Asesino de Dioses.

—Como te he dicho, es complicado. —Entonces Apolo, simplemente, se desvaneció.

—Odio cuando hace eso. —Miré hacia Aiden. Me estaba observando con las cejas bajas y la mandíbula tensa—. No me mires como si le hubiese dado una paliza en la calle a un pequeño Pegaso.

Aiden exhaló despacio.

—Álex, no estoy de acuerdo. Tienes que saber que solo estamos buscando lo mejor para ti.

Sexy o no, acabó con el poco control que tenía sobre mi cabreo.

—No necesito que busques lo mejor para mí, Aiden. ¡No soy una niña!

Entrecerró los ojos.

—Yo sé mejor que nadie que no eres una niña, Álex. Estoy más que seguro de que anoche no te traté como tal.

Me puse roja, era una mezcla de vergüenza y algo muy, muy distinto.

—Entonces no decidas por mí.

—Estamos intentando ayudarte. ¿Es que no lo ves? —Sus ojos se pusieron de un gris tormentoso—. No voy a perderte de nuevo.

—No me has perdido, Aiden. Te lo prometo. —Parte de mi enfado desapareció. Era miedo lo que había detrás de su rabia. Podía entenderlo. Normalmente aquella era la razón de casi todas mis rabietas—. No lo has hecho y no lo harás.

—No puedes hacer esa promesa. No habiendo tantas cosas que pueden ir mal.

No supe qué decir.

Aiden cruzó la habitación y me dio un fuerte abrazo. Durante un rato no dijimos una palabra, solo se escuchaba su pecho subir y bajar acompasadamente.

—Sé que estás enfadada —empezó a decir—, y que odias la idea de que alguien

intente controlarte o forzarte a hacer algo.

—No estoy enfadada.

Se apartó un poco y levantó una ceja.

—Bueno, vale. Estoy enfadada, pero entiendo por qué crees que debería esconderme.

Me llevó de vuelta al sofá.

—Pero no vas a hacerlo.

—No.

Aiden me puso sobre su regazo y me rodeó con sus brazos. El corazón me dio un salto y me costó unos segundos acostumbrarme a aquel Aiden que expresaba sus emociones, que no se apartaba y mantenía la distancia.

—Eres la persona más frustrante que conozco —dijo.

Apoyé la cabeza sobre su hombro y sonreí.

—Ninguno le estáis dando una oportunidad a Seth. No ha hecho nada, y no tengo ninguna razón para temerle.

—Te ha mentado, Álex.

—¿Y quién no me ha mentado? —indicué—. Mira, sé que no es una excusa muy buena y que tienes razón, me ha mentado. Lo sé, pero no ha hecho nada que me haga salir corriendo y esconderme. Tenemos que darle una oportunidad.

—¿Y si asumimos el riesgo y te equivocas, Álex? ¿Entonces qué?

Esperaba que ese no fuese el caso.

—Entonces tendré que apañármelas.

Sentí cómo el hombro se le tensaba bajo mi mejilla.

—No estoy de acuerdo. Ya te he fallado una vez y...

—No digas eso. —Me revolví entre sus brazos y le miré a los ojos, cogiéndole la cara con las manos—. No tenías ni idea de que Linard trabajaba para la Orden. No es tu culpa.

Pegó su frente a la mía.

—Debería de haber podido protegerte.

—No necesito que me protejas, Aiden. Necesito que hagas lo que estás haciendo ahora.

—¿Agarrarte? —Hizo una mueca—. Creo que eso puedo hacerlo.

Le besé y se me encogió el pecho. Ni en un millón de años me acostumbraría a poder besarle.

—Sí, eso, pero necesito... tu amor y tu confianza. Sé que puedes luchar por mí, pero no necesito que lo hagas. Esos problemas son míos, no tuyos, Aiden.

Me abrazó tan fuerte que casi me costaba respirar.

—Compartimos los problemas porque te quiero. Cuando peleamos, peleamos juntos. Voy a estar a tu lado, pase lo que pase, te guste o no. Eso es amor, Álex.

Nunca tendrás que volver a enfrentarte sola a nada. Entiendo lo que dices. No estoy de acuerdo, pero te apoyaré como pueda.

Me quedé completamente en silencio. La verdad es que no había nada que pudiese decir ante eso. No se me daban bien las palabras, no aquel tipo de palabras. Así que simplemente me enganché a él como un pulpo amoroso.

Cuando se apoyó hacia atrás, me acomodé sobre él, sin importarme que llevara su uniforme de Centinela, con las dagas y todo. Estuvimos un rato sin hablar.

—En el fondo Seth no es mal tío —dije—. Sin duda tiene momentos en los que es un capullo, pero no haría algo como acabar con el Consejo.

Aiden me acarició la mejilla.

—De Seth no me extrañaría nada.

Decidí no responderle. Desde la llamada tras el ataque de Linard, no había vuelto a saber nada de Seth. Y ahora que me había calmado un poco, empecé a pensar en lo que había dicho Apolo.

—Todos, los dioses, los puros y la Orden temen a Seth porque se convertirá en el Asesino de Dioses, ¿verdad?

—Sí —murmuró. Subió las manos hasta mis hombros y me apartó el pelo.

—Vale, ¿y qué pasa si no se convierte?

Dejó la mano quieta.

—¿Te refieres a parar la transferencia de energía? Eso es lo que estamos intentando hacer manteniéndote alejada de Seth.

—En serio dudo que esa sea la única razón para mantenerme alejada de Seth.

—Ahí me has pillado —dijo con una sonrisa en la voz.

Levanté la cabeza y decidí que ya era hora de aclarar las cosas. Primero Aiden... y luego Seth, porque lo último que quería era hacer daño a alguien con todo aquello.

—Seth me importa mucho. Es importante para mí, pero no es lo mismo. Sabes que no tienes de qué preocuparte, ¿verdad? Lo que Seth y yo hemos tenido... bueno, la verdad es que no sé realmente qué hemos tenido. No era una relación. Dijo que podíamos probar y ver qué pasaba. Y esto es lo que ha pasado.

Aiden cogió un mechón de mi pelo entre sus dedos.

—Lo sé. Confío en ti, Álex. Pero eso no significa que confíe en él.

No iba a llegar a ninguna parte.

—Da igual, el caso es que puedo hablar con Seth y contarle lo que está pasando con la Orden y de qué tiene miedo la gente.

—¿Y crees que aceptará hacer algo al respecto?

—Sí. Seth no me obligaría a hacer nada usando... nuestra conexión. —Repté sobre el pecho de Aiden y le besé la barbilla—. Seth me dijo una vez que si las cosas se volvían... demasiado intensas, se iría. Así que hay una escapatoria.

—Eh... ¿en serio ha dicho eso? —Los ojos se le pusieron de color plata—. Igual

no es tan malo.

—Es que no lo es.

—No me gusta, pero como te he dicho, te voy a apoyar sea como sea.

—Gracias. —Volví a besarle.

Suspiró.

—¿Álex?

—Dime.

Se apoyó contra el respaldo y me miró a través de sus pestañas.

—¿La otra noche os comisteis toda la masa cruda o llegasteis a hacer galletas?

Me reí ante el cambio de tema.

—Sí que hicimos. Creo que aún quedará alguna.

—Bien. —Me puso las manos en la cadera y me echó hacia delante, juntando su cuerpo contra el mío—. El Día de San Valentín no es nada sin galletas.

—Creo que en estas fechas los mortales le dan mucha importancia al chocolate. —Puse las manos sobre sus hombros y todo aquello de los dioses enfadados, miembros de la Orden, Seth y lo demás, quedaron en un segundo plano—. Aunque las galletas también están bien.

Una mano recorrió toda mi espalda hacia arriba y se perdió entre mi pelo, provocándome un ligero escalofrío.

—¿Así que no ponen ningún estúpido árbol de Navidad?

—No existe eso del Árbol de Fiestas de Mortales. —Me quedé sin aliento cuando fue acercando mi boca a la suya. Paró justo cuando nuestros labios se rozaron—, pero... pero estoy segura de que a los mortales les gustaría la idea.

—¿En serio? —Puso sus labios sobre la comisura de los míos y luego sobre el otro lado. Con los ojos cerrados, le agarré la camiseta. Según me besaba así de despacio, demostrando en un solo acto tanta pasión implícita, su cuerpo se tensó.

No me acordaba ni de qué estábamos hablando. Solo tenía una avalancha de sentimientos abriéndose paso en mi interior. Aquel era Aiden, el hombre al que amaba desde hacía tanto que me parecía una eternidad, en mis brazos, bajo mí, contra mí, tocándome.

—Feliz día de San Valentín —susurró.

Aiden me agarró fuerte contra él y en ese momentos me demostró, más que diciendo nada, lo mucho que estábamos implicados en esto.

Capítulo 24

Había fantaseado muchísimas veces sobre cómo sería tener una relación con Aiden. Hubo días, no muy lejanos, que me habría gustado sacarme ese sueño de la cabeza de un golpe porque parecía imposible de cumplir. Pero durante una semana había vivido la fantasía al máximo.

Robábamos tantos momentos solos como podíamos, llenándolos de besos profundos, risas silenciosas y planes, hacíamos planes.

O al menos lo intentábamos.

Arqueé la espalda y se me escapó una risita.

—Oh, ¿así que *tienes* cosquillas? —murmuró Aiden contra mi cuello—. Muy interesante.

Parecía que, cuando estábamos juntos, no podíamos estar mucho tiempo con las manos apartadas del otro. Aiden tenía que estar siempre tocando algo de mí. Ya fuese un ligero contacto de nuestra piel, su mano entrelazada con la mía o nuestros cuerpos fundidos con las piernas enredadas, *siempre* nos tocábamos.

Quizá era porque había luchado mucho tiempo por aquello o quizá estábamos los dos locos, intoxicados por el simple acto de estar tumbados juntos, y nos habíamos vuelto adictos a ello. Con nuestras piernas juntas y las cabezas apoyadas sobre el brazo del sofá, en la habitación de las fotos familiares. Allí estábamos a salvo porque nadie se atrevía a entrar. Lo que antes fuera el santuario de Aiden, ahora era el nuestro.

Y ese día no era distinto.

Pero no todo era diversión. Según pasaban los días y sabía que la vuelta de Seth estaba cerca, empecé a sentir ansiedad. También tenía clavada bien honda una culpabilidad espinosa.

A veces, cuando pensaba en él, me acordaba de aquellos puntos vulnerables que me había mostrado tras nuestro baño de media noche en los Catskills y después del día que me dieron la poción. Seth era muchas cosas, a veces un enigma total, pero debajo de todo aquello, era un chico que... que se preocupaba, se preocupaba por mí. Quizá más que yo por él. O igual no, pero no quería hacerle daño.

Me retorcí en el sofá junto a Aiden, tratando de apartar los pensamientos oscuros. Hablar con Seth no iba a ser fácil. De nuevo, no sabía cómo iba a responder. Él había estado con Tetas... así que igual no era tan difícil.

—Entonces dime —continuó Aiden, devolviéndome al presente, a él—. ¿Dónde estaba ese punto? ¿Era aquí? —Fue moviendo sus dedos sobre mi tripa.

—No. —Cerré los ojos y mi corazón se aceleró, a la vez que unos pequeños escalofríos recorrían todo mi cuerpo.

—¿Y aquí? —Caminó con sus dedos por mis costillas.

Sin palabras, negué con la cabeza.

—¿Dónde estaba ese punto entonces?

Sus ágiles dedos saltaron sobre mi tripa, a un lateral. Di un respingo y cerré la boca con fuerza, pero me temblaba todo el cuerpo al intentar contener mi reacción natural.

—¡Ajá! ¿Es este? —Aumentó ligeramente la presión.

Me retorcí, pero él era implacable. Se rio cuando me arqueé tanto que casi me doblo en dos, y me habría caído al suelo de no ser por sus rápidos reflejos.

—Para —solté jadeando en medio de un ataque de risa—. No puedo más.

—Bueno, vale, igual debería portarme bien. —Aiden me puso a su lado de nuevo y se inclinó sobre mí. Me cogió un mechón de pelo y jugueteó con él entre los dedos—. Bueno, volviendo a donde estábamos. Si no es en Nueva Orleans, ¿entonces dónde?

Deslicé mi mano por su brazo. Me encantaba la forma en que sus músculos se contraían bajo la piel al tocarle.

—¿Qué te parece Nevada? No hay Covenants cerca. Lo más cercano es la Universidad.

Se inclinó hacia mí, rozando mi mejilla con los labios.

—¿Estás proponiendo ir a Las Vegas?

Puse una cara inocente.

—Bueno, seguro que hay muchos daimons, porque a los puros os encanta ir por allí de fiesta, pero no hay ningún Hematoi residiendo permanentemente ahí.

—¿Primero Nueva Orleans y ahora Las Vegas? —Sus labios iban y venían mientras con los dedos me echaba la cabeza hacia atrás—. Empiezo a ver un patrón.

—No sé. —Me quedé sin respiración al apretarse más contra mí—. Igual no puedes con Las Vegas.

Aiden sonrió.

—Me encantan los retos.

Reí, pero toda la gracia se fue en cuanto sus labios tocaron los míos de nuevo. Podría haber seguido besándole toda una eternidad. Al principio eran besos suaves, dulces e interrogantes. Hundí los dedos en su pelo, atrayéndole más cerca, y los besos se hicieron más profundos. Me moví y le rodeé con mis brazos, deseando poder apretar el botón de parada y detener el tiempo. Podría haberme quedado así para siempre, sintiendo su cuerpo amoldado al mío, fundiéndonos juntos. Me quedé helada.

La sensación que me recorría la espalda era inconfundible. Las tres runas que habían estado inactivas desde que Seth se fue, comenzaban a activarse ahora, ardiendo y hormigueando. El cordón se despertó, respondiendo a su otra mitad.

Movió los labios por mi cuello hasta la clavícula.

—¿Qué pasa?

No había ningún botón para parar el tiempo. Mierda.

—Seth está aquí. Aquí fuera, de hecho.

Aiden levantó la cabeza.

—¿En serio?

Asentí, tensa.

Soltó una maldición entre dientes y se puso de pie. Yo empecé a levantarme, pero me paró con la mano.

—Déjame que lo compruebe, Álex.

—Aiden...

Se lanzó sobre mí, me agarró de los hombros y me besó hasta que casi me hizo olvidar cómo el cordón se comenzaba a desatar desde el fondo de mi estómago.

—Tú déjame mirar, ¿vale? —susurró.

Asentí y le vi caminar hacia la puerta. Salió de la habitación con una sonrisa tranquilizadora. Probablemente era una buena idea que saliese él a recibir a Seth. Yo aún necesitaba unos momentos para recomponerme después de aquel último beso.

Una energía nerviosa me recorrió el cuerpo y el cordón vibró de alegría. Inquieta, me puse de pie en menos de un minuto y fui al otro lado de la habitación. Seth estaba cerca. Lo sabía en mi interior. Me paré frente a la puerta entreabierta y aguanté la respiración.

Estaban en medio del pasillo, solos. Y por supuesto, ya estaban discutiendo. Puse los ojos en blanco.

—¿Crees que no lo sabía? —Oí decir a Seth con chulería—. ¿Que no lo he sabido todo el tiempo que he estado fuera?

—¿Saber el qué? —Aiden parecía estar sorprendentemente calmado.

Seth rio suavemente.

—Puede que ahora ella esté aquí contigo, pero eso es solo un momento en comparación con el resto del tiempo. Y todos los momentos acaban, Aiden. Y el tuyo también acabará.

Me dieron ganas de abrir la puerta de golpe y decirle a Seth que se callase.

—Suena como si lo hubieses leído en el interior de una retorcida tarjeta de Hallmark —respondió Aiden—, pero lo mismo te digo, tu tiempo ya ha acabado.

Hubo un momento de silencio y casi podía imaginármelos. Aiden estaría mirando tranquilo a Seth y este estaría sonriendo, arrogante y disfrutando en secreto de la pelea. A veces me daban ganas de pegarles a los dos.

—En realidad no importa —dijo Seth—. Eso es lo que no entiendes. Puede que te ame, pero sigue sin tener importancia. Tenemos que estar juntos. Es el destino. Ten tu momento, Aiden, porque al final no significará una mierda.

Suficiente. Abrí la puerta y salí como una fiera de la habitación hacia el pasillo. Ninguno de los dos llegó siquiera a darse la vuelta, aunque sabía que me habían oído perfectamente salir de la habitación. Tras ellos podía ver las sombras de los Guardias a través de las pequeñas ventanas cuadradas que había a los lados de la puerta.

—¿En serio piensas eso? —Aiden ladeó la cabeza—. Entonces es que no eres más que un pobre tonto.

Seth sonrió.

—Yo no soy el tonto aquí, pura sangre. Ella no es tuya.

—No es de nadie —gruñó Aiden. Dobló las manos a la altura de la cadera, donde normalmente llevaba las dagas.

—Es discutible —dijo Seth, tan bajo que no podía estar segura de haberle oído bien.

Me puse entre los dos idiotas antes de que alguno hiciese algo.

—No soy tuya, Seth.

Seth me miró por fin, con sus ojos color ámbar.

—Tenemos que hablar.

Eso hacíamos. Miré al pura sangre enfadado que tenía al lado. No iba a ser bonito.

—En privado —añadió Seth.

—¿Qué vas a decirle que no puedas hacerlo delante de mí? —preguntó Aiden.

—Aiden —gruñí—, me lo prometiste, ¿recuerdas? —No tenía que decir nada más. Aiden me entendía—. Necesito hablar con él.

—No va a pasarle nada. No si está conmigo.

Me di la vuelta.

—Dejad que coja la sudadera. Intentad no mataros el uno al otro.

—No prometo nada —soltó Seth.

Cogí la sudadera del respaldo del sofá, me la puse rápidamente y salí disparada de nuevo hacia el pasillo. Los dioses sabían que un segundo juntos, para aquellos dos era demasiado largo. Le lancé una mirada a Aiden según seguía a Seth hacia el exterior. Parecía no estar nada contento, pero asintió.

La temperatura helada me dejó sin aliento en cuanto salí fuera. No podía recordar la última vez que había hecho tanto frío en Carolina del Norte. Seth llevaba solo una camiseta térmica negra y unos pantalones. Nada más. Me pregunté si cuando Despertase sería también inmune al frío.

Los Guardias se apartaron inmediatamente, dejando ver cómo el sol de invierno se reflejaba sobre las aguas tranquilas. Al principio me sorprendió, pero luego recordé de quién eran esos Guardias, de Lucian.

Aiden se movió, intranquilo, abriendo y cerrando las manos.

Seth fingió un gesto de simpatía.

—No te alegres demasiado por esto, Aiden.

Le pegué una patada en la espinilla a Seth.

—Au —dijo entre dientes mientras me fulminaba con la mirada—. Pegar patadas no es nada bonito.

—Buscar pelea no es nada bonito —le respondí.

Aiden suspiró.

—Tienes veinte minutos. Después iremos a buscaros.

Mientras se alejaba hacia las escaleras, Seth se inclinó hacia Aiden y se dio la vuelta. El viento le despeinó en todas direcciones. A veces me olvidaba de... lo guapo que era Seth. Estaba al nivel de Apolo. Ambos tenían un tipo de belleza fría que no parecía real, porque era perfecta, a lo lejos y en las distancias cortas.

Me puse a su lado, con las manos dentro del bolsillo central de la sudadera.

—No te esperaba tan pronto de vuelta.

Seth levantó una ceja.

—¿En serio? No me sorprende.

Me puse roja. No tenía forma de saber qué había pasado entre Aiden y yo. Nuestra unión no tenía efecto a tantos kilómetros. Respiré profundamente y decidí actuar como una mujer.

—Seth, tengo que...

—Ya lo sé, Álex.

—¿El qué? —Me detuve y me aparté el pelo de la cara—. ¿Qué es lo que sabes?

Me miró y se inclinó, poniendo su cara a apenas unos centímetros de la mía. El cordón se puso como loco en mi interior, pero podía controlarlo... siempre y cuando no me tocara. Oh dioses, aquello no iba a ser fácil.

—Lo sé todo.

—Todo. —Podía significar muchas cosas. Me encorvé y bizqueé al darme el sol en los ojos—. ¿Qué sabes exactamente?

Sus labios se curvaron en una ligera sonrisa.

—Bueno, veamos. Sé todo *eso* —Hizo un gesto hacia la casa de los St. Delphi—, lo que pasó ahí. Sabía que iba a ocurrir.

Empecé a sentir frío y calor al mismo tiempo.

—Seth, lo siento mucho. No quiero hacerte daño.

Me miró durante un momento y se rio.

—¿Hacerme daño? Álex, siempre he sabido lo que sentías por él.

Vale. Debía estar drogada, porque me pareció ver que Seth tenía una cierta fragilidad. Qué estúpida, si él no tenía sentimientos ni nada. Pero a pesar de aquella versión arrogante y molesta de Seth, se lo estaba tomando increíblemente bien, demasiado. Mis sospechas se acrecentaron.

—¿Cómo es que no te importa?

—¿Debería estar enfadado? ¿Eso es lo que quieres? —Inclinó la cabeza hacia un lado con las cejas levantadas—. ¿Quieres que esté celoso? ¿Es eso?

—¡No! —Volví a ponerme roja—. Es solo que no me esperaba que... te lo tomases tan bien.

—Bueno, tampoco diría que estoy de acuerdo con lo que ha sucedido. Simplemente es lo que hay.

Le miré y me vino algo a la mente.

—No irás a delatarnos, ¿verdad?

Seth negó con la cabeza lentamente.

—¿Qué bien iba a hacerme eso? Te pondrían en esclavitud y te darían el elixir.

Y no Despertaría, que siempre parecía ser el motivo último de todo. Era lo suficientemente adulta como para admitir que dolía. Me pregunté qué le molestaría más a Seth: que mi vida prácticamente se acabase entonces o que no Despertase. Aparté la mirada y me mordí el labio.

—Seth, he descubierto algunas cosas mientras estabas fuera.

—Yo también —respondió sin inmutarse.

Qué misterioso.

—Seguro que ya sabías todo sobre la Orden y cómo se engendra un Apollyon.

No cambió su cara.

—¿Por qué lo dices?

Me sentí frustrada.

—Una vez dijiste que cuando Despiertas lo sabes todo sobre los anteriores Apollyons. Uno de ellos tendría que haber sabido que existía la Orden y cómo nacen. ¿Por qué no me lo dijiste?

Seth suspiró.

—Álex, no te lo dije porque no vi razón para hacerlo.

—¿Cómo no ibas a ver razón después de todo lo que me pasó en Nueva York? Si me hubieses hablado de la Orden, podría haber estado preparada.

Apartó la mirada con los labios apretados.

—Cuando estábamos allí, te pregunté si sabías lo que significaba aquel símbolo —le dije. Empezaba a estar muy enfadada y decepcionada. Ni siquiera intenté bloquearle mis emociones—. Dijiste que no lo sabías. Cuando te pregunté que si sabías qué pasaba si se juntaban un puro y una mestiza, me dijiste que creías que tu padre era un mestizo. Sabías la verdad. Lo que no entiendo es por qué no me lo dijiste.

—Porque me dijeron que no lo hiciera.

—¿Cómo? —Seth empezó a caminar y corrí para alcanzarlo—. ¿Quién te dijo que no me lo contases?

Miró hacia la playa.

—¿Acaso importa?

—¡Sí! —dije casi chillando—. Claro que importa. ¿Cómo vamos a tener nada juntos si no puedo confiar en ti?

Levantó las cejas.

—¿Qué es lo que tenemos exactamente, Álex? Creo recordar que te dije que podías elegir. Te pedí que nada de etiquetas ni expectativas.

Yo también lo recordaba. Me parecía que habían pasado siglos desde la noche en la piscina. Parte de mí echaba de menos al Seth juguetón.

—Y ya elegiste —continuó Seth suavemente—, elegiste a pesar de decir que me escogías a mí.

Yo también recordaba aquel breve gesto de satisfacción cuando dije que le elegía a él. Sacudí la cabeza, buscando algo que decir.

—Seth, yo...

—No quiero hablar de esto. —Paró donde la arena se convertía en acera, levantó una mano y me acarició la mejilla con el dorso de la mano. Me aparté, sorprendida por el contacto y la descarga eléctrica que le siguió. Seth bajó la mano y miró hacia las pequeñas tiendas que recorrían la calle principal—. ¿Hay algo más de lo que quieras hablar?

No me había respondido a nada, pero tenía una pregunta más.

—¿Viste a mi padre, Seth?

—No. —Me miró a los ojos.

—¿Pero llegaste a buscarle?

—Sí, Álex. No le encontré. Aunque eso no significa que no estuviera allí. —Se apartó de la cara los mechones que se le habían soltado con el viento—. En fin, pero te he traído un regalo.

No estaba segura de haber oído bien, pero lo repitió y el corazón me dio un vuelco.

—Seth, no tenías que haberme traído nada.

—Cambiarás de opinión cuando lo veas. —Puso una sonrisa traviesa—. Confía en mí, es un regalo de esos que solo te dan una vez en la vida.

Genial. Aquello me hacía sentir mejor. Como me diese el diamante Hope, acabaría vomitando. Nunca habíamos tenido una relación como tal, pero aun así sentía cierta culpabilidad retorciéndose en mi interior. Cuando le miré, vi a Aiden. Y cuando Seth me tocó, sentí a Aiden. Lo peor de todo es que Seth lo sabía.

—Vamos, Álex.

—Vale. —Respire profundamente y apreté los labios. El viento que azotaba desde el mar era increíblemente frío y me encogí dentro de la sudadera—. ¿Por qué narices hace tanto frío? Por aquí antes no hacía tanto.

—Los dioses están enfadados —dijo Seth y luego rio.

Fruncí el ceño.

Seth se encogió de hombros.

—Se están fijando en este pequeño trozo del mundo. Es por nosotros, ya sabes. Los dioses saben que se avecina un cambio.

—La verdad es que a veces me asustas.

Rio.

Le hice una mueca y empezamos a andar en silencio. Yo suponía que iba a girar hacia la isla del Covenant y, al no hacerlo, pensé que íbamos hacia casa de Lucian, pero en vez de eso me llevó, a través de la ciudad, al Palacio de Justicia que usaban los miembros del Consejo.

—¿Mi regalo está en el juzgado?

—Sí.

La verdad es que nunca sabía qué esperar de Seth. Incluso con aquella unión que teníamos, no tenía ni idea de qué le rondaba por la mente la mitad del tiempo.

Dentro del Palacio de Justicia había el número habitual de Guardias del Consejo, escondidos de la vista de los turistas mortales, pero tras ellos, tres de los Guardias de Lucian bloqueaban una puerta. Se echaron a un lado y nos abrieron la puerta.

Me quedé quieta, porque sabía dónde llevaban aquella puerta y aquellas escaleras.

—¿Por qué vamos hacia las celdas, Seth?

—Porque voy a encerrarte y hacerlo contigo.

Puse los ojos en blanco.

Me empujó el codo ligeramente hacia delante para que echase a andar, y empezamos a bajar. Mis ojos se acomodaron a la oscuridad de las escaleras. Los viejos tablones chirriaron bajo nuestros pies. Las celdas no estaban bajo tierra, sino que en realidad estaban en el primer piso. La entrada principal estaba en el segundo piso, pero aun así parecía como si estuviésemos entrando en un lugar frío, húmedo y lóbrego.

El pasillo estaba iluminado por una luz tenue. Sobre el hombro de Seth pude adivinar numerosas celdas que se sucedían a lo largo de todo el pasillo. Me dio un escalofrío al imaginarme metida en una de ellas. Dioses, ¿cuántas veces había estado a punto de estarlo?

Frente a nosotros, dos Guardias estaban delante de la última celda. Seth se acercó a ellos y chasqueó los dedos.

—Dejadnos.

Me quedé anonadada al ver cómo los dos Guardias se marchaban.

—¿Tienes un poder especial de Apollyon al chasquear los dedos?

Inclinó la cabeza hacia mí.

—Tengo muchos poderes especiales de Apollyon en los dedos.

Le di un empujoncito.

—¿Dónde está mi regalo, pervertido?

Seth se apartó, sonriendo. Se puso frente a los barrotes y abrió los brazos.

—Ven y mira.

Vale, tenía curiosidad. Di unos pasos al frente, me puse frente a la puerta y miré a través de los barrotes. Abrí la boca de par en par y el estómago me dio un vuelco.

Acurrucado en el centro de la celda, con las manos atadas a los tobillos, el Patriarca Mayor Telly nos miraba con los ojos ausentes. Tenía la cara echa un desastre por la paliza, apenas se le reconocía y, de su cuerpo, colgaba su ropa sucia y rasgada.

—Oh, dioses, Seth.

Capítulo 25

Alucinada, me aparté de la puerta. Todo sobre lo que Apolo me había advertido me vino a la mente al mismo tiempo. Todo el mundo temía que algo así ocurriese, todos menos yo, y aun así, me costaba creer que estuviese sucediendo.

—¿Qué has hecho? —pregunté.

—¿Qué pasa? Te he traído un regalo, Telly.

Me giré hacia él, sorprendida por tener que explicarle por qué aquello estaba mal.

—Seth, los chicos suelen llevarle a las chicas rosas o cachorritos. No gente, Seth. No al Patriarca Mayor del Consejo.

—Sé lo que hizo, Álex. —Puso su mano sobre la cicatriz que me había dejado Linard—. Sé que fue él quien ordenó esto.

Aun a través de la gorda sudadera, pude sentir la mano de Seth.

—Seth, yo...

—Sentí algo cuando ocurrió... como si nuestra unión hubiese desaparecido por completo —dijo rápidamente y en voz baja—. No podía sentirte, pero sabía que estabas ahí... y luego, durante unos minutos, no. Lo sabía. Luego Lucian me lo contó. Mi primera reacción era traerte solo su cabeza, pero hice lo siguiente.

Me sentí literalmente enferma al mirar a Seth. Cuando observé a Telly tirado en la celda, vi la cara partida de Jackson. Tenía que haberlo imaginado. Dioses, tenía que haberme imaginado que lo sabría... y que haría algo así.

—No me costó mucho encontrarlo —dijo tranquilamente—, y sé que había gente buscándole. Leon —Seth rio—. ¿O debería llamarle Apolo? Sí, esta vez le he ganado. ¿Sabes esos dos días en los que no me llamaste? Eso es todo lo que me costó encontrarle.

El aire se me escapó de los pulmones y la sangre se me heló en las venas.

Frunció el ceño.

—Él mandó matarte, Álex. Supuse que te haría feliz saber que le he atrapado y que va a dejar de ser un problema.

Volví a mirar hacia la celda.

—Dioses, ¿cómo es que las furias no han hecho nada en contra?

—No soy tan estúpido, Álex. —Se puso a mi lado, hombro con hombro—. Lucian lo ordenó y sus Guardias lo llevaron a cabo. Yo solo... estaba con ellos. Soy listo, ¿eh?

—¿Listo? —dije sin respiración mientras me apartaba de la celda, de Seth—. ¿Así que esto ha sido idea de Lucian?

—¿Qué más da? —Cruzó los brazos—. Telly intentó matarte, *te mató*. Por ello, tiene que ser castigado.

—¡Eso no hace que esto esté bien! ¡Míralo! —Señalé hacia la celda—. ¿Qué es lo que le pasa?

—Está bajo una fuerte compulsión, para que no hable. —Seth se tocó la barbilla, pensativo—. No siquiera estoy seguro de si puede pensar. De hecho, creo que está un poco hecho polvo.

—Dioses, Seth. ¿Nunca te han dicho que dos males no hacen un bien?

Seth gruñó.

—En mi libro, dos males siempre hacen un bien.

—¡No tiene gracia, Seth! —Intenté calmarme—. ¿Quién va a matarlo? ¿El Consejo de pura sangres?

—No. Lo hará el nuevo Consejo.

—¿El Nuevo Consejo? ¿Qué demonios es eso?

Sus ojos ardieron frustrados.

—No tienes que entender qué está sucediendo. Este hombre sirve a los dioses que te quieren, nos quieren, muertos. Hay que acabar con él.

Me pasé las manos por la cabeza, deseando arrancarme el pelo.

—Seth, ¿esto ha sido idea de Lucian o no?

—¿Qué más da? ¿Qué pasa si lo hubiese sido? Solo quiere mantenernos a salvo. Quiere cambios y...

—¡Y quiere el puesto de Telly, Seth! ¿Cómo no puedes verlo? —Lucian quería poder y quitar a Telly de en medio era una forma de lograrlo, pero eso no quería decir que pudiese tomar el control del Consejo por completo... ¿o sí? Sacudí la cabeza—. Los dioses no pueden permitirlo. No quieren lo que hizo Telly.

—¡Álex, aquí los dioses son el enemigo! No le hablan al Consejo sino a la Orden.

—¡Apolo me salvó la vida, Seth! ¡No Lucian!

—Solo porque tienen planes para ti —dijo dando un paso al frente—. Tú no sabes lo que yo.

Cerré los puños.

—¡Entonces cuéntame lo que sabes!

—No lo entenderías. —Se giró hacia el bulto inmóvil de la celda—. Aún no. Y no te culpo por ello. Tienes demasiado de puro en tu interior, ahora incluso más que antes.

Aquello me dolió.

—No... no es justo.

Cerró los ojos y se pasó la mano por la frente.

—Tienes razón. No ha estado bien.

Aprovechando el momento de lucidez, fui a por él.

—No puedes tenerlo aquí, Seth. Tienes razón, hay que castigarlo por lo que hizo, pero necesita un juicio. Tenerlo así, en una celda bajo una compulsión, no está nada

bien.

Dioses, realmente debía ser un mal día si me tocaba a mí ser la voz de la razón.

Seth se giró hacia mí. Abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

—Ya he invertido mucho en esto.

El miedo me recorrió toda la espalda. Empecé a ir hacia él, pero paré. Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿A qué te refieres?

Levantó la mano para tocarme, pero le esquivé. Confundido, bajó la mano de nuevo.

—¿Cómo puedes querer que viva?

—Porque no es cosa nuestra decidir quién vive y quién muere.

Arrugó la frente.

—¿Y si lo fuera?

Sacudí la cabeza.

—Entonces no quiero formar parte de ello. Y sé que tú tampoco.

Seth suspiró.

—Álex, te han entrenado para ser Centinela. Siempre estarás tomando decisiones de vida o muerte.

—Eso es distinto.

Inclinó la cabeza hacia mí, con una sonrisa que eliminaba cualquier duda.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! Como Centinela mato daimons. No es lo mismo que jugar a ser jurado y verdugo.

—¿Cómo no puedes darte cuenta de que estoy haciendo lo que es debido, aunque seas demasiado débil para hacerlo tú misma?

¿Quién demonios era aquella persona que tenía a mi lado? Era como intentar razonar con un loco... en aquel momento supe lo que sentía la gente cuando intentaba razonar conmigo. La ironía era un enemigo muy, muy cruel.

—Seth, ¿dónde están las llaves de la celda?

Entrecerró los ojos.

—No pienso soltarle.

—Seth. —Di un paso cauteloso hacia él—. No puedes hacer esto. Y Lucian tampoco.

—¡Puedo hacer lo que me apetezca!

Pasé por su lado, hacia la manilla de la puerta y cuando quise darme cuenta estaba en la pared de enfrente, con Seth delante de mis narices. Cierta miedo comenzó a aflorar en la base mi estómago y el cordón empezó a vibrar con fuerza.

—Seth —susurré.

—Se queda aquí. —Sus ojos brillaban de un color ocre peligroso—. Hay planes

para él, Álex.

Tragué el repentino sabor a bilis que me vino a la boca.

—¿Qué planes?

Me miró los labios y sentí un nuevo miedo.

—Pronto lo verás. No te preocupes, Álex. Voy a ocuparme de todo.

Puse las manos sobre su pecho y lo empujé varios metros hacia atrás. En su cara vi reflejado primero sorpresa y luego ira.

—Estás jodidamente loco, Seth. No sigas por este camino.

Se dio la vuelta, se dirigió corriendo hacia la celda y señaló a Telly.

—¿Así que prefieres ver a esta cosa libre? ¿Libre para esclavizar mestizos o mandar que los maten? ¿Libre para seguir intentando asesinarte? ¿Y luego esperar a un juicio amañado para proteger a los pura sangre? Simplemente le darían un toquecito en la mano. Demonios, ¡incluso te pedirían que te disculpases por frustrar su plan de matarte!

Estaba muy furiosa. Di un paso hacia delante y me puse frente a frente con Seth.

—¡No te importa nada de lo que les pase a los mestizos! ¡No tiene nada que ver con lo que estás planeando! Y lo sabes. Lo que estás haciendo, lo que aceptas, está mal. Y no voy a...

—Vete —dijo interrumpiéndome en voz baja y furiosa.

Me quedé quieta.

—No voy a dejar que lo hagas, Seth. No sé qué es lo que te ha dicho Lucian que te ha convencido...

—He dicho que *te vayas*. —Seth me empujó *con fuerza*. Casi pierdo el equilibrio —. La próxima vez puede que te traiga rosas o un cachorrito.

Aquello fue el colmo, igual que la sonrisa que puso. Necesité hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para darme la vuelta y marcharme. Subí las escaleras corriendo. Como había hecho tantas veces en mi vida, no tenía pensado escuchar que me dijese qué tenía que hacer. Pero, por primera vez en la vida, creía que aquella vez era lo correcto. Aiden y Marcus tenían que saber lo que Seth y Lucian estaban planeando. Quizá podrían parar aquello antes de que fuese demasiado tarde, antes de que Seth ayudase a matar al Patriarca Mayor y sellase nuestros destinos.

Tenía que haber esperanzas para Seth, estaba metido en una locura, pero no era una locura *extrema*. Técnicamente, Seth *aún* no había hecho nada. Tal y como dijo Caleb, aún había esperanzas, fuera lo que fuera lo que Lucian estuviese usando en Seth, con lo que lo estaba manipulando, había que acabar con ello antes de que la historia volviera a repetirse.

Abrí las puertas del juzgado de par en par y me encontré de narices con la raíz de todos mis males.

Lucian estaba flanqueado por varios Guardias del Consejo, vestido con aquella

absurda túnica blanca. Puso una enorme sonrisa que no llegó a reflejarse nunca en sus ojos.

—Supuse que te encontraría aquí, Alexandria.

Antes de darme cuenta, sus Guardias me estaban rodeando. Curiosamente, todos los Guardias eran pura sangre. Qué listo.

—¿Qué ocurre, Lucian?

—¿Cuándo me llamarás «Padre»? —Subió el último escalón y se paró frente a mí. El viento movía su túnica y parecía que estaba flotando.

—Eh... ¿qué te parece algo así como... nunca?

No dejó de sonreír.

—Un día eso cambiará. Seremos una gran familia feliz, los tres juntos.

Vale, aquello era raro.

—¿Te refieres a Seth? Él es tan parte de ti como yo.

Chasqueó la lengua.

—Volverás a mi casa, Alexandria. No hace falta que te quedes en la casa de los St. Delphi durante más tiempo.

Abrí la boca al oírle, pero la cerré. No había forma de saber si Lucian sabía lo que sentía por Aiden, o si Seth le había contado algo. Si empezaba una pelea contra él, avivaría sus sospechas. No podía hacer nada para pararlo. Lucian era mi tutor legal. Me tragué mi ira y mi indignación y di un paso al frente.

—Tengo que coger mis cosas.

Lucian se echó a un lado, haciendo que lo siguiese.

—No hará falta. Seth recogerá tus cosas.

Maldito sea. Me puse tensa cuando Seth salió por la puerta. Ni siquiera me miró cuando pasó por mi lado. Lucian le cogió del hombro.

—Nos encontraremos en casa.

Seth asintió y bajó las escaleras. En la acera, miró hacia arriba y me sonrió burlón antes de meterse en uno de los Hummer que estaban aparcados en la curva.

—Ahora, querida, ven conmigo —dijo Lucian.

Hecha una furia, pero sin poder hacer nada al respecto, seguí a Lucian hacia el otro Hummer. Sería un milagro que Lucian fuese hasta su casa andando. En cuanto se subió al asiento trasero conmigo, empecé a desear salir del coche.

Lucian sonrió.

—¿Por qué estás tan incómoda conmigo?

Aparté la vista de la ventana.

—Es algo que tiene que ver contigo.

Levantó una ceja.

—¿Y qué es?

—Pues que eres como una serpiente, pero además falso.

Se apoyó en el respaldo en cuanto el Hummer comenzó a moverse.

—Qué bonito.

Sonreí, tensa.

—Dejémonos de tonterías, Lucian. Sé lo de Telly. ¿Por qué has hecho algo que incluso yo sé que es estúpido y una locura?

—Está llegando el momento del cambio. Nuestro mundo necesita un líder mejor.

Reí sin poder contenerme.

—¿Vas colocado?

—Durante mucho tiempo hemos tenido que vivir con las antiguas leyes, existiendo apartados de los mortales como si no fuésemos mejores que ellos. —Sus palabras destilaban asco—. Deberían tomar ellos el lugar de los mestizos, servir nuestras necesidades. Y cuando lo hagan, nosotros, los nuevos dioses, gobernaremos este mundo.

—Por todos los dioses, estás loco. —No podía decir otra cosa. Lo peor de todo era que la Abuela Piperi había tenido razón, pero como siempre, no la había entendido. La historia se repetía, pero del peor modo. Y el mal se había escondido en las sombras, como un titiritero moviendo los hilos. La Abuela Piperi se refirió a Seth y Lucian. Me entraron ganas de vomitar. Si lo hubiese descubierto antes, hubiese podido evitar que aquello llegase tan lejos.

—No espero que tú lo entiendas, pero Seth sí que me entiende. Es todo lo que necesito.

—¿Cómo has logrado que Seth haga todo esto?

Se miró las uñas.

—El chico nunca ha tenido un padre. Su madre pura sangre no le hizo mucho caso. Supongo que se arrepintió de su relación con el mestizo, pero no pudo deshacerse de él mientras estuvo embarazada.

Hice una mueca de dolor.

—Es fácil suponer que no fue una buena madre —continuó—, pero ese chico, aun así, logró impresionar al Consejo y ganarse un puesto en el Covenant. Tuvo una infancia difícil, siempre solo. Supongo que Seth lo único que ha buscado siempre es ser querido. —Me miró—. ¿Puedes hacerlo tú? ¿Darle lo único que siempre ha deseado?

En aquel momento, supe sin lugar a dudas que Seth no le había contado a Lucian nada acerca de Aiden. Pero ¿por qué? Eliminar a Aiden de la ecuación beneficiaría a Seth. ¿Podría ser que no lo hubiera hecho porque sabía que eso me haría daño? Si ese era el caso, era que Seth seguía *pensando*. No era una causa perdida.

—Eso espero. Seth es un buen chico.

Abrí los ojos de par en par.

—Pareces... sincero.

Lucian suspiró.

—Nunca he tenido un hijo propio, Alexandria.

Me quedé atónita. Lucian se preocupaba en serio por Seth. Y Seth lo veía como un padre. Pero eso no cambiaba lo que estaba haciendo Lucian.

—Estás utilizándole.

El Hummer paró detrás de la casa de Lucian.

—Le estoy ofreciendo el mundo. Lo mismo que te ofrezco a ti.

—Lo que estás ofreciendo es la muerte de todo aquel que se preste a la causa.

—No necesariamente, querida. Tenemos apoyo en... los lugares más insospechados, un apoyo muy poderoso.

La puerta se abrió antes de que pudiese decir nada. Un Guardia esperaba a que saliese, mirándome cauteloso como si esperase que fuese a salir corriendo en cualquier momento, algo que ya había pensado hacer, pero que sabía que no iba a lograr. Me llevaron rápidamente hacia la casa y me dejaron en el lujoso recibidor con mi padraastro.

—Es una pena que tengamos que hacer las cosas tan difíciles, Alexandria.

—Perdón por aguarle la fiesta, pero no pienso seguir el rollo con esto. De hecho, nadie más lo hará.

—¿Ah no? ¿Dudas de mis apasionadas palabras? —Miró hacia sus Guardias pura sangre—. Quiero una vida mejor para los mestizos.

—Y una mierda —susurré, mirando hacia los Guardias. La mala cara con la que me miraban me decía que creían a Lucian. Y la pregunta de verdad era: ¿cuántos mestizos apoyarían a Lucian? El número podía ser astronómico.

Lucian rio. Era una risa chillona y fría.

—No tienes control sobre esto.

—Ya veremos. —Fui hacia la puerta, pero se cerró bajo mi mano. Odiaba el elemento aire con toda mi alma. Despacio, me giré hacia él—. No puedes dejarme aquí encerrada. Déjame salir.

Lucian se volvió a reír.

—Me temo que no podrás recibir visitas hasta que Despiertes. Y tampoco esperes que vaya a venir Apolo. No podrá entrar en mi casa.

Arrugué la frente.

—No puedes parar a un dios.

Lucian puso cara de satisfacción al echarse a un lado. Miré detrás de él, hacia la pared contra la que un día Seth agarró a un Guardia. Había una marca, un símbolo dibujado muy toscamente, de un hombre con cuerpo de serpiente.

—Apolo no puede entrar a ninguna casa que tenga la marca de la Pitón de Delfos. Se creó como castigo por romper las reglas del Olimpo hace mucho tiempo. Es gracioso, no lo he sabido hasta hace poco.

Tragué saliva. El dibujo parecía estar hecho con sangre.

—¿Cómo... cómo lo has sabido?

—Tengo muchos amigos... de mucho poder e importancia. —Lucian miró el dibujo, con una ligera sonrisa—. Tengo amigos que te sorprenderían, querida.

Sentí como si las paredes se me echasen encima, quitándome el aire de los pulmones. Estaba atrapada allí hasta mi Despertar. Se me aceleró la respiración. Tenía que haber escuchado a Aiden y no haber salido de su casa.

—No puedes hacerlo.

—¿Y por qué no? —Se movió hacia mí—. Soy tu tutor legal. Puedo hacer contigo lo que quiera.

Mi mal genio se desató.

—¿En serio? ¿Y cuándo te ha funcionado eso en el pasado?

—En el pasado no tenía a Seth, ni estábamos tan cerca de tu Despertar. —Me cogió la barbilla, clavándome sus huesudos dedos—. Puedes pelear contra mí todo lo que quieras, pero en unos días vas a Despertar. Primero, conectarás con Seth y desearás lo que él desee. Y luego tu poder se le transferirá. No puedes pararlo.

Me puse blanca.

—Yo puedo con ello.

—¿Eso crees? Piénsalo, querida. Piensa qué significa y si tiene algún sentido luchar contra lo que tiene que ocurrir.

Empecé a sentirme incómoda, pero mantuve mi expresión serena.

—Como no me sueltes, te rompo el brazo.

—Claro que lo harías, ¿verdad? —Sentí su aliento caliente contra mi mejilla. Sentí subir la bilis por mi garganta—. Solo hay una cosa en la que estábamos de acuerdo Telly y yo.

—¿En qué?

—En que hay que debilitarte. —Me soltó. Seguía teniendo la misma sonrisa pegada en la cara—, pero él lo hizo mal. No voy a cometer el mismo error que hice con tu madre. Le dejé demasiada libertad. Desde ahora, eres mía. Igual que Seth. Y harías bien recordándolo.

Me aparté de él.

—Eres un desgraciado.

—Puede que sí, pero en unos pocos días controlaré a los dos Apollyons. Entonces, seremos imparables.

Capítulo 26

La cena fue rara e incómoda por varias razones. Solo éramos tres personas agolpadas al final de la enorme mesa rectangular, comiendo a la luz de las velas como si hubiésemos vuelto a la época medieval. Seth iba alternando entre hacerse colega de su falso papi Lucian y mirarme. Rechacé todos los intentos por parte de Lucian de introducirme en la conversación. Ni siquiera podía permitirme comer el delicioso filete que tenía delante y aquello sí que era una mierda.

Iba a ser mi última cena.

Lo sabía. Lo que planeaba mientras los miraba seguramente iba a acabar con mi vida, pero era eso o ser parte de algo horrible como destruir a todo aquel que no estuviese de acuerdo con Lucian y esclavizar a la raza humana, porque eso era lo que pretendían, al menos Lucian. Necesitaba a los Apollyons, al Asesino de Dioses, para conseguirlo. Tenía sentido. Originalmente, el Apollyon fue creado para mantener a los puros a raya, pero si controlaba a los Apollyons, entonces no tenía nada que temer. Una vez yo Despertase, Seth podría matar a cualquier dios que fuese a por Lucian, convirtiendo a este prácticamente en invencible. Era un plan brillante. Uno que Lucian había planeado desde el mismo momento en que supo que había dos Apollyons en la misma generación.

Les darían a los miembros del Consejo una opción: apoyarles o caer. Con Seth en plenas facultades, siendo el Asesino de Dioses, podría freír a cualquier dios que viniese a por él. Aunque tampoco era que Lucian pensase que algún dios fuese a entrometerse. En cuando Seth se convirtiese en el Asesino de Dioses, no habría ninguno tan estúpido como para acercarse a menos de un kilómetro. La única amenaza podrían ser los miembros de la Orden, pero les costaría un mundo acabar con Seth, y ya tenían Centinelas buscando al resto de miembros. Me dio un escalofrío pensar en lo que iban a hacer con ellos.

A pesar de lo mucho que estaban hablando, sabía ocultaban algo. Había algo más en todo aquello, igual que supe que había alguna otra razón para que Apolo tuviese tanto interés en mantenerme a salvo.

—¿Cómo mató la Orden al Primero y a Solaris? —pregunté, hablando por primera vez.

Lucian miró a Seth y levantó las cejas mientras giraba la copa de cristal entre sus dedos.

—Los pillaron por sorpresa. —Seth bajó la mirada y miró su plato—. En el mismo momento, los apuñalaron a ambos en el corazón. —Se aclaró la garganta—. ¿Por qué lo preguntas?

Me encogí de hombros. Sobre todo porque tenía curiosidad, ya que no era fácil

matar a dos Apollyons. Al no responder nada, continuaron su charla. Yo continué tramando mi plan. Iba a hacer algo que jamás pensé que haría de nuevo. Iba a matar a un pura sangre, Lucian. Cerré los dedos sobre el cuchillo de la carne. Era la única forma de parar todo aquello. Matar a Lucian y así liberar a Seth de su extraña influencia paterna. A mí me matarían, pero quizá... quizá Aiden y Marcus pudiesen probar que Lucian estaba loco. Merecía la pena intentarlo. No podía dejar que ocurriese aquello, e iba a ocurrir si me dejaban allí encerrada, y luego no se les podría parar.

Posiblemente aquello era lo más loco, espontáneo e inconsciente que nunca había planeado, pero ¿qué otra opción tenía? Lucian ya controlaba a Seth y podía controlarme a mí a través de él si Seth lo permitía. Ese era el miedo de todos, mi mayor miedo.

Tenía que hacer algo.

—¿Puedo levantarme? —pregunté.

—No has comido nada. —Seth frunció el ceño—. ¿Te encuentras mal?

Narices, a lo mejor era que no tenía apetito por estar rodeada de locos.

—Solo estoy cansada.

—Está bien —dijo Lucian.

Intenté no pensar en lo que estaba planeando, puse la servilleta sobre el cuchillo y me lo metí con el mango hacia arriba por la manga. Me puse de pie y me temblaban las rodillas. Matar en una pelea o por protección no tenía nada que ver con aquello. Parte de mí me gritaba que no estaba bien, que era tan malo como lo que ellos pretendían hacerle a Telly, pero ¿qué era una vida para proteger muchas más?

Bueno, vale, dos vidas, porque dudaba muy seriamente que pudiese librarme de aquello. Los Guardias estaban justo fuera del comedor. Si no me mataban, el Consejo que Lucian trataba de derrocar lo haría. Irónico.

Caminé junto a la mesa despacio, calmando la respiración y bloqueando mis emociones. Tenía la fuerza suficiente como para clavarle el cuchillo por la espalda y seccionarle la médula. Sería más fácil ir a por la garganta o un ojo, pero dioses, me daba asco solo pensarlo.

Simplemente hazlo. Llegué junto a Lucian y respiré hondo al sacar el cuchillo de la manga. En ese momento, un cuerpo entrenado me tiró contra el suelo.

Me di contra las baldosas y sonó un ruido seco. Seth me sujetaba las piernas mientras me retorció la muñeca hasta que grité y tuve que soltar el cuchillo. Según me revolvía para intentar soltarme, entraron un montón de Guardias a la sala, pero Lucian levantó la mano y los paró.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Seth furioso y me zarandeó al no recibir una respuesta—. ¿Estás loca?

El corazón me latía contra las costillas.

—¡Yo no soy la que está loca aquí!

—¿En serio? ¿Que no eres tú la loca? —Desvió la mirada hacia el cuchillo—. ¿Tengo que explicártelo?

—Apáñatelas con ella. —Lucian se levantó y tiró su servilleta sucia sobre la mesa. Habló con una calma espeluznante—. Antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

Seth exhaló con fuerza.

—Lo siento, Lucian. Lo arreglaré.

Estaba tan estupefacta que no pude decir nada. ¿Estaba disculpándose ante Lucian? Aquello era un manicomio y no tenía escapatoria.

—Tiene que aceptarlo —dijo Lucian—. No pienso vivir con miedo a que me asesinen en mi propia casa. Una de dos, u obedece o tendré que encerrarla.

Seth me miró a los ojos.

—No será necesario.

Le miré.

—Bien. —Lucian parecía más disgustado que asustado. Parecía que le hubiese escupido en vez de haber intentado matarle—. Me retiro por esta noche. ¡Guardias!

En tropa, siguieron a Lucian fuera de la sala. Algunos de ellos eran puros, ¿les había prometido algo por lo que mereciese la pena ir en contra del Consejo y arriesgarse a morir? Sabía qué les había prometido a los mestizos.

Seth me seguía sujetando contra el suelo.

—Creo que es lo más estúpido que has intentado hacer nunca.

—Qué pena que no funcionase.

Puso cara de incredulidad y me puso de pie. En cuanto me soltó, salí disparada de la habitación. Me agarró justo antes de llegar a la puerta y me atrapó entre sus brazos.

—¡Para ya!

Eché la cabeza hacia atrás, pero no pude darle por poco.

—¡Suéltame!

—No lo hagas más difícil, Álex.

Traté de soltarme, pero me sujetaba fuerte como una tenaza.

—Te está utilizando, Seth. ¿Cómo es que no puedes verlo?

Su pecho se hinchó contra mi espalda.

—¿Tanto te cuesta aceptar que Lucian se preocupe por mí, por los dos?

—¡No le importamos! Solo quiere utilizarnos. —Pataleé para intentar usar la pared a mi favor, pero Seth anticipó mis movimientos y me giró hacia el otro lado—. ¡Que te den! ¡Creía que eras más listo!

Seth suspiró y empezó a arrastrarme por el pasillo.

—A veces parece que eres tonta, Álex. No te faltará de nada. ¡Nada! Juntos vamos a poder cambiar nuestro mundo. ¿No es eso lo que quieres? —Habíamos

llegado hasta las escaleras y le di una patada a un dios desconocido—. ¡Dioses! Para ya, Álex. Para ser tan pequeña, pesas un montón. No quiero cargar contigo por las escaleras.

—Vaya, gracias. Ahora vas y me llamas gorda.

—¿Qué? —Aflojó su agarre.

Le clavé el codo en el estómago tan fuerte que el impacto me hizo temblar todo el cuerpo. Seth se dobló sobre sí mismo, pero no me soltó. Soltando improperios, me dio la vuelta y se agachó. Me pasó un brazo por la cintura y me puso sobre su hombro. Antes de que le pudiese dar una patada donde más duele, me agarró las piernas.

—¡Bájame! —Le pegué con los puños en la espalda.

Seth gruñó y comenzó a subir las escaleras.

—En serio, no puedo creer que tenga que hacer esto.

Continué pegándole en la espalda sin respiro.

—¡Seth!

—Puede que te merezcas unos azotes, Álex. —Rio mientras giraba en el descansillo y le pegaba en los riñones—. ¡Au! ¡Eso duele!

Estábamos haciendo tanto ruido que todos los Guardias de la casa se despertaron, pero ninguno intervino.

Boca abajo, reconocí el pasillo y la puerta que abrió Seth. Era mi antigua habitación en casa de Lucian.

Seth caminó sobre la moqueta de pelo blanco que no tenía cuando yo vivía allí. Entonces no había nada en los suelos, que en invierno estaban helados. Me tiró sin ningún aprecio sobre la cama y se puso las manos sobre las caderas.

—Compórtate.

Me puse de pie. Seth me cogió de la cintura y volvió a tumbarme sin el más mínimo esfuerzo. Empecé a sentir un cabreo monumental que me llenó de energía, azotándome como una oleada de calor. Y dejé que toda esa rabia se extendiese.

—Estás siendo irracional, Álex. Y tienes que calmarte. Estas consiguiendo que quiera tomarme un Valium.

Cerré los puños.

—Te está utilizando, Seth. Quiere controlarnos para poder derrocar al Consejo. Quiere ser mejor que los dioses. ¡Sabes que nunca lo permitirán! Por eso crearon a los Apollyons.

Seth levantó una ceja.

—Sí, Álex, sé para qué se crearon los Apollyons. Para asegurarse de que ningún pura sangre tuviese tanto poder como los dioses y bla, bla, bla. Déjame que te haga una pregunta. ¿Crees que a algún dios le importa si mueres luchando contra un daimon?

—Obviamente sí, porque me trajeron de vuelta.

Puso los ojos en blanco.

—¿Y si no hubieses sido el Apollyon, Álex? ¿Y si hubieses sido una mestiza normal? ¿Les habría importado que murieses?

—No, pero...

—¿Y crees que eso está bien? ¿Que te obliguen a ser esclavo o guerrero?

—¡No! No está bien, pero no fueron los dioses los que decretaron eso. Fueron los puros, Seth.

—Ya lo sé, pero ¿no crees que los dioses lo podrían haber cambiado si quisieran?

—Se acercó, bajando la voz—. Tiene que haber un cambio, Álex.

—¿Y de verdad crees que Lucian va a traer ese tipo de cambios? —Intenté que Seth lo entendiese—. ¿Que una vez que tenga el control completo del Consejo va a liberar a los sirvientes? ¿Que va a liberar a los mestizos de sus tareas?

—¡Sí! —Seth se puso de rodillas frente a mí—. Lucian lo hará.

—¿Y entonces quién luchará contra los daimons?

—Los que se ofrezcan voluntarios, igual que los puros. Lucian lo hará. Solo tenemos que apoyarlo.

Sacudí la cabeza.

—A Lucian nunca le han importado los mestizos. Solo le importa él mismo. Quiere el poder absoluto para poder esclavizar a los mortales en lugar de a los mestizos. Lo dijo él mismo.

Se puso en pie con un gruñido.

—Lucian no tiene intención de hacer algo así.

—¡Me lo dijo en el coche! —Le cogí las manos, ignorando cómo se movía el cordón—. Por favor, Seth. Tienes que creerme. Lucian no hará nada de lo que te ha prometido.

Me miró un momento.

—¿Y qué más te da si esclavizar a los humanos es su plan? No lo entiendo. No soportabas vivir entre ellos. ¿Por qué quieres proteger a los dioses cuando la Orden te mató, *te asesinó*, para protegerlos? ¿Y tienes reparos con que mueran algunos puros durante el proceso? Mira cómo te han tratado. No lo entiendo.

A veces yo tampoco lo entendía. Los puros nos trataban a los mestizos como basura. Y los dioses, bueno, tenían tanta culpa como los puros. Habían permitido que ocurriese todo. Pero aquello no estaba bien.

—Va a morir gente inocente, Seth. ¿Y qué crees que harán los dioses? Puede que a nosotros no puedan tocarnos, pero pueden ser vengativos y realmente sádicos. Empezarán a matar mestizos y puros sin conocimiento. Apolo me lo dijo.

Me apretó las manos.

—Daños colaterales; es lo que hay.

Solté las manos. El estómago medio un vuelco.

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

—No soy insensible, Álex. Se llama fuerza.

—No —susurré—, eso no tiene nada que ver con la fuerza.

Seth se apartó de mí, se pasó una mano por el pelo, soltando algunos mechones. ¿Siempre había sido así? En ocasiones podía ser muy frío, pero no tanto.

—No pasará nada —dijo al final—, te lo prometo. Yo cuidaré de ti.

—Claro que pasará algo. Tienes que soltarme. Tenemos que apartarnos el uno del otro.

—No puedo, Álex. Quizá con el tiempo puedas olvidarte de él y...

—¡No tiene nada que ver con Aiden!

Me miró con una sonrisa amarga y cínica.

—Todo tiene que ver con Aiden. No te importan los mortales. Si pudieses estar con él y dejar que continuáramos con nuestro mal, te darían igual.

—Claro que no. Vas a matar a gente inocente, Seth. ¿En serio puedes vivir con ello? Porque yo no.

—¿Y qué puro es totalmente inocente? —preguntó en lugar de responderme.

—Hay puros que no quieren ver a los mestizos esclavizados. Y sí, los dioses son un montón de capullos, pero es lo que son.

—Ya hemos pasado por esto, Álex. No estarán de acuerdo. Al menos no todavía, pero solo quedan unos días para tu cumpleaños. Entonces lo entenderán.

Me quedé sin aire.

—¡Seth, por favor, escúchame!

Su cara se cubrió con una máscara de frialdad.

—No lo entiendes, Álex. No puedo, no voy a dejar que te marches.

—¡Claro que puedes! Es muy fácil. Simplemente déjame salir de la casa.

Seth se puso delante de mí en un segundo. Me cogió de las manos, con sus palmas contra las mías.

—Ahora no sabes qué se siente, pero lo harás. Cuantas más marcas tengas, más akasha entra en mí. No hay nada, nada como eso. Es energía pura, Álex. ¡Y aún no has Despertado siquiera! ¿Puedes imaginarte cómo será después? —Sus ojos brillaron de aquella forma demente y apasionada que ya había visto antes y me había asqueado—. No puedo renunciar a ello.

—Dioses, ¿pero tú te oyes? Pareces un daimon ansiando éter.

Sonrió.

—No tiene ni punto de comparación. Es mucho mejor.

Entonces me di cuenta de que entre la influencia de Lucian y la atracción de akasha, Seth se había transformado en algo peligroso. Apolo tenía razón. Mierda. La Abuela Piperi tenía razón.

Y yo había estado muy, muy equivocada. Estaba en una mala y muy precaria posición. Cualquier cosa era posible, mi pulso se aceleró el doble. Me dieron ganas de pegarme por no haber dejado que Apolo me llevase lejos, pero cuando lo propuso, no podía más que pensar que eso era lo que Lucian quería hacer. Yo nunca huía.

Pero ahora necesitaba huir, porque era lo único sensato.

—Quiero que salgas de mi habitación. —Obligué a mis rodillas a que dejaran de temblar y me puse de pie—. Ahora.

—No quiero irme —respondió tranquilamente.

El corazón me latía en la garganta.

—Seth, no quiero que estés aquí.

Inclinó la cabeza hacia un lado. Sus ojos empezaron a arder.

—No hace mucho que no tenías ningún problema con que estuviese en tu habitación... o en tu cama.

—No tienes derecho a estar aquí. No eres mi novio.

Seth levantó las cejas.

—Hablas como si lo que somos pudiese simplificarse con absurdas etiquetas. No somos novios, ahí tienes razón.

Me aparté de la cama, buscando con los ojos una forma de salir de la habitación. Solo había un baño, un armario y una ventana. Y mi antigua casa de muñecas... ¿qué narices seguía haciendo allí? Sentada sobre el tejado había una horrible muñeca de porcelana que odiaba desde que era niña.

Se puso detrás de mí y me susurró al oído.

—Somos la misma persona. Queremos y necesitamos lo mismo. Puedes amar a quien quieras y puedes decirte lo que quieras. No tenemos que amarnos; ni siquiera tenemos que *gustarnos*. No importa, Álex. Estamos unidos, y nuestra conexión es mucho más fuerte que lo que sientas en tu corazón.

Me moví para tener espacio entre los dos.

—No. Me planto. Recorro a la promesa que me hiciste. No quiero hacerlo. Tienes que irte Me da igual dónde. Simplemente vete.

—No voy a irme.

El miedo se convirtió en algo mucho peor, mucho más poderoso. Empezó a reptar por mi interior, agarrándose fuerte y extendiéndose por mis venas como un veneno.

—Me lo prometiste, Seth. Me juraste que te irías si esto acababa siendo demasiado para mí. ¡No puedes retirarlo!

Me miró a los ojos.

—Es demasiado tarde. Lo siento, pero esa promesa es nula y queda invalidada. Las cosas han cambiado.

—Entonces me iré yo. —Respiré profundamente, pero no pude calmar la forma en que mi corazón latía en mi pecho—. ¡No puedes retenerme aquí! Me da igual que

Lucian sea mi tutor legal.

Inclinó la cabeza hacia un lado, mirándome casi con curiosidad.

—¿Crees que hay algún lugar en el mundo donde no pudiera encontrarte si quisiera?

—Dioses, Seth, ¿sabes que hablando así pareces un acosador? ¿Que das miedo?

—Solo digo la verdad —dijo despreocupado—. Cuando cumplas dieciocho, para lo que queda... ¿Cuánto? ¿Cinco días? No podrás controlarlo.

Cerré los puños. Dioses, odiaba que tuviese razón. Sobre todo cuando la razón daba miedo y Seth en aquel mismo momento daba mucho miedo. No podía mostrarlo. Por eso me concentré en mi ira.

—No tienes control sobre mí, Seth.

Seth levantó una ceja. Una sonrisa maliciosa empezó a aparecer lentamente en su cara. Reconocí el gesto y me eché hacia atrás, pero él era increíblemente rápido. Levantó el brazo y me cogió de la cintura.

El instinto se apoderó de mí. Mi cerebro se desconectó y me puse en modo combate. Dejé las piernas muertas, caí sobre sus brazos en peso muerto. Seth maldijo y se tiró para cogerme, pero entonces di un salto y le clavé la rodilla en el tronco. Soltó todo el aire y cayó de espaldas. Me di la vuelta y levanté el brazo, pegándole justo en el pecho. No fue un golpecito, sino que puse todas mis fuerzas en él, y Seth cayó de rodillas.

Salí corriendo hacia la puerta, lista para luchar si hacía falta en mi camino hacia la salida, hacia la calle.

No me hizo falta. No lo logré.

En cuanto agarré el pomo de la puerta, sentí una oleada de energía por toda la habitación que me erizó todos los pelos del cuerpo. De repente, me vi flotando hacia atrás. El pelo se me echó por toda la cara, no podía ver nada.

Seth me rodeó la cintura con los brazos y me apretó contra su pecho.

—Sabes, me gustas mucho más cuando estás enfadada. ¿Quieres saber por qué?

Intenté soltarme, pero me agarraba con fuerza. Era como intentar mover un camión.

—No. La verdad es que me da igual, Seth. Suéltame.

Rio y ese sonido grave retumbó en mi interior.

—Porque cuando estás enfadada siempre estás a un paso de hacer algo irracional. Y así es como me gustas.

Seth me soltó sin avisar. Entonces, lo vi en sus ojos, en la forma de entreabrir los labios. El miedo me heló la sangre en las venas.

—No...

Seth levantó las manos y me agarró del cuello. Las marcas del Apollyon recorrieron toda su piel a una velocidad de vértigo. Lo que había en mí, aquella parte

creada para completarle, respondió a su modo. Las marcas volaron por sus brazos y llegaron a sus dedos. Un segundo después, una luz ámbar brillaba en el aire y también un pequeño atisbo de azul. Su mano empezó a hacer círculos, presionando, haciendo arder la piel de mi nuca, creando la cuarta runa.

Durante un segundo, justo antes de que el cerebro se me apagase por completo, hubo un instante en que me arrepentí de haber dejado que Seth se acercase a mí, de crear aquel vínculo entre los dos hasta convertirlo en algo irrompible. Lo tenía planeado desde el principio.

Y después, dejé de pensar.

Capítulo 27

Los ojos de Seth brillaban y la presión en mi interior se iba aliviando a través del cordón, saliendo de mí y entrando en él. De repente, empezó a salir luz de cuatro puntos: mi tripa, las palmas de mis manos y mi nuca. El dolor me picaba por todo el cuerpo como una avispa furiosa y luego se paraba. La cabeza me pesaba y tenía las piernas débiles mientras aquel agradable tira y afloja continuaba.

El brazo que le quedaba libre me sujetó justo cuando las piernas me fallaron del todo. Debí desmayarme, no sé por cuánto tiempo. Cuando volví a empezar a ver la habitación, borrosa, estaba tumbada de espaldas. Estaba confusa y sentía que el cuerpo me pesaba, que me hundía en la cama.

—Aquí estás —dijo Seth. Le tembló ligeramente la mano con la que me acariciaba el pelo.

Sentí un extraño sabor casi metálico en el fondo de la garganta.

—¿Qué... qué ha pasado?

Seth apartó la mano de mi pelo.

—No has Despertado, pero... —Me cogió una mano y apretó mi palma.

La respuesta fue inmediata. Arqueeé la espalda. Era como si algo se hubiese metido en mis entrañas, me hubiese agarrado y *estirado*. No dolía, pero tampoco era agradable.

—Seth...

Cuando soltó, se cortaron las cuerdas invisibles. Caí, como si no tuviese huesos, completamente débil y Seth... volvió a sentarse, mirándose la mano. Estaba asombrado como un niño pequeño, viendo cómo una luz azul eléctrico le cubría la mano, brillando más fuerte que nunca.

—Akasha... Esto es bueno, Álex. Esto es más... puedo sentirte bajo mi piel.

Mareada, vi como la bola de luz se iba apagando y los ojos de Seth dejaban de mostrar tanta emoción. De alguna forma supe, según se inclinaba para besarme la mejilla, que Seth había logrado el poder necesario para matar a un dios, aunque solo hubiese sido durante unos segundos.

Al otro lado de la ventana se vio caer un rayo, pero no brillaba más que el último segundo de aquello. Sabía que tenía que salir de allí, pero cuando intenté incorporarme, me sentí pesada, como si estuviera pegada a la cama. Sonrió y se sentó a mi lado, poniendo la mano sobre mi mejilla y girándome hacia él. Me acarició el labio con el pulgar.

—¿Lo has visto?

Quería apartar la mirada, pero no podía, y me repugnaba. Un trueno silenció los latidos de mi corazón.

—Ha sido precioso, ¿verdad? Cuánta energía. Lucian estará decepcionado porque no hayas Despertado tras la cuarta marca, pero algo sí ha pasado.

¿A qué se refería? No lo entendía, y mis recuerdos eran bastante vagos. El cordón se movió al sentir su mano bajo mi cabeza, que dirigía directamente hacia la runa de mi cuello.

—Esta es la runa de la invencibilidad —explicó—. Cuando Despiertes, se activará. Entonces los dioses no podrán tocarte.

Le miré a los ojos y obligué a mi lengua pastosa a funcionar.

—No... no quiero que me toques.

Seth sonrió y las marcas volvieron, deslizándose por su cuerpo dorado. Sabía el momento exacto en que nuestras marcas se tocaban. Bajó la cabeza hasta que nuestros labios estuvieron separados por un aliento. Mis sentidos se volvieron locos. Sentía ráfagas de electricidad por todo el cuerpo.

—Así estás preciosa —murmuró al juntar su frente con la mía.

Aquello que tenía en mi interior, lo que teníamos entre los dos, era feo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Hubo señales desde el principio. La noche que descubrí qué era y Seth se quedó atrás, con Lucian. La necesidad de energía que tenía Seth y cómo mi respuesta hacia él parecía estar fuera de control, incluso la primera vez que estuvimos juntos, próximos al patio, hacía meses, y otras tantas veces. Pensé en aquel gesto de satisfacción que vi en la piscina cuando elegí ver qué pasaba con él, cuando le elegí. Todo el tiempo que pasó con Lucian...

Estuve completamente ciega.

Seth puso sus labios sobre mi cuello, donde se notaba mi pulso acelerado, y me estremecí repugnada, enfadada, asustada e impotente.

—No lo hagas —le rogué, justo antes de que nuestra conexión tirase tan fuerte que me costaba saber dónde empezaba él y dónde acababa yo.

—¿No lo quieres? No puedes negar que una parte de ti me necesita.

—Esa parte no es real. —Mi cuerpo latía y hormigueaba por él, le ansiaba, pero mi corazón y mi alma se marchitaban, se enfriaban. Mis ojos se llenaron de lágrimas—. Por favor, no me obligues a hacer esto, Seth. —La voz se me quebró—, *por favor*.

Seth se quedó helado. Sus ojos se nublaron, confusos, su reflejo ámbar se hacía añicos por el dolor.

—Nunca... nunca te forzaría, Álex. Nunca lo haría. —Su voz sonaba frágil, vulnerable e insegura.

Empecé a llorar. No sabía si era por alivio tras el miedo o que, en el fondo, el Seth que yo conocía estaba todavía en alguna parte. De momento.

Se puso de pie y se pasó una mano por el pelo.

—Álex, no... no llores.

Al levantarlos para frotarme los ojos, los brazos me pesaban como bloques de

cemento. Sabía que no debía llorar ante los daimons para no mostrar debilidad, y con Seth... no había diferencia.

Acercó la mano hacia mí, pero paró. Pasaron unos segundos hasta que habló.

—Será más fácil, te lo prometo.

—Vete —dije con voz ronca.

—No puedo. —Se agachó, manteniendo una distancia segura entre los dos—. En cuanto salga de esta habitación, harás alguna estupidez.

A decir verdad, estaba demasiado cansada como para levantarme, menos aún para intentar escapar. Logré tumbarme de lado, más lejos de él. Aquella noche me iba a costar mucho dormirme. El único consuelo que me quedaba era que cuando cerraba los ojos veía a Aiden. Y aunque la imagen no le hacía justicia, su amor era lo único que lograba lo que pedía. No protegerme, sino darme fuerzas para encontrar la forma de salir de allí.



Seth prácticamente no se separó de mi lado los siguientes dos días, haciendo que me trajesen la comida a la habitación. Necesité aquellos dos días para recuperar un poco las fuerzas. El último intento había supuesto más que los anteriores y yo también sabía, tal y como Seth había dicho, que algo había cambiado.

Solo trató de sacar más akasha de mí una vez más, cuando trajo a Lucian para que lo viese. Seth tenía razón, Lucian estaba decepcionado porque no hubiese despertado, pero le encantaba el nuevo poder que había ganado Seth, aunque fuese solo temporal.

Y dioses, Seth iba por allí como un niño enseñándole a su padre el proyecto de ciencias por el que le habían dado un premio. Pensaba que Seth me daría asco, pero tras las largas tardes que pasó hablando conmigo mientras le intentaba convencer de que me soltase, me empezó a dar pena.

Tenía dos lados de sí mismo, y el lado que aún mantenía junto a mi corazón empezaba a perder contra aquel otro que ansiaba energía del mismo modo que un daimon el éter. Quería ayudarle de alguna forma, salvarle.

También quería estrangularle, pero eso no era nada nuevo.

Durante la noche del segundo día, me despertaron unos ruidos que venían del piso de abajo. Reconocí la voz profunda de Marcus resonando por todo, así que me puse de pie con las piernas aun débiles y me dirigí hacia la puerta.

Seth se puso a mi lado en un segundo y puso una mano en la puerta.

—No puedes.

Parpadeé para intentar deshacerme del mareo.

—Es mi tío. Quiero verle.

—¿Desde cuándo? —Seth sonrió y contuvo el aliento porque me recordó a aquel otro Seth, al que no me retendría como rehén—. Si le odias.

—No... no le odio. —En aquel momento me di cuenta de lo mal que me había portado con mi tío. Daba por hecho que no era la persona más agradable del mundo, pero nunca me encerraría en una habitación con un sociópata en potencia. Juré que sería distinto... si volvía a verle—. Seth, quiero...

—¿Por qué te niegas a que Marcus vea a su sobrina? ¿Pasa algo?

Me quedé sin aire y empujé la puerta con las manos, bajo las de Seth. La voz de Aiden era como un rayo de sol, o de calor. Estuve *a nada* de darle una patada a Seth en sus partes para hacer que se moviese, pero debió sospecharlo, porque su mirada de advertencia me dijo que ni se me ocurriese hacerlo.

—Está descansando, pero está bien. No hay por qué preocuparse. —Oí que les decía Lucian antes de que su voz se apagase.

Tomé aire y cerré los ojos. Aiden estaba muy cerca, pero no podía llegar a él. Sabía que debía estar preocupado, que estaría asumiendo lo peor. Si pudiese verle, hacerle saber que estaba bien... me quitaría parte del dolor que me atenazaba el corazón.

—¿Le quieres de verdad? —preguntó Seth en voz baja.

—Sí. —Abrí los ojos. Seth bajó la mirada abanicándose las mejillas con sus tupidas pestañas—. Le quiero.

Lentamente levantó la mirada.

—Lo siento.

Aproveché aquel momento.

—Tú también me importas, Seth. En serio. Ver lo que estás haciendo, en qué te estás convirtiendo, me está matando. Tú eres mejor, eres más fuerte que Lucian.

—Claro que soy más fuerte que Lucian. —Se apoyó en la puerta y me miró—. Pronto voy a ser más fuerte que un dios.

Y eso fue todo. Seth no se movió de la puerta, y yo fui hacia la ventana para ver si podía avistar por un segundo a mi tío y a Aiden. El tejado de la biblioteca me tapaba la vista.

No volvimos a hablar.

Se me acababa el tiempo y tenía que hacer algo.



A la mañana siguiente Seth estuvo muy inquieto, no pudo estar sentado más que unos pocos minutos. Su constante ir y venir, y sus movimientos erráticos no tenían nada que ver con la elegancia sobrenatural que tenía siempre. Me tenía de los nervios y cada vez que me miraba sentía que el miedo me cerraba la garganta. A pesar de eso,

no se acercó a mí ni me volvió a tocar. Seth simplemente se daba la vuelta y miraba por la ventana en silencio, esperando.

La mañana después de la visita de Marcus, sentí la necesidad de volver a verme la runa del cuello. Con la energía recuperada, encontré un espejo de mano y estiré el cuello, retorciéndome hasta poder ver un poco en el espejo del baño. Levanté la mano y la toqué. El contacto me hizo cosquillas en los dedos.

Puse el espejo sobre el mueble y me di la vuelta. Parecía que tenía los ojos enormes, como asustados. Bajo ellos, unas enormes sombras apagaban el color marrón de mis iris. No es que tuviese unos ojos marrones maravillosos, pero *aquello...*

No pude quitarme aquel aire asustadizo de los ojos. Sentía un peso que me empujaba los hombros, que me apretaba el pecho. Seth estuvo todo aquel tiempo intentando Despertarme, tal y como me temía. Me había mentido. Me aparté el pelo mojado hacia atrás. Por suerte no lo había logrado, pero no podía negar que había algo distinto. Podía sentirlo bajo mi piel.

Llamaron a la puerta del baño...

—¿Álex? —dijo Seth volviendo a llamar—. ¿Qué estás haciendo?

Reuní toda la fuerza que pude, me concentré en los muros color rosa fosforito y reforcé los escudos mentales para bloquearlo.

Pude oírle suspirar.

—Me estás bloqueando solo para molestarme, Álex.

Sonreí a mi reflejo y abrí la puerta. Pasé a su lado y tiré la ropa sucia en un rincón.

—¿Así que no vas a hablarme? —preguntó.

Me senté en la silla y cogí un peine.

Seth se puso de rodillas frente a mí.

—Ya sabes que no puedes estar siempre en silencio.

Mientras me peinaba, decidí que podría intentarlo.

—¿Sabes cuánto tiempo vamos a estar juntos? Nos vamos a aburrir y a volver viejos en seguida. —Como no respondí, me agarró la muñeca—. Álex, estás siendo...

—No me toques. —Me solté el brazo, lista para usar el peine como un arma mortal si fuese necesario.

Sonrió y se puso de pie.

—Ya hablas.

Tiré el peine al suelo y me puse de pie.

—Me has estado mintiendo una y otra vez, Seth. Me has *utilizado*.

—¿Cómo te he utilizado, Álex?

—¡Te acercaste a mí solo para intentar Despertarme! Usaste esta maldita conexión en mi contra. —Respiré profundamente y con dificultad. La traición me

pesaba como una piedra—. ¿Tenías todo planeado desde el principio, Seth? ¿Era esto en lo que pensabas cuando estábamos en los Catskills? ¿Cuando me pediste que eligiera?

Se giró hacia mí, con los ojos de un color ocre lleno de ira.

—Esa no fue la única razón, Álex. Tampoco es que importe mucho ahora. Ya elegiste. Elegiste a Aiden, por estúpido que sea.

Ni siquiera lo pensé. Enfadada y triste, intenté pegarle.

Seth me agarró el puño antes de llegar a darle en la cara.

—No estamos entrenando, Álex. No estamos jugando. Vuelve a pegarme y no te gustarán las consecuencias. —Me soltó.

Di unos pasos hacia atrás para recuperar el equilibrio, medio tentada de probar su advertencia dándole una patada en la cara. Nuestro duelo de miradas fue interrumpido cuando llamaron a la puerta. Uno de los Guardias estaba al otro lado, pero hablaba demasiado bajo como para poder entenderle.

Seth asintió y me miró.

—Salimos en cinco minutos.

Mi corazón tartamudeó.

—¿Salimos? ¿Dónde vamos?

—Ya lo verás. —Hizo una pausa y me miró—. Tienes cinco minutos para ponerte algo decente.

—¿Perdona? —Llevaba unos vaqueros y un jersey negro de cuello alto—. ¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto?

—Vas a ser un Apollyon... mi pareja, por así decirlo. Deberías llevar algo más bonito, más elegante.

No supe cuál fue la parte, de todo lo que había dicho, que me causo las ganas de pegarle.

—Para empezar, no me digas lo que tengo que ponerme. Segundo, no soy tu «pareja». Tercero, lo que llevo puesto está bien. Y por último, estás loco.

—Y ahora te quedan cuatro minutos. —Seth se dio la vuelta y salió, cerrando la habitación tras él.

Me quedé un minuto mirando la puerta cerrada. Entonces entré en acción. Salí corriendo hacia la ventana del dormitorio y la abrí. Cuando era pequeña solía usar mi ventana para salir al tejado a ver las estrellas. Sabía que podía lograr saltar desde allí. De hecho era menos altura que el salto que di en Miami.

Sin tiempo que perder, me tumbé sobre el alféizar. Todos los músculos de los brazos parecieron gritar de dolor cuando me apoyé. Dioses, debía entrenar un poco los músculos de la parte superior de mi cuerpo. Los pies me colgaban a medio metro del tejado. En aquel momento me sentí como una espía ninja. Empecé a sonreír, pero un cosquilleo conocido comenzaba a extenderse por mi cuerpo y me borró la sonrisa

de la cara rápidamente.

Me solté.

Unas manos me agarraron los antebrazos y me subieron, metiéndome de nuevo por la ventana. Pataleé y golpeé, luché como un animal hasta que Seth me puso de nuevo en pie.

Me giré.

—Aún me quedaban tres minutos.

En su cara apareció una media sonrisa.

—Ya, y un minuto después de salir de tu habitación, me di cuenta de que probablemente intentarías escapar. ¿En serio es mejor tirarte por la ventana que ponerte algo bonito?

—No me estaba *tirando* por la ventana. Me estaba escapando.

—Estabas a punto de romperte el cuello.

Cerré los puños.

—Lo habría logrado, idiota.

Seth puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. No tenemos tiempo para esto. Nos necesitan ahora.

—No pienso ir a ninguna parte contigo.

Seth empezaba a estar frustrado.

—Álex, no te lo he pedido.

Crucé los brazos.

—Me da igual.

Gruñó y me agarró del brazo.

—Siempre, *siempre* tienes que poner las cosas difíciles. —Empezó a arrastrarme hacia la puerta—. No sé por qué esperaba otra cosa de ti. Una parte de mí, y sé que es raro, está emocionada porque te peleas conmigo. Es divertido. Mejor que estar ahí sentada sin hablar.

Intenté soltarle los dedos, pero no había forma de soltarlos.

—Suéltame.

—Claro... ni de coña.

Ya estábamos al final del pasillo, junto a las escaleras. Vi que abajo se había reunido un pequeño ejército de Guardias.

—¿Pero qué narices? —Clavé los pies en el suelo y me agarré a la barandilla con la mano que me quedaba libre—. ¿Qué está pasando?

Exasperado, Seth me cogió por la cintura. Usando la fuerza bruta me apartó de la barandilla.

—Tú pórtate bien. —Empezó a bajar las escaleras, llevándome sin problemas.

Algunos Guardias parecían incómodos cuando Seth me arrastró a su lado. La luz brillante del sol nos recibió en la calle y Seth no me soltó hasta que me metió en la

parte trasera de un Hummer que nos estaba esperando. Subió inmediatamente detrás de mí y me agarró las dos muñecas con una mano.

—Lo siento, pero hay bastantes probabilidades de que te tires de un coche en marcha.

Le miré, apenas separados unos centímetros.

—Te odio.

Seth bajó la cabeza hasta que puso su mejilla contra la mía.

—No dejas de decir eso, pero los dos sabemos que no es cierto. No puedes odiarme.

—¿Ah no? —Le di un codazo en el estómago. No le hizo casi nada. El Hummer empezó a moverse—. Pues lo que siento ahora no es para nada bonito.

Se rio, haciendo que el pelo de mis sienes se estremeciera.

—No puedes odiarme. Te han hecho así. Y pronto seremos la misma persona. Los mismos dioses que te crearon para ser mía, son esos a los que vamos a empezar a derrocar hoy mismo.

Capítulo 28

Las palabras de Seth me dejaron en silencio. Mis antiguos miedos, que nunca llegaron a irse por completo, volvieron a resurgir. No podía controlar aquel... destino. No tenía control sobre mí misma. El corazón me iba a mil. No podía ser que estuviese hecha para ser suya. Él no era mi razón de ser.

Yo era mi propia razón de ser.

No dejé de decirme aquello todo el tiempo, mientras Seth me llevaba desde el Hummer hasta la entrada trasera del Palacio de Justicia, en la zona principal de Deity Island. Tenía un mal presentimiento, sabiendo que Telly estaba en una celda en el mismo edificio, iba a pasar algo horrible. Podía sentirlo y no podía hacer nada al respecto.

Me agarró la mano con fuerza y me llevó a través de estrechos pasillos hasta la sala de espera que había al otro lado de la sala de plenos, cubierta por una cúpula de cristal. A través de la puerta abierta, vi que estaba llena de gente. Debían estar todos los puros que se habían quedado en la isla durante las vacaciones, igual que muchos de los Guardias y Centinelas mestizos. Pero más raro aún era ver que también estaban los mestizos que se habían quedado en la escuela. Luke estaba sentado hacia el final con Lea; ambos parecían estar tan intrigados, como el resto; un tanto incómodos incluso, como si estuviesen fuera de lugar. ¿Qué estaban haciendo allí? No se permitía a los mestizos asistir al Consejo, a no ser que les hubiesen citado.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté.

Seth no me soltó la mano, como si supiese que iba a salir disparada en cuanto pudiese.

—Lucian ha convocado una sesión de emergencia del Consejo. ¿Ves? —Hizo un gesto hacia la parte central de la sala—. Han venido todos.

El Consejo estaba sobre el estrado de titanio. Cuando reconocí el pelo cobrizo de Dawn Samos entre todas aquellas túnicas blancas, el estómago se me cerró.

Recorrí con la mirada sus caras intrigadas y luego miré hacia el público. Al fondo estaba mi tío. Estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos esmeralda tenían un brillo duro y frío. A su lado, un hombre al que no había visto antes, un mestizo alto, con la complexión y el uniforme de un Centinela. Unos músculos bien formados se marcaban bajo el uniforme negro. Tenía el pelo marrón, un tanto largo, sujeto con una coleta. Su piel parecía una mezcla étnica, muy bronceada. Sería guapo si no fuera por la enorme cicatriz que le bajaba desde la ceja derecha hasta el mentón.

De pronto, las puertas de atrás se abrieron y entró más gente en la sala. Aiden estaba entre ellos. Mi corazón comenzó a latir con fuerza cuando se paró junto a mi

tío. Se inclinó hacia él, moviendo los labios rápidamente. Marcus siguió mirando al frente, pero el extraño asintió. Después, Aiden se incorporó y se dio la vuelta, mirando directamente hacia donde me encontraba.

Seth me apartó justo antes de que Aiden nos viese. Le miré enfadada y me respondió con una sonrisa.

—Somos invitados especiales —me dijo.

—Aquí esta mi chico. —Lucian entró a la sala de espera con grandes pasos. Me miró y se paró—. ¿Alexandria se ha portado bien?

—¿Tú qué crees? —Solté antes de que Seth pudiese responder.

Lucian me honró con una de sus sonrisas de plástico.

—No eres ni tan lista ni tan fuerte como te piensas, Alexandria, pero pronto lo serás.

Salí disparada hacia él, pero Seth me retuvo cogiéndome por la cintura. Aquello me dejó los brazos libres, así que intenté agarrarle el pelo a Lucian... la cara... lo que fuera.

—Tienes suerte de que nadie haya visto lo que acabas de intentar —siseó Lucian. Se paró junto a la puerta que bloqueaban sus Guardias—, o me habría visto obligado a hacer algo al respecto. Asegúrate de que se comporta, Seth, y de que entiende las consecuencias de hacer las cosas sin pensar.

Seth me sujetó con la espalda contra su pecho hasta que Lucian y sus Guardias llegaron al estrado.

—Álex, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Intenté zafarme de él, para nada.

—No soy yo la que va a hacer algo de lo que se arrepienta.

Su pecho se levantó con fuerza.

—Álex, por favor. Si intentas huir mientras estemos allí o haces alguna locura, tendré que pararte.

Dejé de moverme. Una sensación de cautela me hizo sentir como si no pudiese volver a entrar en calor nunca más.

—¿Harías eso?... ¿Me harías eso?

Le costó una eternidad contestar.

—No querría, pero lo haría. —Hizo una pausa y volvió a respirar con fuerza—. Por favor, no me obligues.

Se formó un nudo en mi garganta.

—No te estoy obligando a nada.

—Lo has hecho —me susurro al oído. Diferentes escalofríos me bajaron por la espalda—. Desde el día en que te conocí. Pero tú no lo sabías, así que ¿cómo voy a culparte?

Lucian tomó el centro del estrado, haciendo comenzar la sesión del Consejo.

Todo el mundo le miraba. Nadie sabía del drama al otro lado de aquellas paredes.

—No lo entiendo. —Cerré los ojos para evitar las lágrimas—. Seth, por favor...

—Es por esto. —Seth se movió, poniendo su mano sobre mi tripa, justo por encima de donde sentía el cordón, cerca de la cicatriz—. No sabes cómo es. Sentir tu energía y la mía juntas, saber que no va a dejar de crecer. Es éter, sí, pero también es akasha. Me canta como una sirena.

Se me entrecortó la respiración y tragué con dificultad al sentir cómo el cordón respondía ante él.

Apoyó la barbilla en mi cabeza.

—Incluso ahora puedo sentirlo, sé cómo usarlo. Juntos, vamos a hacerlo juntos.

Abrí os ojos.

—Dioses, parece que... estés loco, Seth.

Cerró sus dedos sobre mi jersey.

—La locura de uno es la cordura de otro.

—¿Cómo? Eso ni siquiera tiene sentido.

Rio suavemente.

—Vamos. Está empezando.

Y así, sin más, Seth cambió. Me fue empujando hacia la puerta, donde continuamos escondidos pero escuchando lo que pasaba. Me soltó un poco, pero sabía que no tenía sentido intentar escapar. Creía en serio que me pararía, con dolor si hacía falta.

Los miembros del Consejo estaban hablando entre ellos, pero se callaron.

Lucian se deslizó hasta la parte frontal del estrado, con las manos juntas bajo el pecho. Un patriarca viejo pero imponente habló primero, con voz rasgada pero fuerte.

—¿Ha habido nuevas pruebas que indiquen más ataques daimon?

—¿O es por el elixir? —preguntó otro agarrando los brazos de su asiento recubierto de titanio—. ¿Aquí también tenemos problemas?

Hubo un inmediato murmullo de preguntas entre la gente y los Patriarcas. Algunas caras mostraban pánico. Los ataques daimon se estaban acercando y la idea de que el elixir no funcionase seguramente aterraba a todos los que dejaban que los mestizos lo hicieran todo por ellos.

Me puse tensa al pensar en la peor, la peor de todas las posibilidades.

—¿En qué piensas? —dijo Seth en voz baja y reconfortante, pero que no coincidía con lo que era capaz de hacer.

Marcus sospechaba que los daimons que atacaron el Consejo tuvieron ayuda, y Seth sugirió que quizá Telly hubiese hecho algo con el elixir para distraer, pero al mirar a Lucian me pregunté cuánto sabía Seth de la verdad.

Ese pura sangre, en su inmaculada túnica blanca, lanzó una mirada hacia toda la gente, casi sumida en el caos, con una tensa sonrisa ensayada. ¿Estaba Lucian detrás

de todo aquello? ¿Creando caos? Me acordé de una de las clases de Mitos y Leyendas, donde nos explicaron cómo todas las sociedades que estaban al borde del caos eran las más fáciles de controlar, moldear y manipular... y derrocar.

—¿Álex?

Respiré y sacudí la cabeza.

—No he convocado esta sesión para discutir esas cosas —comenzó Lucian—. Hoy es un día de descubrimientos, compañeros del Consejo y súbditos. Nuestro mundo está al borde de un gran cambio. Un cambio necesario, pero temido por algunos. Hoy, aquellos que temen al cambio, aquellos que han trabajado en las sombras para detenerlo, serán desenmascarados y perseguidos.

Me quedé sin aliento. *Telly*. Pero no le veía por ninguna parte.

—¿De qué estás hablando, Lucian? —preguntó una Matriarca con voz clara pero cansada—. ¿Qué miedo y qué cambio es tan importante como para hacernos volver antes de tiempo, separándonos de nuestras familias y nuestras vacaciones?

Casi pongo los ojos en blanco por la última parte.

Lucian se quedó mirando al frente. Entonces me di cuenta de que, al menos la mitad de los doce, estaban sonriendo. Lo sabían, apoyaban a Lucian. No presagiaba nada bueno.

Pero los otros no tenían ni idea.

—Nos han enseñado que debemos temer la posibilidad de que haya dos Apollyons —dijo Lucian—. Nos han enseñado a verlos como una amenaza contra nuestras vidas y los dioses, pero estoy aquí para decirlos que en vez de miedo, deberíamos estar contentos. ¡Sí! Contentos de que, en tan solo unos días, tendremos al Asesino de Dioses para que nos proteja.

—¿Protegernos de qué? —murmuré—. ¿De Patriarcas pirados?

—Shhh. —Seth me clavó la mirada.

Me dolía la mandíbula de apretar los dientes con tanta fuerza.

—Pero primero tenemos que ocuparnos de algo tan desagradable como cercano. —Se puso una mano en el pecho— a mi corazón. ¡Guardias!

Se abrió la puerta del otro lado y, en un irónico giro del destino, los Guardias llevaron al Patriarca Mayor Telly hasta el centro del estrado. No pude evitar acordarme de cuando llevaron a Kelia Lothos frente a él, medio desnuda y temblando.

El karma era caprichoso.

Aun así, no compensaba lo que estaba pasando. Me moría por salir corriendo allí en medio y advertirles a todos de qué iba a pasar, lo que sentía que estaba creciendo en mi interior.

Se oyó un grito ahogado colectivo que provenía del público y la mitad del Consejo cuando obligaron a Telly a arrodillarse. Levantó la mirada, pero sus ojos

vidriosos no miraban a nada en particular.

—Este hombre ha conjurado contra la decisión del Consejo y contra mi hijastra.
—La voz de Lucian se hizo más dura—. Tengo pruebas.

—¿Qué pruebas tienes? —dijo Dawn, que miraba alternadamente a Lucian y al silencioso Patriarca Mayor.

El aliento de Seth danzaba sobre mi nuca. Intenté apartarme un poco, pero me sostuvo fuerte. Mi estado de ánimo, mis nervios, no podía con todo.

—Durante la sesión del Consejo de Noviembre, mi hijastra fue un objetivo injusto. Le pidieron que asistiese para testificar sobre los desafortunados incidentes de Gatlinburg; sin embargo, el Patriarca Mayor Telly tenía otros perversos motivos.

Nadie del Consejo parecía especialmente preocupado. No estaba segura de si eso me tenía que enfadar o poner triste.

Lucian se giró hacia Telly. En su cara, apareció una sonrisa real, de satisfacción.

—Mi hijastra fue víctima de numerosos ataques. A algunos de vosotros. —Miró hacia el Consejo—, puede que esto no le preocupe. Pero ella no es una simple mestiza; va a ser el próximo Apollyon.

—¿Qué ataques? —preguntó un Patriarca anciano. El bastón que agarraba con la mano izquierda estaba tan blanco como su cara.

—Estuvo bajo los efectos de una horrible compulsión que la dejó al frío para que muriese. Como eso falló, intentó presionar al Consejo de los Doce para que le dieran el elixir y así esclavizarla —anunció Lucian—. Como el Consejo no vio ninguna razón para hacerlo, una pura sangre fue forzada a que le diese la Poción.

—Oh dioses —murmuré, sintiendo cómo me ardía la cara.

—Alexandria no era consciente de ello —continuó Lucian, dirigiéndose hacia las mujeres del Consejo—. Se dice que la pillaron en una... situación comprometida con un pura sangre.

—Hijo de perra —susurré. Aquel desgraciado estaba usando el comodín de los sentimientos.

—Eso no ha sido bonito —murmuró Seth.

Le ignoré.

Dawn miraba a Lucian, pálida.

—Eso... eso es asqueroso.

—Y eso no es todo. —Lucian se giró hacia el público—. Cuando todo eso falló, el Patriarca Mayor Telly ordenó a un Guardia pura sangre que la matase tras el ataque daimon. Y eso también falló. Fue a buscarla, dejando el Covenant de Nueva York en estado de caos para seguir amenazándola con la esclavitud.

—¿Qué ha pasado con el Guardia que supuestamente le atacó? —preguntó la Matriarca que había hablado la primera.

—Nos hemos hecho cargo de él —respondió Lucian, continuando antes de que le

preguntasen más sobre el tema—. El Patriarca Telly actuó en contra de los deseos del Consejo y prosiguió con el intento de obligarla a entrar en servidumbre. Incluso fue atacada aquí, apuñalada por un Guardia mestizo al que le ordenó hacerlo.

—¿Y las pruebas? —preguntó el Patriarca anciano—. ¿Dónde están la pruebas?
Lucian se giró hacia Telly.

—La pruebas están en sus propias palabras. ¿Verdad Patriarca?
Telly levantó la cabeza.

—Es cierto. Fui en contra de los votos de la mayoría y ordené que asesinaran a Alexandria Andros.

Se oyeron varios gritos ahogados de sorpresa. Sabía que no me convenía, pero Telly no habría admitido algo así tan fácilmente. Ellos no sabían lo que yo, que el cerebro de Telly estaba medio frito por una poderosa compulsión.

Los Patriarcas se enzarzaron en una discusión durante varios minutos. Algunos querían que Telly fuese inmediatamente impugnado. Eran justo los que antes estaban sonriendo. Otros, aquellos que creía que no sabían lo que Lucian estaba tramando, no veían la razón de que lo que me había hecho fuese un crimen. Había pocas leyes que protegiesen a los mestizos.

—No se le va a impugnar. —La voz de Lucian silenció la discusión—. El Patriarca Telly será juzgado hoy mismo.

—¿Cómo? —preguntaron sorprendidos varios Patriarcas al mismo tiempo.

—He sabido que el Patriarca Mayor está relacionado con la Orden de Tánatos y varios de sus miembros ya vienen para liberarlo. —Hizo otra pausa. Lucian sin duda sabía cómo mantener la tensión y el asombro—. No hay tiempo para más. Mantener su seguridad es de máxima importancia.

Ahora entendía el nerviosismo de Seth, todos los Guardias de esta mañana. Lucian no podía dejar que la Orden frustrase sus planes. Él iba a atacar primero. ¿Mi seguridad? Aquello no tenía nada que ver con mi seguridad. Lo que le preocupaba a Lucian era que me comportase mal antes de que él subiese al estrado, porque Seth no podía controlarme completamente... *todavía*.

—Esto no debía pasar ahora, ¿verdad? —susurré.

Seth no dijo nada.

Tenía la boca seca.

—Queríais esperar a que Despertase, pero lo estáis haciendo por culpa de la Orden.

Porque sería horrible para Lucian que la Orden llegase antes de que Despertase y nos acabase matando a uno de los dos. Todos sus planes se irían al traste.

Lucian se acercó hacia donde estábamos escondidos.

—Es hora del cambio. Y ese cambio empieza ahora.

—Es nuestro turno —dijo Seth, cogiéndome de la mano—. Y por todos los

dioses, por favor, compórtate.

No tuve tiempo de decirle nada. Seth empezó a andar y no me quedó más remedio que seguirle hacia la sala.

El silencio era tan tenso cuando aparecimos que casi me deja sin aliento. Todos los ojos estaban puestos sobre nosotros mientras subíamos por las escaleras de mármol. Paramos justo al lado de Lucian y Telly.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez.

El Consejo se puso nervioso, se movían inquietos en sus asientos. Un murmullo recorrió toda la sala, creciendo según pasaban los segundos. Parte del público estaba de pie, aterrados y sorprendidos. Que no había razón para temer a dos Apollyons, los huevos. Lo sabían, el público reconocía el peligro que entrañaba.

El corazón se me iba a salir del pecho y, aunque intenté evitarlo, busqué a Aiden. Se había quedado de piedra. No sabía si estaría respirando siquiera. Nuestras miradas se cruzaron y, por un instante, pude ver un cierto alivio en sus ojos de acero, que pasó a rabia al ver nuestras manos. Después se movió, dio un paso al frente. Marcus levantó un brazo para pararle. No estaba segura de si serviría de algo, pero no continuó.

Solté el aire. No me había dado cuenta de que había estado aguantando la respiración.

—¿De qué va todo esto? —gritó un Patriarca. Dejé de intentar saber quién era cada uno.

Lucian simplemente sonrió. Odiaba aquella sonrisa.

—Es hora de volver a tener lo que nos pertenece por derecho, un mundo donde seamos nosotros los que mandemos y no tengamos que responder ante un grupo de dioses a los que no les importa si nos va bien o si morimos todos. Un mundo en el que los mestizos no estén esclavizados, sino a nuestro lado. —Varios gritos ahogados le cortaron en ese momento, como era de esperar—. Un mundo en el que los mortales se arrodillen a nuestros pies como deberían. Somos dioses por derecho propio.

En ese momento, la mitad del público se puso en pie. Se escucharon palabras como blasfemia, traición y locura. Algunos de los mestizos miraban a Lucian asombrados; sus palabras les atraían en cierto modo. Pero serían unos pardillos si creyesen a Lucian.

Los Guardias de Lucian y algunos que reconocía del Covenant se pusieron ante las puertas, evitando que nadie pudiese escapar. Casi me río. Pensábamos que la Orden se había infiltrado en el Covenant, pero era Lucian el que lo había copado todo. Fue *él* quien se había infiltrado en el Covenant y el Consejo...

—Es hora de una nueva etapa. —La voz de Lucian resonó por todo el juzgado—. Incluso los mestizos que estén de nuestro lado podrán crecer. Los que no, caerán.

Algunos miembros del Consejo se apartaron. Cinco de ellos, los cinco que

apoyaban a Lucian, y al menos dos docenas de Guardias... y Centinelas.

Vi que Aiden y el desconocido se dirigían hacia el estrado, pero los perdí de vista. Me concentré en lo que estaba pasando frente a mí, sentí que me enfadaba y entraba en estado de alerta.

—Seth —dijo Lucian tranquilamente—. Este hombre ha tratado de acabar con la vida de Alexandria numerosas veces. ¿Merece vivir?

El Patriarca más anciano se puso de pie, apoyándose con dificultad en su bastón.

—¡Él no tiene potestad para decidir en este asunto! Sea o no el Apollyon, no puede decidir sobre la vida o la muerte. ¡Si el Patriarca Mayor Telly se ha rebelado en contra de los deseos del Consejo de los Doce, tiene que ser juzgado por ese mismo Consejo!

Le ignoró.

Levanté la mirada hacia Seth.

—No —susurré—. No. No respondas.

Me ignoró.

Seth levantó la cabeza mientras las marcas del Apollyon llegaban a su cara, serpenteando y moviéndose hacia el cuello, bajo su camiseta.

—No merece vivir.

Los ojos de Lucian brillaron con orgullo.

—Entonces acaba con él.

Sentí cómo el miedo cavaba un agujero en mi pecho. Me aparté de Seth, usando todo mi peso para intentar soltarme de él. Él simplemente me cogió con más fuerza. Sabía qué intentaba hacer.

—¡No! —grité con fuerza intentando soltarme y romper el contacto—. Telly es un capullo, pero no podemos decidir quién muere, Seth. No estamos para eso, no es para lo que está el Apollyon.

—Estúpida —murmuró Lucian lo suficientemente alto como para que solo le escuchásemos nosotros—. No es lo que decida un Apollyon, sino el Asesino de Dioses.

—No le escuches —rogué mientras me retorecía. Su marca ardía contra la mía—. Tú no eres así. Eres mejor. *Por favor.*

Seth me miró. Hubo un momento, muy breve, pero existió, en el que pareció estar confuso y dudar. Seth no creía del todo que estuviese haciendo lo correcto. Empecé a tener esperanzas.

Le cogí del brazo.

—Seth, no quieres hacerlo. Sé que no. Y sé que no eres tú, es culpa de akasha, lo entiendo. Y es su culpa, te está utilizando.

—Seth —apremió Lucian—, ya sabes qué tienes que hacer. No me falles, no nos falles.

—Por favor —rogué mientras mantenía su mirada. Estaba deseando pasar sobre el cuerpo derrotado de Telly y partirle el cuello a Lucian—. No nos hagas esto, a mí, a ti. No te conviertas en un asesino.

Los labios de Seth se curvaron y apartó su mirada de mí, mirando hacia el Patriarca Telly.

—No puede vivir. Este es mi regalo para ti.

El miedo me cortó la respiración. Y entonces lo entendí. Aquella era la diferencia entre Aiden y Seth. Por mucho que Aiden quisiera atacar o por mucho que quisiera algo, nunca me pondría en peligro. Y joder, Seth sí.

Lo hizo.

Apretó más la mano. Mi cuerpo se curvó hacia dentro cuando sacó el akasha de mi interior. Me doblé en dos, logrando ver un destello de luz color ámbar envolviendo a Telly.

La última vez que le vi usando akasha, era de color azul, pero eso había sido antes de las cuatro marcas, antes de que pudiese sacar la energía del quinto elemento de mi interior.

Un montón de gritos llenaron la sala, no de Telly, sino del Consejo y del público. Telly no pudo hacer ni un ruido. En cuanto akasha le alcanzó, cargado de energía de Seth y mía, simple y llanamente dejó de existir. Desapareció.

El cristal de la cúpula se rompió. Una lluvia de cristales cayó sobre la sala, cortando el aire y a todos los que no se apartaron a tiempo. Tres figuras aladas entraron por el hueco, aullando furiosas.

Las furias habían llegado.

Capítulo 29

Las furias mostraban su horrible estado natural, su piel grisácea y lechosa. De la cabeza aparecían serpientes y extendían los dedos como puntas afiladas. Sus garras atravesaban con facilidad la piel y los huesos.

Venían directamente a por nosotros.

Solo habían pasado uno o dos segundos desde que Seth había eliminado a Telly. Una furia se separó de sus hermanas y voló sobre el público emitiendo unos chillidos estridentes.

Seth levantó el brazo. De su mano salió un rayo de akasha, volando por el aire a una velocidad increíble. Le dio a la primera furia en el pecho y la luz ámbar se apagó. Su monstruosa cara mostró sorpresa y la mandíbula se le descajó. La furia cayó, girando como un pájaro abatido, con las alas extendidas en el aire, convirtiéndose en una pila de raso blanco, piel gris y carne inmóvil, a tan solo unos pocos metros de nosotros.

Las otras dos furias planearon junto a la ventana rota. Su rostro mortal apareció sobre su monstruoso interior y sus hermosas facciones se contrajeron de terror.

—No es posible —chilló una tirándose del pelo rubio y arrancándose mechones que colgaban de sus garras—. ¡No puede ser!

—Pues sí. —La otra le agarró del brazo—. Ha matado una de las nuestras.

Con las piernas débiles, caí a un lado del estrado. Iba a morir. Estaba segura. Mis gritos se unirían a los del público... pero las furias no atacaron.

—Habéis comenzado una guerra contra los dioses —siseo una. Sus alas cortaban el aire en silencio—. No dudéis que ellos la comenzarán también contra vosotros.

La otra abrió sus musculosos brazos.

—Pondrás a todos en peligro para atiborrarte de una energía que no es tuya. Vaya camino... vaya camino el que has elegido.

El caos reinaba tanto en el estrado como fuera de él. Telly había desaparecido. Ni siquiera había una pila de cenizas. Sentí cómo la bilis subía por mi garganta y aparté la mirada.

Desde la parte de atrás oí ruidos de lucha, ya que los Guardias y Centinelas fueron a por los que estaban bloqueando las puertas. Junto a nosotros habían matado a un Guardia. Una de sus dagas cayó al suelo. Estiré el brazo para cogerla, envolviendo mis torpes dedos sobre el mango. Tenía que acabar con aquello, acabar con Lucian. Era él quien estaba controlando a Seth.

Me giré y vi a Lucian hablando con el Consejo, soltando más locuras que acabarían con nosotros.

Antes de que pudiese dar un solo paso hacia Lucian, ya tenía a Seth sobre mí.

Nuestras miradas se cruzaron y me quitó la daga de la mano. La tiró a un lado y avanzó hacia mí. Sus facciones tenían un aire de frialdad. No reconocía la expresión de sus ojos. Brillaban violentamente, casi luminosos. Volvía a tener aquella expresión de asombro. Pero no era asombro... me había equivocado en eso.

Era un ansia viva, quería más. Lo mismo que tantas y tantas veces había visto en los ojos de un daimon.

Desarmada y débil, sabía que debía retirarme. Di con la espalda contra la pared. Desesperada, busqué algo y di con un candelabro de titanio. Lo agarré y se lo tiré usando los dos brazos.

Rápido como una centella, cogió el candelabro y lo tiró a un lado.

—Siempre tirando cosas —dijo con una voz más grave, diferente. Su tono no reflejaba ninguna melodía—. Álex, eres muy, muy traviesa.

Tomé aire como pude.

—Este... este no eres tú.

—Soy yo. —Levantó un brazo hacia mí—. Y esto somos nosotros.

La voz de Dawn lo distrajo.

—¡Esto es traición! —Sus ojos amatista estaban aterrorizados. Estaba temblando y se abrazaba, cogiéndose los codos. Detrás de ella había otros Patriarcas con las caras pálidas—. Esto es una traición hacia los dioses, Lucian. No podemos hacer lo que nos pides.

—¿Crees que no hace falta un cambio? —preguntó Lucian.

—¡Sí! —Extendió los brazos frente a ella, como protegiéndose—. Hace falta un cambio. Los mestizos necesitan más libertad y capacidad de elección. Sin duda. Tengo una hermana mestiza. La amo a muerte y quiero una vida mejor para ella, pero esta... esta no es la forma.

Lucian inclinó la cabeza hacia un lado y se pasó las manos por la túnica.

—¿Y qué me dices de los dioses, querida?

La voz le salía entrecortada, pero se puso recta.

—Son nuestros únicos señores.

Todas mis pesadillas se estaban volviendo realidad, igual que las de la Orden. La historia se estaba repitiendo. Seth se echó hacia un lado, frente a los siete miembros del Consejo que no querían doblegarse ante Lucian.

Lucian sonrió.

—¡No! —grité con la voz entrecortada y me arrastré por la pared, apartándome de Seth—. ¡Seth, no lo hagas!

Pero Seth estaba en piloto automático. Me volvió a coger de la mano, marca con marca. Sentí la presión en mi interior de nuevo y el cordón volvió a desatarse, expulsando akasha a través de nuestra unión. No había forma de llegar a él cuando se llenaba de energía, no tenía compasión.

Seth no era más que la máquina de matar de Lucian.

La brillante luz ámbar salió en erupción de su mano una segunda vez.

Unos gritos sobresalieron de entre todo el caos. Juro que oí a Lea. Era imposible, porque todo el mundo estaba gritando. Yo estaba gritando.

Seth me soltó y caí de rodillas, ahogándome y con arcadas por el olor a tela quemada y... carne, carne quemada. Donde había siete de pie, solo quedaban tres, agrupados juntos y mirando a Seth horrorizados.

La hermana de Lea, Dawn, había desaparecido.

Lo había hecho, había atacado al Consejo. Tenía las mejillas húmedas. ¿Cuándo me había puesto a llorar? No lo sabía, pero daba igual.

La hermana de Lea había desaparecido.

Me puse la mano en la boca, intentando recomponerme. Había que hacer algo al respecto. Aquello estaba mal, era horrible, pero sería peor en cuanto despertase. En medio del caos, podía escapar. No podía rendirme ahora. Luché por ponerme de pie, aguanté la respiración y me dirigí hacia las escaleras ya que Seth me daba a espalda. Llegué hasta el primer escalón y sentí unos brazos que me rodeaban la cintura y me levantaban. Un estupendo calor me rodeó, me rodeó el cuerpo, el corazón, diciéndome quién era el que me había cogido. Sentí un dulce alivio.

—Te tengo —Aiden me puso de pie. Sus ojos buscaron los míos con avidez—. ¿Puedes correr?

Le oí como a través de un túnel y creo que asentí.

En apenas unos segundos, estábamos rodeados.

—Mierda. —Me soltó la mano y me cubrió con su cuerpo. Se puso completamente en tensión.

Ojalá hubiese tenido la precaución de buscar la daga, porque entonces, al menos tendría algo con que defenderme de los Guardias de Lucian. No es que pudiese hacer mucho, me estaba costando horrores mantenerme en pie, luchar contra aquel cansancio arrollador que me afectaba cuando Seth se conectaba a mi energía.

Entonces Aiden saltó. Giró y su bota dio contra la cara del Guarda que estaba más cerca y después contra el brazo de otro. Levantó el brazo y su puño impactó de lleno contra el segundo. Sin un respiro, alcanzó al otro con una patada en el pecho que lo lanzó varios metros hacia atrás.

Hacía mucho que no le veía pelear. Le miré asombrada. Me había olvidado de lo grácil y rápido que se movía. Ni un solo Guardia logró vencerle. Iba acabando con ellos solo usando sus manos y sus patadas.

Uno, sin embargo, logró aparecer detrás de nosotros.

El Guardia me agarró por detrás y empezó a arrastrarme hacia el estrado, hacia Seth y Lucian. Tenía los brazos pegados al cuerpo y solo pude estampar mi pie contra el suyo. Gruñó y me agarró con menos fuerza, pero nada más.

Aiden se dio la vuelta y vio que me encontraba en apuros. Nuestras miradas se cruzaron durante un breve instante y bajó la mirada. Dejé las piernas muertas. Aiden se movió tan rápido que sentí el aire arremolinarse a mi lado. Un segundo después, el Guardia cayó al suelo inconsciente.

—Ha estado bien —dije cuando Aiden me puso en pie.

Me volvió a coger de la mano con una sonrisa tensa en su cara, mientras corríamos hacia el pasillo central. Mi tío y el desconocido estaban encargándose de los Guardias que estaban junto a la puerta. En el suelo, Luke sujetaba a Lea, meciéndola hacia los lados mientras vigilaba la pelea.

Cuando nos vio, se levantó y puso de pie a Lea. Estaba histérica. Creo que ni siquiera sabía qué estaba pasando a su alrededor, incluso cuando el desconocido de la cicatriz mató a un Guardia justo a su lado tirando una daga.

—¿Quién... quién eres? —pregunté.

Se inclinó y sonrió.

—Todos me llaman Solos.

—¿Solos, de Nashville?

Solos asintió, se dio la vuelta y le dio un enorme puñetazo a un Centinela que se había acercado corriendo hasta nosotros. El puñetazo lo lanzó volando hacia atrás. Fue increíble.

—¿Nos vamos de aquí? —preguntó Luke. Sujetaba a Lea cerca de él, que se movía como loca—. Tenemos que salir de...

El aire se cargó y soltó chispas. Le siguió una luz que hizo brillar la sala entera. Cuando se apagó, Apolo estaba en el centro del pasillo.

—Id —dijo—. Salid de la isla ahora mismo. Yo intentaré retenerle para daros tiempo.

—¡Álex! —rugió Seth.

Unos escalofríos helados me recorrieron la espalda.

—Pase lo que pase, no paréis. No os quedéis a ayudar —ordenó Apolo antes de darse la vuelta—. Marchaos.

—Vamos. —Aiden me volvió a coger—. Tenemos un coche al otro lado de la calle, en la playa.

—¡Puedes correr, Álex! —La voz de Seth se alzó sobre el ruido—. ¡Corre todo lo que quieras! ¡Te encontraré!

Aiden me arrastró hacia las puertas delanteras. Mire hacia atrás y vi a Seth en el centro del estrado. A sus pies estaba el cuerpo de la furia, como una especie de macabro trofeo.

—¡Detenedles! —ordenó Lucian detrás de Seth—. No dejéis que ella salga de aquí.

Los Guardias que había frente al estrado se dieron la vuelta y se quedaron

helados. Después se dispersaron como cucarachas.

Apolo fue hacia el estrado.

—Vale, lo que pensaba.

—¡Te encontraré! Estamos conectados. ¡Somos uno! —Seth seguía gritando. Miró al dios. Le miró con desagrado—. ¿Quieres pelear conmigo ahora, con tu aspecto real?

—Pelearé contigo de cualquier forma, gamberro mocososo.

Seth rio.

—No puedes matarme.

—Pero puedo destrozarte entero.

Eso fue todo lo que pude oír. Logramos salir del edificio al exterior. Detrás nuestro salían disparados un montón de puros y mestizos. Continuamos corriendo. Yo luchaba para seguir el ritmo de Aiden, pero me costaba respirar y casi no podía sentir las piernas. Me tropecé más de una vez, pero Aiden me sujetaba y me animaba para que continuase. Marcus apareció a mi lado y sin mediar palabra me cogió en brazos.

Me indigné, porque odiaba que me llevaran en brazos, pero si corría era mucho peor, era un estorbo para todos. Fue entonces cuando me di cuenta de que mis runas seguían ardiendo, me dolía la piel. El estómago me empezó a dar vueltas.

—Creo que voy a vomitar —dije.

Marcus se paró inmediatamente y me puso de pie. Caí de rodillas y vacié sobre la acera todo el contenido de mi estómago. Fue rápido, acabó tan pronto como había empezado, pero me dolía todo por dentro.

—¡Álex! —Aiden retrocedió hasta nosotros.

—Está bien. —Marcus me ayudó a ponerme de pie—. Se pondrá bien. Aiden, adelántate. Asegúrate de que tu hermano está allí, y pon a los chicos a salvo.

Aiden insistió.

—No me voy a march...

—Estoy bien. Vete.

Obviamente no quería hacerlo, así que le costó unos segundos darse la vuelta y marcharse.

—¿Estás bien? ¿Alexandria?

Asentí despacio. Me temblaban las manos.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Los ojos de Marcus se ablandaron, creo que por primera vez desde que lo conocía. Se acercó a mí y me dio un abrazo. Fue muy breve, pero con fuerza, tal y como debía ser un buen abrazo. Extrañamente descubrí que era algo que me hacía mucha falta.

—Por todos los dioses, chica. —Me soltó—. ¿Crees que puedes correr? No queda mucho. Tenemos que volver a casa de los St. Delphi.

Sentí que las lágrimas me desgarraban la garganta al asentir. No estaba lejos, pero el pobre hombre iba a acabar muerto de llevarme tanto rato encima. Deseé que mi estómago no decidiese volver a salir de mí, y empecé a correr tan rápido como pude.

La carrera casi me mata. Cuando por fin llegamos hasta la arena y empezamos a correr con el viento en contra, mis músculos empezaron a quejarse de dolor. Seguí adelante y casi lloro al ver los dos Hummer negros... y a Aiden.

Se encontró con nosotros a mitad de camino y me tiró una botella de agua a las manos.

—Bebe despacio.

Le di unos traguitos y Aiden me puso las manos en los hombros. Quería decirle que todo iba bien, que no tenía que preocuparse por mí, pero volvimos a ponernos en marcha.

Deacon estaba en la parte de atrás del Hummer.

—¿Alguien va a decirme qué narices está pasando? —Nos siguió hacia el otro coche—. Lea está histérica y Luke no dice nada. ¿Qué demonios ha pasado?

—¿Has metido las bolsas en los coches? —preguntó Aiden. Me quitó la botella de las manos cuando empecé a olvidarme de la regla de dar traguitos—. ¿Todas, tal y como te dije?

—Sí. —Deacon se pasó la mano por los rizos—. ¿Qué ha pasado?

Solos llegó corriendo hasta nosotros.

—Nos costará unas ocho horas llegar hasta donde queremos. Deberíamos recorrer al menos la mitad de ese tiempo antes de parar a echar gasolina.

—Estoy de acuerdo —dijo Aiden. Me cogió con cuidado del brazo, soportando casi todo mi peso. No me había dado cuenta de que me estaba apoyando en el Hummer. No dejaba de mirarme con cara de preocupación.

—¡Dime qué ha pasado! —gritó Deacon.

—Seth... Seth ha atacado al Consejo. —Aquellas palabras me dolieron con solo pronunciarlas.

Deacon se me quedó mirando, incrédulo.

—Oh, dioses.

Me solté de Aiden y miré dentro del Hummer. En la parte de atrás había un montón de maletas apiladas. Lo tenían todo planeado. Me aparté del coche, mirando hacia donde estaba Seth. ¿Cuánto tiempo podría retenerlo Apolo?

Ellos ultimaban los planes y yo seguía mirando las maletas. Obviamente esperaban poder sacarme del Consejo de alguna forma, sin saber qué tipo de caos iba a estallar. ¿Qué habrían arriesgado para sacarme de allí? La vida y alguna extremidad, seguramente.

El viento arreció.

Aiden se dirigió hacia mí, con determinación.

—Tenemos que irnos ahora.

Solos miró hacia Marcus.

—¿Estáis listos?

—Salgamos de aquí —respondió Marcus mirándome—. ¿Podrás aguantar?

—Sí —dije con un graznido. Me aclaré la garganta.

—Esto es una locura. —Deacon abrió la puerta trasera y empezó a subirse—. Todo va a...

—¡No! —Aiden mandó a Deacon hacia el Hummer que llevaba Solos—. Nosotros somos su objetivo. Ve con Marcus. Luke, quédate con él.

Obediente, Luke asintió y agarró con cuidado a Lea, que aún seguía sollozando. Quise ir hacia ella. Lo había perdido todo... y siempre había tenido algo que ver conmigo. Primero mi madre había matado a sus padres y ahora Seth había matado a su hermana. Sentí que la culpa se me clavaba en el interior.

Deacon se quedó quieto.

—No. Yo quiero...

Aiden abrazó fuerte a su hermano. Se susurraron algo que no pude escuchar por culpa del viento. Me aparté el pelo de la cara y me giré hacia la parte de la isla que controlaba el Covenant.

Estaba pasando algo, podía sentirlo. El aire estaba lleno de electricidad y me ponía los pelos de punta.

Deacon se apartó de su hermano y se dio la vuelta con ojos llorosos. Temía por la vida de su hermano y hacía bien. Cuando Seth viniese a por nosotros, que lo haría, no les haría ni caso. Seth vendría a por Aiden y a por mí, y por muy fuerte que fuese, dudaba que Aiden pudiese salir indemne de la pelea.

El corazón se me partió. No podía hacerles aquello.

—Aiden, no puedes venir conmigo. No puedes hacer esto.

—No empecemos —gruñó Aiden cogiéndome del brazo—. Métete en el...

En el cielo brilló un rayo, que comenzó sobre nosotros y cayó justo junto a la costa del Covenant. A pesar de que nos separaban del impacto varios edificios enormes del Covenant y la isla entera, el destello de luz seguía cegándome.

Solos paró a mitad de camino de subirse al asiento del conductor.

—¿Pero qué...?

El viento paró de golpe. Era totalmente antinatural, igual que el silencio que se extendió sobre Deity Island. En ese momento, un montón de gaviotas echaron a volar, gritando sin parar. Cientos y cientos de ellas volaron sobre nosotros, saliendo de la isla.

—¿Qué ocurre? —susurró Lea—. ¿Es él? ¿Viene hacia aquí?

—No —dije, lo sentía en mi interior—. No es Seth.

—Tenemos que irnos ya. —Aiden me empujó hacia el asiento del pasajero.

Todos nos pusimos en movimiento y nos metimos en nuestros respectivos coches. Detrás de nosotros, vimos como un montón de gente se subía a sus tejados. Los Guardias se dispersaban por toda la playa. Todos miraban hacia el trozo de océano que separaba las dos islas.

Tenía un mal presentimiento.

Aiden cerró la puerta de un portazo y arrancó el Hummer. Me cogió de la mano.

—Todo irá bien.

Típicas últimas palabras.

Una fuerte explosión estalló cerca de nosotros, sacudiendo el coche. Un torrente de agua salió despedido por el aire desde el otro lado de la isla, más alto que el mayor edificio del Covenant y más ancho que las dos residencias. El muro de agua permaneció quieto y me recordó a la forma en que Seth estuvo jugando con el agua en la piscina.

Aquello no iba a traer nada bueno.

Otro chorro saltó hacia el cielo y luego otro... y otro... así hasta más de una docena de muros de agua salpicaban el paisaje. Sentí una gran cantidad de energía en el aire, reptando por mi piel, enredándose en el cordón de mi interior.

En el centro de cada uno de ellos pude ver la forma de un hombre.

—Oh, mierda —susurré.

Aiden apretó el pedal a fondo y el Hummer salió disparado.

—Poseidón.

Me giré hacia atrás en el asiento, mirando hacia el océano por la ventana trasera. Por detrás de los edificios del Covenant, cada uno de los muros comenzó a girar formando un embudo. La sombra de un tridente gigante cayó sobre el Covenant, y sus puntas afiladas tocaron la isla principal, suponiendo la muerte y destrucción de todo aquel que continuase allí. Poseidón, el Dios del Mar, el que hacía que la tierra se moviese, estaba muy enfadado.

—Aiden...

—Date la vuelta, Álex.

Me agarré con fuerza al asiento. Los embudos formaban ciclones gigantes, tornados sobre el agua.

—¡Lo van a destruir todo! Tenemos que hacer algo.

—No podemos hacer nada. —Con una mano, Aiden me cogió el brazo mientras cruzábamos el puente hacia Bald Head Island—. Por favor, Álex.

No podía darme la vuelta. Por la forma en que los ciclones se adentraban, parecía que Poseidón iba a perdonar la isla mortal, pero cuando el primer embudo llegó al Covenant, se me encogió el pecho.

—¡No pueden hacer eso! ¡Esa gente es inocente!

Aiden no contestó.

El agua chocó contra los edificios. Por todas partes saltaban trozos de mármol y madera por los aires. Los gritos de los que estaban en la isla principal se me clavaron en el fondo del alma, donde permanecerían toda una eternidad.

Salimos volando por las calles de Bald Head, evitando por poco a los peatones que, ensimismados, miraban aquel extraño fenómeno de la naturaleza. Según nos acercábamos al puente que conectaba con la tierra firme, vi que los muros de agua retrocedían. No quedaba ni un solo edificio en Deity Island. No quedaba nada. Había desaparecido todo. El Covenant, los edificios, las estatuas, puros y mestizos... todo se lo había tragado el océano.

Capítulo 30

Pasaron las horas en silencio. Tenía frío y me encontraba mal. ¿Cuánta gente había en la isla? Cientos de sirvientes e Instructores se habían quedado en el Covenant durante las vacaciones de invierno y la gente estaba en sus casas. Con las manos temblorosas me eché el pelo hacia atrás. Aiden jugueteó con la radio hasta que encontró una emisora local de Carolina del Norte.

«... Los meteorólogos dicen que el terremoto ocurrido a varios cientos de kilómetros de la costa han producido un muro de agua de al menos diez metros de alto... sin embargo los residentes de las islas vecinas no han resultado afectados. Se dice que han visto un grupo de hasta una docena de ciclones, pero no se ha revelado ningún informe oficial de la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica. Se ha declarado el estado de emergencia...».

Aiden apagó la radio. Luego levantó el brazo hacia mí y con sus dedos me acarició el brazo y la mano. Lo hacía desde que nos subimos al coche, como si se estuviese recordando a él mismo que estaba sentada a su lado, que seguía viva después de que se hubiesen perdido tantas vidas.

Apoyé la frente en la ventanilla y cerré los ojos. ¿Poseidón había ido a por Seth y Lucian o había logrado Apolo de alguna forma evitar la destrucción total? Todo lo que sabía era que Seth seguía vivo, porque seguía sintiendo la conexión.

Tal y como llevaba haciendo las últimas horas, me imaginé de nuevo mis paredes rosas brillantes y las fortifiqué con todas mis fuerzas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Aiden en voz baja.

Aparté la cabeza de la ventanilla y le miré. Estaba completamente tenso, se veía en la forma de agarrar el volante y en la línea de su mandíbula.

—¿Cómo puedes pensar en cómo me siento ahora mismo?

—He visto tu reacción cuando... tiraba de ti. —Me miró, con ojos color plata—. ¿Te han... te ha hecho daño cuando estabas con él?

Estaba cansadísima. Me dolía la cabeza y estaba segura de que no sentía los dedos de los pies, pero estaba viva.

—No. No me hizo daño. Y estoy bien. No deberías preocuparte por cómo estoy yo. Toda esa gente... —Sacudí la cabeza intentando quitarme el repentino nudo que se había hecho en mi garganta—. ¿Dónde vamos?

Sus nudillos se pusieron blancos.

—Vamos a Atenas, en Ohio. El padre de Solos tiene una finca al borde del Bosque Nacional Wayne. Debería estar lo suficientemente lejos de... él, siempre y cuando Apolo nos haya dado suficiente tiempo.

—No le siento. —Dejamos de referirnos a Seth por su nombre, como si eso le

hiciera reaparecer o algo.

—¿Crees que puedes hacer un escudo contra él, mantenerlo alejado?

Miré por el retrovisor; el otro Hummer nos seguía de cerca. ¿Cómo lo estaban viviendo ellos? ¿Lea?

—La distancia... no debería poder conectarse a mí, si eso es lo que te preocupa. Quiero decir, él no pudo sentir nada mientras estaba en Nueva York, así que...

—Eso no es todo lo que me preocupa —respondió Aiden—. Es un viaje de ocho horas. —Se apartó el pelo de los ojos y entrecerró los ojos a causa de la puesta del sol—. Pararemos a medio camino, seguramente en Charleston, para repostar y comprar algo de comer. ¿Crees que podrás aguantar hasta ahí?

—Sí. Aiden... toda esa gente. —Se me quebró la voz—. No han tenido ni la más mínima oportunidad.

Aiden me cogió la mano.

—No ha sido tu culpa, Álex.

—¿Ah no? —Las lágrimas me ardían en los ojos—. Si os hubiese escuchado a Apolo y a ti cuando me propusisteis que me marchara antes de que volviese, nada de esto habría ocurrido.

—Eso no puedes saberlo.

—Claro que sí. —Intenté soltarme la mano, pero Aiden me la sujetó. Recé porque se le diera bien conducir con una mano—. Es que no quería creer que él... pudiese hacer algo tan horrible.

Me apretó la mano.

—Tenías esperanzas, Álex. No se le puede echar la culpa a nadie por tener esperanzas.

—Una vez me dijiste que tenía que saber cuándo renunciar a la esperanza. En ese momento me había pasado de largo su fecha de caducidad. —Intenté sonreír, pero no lo logré—. No volveré a cometer el mismo fallo dos veces. Lo juro.

Acercó mi mano a sus labios y me dio un dulce beso.

—*Agapi mou*, no conserves esa culpabilidad durante mucho tiempo. Podrías haber elegido otro camino, pero hiciste lo que creíste que era correcto. Le diste una oportunidad.

—Lo sé. —Me concentré en la carretera que teníamos frente a nosotros, intentando evitar las lágrimas—. Ha desaparecido, ¿verdad? ¿El Covenant entero, incluso Deity Island?

Respiró hondo.

—Podría haber sido peor. No dejo de repetírmelo. Si hubiesen empezado las clases... solo por unos días...

Las pérdidas humanas habrían sido astronómicas.

—¿Qué vamos a hacer? No puedo estar escondida toda la vida.

Aunque no lo decíamos, había algo que los dos sabíamos. En otras palabras, si Seth no recuperaba la cordura, que no parecía que fuese a ocurrir, me acabaría encontrando.

—No lo sé —dijo Aiden mientras se cambiaba de carril—, pero estamos juntos, Álex, hasta el final.

Mi corazón volvió a arder. Su mano sobre la mía resultaba reconfortante y, aunque a nuestro alrededor todo era un caos, *estábamos* juntos. Hasta el final.



Llegamos a Charleston, Virginia Occidental, en mitad de la noche. Nevaba ligeramente. Los coches pararon junto a los surtidores, frente a una de esas tiendas de gasolinera grandes como un supermercado. Necesitábamos gasolina y comida, y quizá también una de aquellas bebidas energéticas.

—Espera. —Aiden se inclinó hacia el asiento de atrás y sacó una daga con forma de hoz—. Por si acaso.

Plegada me cabía en el bolsillo, solo asomaba un trocito.

—Gracias.

Me miró a los ojos y me dio un par de billetes de diez.

—No tardes mucho, ¿vale? Parece que Solos irá contigo.

Mire hacia atrás. Él ya estaba esperando en el lado del copiloto. Marcus se estaba peleando con el surtidor, como si nunca hubiese usado uno.

—¿Tú qué quieres?

—Sorpréndeme. —Sonrió—. Tú solo ten cuidado.

Se lo prometí y salí del Hummer. Casi me como el suelo al resbalar en un charco helado.

—¡Dioses!

—¿Álex? —gritó Aiden.

—Estoy bien. —Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, dejando que los pequeños copos de nieve me cayeran sobre la cara. Hacía mucho, mucho tiempo que no veía nevar.

—¿Qué haces? —preguntó Solos estropeando el momento.

Abrí los ojos y me obligué a mirarle al pecho.

—Me gusta la nieve.

—Bueno, pues donde vamos vas a ver un montón de nieve. —Cruzamos el aparcamiento, con cuidado por los charcos de hielo que parecían destinados a acabar conmigo—. En Atenas debe de haber algo más de un metro.

Por un momento fantaseé con peleas de bolas de nieve y montar en trineo. Era estúpido, pero me ayudaba a no estar asustada.

—No eres lo que me esperaba —dijo Solos cuando llegamos a la acera cubierta de nieve.

Me metí las manos en la sudadera.

—¿Qué te esperabas?

—No sé. —Sonrió, y eso suavizó la cicatriz—. Alguien más alto.

Sonreí.

—Que no te engañe mi estatura.

—Ya lo sé. He oído muchas historias sobre tus aventuras, sobre todo acerca de cómo luchaste durante el ataque al Covenant de Nueva York. Hay quien dice que peleas así de bien por lo que eres.

Me encogí de hombros.

—Pero yo creo que, más que otra cosa, tiene que ver con tu entrenamiento. —Solos miró hacia atrás y luego me devolvió la mirada—. St. Delphi y tú parecéis estar muy unidos.

Puse una cara neutra y me volví a encoger de hombros.

—Es bastante guay para ser un pura sangre.

—¿Ah, sí?

—¡Hey! ¡Esperad! —Deacon pisó una capa gruesa de hielo y se deslizó hasta nosotros como si fuese un patinador profesional—. Lea quiere comer algo. Luke se queda con ella.

Salvada por Deacon.

—¿Qué tal está?

Solos abrió la puerta y nos la sujetó.

—Se ha pasado la mayor parte del camino durmiendo —respondió Deacon—. Desde que ha despertado no ha dicho casi nada. Luke la ha convencido para que comiera algo, así que vamos a comprar una bolsa de Cheetos para todos.

Lea me daba mucha pena, entendía su dolor. Y Deacon también. Seguramente mi presencia no sería lo mejor para ella, pero Deacon... le vendría bien.

Me quité la nieve de encima en cuanto entramos a la tienda, calentita y luminosa. Sin contar el cajero de pelo grasiento y flacucho que leía una revista guarra, estábamos solos. Me gruñía el estómago, así que fui directa a las neveras. Aiden quería agua, por supuesto, pero yo necesitaba algo de caféina.

Solos se quedó con Deacon, porque si aparecía un daimon paleta de la nada, Deacon sería el que iba a necesitar ayuda. Cogí una botella de agua y una Pepsi y miré a mi alrededor. El cajero bostezó y se rascó el pecho, sin levantar la mirada ni una sola vez. La nieve empezó a caer en copos más grandes.

Suspiré e ignoré el deseo de ver nevar. Fui hacia la estantería de las patatas. La parte de la tienda en la que hacían sándwiches para llevar no estaba abierta, así que nuestras opciones eran bastante limitadas.

Un fuerte olor a musgo, a humedad, llenó el aire. Olfateé; aquel olor me resultaba familiar. Pasé al lado de Deacon, que iba cargado hasta arriba.

—Date prisa. El mortal está poniendo a Solos nervioso.

Miré hacia la parte delantera de la tienda.

—¿Qué? Pero si solo hay un tío aquí.

—Ya lo sé.

Sacudí la cabeza, cogí un paquete de cecina y una bolsa de patatas. Miré lo que había cogido y decidí que necesitaba también algo dulce. Paré un segundo en la zona de los caramelos y volví a la parte de delante.

—Qué bien que hayas vuelto —murmuró Solos. Llevaba en la mano una bolsa de cacahuets y una bebida energética.

Le ignoré y Deacon comenzó a pagar. El cajero me miró cuando vio el montón de calorías que tenía mi comida, pero no dijo nada. La gente era súper amable por aquellos lares.

—Serán diez con cincuenta y nueve —dijo el hombre con un gruñido.

Por todos los dioses. ¿Qué había comprado? Me metí la mano en el bolsillo para coger el dinero que Aiden me había dado. De repente, volví a notar aquel olor a musgo, pero mucho más fuerte. Y entonces me acordé del olor. Era como olía el Inframundo. Las luces del techo parpadearon una vez, dos veces.

—Oh, venga —susurré, y el corazón se me paró.

Solos se puso tenso a mi lado.

—¿Qué pasa?

—No os preocupéis —dijo el tendero mirando las luces—, pasa siempre que nieva. Los conductores se chocan contra los postes de la luz por culpa del hielo. Vosotros no debéis ser de por aquí.

El aire se volvió denso, llenándose de la misma electricidad que había envuelto Deity Island justo antes de que llegase Poseidón. El mortal no lo podía sentir.

Hubo un pequeño estallido y volaron chispas. La luz roja de la cámara de seguridad que había en la puerta dejó de parpadear. Le salía humo.

—¿Pero qué demonios? —El tendero se inclinó sobre el mostrador—. Ahora sí que nunca he visto nada parecido.

Yo tampoco había visto nada así.

Solos agarró a Deacon del brazo.

—Es hora de marcharnos.

Deacon, con los ojos como platos, asintió.

—Lo que usted diga, señor.

Dejé las cosas sobre el mostrador y fuimos hacia la puerta. Que le diesen a la comida. Estaba pasando algo, algo... relacionado con los dioses.

—¡Hey! ¿A dónde vais? No habéis...

Un gruñido cortó la frase. Nos quedamos a unos tres metros de la puerta. Sentía el corazón en la garganta. El olor a perro mojado era cada vez más fuerte y tenía todos los pelos de punta. Me di la vuelta despacio, mirando por toda la tienda. Me metí la mano en el bolsillo y cogí el mango de la daga.

Entre la estantería de los Twinkies y los pastelitos, el aire comenzó a vibrar. Sobre el suelo de vinilo blanco se marcaron las huellas de unas enormes botas dirigiéndose hacia nosotros, llenando el aire con hilillos de humo y azufre. El logo de la estrella de la tienda que estaba marcado en el suelo, burbujeó y echó humo.

Primero dos piernas enfundadas en cuero, luego unas estrechas caderas y un pecho ancho aparecieron de la nada. Cuando le miré a la cara, creo que dejé de respirar. Oscuramente hermoso, no le hacía justicia. Obscenenamente guapo, no era ni una pequeña aproximación al tratar de describir a aquel dios de pelo negro como un cuervo. El olor a azufre y humo revelaba su identidad.

Hades estaba bastante bueno para ser un dios y estaba segura de que había venido para matarme.

Dispararon con una escopeta, que me dio un susto de muerte y di un salto.

—No quiero mierdas de estas por aquí. —El tendero volvió a cargar el arma—. La próxima vez no...

Hades levantó una mano y los ojos del tendero se pusieron blancos. Cayó al suelo y a otro mundo. Hades sonrió, mostrando una fila de dientes ultra blancos y perfectos. Parecía que en el Inframundo tenían un buen seguro dental.

—Vale, ahora podemos hacerlo fácil o difícil —dijo Hades de forma encantadora. Era raro, pero tenía acento británico—. Solo quiero a la chica.

Solos puso a Deacon contra el mostrador, colocándose delante de él para cubrirle, y soltó los cacahuetes y la bebida.

—Pues va a ser un problema.

Hades se encogió de hombros.

—Entonces lo haremos a las malas.

Capítulo 31

Hacerlo a las malas no pareció nada divertido cuando Solos intentó sacar a Deacon de la tienda y vio que las puertas no se podían abrir. En el otro lado, Aiden y Marcus intentaban desesperadamente abrir las puertas, llegando incluso a tirar un banco al cristal blindado, sin resultados.

Las cosas fueron de mal a horriblemente peor en segundos. Hades no estaba solo, no había olvidado el gruñido animal de antes. Detrás de Hades, el aire vibró en dos lugares, desde donde salieron dos enormes perros de tres cabezas.

Uno era negro y el otro marrón, pero los dos eran horribles. Estaban cubiertos de pelo enmarañado y tenían unos hocicos largos y sin pelo. Cada cabeza tenía una enorme boca que podía tragarse un bebé entero, y sus garras parecían despiadadas y afiladas. Seis pares de ojos brillaban como rubíes rojos. Al final de sus colas de rata tenían una especie de mangual, un arma del estilo del lucero del alba, duro y lleno de pinchos.

Flaqueaban a Hades, gruñendo y lanzando mordiscos al aire.

Estábamos bien fastidiados.

—Os presento a Muerte —Hades señaló al perro negro—, y Desesperación, Cerbero es el orgulloso padre de estos dos chicos.

—Bonitos nombres —dije con un gallo y extendí las dos afiladas hojas de la daga.

—¿Quieres jugar, amor?

—La verdad es que no. —No estaba segura de a cuál de ellos debía vigilar.

—No es nada personal —dijo Hades—, pero no podemos permitir que el Primero se convierta en lo que tememos. Él ya ha elegido, ahora nos toca elegir a nosotros.

Tal y como yo lo veía, intentar matarme era algo personal. Vi a Hades levantar la barbilla alrededor de un centímetro y di un salto hacia un lado justo en el momento en el que Desesperación se lanzó contra mí. Salí disparada hacia la estantería de los dulces y esperé a que Solos pudiese proteger a Deacon. Agarré una estantería y la tiré al suelo. Desesperación saltó sobre un montón de chocolatinas, clavando las garras a través de los papeles y el chocolate. Miré por encima del hombro.

Desesperación perdió el equilibrio y resbaló hasta uno de los frigoríficos de pie, atravesando el cristal. Las botellas de refresco salieron volando por el aire, soltando el gas al caer contra el suelo. Aprovechándome de la situación, di un giro y clavé el extremo curvado en la cabeza más cercana. La hoja atravesó limpiamente los músculos y la carne, y tras un aullido, Desesperación se convirtió en un perro de dos cabezas... hasta que del hueco empezó a crecer otra maldita cabeza. Recuperado por completo, Desesperación mostró los colmillos y dio con las patas en el suelo.

Me aparté.

—Perrito bueno. Perrito bueno.

Desesperación se puso en posición de atacar, con sus bocas lanzando mordiscos al aire.

—¡Perrito malo! —Salí disparada corriendo, tirando al suelo cajas de cerveza y todo lo que podía agarrar. Por encima de las estanterías pude ver a Deacon con la espalda contra las puertas. Aiden y Marcus estaban al otro lado, con caras de terror. Solos estaba peleando con Muerte, esquivando cabezas a derecha e izquierda.

Y Hades, bueno, simplemente estaba allí en medio en su enorme gloria divina.

—¡Ve a por el corazón! —gritó Solos por encima de todo el caos—. ¡El corazón del pecho, Álex!

—¡Como si no supiese donde está el maldito corazón! —Lo que pasaba es que no quería acercarme tanto a aquella cosa. Aceleré al ver el comedor. Tuve una idea, no era buena, pero mejor que correr dando vueltas por la tienda con un pitbull mutante persiguiéndome.

Di un salto sobre las sillas y caí sobre la mesa. Me di la vuelta y agarré una silla de metal, sujetándola con las patas hacia arriba. Desesperación dio un salto, apartando las sillas, y aterrizó sobre la silla, chillando y revolviéndose al clavarse las patas de metal en su vientre. El impacto reventó la mesa y los dos caímos al suelo. Por poco no me clavó las garras en la cara. Sus tres cabezas colgaban a pocos centímetros de mi nariz, y su aliento cálido y pútrido me dio arcadas.

Giré las caderas, tiré a Desesperación hacia un lado y me puse de pie. Desesperación cayó de espaldas, moviendo las patas en el aire. Aguanté las ganas de vomitar y salté sobre la silla. Mi peso hizo que los pedazos de metal se clavasen y atravesasen las costillas protectoras. Un segundo después, el perro no era más que una pila de polvo azul brillante.

Levanté la cabeza y me di la vuelta.

—Uno menos...

Hades soltó un grito furioso que hizo temblar las estanterías y tiró al suelo cosas de todas las formas y tamaños.

Entonces desapareció.

—Vaya, ha sido fácil. —Giré la daga y vi a Solos esquivar una de las cabezas de Muerte.

—¿Has visto eso? Hades se ha acojonado... *oh, mierda.*

Las estanterías volaban, sillas y mesas salían despedidas por los aires, apartadas por una fuerza invisible. El suelo tembló bajo mis pies cuando me aparté. Entonces recordé que Hades podía volverse invisible. El miedo me cubrió como una oscura y grasienta ola de calor.

—No es justo —dije mientras dirigía la hoja hacia algo, que esperaba que no

fuese solo un espacio vacío.

Una mano invisible me cogió el brazo y lo retorció. Chillé de dolor y sorpresa y solté la daga. Hades volvió a aparecer.

—Lo siento, amor, en la guerra todo vale.

Una luz cegadora inundó la tienda, seguida de un chasquido. Entonces, algo pasó volando a toda velocidad junto a mi mejilla. Pude ver un reflejo plateado justo antes de que Hades me soltase el brazo y cogiese la flecha en el aire.

—Artemisa, eso no ha sido nada bonito. —Hades rompió la flecha en dos y la tiró a un lado—. Puedes sacarle un ojo a alguien con una cosa de esas.

A continuación sonó una suave risa femenina, como de cascabeles. Unos metros por detrás de nosotros, con las piernas abiertas y un arco plateado en una mano, estaba Artemisa. En vez del raso blanco con el que se le conocía, llevaba unas botas altas militares y unos pantalones de camuflaje rosa chillón. Una camiseta de tirantes blanca completaba ese estupendo conjunto.

Se sacó otra flecha del carcaj que llevaba a la espalda.

—Déjalo, Hades.

Hades apretó los labios.

Puso la flecha en el arco.

—La próxima no la podrás coger, Hades. Y a ella no te la vas a llevar.

Me aparté despacio de aquella pelea entre dioses, sin tener ni idea de por qué había venido Artemisa en mi ayuda. Por el rabillo del ojo vi que Muerte ya había sido derrotado. Cogí la daga del suelo.

Hades dio un paso al frente. El suelo se despegaba y humeaba bajo sus botas.

—¿Por qué intervienes, Artemisa? Sabes qué va a pasar. Estamos todos en peligro.

—Ahí está parte de la descendencia de mi hermano gemelo, nos pertenece. —Artemisa tensó el arco y se echó el pelo, rubio y largo hasta la cintura, por encima del hombro—. Lo que significa que es de mi propia sangre. Así que, te lo diré una vez más, por si acaso Perséfone te ha ablandado ese cerebro tuyo, *déjalo ya*.

Abrí la boca de par en par. ¿Descendiente de Apolo? *Oh no... oh, narices, no...*

—¡Me da igual que sea la heredera del maldito trono, Artemisa! ¡Tenemos que evitar que el Primero tenga todo el poder!

Artemisa movió los dedos.

—No puedes hacerle daño, Hades. Y punto.

Puso cara de incredulidad.

—No le haré daño... en realidad no. Puedo llevármela al Inframundo. Ni siquiera le dolerá. Artemisa, no podemos dejar que esta amenaza siga adelante. Sé razonable.

—Y yo no puedo dejar que le hagas daño. Y no es negociable.

—¿Así que te arriesgas a que haya más destrucción? ¿Has visto lo que ha hecho

hoy Poseidón? ¿O estabas demasiado ocupada cazando y jugando con tus compañeras?

Artemisa sonrió burlona.

—Ahora mismo no quieras cabrearme, Hades. No cuando tienes una flecha apuntándote directamente entre los ojos.

Sacudió la cabeza.

—¿Sabes qué hará Zeus si el Primero se convierte en el Asesino de Dioses? Lo pondrás todo en peligro, las vidas de nuestra descendencia y a los mortales, ¿por qué? ¿Por unos lazos familiares casi diluidos?

—Lo pondremos en peligro por cualquier cosa —respondió tranquilamente—. ¿Sabes qué es lo gracioso de las profecías, tío?

—¿Que siempre están cambiando? —dijo Hades en tono burlón—. ¿O que no son más que un montón de patrañas?

En otro momento le habría aplaudido, pero teniendo en cuenta que Hades quería matarme, creo que no era plan de celebrar que tuviésemos la misma opinión sobre el oráculo.

Artemisa echó el brazo hacia atrás.

—Como tú quieras.

Hades destilaba furia por todos sus poros. Aguanté el miedo y di un paso atrás, esperando una súper pelea divina entre los dos.

—Nunca debí haber permitido que su alma volviera —soltó Hades—, Apolo me prometió que nunca llegaríamos a esto.

—Todavía hay esperanza —dijo Artemisa.

Esas palabras despertaron algo en mí. *Aún hay esperanza*. ¿De verdad? Yo había visto la expresión en los ojos de Seth; lo lejos que había llegado al sacar akasha de mí y apuntar al Consejo. Poseidón había acabado con el Covenant y aún caerían más. Más gente inocente moriría. Seguro que moría gente a la que quería, todo por protegerme.

Miré hacia la puerta y vi a Aiden y su cara pálida junto a la de Marcus. Me habían creado como a un peón, para darle todo el poder a Seth. No se podía hacer nada contra aquello. No podíamos pasarnos la vida escondidos. No iba a funcionar. En menos de un día iba a Despertar y Seth me encontraría. Y entonces todo habría acabado.

No sentía el cuerpo al girarme hacia los dos dioses.

—Esperad. —Mi voz apenas fue un susurro, pero todos se quedaron quietos.

—¡No! —gritó Deacon intentando pasar por delante de Solos—. ¡Sé lo que va a hacer! ¡Álex, no!

Mis ojos se inundaron de lágrimas al ver su expresión horrorizada.

—No puedo... no puedo dejar que vuelva a pasar lo de allí.

Deacon intentó zafarse de Solos, con los ojos de color plata, como los de su hermano, muy parecidos.

—Me da igual. Eso matará... —Tragó saliva y sacudió la cabeza—. No puedes hacerlo, Álex.

Aiden se moriría.

Hades juntó las manos.

—Ves. Hasta ella lo entiende.

El corazón se me hizo pedazos.

Artemisa abrió los ojos de par en par.

—Alexandria, por favor, entiendo que la parte mortal que hay en ti te pida que te conviertas en un mártir, pero tienes que callar, en serio.

—La gente seguirá muriendo y Seth me acabará encontrando. —Apreté el botón y las hojas de la daga se plegaron—. Le he visto. Se ha... —No pude acabar la frase. Decir que Seth se había perdido era demasiado conclusivo y, de alguna forma, me rompía el corazón.

Hades me miró. Sus ojos brillaban, llenos de electricidad. Por un momento eché de menos a Apolo. Por lo menos él cambiaba sus ojos de color cuando estaba cerca de mí, haciendo que pareciesen normales. Hades no hacía lo mismo.

—Haces lo correcto —dijo suavemente, de una forma reconfortante—. Te prometo que no sentirás nada. —Extendió una mano hacia mí—. Será muy fácil, amor.

La brecha en mi pecho se hizo más grande y aguanté las lágrimas. Aquello no era justo, pero era lo correcto. Haría daño a Aiden, a Marcus y a mis amigos, pero también les protegería. Esperé que algún día lo entendieran. Por encima del sonido de mi sangre bombeando, pude oír que Solos gritaba mi nombre. Lentamente levanté la mano.

—Eso es —susurró Hades—, cógeme la mano.

Nuestros dedos estaban separados por unos pocos centímetros. Podía sentir la extraña mezcla de calor y frío helado. Me obligué a vaciar la mente. No podía permitirme pensar en lo que estaba haciendo, porque me acobardaría.

—Hades —dijo Artemisa.

Se giró levemente.

—Quédate...

Artemisa soltó la flecha y dio justo donde ella quería, entre los ojos de Hades. Entonces, él simplemente se desvaneció, igual que lo hizo la Abuela Piperi en el jardín, la noche que me dio su última profecía. El penetrante olor a paredes húmedas y cuevas desapareció y la flecha cayó al suelo.

Me puse una mano sobre la boca para ahogar un grito.

—¿Está... le has matado?

—No. —Artemisa rio—. Solo lo he dejado fuera de combate durante un rato.

Bajó el arco y giró la muñeca. Las puertas se abrieron. Marcus y Aiden entraron corriendo y se pararon al ver a Artemisa. Ninguno de los dos puros parecía saber qué hacer.

Artemisa volvió a meter la flecha en el carcaj y le lanzó a Aiden una sonrisilla sexy.

—Cada vez están más ricos —dijo en un ronroneo.

Seguía demasiado sorprendida como para ponerme celosa y le miré.

—¿Por qué? Él tenía razón. Soy un riesgo demasiado grande. *Lo entiendo.*

Artemisa me miró con aquellos ojos completamente blancos.

—Mi hermano no se ha jugado la ira de Zeus y la pérdida de cierto miembro de su cuerpo para que ahora vayas tú y acabes con tu vida.

Intenté ignorar el torbellino de ira que se estaba formando a mis espaldas. No tenía muchas ganas de ocuparme de Aiden.

—No lo entiendo. Nadie puede esconderme para siempre. Seth me encontrará y ¿entonces qué? Se convertirá en el Asesino de Dioses y habrá otro dios que se asuste y destruya una ciudad entera.

Artemisa flotó hasta mí. Sus movimientos elegantes no concordaban para nada con su atuendo de princesa guerrera.

—O puedes cambiar las tornas con el Primero y todos aquellos que piensan que pueden derrocar a los dioses.

—¿A qué te refieres? —dijo Marcus. Se puso rojo cuando Artemisa se giró hacia él. Hizo una enorme reverencia y se incorporó—. ¿Cómo puede Alexandria cambiar las tornas? En cuanto Seth le ponga un dedo encima, se convertirá en el Asesino de Dioses.

—No necesariamente —respondió tranquila.

Pestañeé rápidamente.

—¿Puedes explicarte?

Artemisa sonrió. Por imposible que pareciese, estaba más guapa... y escalofriante.

—Es cierto que mi hermano... te tiene cariño, pero eres muy valiosa para nosotros. Algunos quieren verte muerta, es cierto. Y Hades volverá... en algún momento, igual que las furias que quedan. Pero pronto Despertarás y serás fuerte, más fuerte de lo que te imaginas.

Cualquiera de mis habituales respuestas graciosas me habrían hecho ganarme un flechazo en la cabeza, así que no tenía ni idea de qué decir.

Se paró frente a mí. Cuando me cogió la barbilla con sus dedos suaves pero fríos como el hielo, me dieron ganas de apartarme. Me echó la cabeza hacia atrás.

—Tienes una especie de entusiasmo temerario que te guía. Hay quien lo ve como

una debilidad.

—¿Y no lo es? —susurré sin poder apartar la vista.

—No. —Me miró como si pudiese ver dentro de mí, a través de mí—. Tienes ojos de guerrera. —Soltó la mano y dio un paso atrás—. Las profecías siempre cambian, Alexandria. Nada en este mundo está grabado en piedra. Y la energía no fluye solo en un sentido. La clave está en encontrar el modo de cambiarlo.

Y entonces desapareció sin más.

Me toqué la barbilla. La piel me seguía hormigueando. Despacio, me giré hacia Aiden.

—Deberías haber visto esos perros.

Aiden me cogió los dos brazos y me miró con los ojos cual plata líquida. Sabía que tenía ganas de agitarme. Había visto a través del escaparate lo que había intentado hacer, además Artemisa me había delatado. Por la forma en que me miraba, era como si hubiese olvidado a todos los demás que estaban en la tienda, olvidado que estaba mi tío, su hermano y Solos. Estaba muy enfadado.

—Ni se te ocurra *volver* a hacer nunca algo tan estúpido.

Aparté la mirada.

—Lo siento...

—Entiendo que pensaras que estabas haciendo lo correcto —dijo apretando los dientes—, pero no, Álex. Sacrificarte no es lo correcto. ¿Me entiendes?

Marcus le puso una mano en el hombro.

—Aiden, aquí no. Tenemos que irnos.

Me quedé sin aliento mientras mis ojos iban de uno a otro.

—Es que no sé cómo vamos a ganar esto.

—Nadie gana si te matan —dijo Marcus en voz baja—. Debemos irnos.

Aiden respiró profundamente y me soltó. Con los ojos me advirtió de que habría un después, seguramente en cuanto entrásemos de nuevo al coche. Solos esperaba en la puerta, mirando fijamente a Aiden mientras bebía su bebida energética.

—¿Estás bien? —le preguntó Aiden a Deacon.

Asintió despacio.

—Sí, genial. No hay nada como ver una pelea a muerte entre dioses cuando lo único que quiero es coger unos Cheetos.

Arrugué la boca. Pobre Deacon. Agarró la bolsa contra su pecho.

Lo único que se escuchaba eran los suaves ronquidos del cajero. Recordé la razón de haber ido allí y volví al mostrador.

—¿Qué haces? —preguntó Aiden.

Dejé algo de dinero sobre el mostrador y cogí mi bolsa.

—Tengo hambre.

Aiden me miró un segundo y lentamente fue apareciendo una sonrisa en su cara.

Quizá no me iba a gritar tanto. Por el camino cogió un paquete de pastelitos del suelo y me miró.

—Hambre —dijo.

—Por lo menos yo he pagado lo mío.

Capítulo 32

Sí que me gritó, mucho. Y me lo merecía. Últimamente, Aiden había tragado con mucho por mi culpa. Sabía por qué, mis motivos, pero no estaba de acuerdo conmigo. Yo sabía lo que estaba pensando en ese momento y seguía teniendo sentido. No quería morir, pero tampoco que nadie más muriese si con entregarme todo paraba.

Hacia la mitad de la segunda parte del viaje, cuando las ruedas iban comiendo más y más kilómetros, me cogió la mano. No me había perdonado, pero no quería enfadarse más conmigo. Estábamos progresando. Cuando llegamos a Atenas, aún no tenía muy claro si que Artemisa disparase a Hades en la cabeza había sido un buen movimiento o no.

Unos altos pinos y montañas de nieve nos dieron la bienvenida al llegar a la cabaña, situada al borde del bosque nacional. Sin Marcus y el elemento aire no habríamos podido pasar ni de broma por aquella carretera perdida. Le costó más de una hora limpiar el camino.

La cabaña era estupenda, hecha de troncos y rodeada por un porche. Si no hubiese estado tan cansada, habría apreciado más aún su belleza.

—¿Sabíais que Atenas es uno de los sitios con más fenómenos paranormales de todo Ohio? —dijo Solos al abrir la puerta.

—Ella no cree en fantasmas. —Aiden se cargó nuestras bolsas al hombro. Tenía las mejillas rojas por el frío, pero yo apenas lo notaba. Solo quería una cama para dormir durante el resto del día.

—¿En serio? —Solos sonrió—. Pues entonces tendremos que llevarte al antiguo Manicomio de Atenas y ver si cambias de opinión.

—Suena divertido —murmuré. Deacon y Luke acompañaban a Lea al interior—. ¿Cómo voy a estar a salvo aquí? ¿Qué va a evitar que un dios nos bombardee?

Solos frunció el ceño.

—Aquí estamos a salvo.

—Mira arriba. —Aiden se cambió las bolsas de lado y señaló encima de la puerta principal. Tallada en la madera estaba la misma runa en forma de ese que tenía en el cuello—. Apolo nos dijo que ningún dios que tenga malas intenciones contra alguien de esta casa puede pasar.

—La runa de la invencibilidad. —Me froté la nuca como ausente según cruzaba la puerta—. No sabía que podías ponerle runas a una casa. Es bastante útil.

Por dentro era igual de bonita. Unos ventanales dejaban pasar los últimos rayos de sol y habían pulido los suelos de madera hasta hacerlos brillar. Me recordaba un poco a la casa de Gatlinburg y me dio un escalofrío.

—¿Estás bien? —susurró Aiden detrás de mí.

—Sí, solo estoy muy cansada.

Solos nos enseñó las habitaciones. Lea estaba abajo, con Marcus y Luke. Deacon eligió la enorme habitación que había sobre el salón, y el resto teníamos las habitaciones arriba. Todos formaban pequeños grupos y Marcus miraba por una de las ventanas, sumido en sus pensamientos.

Aiden llevó mis cosas hasta una bonita habitación de aspecto rústico y las puso sobre la cama. Se dio la vuelta y nuestras miradas se cruzaron. Desde el día que me fui con Seth no habíamos vuelto a estar solos. El viaje en coche no contaba, estábamos huyendo para salvar nuestras vidas después de presenciar una tragedia. No estábamos pensando precisamente en tocarnos ni besarnos.

Pero ahora todo volvió con fuerza.

Cruzó el espacio que nos separaba y cogió mi cara entre sus manos. Sus dedos eran elegantes, pero tenía algunos callos después de años de entrenamientos. Sus manos me encantaban. Inclino la cabeza hacia el mismo lado que yo, sus labios a apenas unos centímetros de los míos.

—Después —me prometió, y puso sus labios sobre los míos.

Fue un beso amable, dulce y demasiado rápido. Los labios me hormigueaban rato después de que saliese de mi habitación. ¿Después? ¿Cómo iba a haber un después en una casa llena de gente? En cuanto logré averiguar cómo usar la ducha sin ahogarme, me di una ducha caliente para que el agua aliviase mis doloridos músculos. Luego me cambié y le lancé a la cama una mirada de deseo mientras salía de la habitación. Tenía que hacer algo antes de descansar.

Lea estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas mirando la pantalla del móvil. Cuando llamé a la puerta, que estaba abierta, levantó la mirada.

—Hey —dije.

Me miró durante varios segundos y se aclaró la garganta.

—Le he mandado un mensaje a Olivia, que está en Vail, diciéndole que estamos bien.

—¿Sabe qué va a hacer? —Me senté en la cama a su lado, pasándome las manos por el pelo mojado. Me acordé del mensaje que tenía de Caleb para ella. Con suerte, podría decírselo pronto.

—No. Su madre. —Se quedó sin voz y tragó saliva—, su madre está muy asustada. Creo que se van a ir a Nueva York.

Pensé en mi padre y se me encogió el corazón. ¿Volvería a verle? Entonces me sentí mal por pensarlo. Lea había perdido a toda su familia.

—¿Ahí estarán a salvo?

Su pelo cobrizo y largo, que había envidiado durante años, le tapó la cara al mirar hacia abajo.

—Eso piensa. Me dirá algo en cuanto su madre sepa algo más.

Asentí y puse las manos en mi regazo.

—Lea, siento mucho lo que ha pasado.

Tomó aire y pareció que todo su cuerpo se sacudía.

—Ya lo hemos vivido antes.

—Lo sé.

Lea levantó la cabeza. Sus ojos color amatista brillaban por las lágrimas.

—Sé que no es tu culpa. Ni lo que hizo tu madre, ni... ni lo que hizo Seth. Todas las muertes que he visto o me han rodeado han tenido que ver contigo. No son tu culpa, pero han ocurrido.

Aparté la mirada y sentí el peso de los últimos diez meses sobre mis hombros. Diez meses de muertes, comenzando con la de mi madre en Miami, y sabía que aún no había acabado todo. Con los dioses metidos en todo aquello y Seth buscándonos, aquello no había acabado.

Pero aún así, lo que yo sentía no era nada comparado con lo que Lea estaba pasando.

—Y no puedo... no puedo mirarte sin ver todas sus caras —susurró Lea—. Lo siento. No te culpo, pero... pero ahora mismo no puedo mirarte.

Asentí, tensa, y me puse de pie.

—Lo siento —repetí. Era lo único que podía decir.

—Lo sé.

Salir de su habitación no hizo desaparecer la culpa y meterme en la cama no hizo que nada de lo que había pasado desapareciese. La culpa que sentía no era igual que cuando murió Caleb. Esto era como si tuviera un hijo que había hecho algo horrible y todo el mundo me mirase, preguntándose en qué momento se había echado todo a perder. Sentía culpa por asociación.

Me puse de lado, de cara a la ventana. Fuera seguía nevando. La naturaleza estaba en su mejor momento cuando era tan hermosa como mortal.

Ver la nieve caer me vació la mente de todo lo que estaba pasando, dejando en su lugar una especie de neblina hasta que el cansancio reclamó su lugar y me llevó consigo.



Un beso ligero me despertó un rato después y me obligó a abrir los ojos. Aiden me sonrió mientras recorría mi pómulo con su pulgar.

—¿Qué haces? —pregunté somnolienta—. ¿Y si alguien te ve aquí?

—Solos se ha llevado a Deacon y a Luke a la tienda, ahora que la nieve ha parado un poco. Lea está descansando y Marcus está vigilando. —Se acurrucó junto a mí, encontró mi mano y entrelazó sus dedos con los míos—. Además, creo que tampoco

pasará nada si el secreto sale a la luz.

Eché la cabeza hacia atrás, buscando sus ojos con la mirada.

—¿A qué te refieres?

—Estamos en una casa llena de mestizos, a excepción de Marcus y mi hermano.

A Deacon seguro que no le importa y Marcus...

—Mi tío es fiel a las normas —susurré.

Aiden rozó la punta de mi nariz con los labios.

—Marcus lo sabe, Álex. No está ciego.

—¿Y le parece bien?

—No diría exactamente *bien*. —Sonrió—. De hecho, me dio un puñetazo cuando lo supo.

Le miré.

—¿Qué dices?

Rio.

—Sí, me dio un puñetazo en toda la cara cuando volvió de Nashville. Dos, de hecho.

—Oh dios... —Apreté la boca para no reír. No era gracioso, pero sí.

—El primero, porque estabas con Seth y Lucian. El segundo, cuando supo lo nuestro.

—¿Y cómo lo supo? Tuvimos mucho cuidado. —Y era cierto.

—Creo que llevaba sospechando algún tiempo —dijo pensando—, pero lo supo cuando te fuiste. Creo que aquellos días fui bastante transparente.

Quise borrar las líneas de preocupación que aparecieron en su frente. En el camino hasta allí habíamos estado sobre el tiempo que había pasado en casa de Lucian y le aseguré mil veces que no me habían hecho daño, pero eso aún seguía preocupándole. Igual que cuando morí, era algo que Aiden seguiría llevando dentro.

—¿Y qué te dijo? —le pregunté al final.

—No creo que quieras saberlo. Es una de las pocas veces en que he escuchado a Marcus soltar improperios.

Sonreí y volví a poner la cara sobre la almohada. Los dioses sabían que yo ya estaba acostumbrada a ver a Marcus enfadado.

—No pareces muy preocupado porque él lo sepa.

—La verdad es que no. Ahora mismo hay cosas más... apremiantes por las que preocuparse.

Tenía toda la razón.

—Parte de mí desea que mañana no llegue nunca.

Me besó en la frente.

—No pasará nada, Álex.

—Lo sé. —Cerré los ojos y me acomodé—. Es solo que no sé qué esperar,

¿sabes? ¿Me convertiré automáticamente en algo súper guay? ¿O iré por ahí disparando akasha a la gente sin querer? —¿O conectaría con Seth? Pero aquello no quería ni decirlo.

—Pase lo que pase, seguirás siendo Álex... seguirás siendo *agapi mou*, mi vida. Tu solo... no vuelvas a asustarme como hoy, ¿vale? Estamos juntos en esto.

—¿Hasta el final?

—Hasta el final —susurró.

Unas malditas lágrimas asomaron en mis ojos. Era muy de niña, pero aquellas palabras eran perfectas, era lo que necesitaba escuchar.

—Volvamos a hacer planes. Me gustó. —Levanté las cejas cuando volvió a reír—. ¿Qué pasa?

—Es que eres, no eres alguien que suela planear las cosas.

Sonreí, porque tenía parte de razón.

—Pero esos planes sí que me gustan.

—Vale. —Me acarició la palma de la mano con su pulgar—. He estado pensando en el futuro, nuestro futuro.

Me encantaba cómo sonaba aquello, nuestro futuro. Cuando Aiden lo decía, parecía hasta posible.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Es más bien algo que he decidido. —Soltó su mano y me echó el pelo hacia atrás—. No quiero seguir en nuestro mundo.

Le agarré la mano, bajándola hasta donde me latía el corazón a mil, y me separé un poco de su abrazo.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

Sus espesas pestañas le ocultaban los ojos.

—Si nos quedamos en este mundo, el mundo de los Hematoi, no podremos estar juntos. A algunos nos les importará, pero... es un riesgo demasiado grande, incluso aunque nos asignaran la misma zona.

Me quedé sin aliento mirándole.

—Pero si te vas no podrás volver a ser Centinela, y lo necesitas.

Levantó la mirada, mirándome a los ojos.

—Y lo necesito. Ser Centinela es importante para mí, pero no es mi mundo, mi vida ni mi corazón. Y tú sí. Y te quiero en mi vida, de verdad. Y esta es la única forma.

De repente me entraron ganas de llorar. Otra vez. Ni siquiera era capaz de formar una palabra coherente y sabía que él podía sentir cómo el corazón me golpeaba el pecho, contra su mano, pero me daba igual. Aiden se inclinó hacia delante, rozando sus labios con los míos.

—Te quiero, Álex. Renunciaría a todo por ti y sé que tú también lo has estado

pensando, pero eso ahora depende de ti.

¿Sería capaz de renunciar a aquella... necesidad casi natural de convertirme en Centinela? ¿Podría ignorar el deseo producido tras tantos años de inculcarme el deber y la necesidad de, de alguna forma, vengar lo que le pasó a mi madre? Dejar aquel mundo requería volver a asimilar todo lo que conllevaba el mundo mortal, algo que no se me había dado nada bien durante tres años. En aquel momento volvieron a aflorar antiguos miedos, empezar a venir a mi mente años de no haber encajado nunca, de haber sido siempre la rara. Con la mayor parte de los mortales nos sentíamos al mismo tiempo tan incómodos como atraídos por ellos. Era difícil estar a su lado, siempre fingiendo.

Pero había estado pensando en un futuro donde no hubiese un Covenant ni tuviese que ser Centinela. Lo que pasaba era que nunca había pensado que pudiese convertirse en algo real, pero cuando miraba a Aiden a los ojos y veía amor, amor por mí, sabía que podía hacerlo. *Podíamos* hacerlo. Aiden lo merecía. Nuestro amor lo merecía. Vivir como una mortal me había ahogado antes, pero ahora podía darnos la libertad que deseaba. Y juntos, cualquier cosa parecía posible.

Levanté la cabeza y vi su mirada plateada. Siempre era capaz de saber lo que Aiden sentía por el color de sus ojos; en aquel momento estaba renunciando a todo y aún así me dejaba elección.

—Sí. Podría hacerlo —susurré—. Lo haré.

Un temblor sacudió el cuerpo de Aiden.

—Temía de que dijese que no.

Con los ojos borrosos, le puse una mano en la mejilla. Una barba de un día me rascó la palma de la mano.

—Nunca podría decirte que no, Aiden. No querría hacerlo. Pero... ¿qué pasa con Deacon y Marcus? ¿Qué hacemos con ellos?

—Creo que podrían saberlo. Podemos confiar en ellos.

Había demasiados «y si» en su plan. ¿Cómo íbamos a poder escapar del Covenant y de una sociedad que seguramente sería bastante reacia a dejarnos ir a cualquiera de los dos? Necesitábamos un plan, uno bueno, si es que podíamos llegar a hacerlo funcionar, pero en aquel momento, la simple idea me llenaba de calor y esperanza. Y la esperanza era algo frágil, pero me hacía seguir adelante.

Aiden agachó la cabeza y puso sus labios sobre los míos. Hizo un sonido con la garganta mientras me daba un profundo beso. Su forma de tocarme dio paso a algo más. Hizo rodar su cuerpo y se acomodó a mí como una manta. El corazón se me iba a salir del pecho. Estaba sintiendo mil cosas a la vez, pero no era suficiente, nunca era suficiente. Había un deseo devastador y crudo que nunca desaparecería. Perdí la noción de las manos de Aiden y de cuántas veces nos besamos mientras nuestros cuerpos se movían juntos y, en aquellos momentos, por fin logramos un modo de

parar el tiempo.

Capítulo 33

Nada... nada asombroso ocurrió en mi cumpleaños.

Durante toda la mañana, todo el mundo me miraba como si esperaran que me creciera una segunda cabeza o que saliese volando hasta el techo. Y la verdad es que no sentía nada distinto. No me habían salido más marcas de Apollyon. Las que ya tenía no me cosquilleaban. Intenté hacer levitar una silla de la cocina, no pasó nada y después me sentí estúpida. Por la tarde, todo aquello del Despertar resultó ser un tanto decepcionante.

—Hey. —Aiden asomó la cabeza en la habitación—. ¿Estás ocupada, cumpleañosera?

Levanté la vista de la revista que Luke me había traído de la tienda.

—No. Solo estoy escondiéndome.

Aiden cerró la puerta tras de sí y sonrió.

—¿Por qué te escondes?

Me encogí de hombros, cerré la revista y la tiré al suelo.

—Siento que soy un Apollyon fallido o algo así.

—¿Por qué? —Se sentó a mi lado, con los ojos gris clarito.

—Todo el mundo no hace más que mirarme, esperando que ocurra algo. Antes, Marcus se me quedó mirando tanto rato que empezó a bizquear. Y mientras Solos estaba preparando la comida, me preguntó si podría calentar la sopa con el elemento fuego.

Aiden parecía estar aguantándose la risa.

Le pegué en el brazo.

—No es gracioso.

—Ya lo sé. —Respiró hondo, pero sus ojos seguían bailando alegres—. Bueno, algo gracioso sí que es.

Le miré.

—Puedo ganarte, ¿lo sabes?

Se inclinó hacia delante, curvando los labios en una sonrisa maliciosa.

—No puedes ganar lo que ya es tuyo.

Una extraña sensación se apoderó de mí al escucharlo, pero aún así le pegué en el hombro.

—Deja de intentar ganarme con tus palabras.

—Tengo algo que quiero enseñarte. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita—. Y luego tienes que bajar y dejar de esconderte.

No podía apartar la vista de la cajita. Era totalmente blanca, pero estaba atada con un lazo rojo.

Empecé a pensar en joyerías.

—¿Qué es?

Aiden me la puso en la mano.

—Es tu cumpleaños, Álex. ¿Qué crees que es?

Levanté la mirada y nuestras miradas se cruzaron.

—No tenías que comprarme nada.

—Ya lo sé, pero quería hacerlo.

Quitó la tapa, levantando el suave lazo de satén con el dedo meñique. En cuanto abrí la caja, casi me ahogo.

—Oh, vaya. Esto... es precioso.

Acostado sobre más satén, un cristal rojo oscuro, diseñado como si fuese una rosa, con sus pétalos tallados como si se dirigiesen al sol. Colgaba de una delicada cadena de plata que completaba su belleza. Lo saqué de la caja. La luz centelleaba y bailaba sobre la superficie.

—Aiden, es... ¿Dónde has encontrado algo así?

—Lo he hecho yo. —Sus mejillas enrojecieron—. ¿Te gusta?

—¿Que lo has *hecho* tú? —Abrí los ojos de par en par. Me costaba respirar. Me parecía increíble que pudiese diseñar algo así de extraordinario—. ¡Me encanta! ¿Cuándo lo has hecho?

—Hace tiempo —dijo poniéndose más rojo aún—. De hecho, fue después de que me dices la púa. No tenía claro que pudiese... llegar a dártelo nunca. Me refiero a que empecé a hacerlo un día y según iba tomando forma pensaba en ti. Iba a dejarlo en tu habitación sin más, pero luego ocurrió todo eso... —Paró, como avergonzado—. Mejor me callo ya.

Me lo quedé mirando sin palabras.

—¿Seguro que te gusta?

Me puse de rodillas y le puse los brazos alrededor del cuello. Sujeté la rosa con la mano y le besé en la mejilla.

—Me encanta, Aiden. Es perfecto. Precioso.

Se rio, soltándose de mi fuerte abrazo que casi le ahogaba.

—Ven, déjame que te lo ponga.

Me giré obediente y me sujeté el pelo. Aiden cerró la cadena alrededor de mi cuello, y la rosa de cristal se posó sobre mi pecho. Me encantaba sentir su peso. Recorrí con mis dedos sus bordes delicados. Entonces me giré de un salto y le hice un placaje a Aiden.

Riendo, me agarró antes de que nos cayésemos los dos de la cama.

—Creo que sí que te gusta.

Le empujé y le di un beso.

—Me encanta. Te quiero.

Aiden me apartó el pelo, clavándome su mirada hasta el interior.

—Sé lo que estás pensando.

—Las grandes mentes piensan igual.

—Luego —gruñó.

Empecé a protestar, pero me puso de pie.

—Buuuh.

Me sonrió.

—Tienes que bajar.

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí, así que no me discutas.

—Vale. Pero solo porque eres maravilloso y este colgante es precioso. —Hice una pausa y le di un golpecito con la cadera—. Y porque eres sexy.

Después, Aiden me sacó de la habitación. Antes de llegar a las escaleras me metí el colgante bajo la camiseta. Puede que todos supiesen o sospechasen algo, pero no era plan de soltarlo a los cuatro vientos, a pesar de que me habría encantado pasarles el colgante por las narices para que lo admirasen.

Seguí a Aiden hasta la cocina. Empecé a andar más despacio cuando vi a *todos* alrededor de la mesa.

—¿Qué está...?

Deacon y Luke se echaron hacia un lado.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron al unísono.

Miré hacia la mesa. Allí había una tarta de cumpleaños, decorada con dieciocho velas encendidas y... ¿*Spiderman*? Pues sí, era Spiderman. Con sus medias azules y rojas y todo.

—Era esto o Mi Pequeño Pony —dijo Luke sonriendo—. Supusimos que Spiderman te gustaría más.

—Además mola un montón, está escalando edificios y tal —añadió Deacon—. Quizá algún día, cuando te decidas a Despertar, serás igual de guay.

—Y yo he encendido las velas —dijo Solos encogiéndose de hombros—, y lo he hecho sin ayuda.

—Y yo les di el dinero —Marcus se cruzó de brazos—, por lo tanto he sido yo la clave de todo esto.

—Y tenemos refresco de uva. —Luke señaló hacia las botellas—. Es tu favorito.

—Esto... esto es alucinante. —Vi a Lea sentada detrás de Solos. Tenía el pelo apartado de la cara, pero aún tenía los ojos hinchados. Me vio mirándola y sonrió un poquito—. Es genial. Sois increíbles. En serio.

Deacon sonrió.

—Tienes que soplar las velas y pedir un deseo.

¿Qué podía pedir? Sonreí. Era fácil. Me incliné sobre la mesa, soplé las velas y

deseé que todos saliésemos vivos de aquello, incluso Seth.

—¡Me pido la telaraña! —dijo Deacon con un grito y un cuchillo enorme en la mano.

—Argh. —Me aparté hacia Aiden.

—Es su cumpleaños —dijo Luke quitándole el cuchillo de la mano—. Le toca coger primero el trozo que quiera.

Reí.

—No pasa nada. Que se quede con la telaraña. Yo me pido la cabeza.

Nos pusimos a repartir la tarta y el refresco. Estaba abrumada por tanta atención. No me esperaba nada por mi cumpleaños excepto miradas extrañadas, pero aquello era increíble. Era fácil olvidarse de todo y de lo que simbolizaba aquel día. Allí, rodeada de mis amigos, las cosas parecían... normales.

Normales para ser un grupo de mestizos y puros celebrando un cumpleaños.

Vale. No era para nada normal, pero era el tipo de anormalidad que a mí me gustaba.

Agrupados alrededor de la mesa, reímos mientras compartíamos tarta y refresco. Lea se animó un poco y cogió un poco de glaseado. Los chicos seguían martirizándome y bromeando por no haber Despertado y Aiden intentaba que dejasen de hablar de ello. Era bonito ver cómo intentaba no defenderme demasiado ni ser sobreprotector. No es que necesitase que lo fuera, pero me pareció que era parte de su naturaleza. Era igual con Deacon... cuando no llevaba en la mano un cuchillo enorme.

Hacia el final de la celebración de mi cumpleaños, se oyó un característico ¡Pop! Que venía de la sala. Nos giramos. Rogué porque la runa funcionase en la casa, porque sin duda había un dios.

Apolo entró a la cocina. Lo primero que noté era que tenía los ojos azules, no de aquel blanco espeluznante.

—¿Qué tal está mi cumpleañera?

Por alguna razón, me puse roja del todo.

—Guay, abuelo.

Sonrió y se sentó junto a mí, quitándole a Deacon el cuchillo de la mano con cuidado.

—No parezco tan viejo como para ser lo que soy.

Eso era verdad. Parecía que tuviese veintitantos años, y eso lo hacía aún más raro.

—Y qué, ¿cuándo me ibas a contar que me engendraste?

—Yo no te engendré a ti. Engendré a un semidios hace siglos que, en algún momento, engendró a tu madre.

—Tíos, ¿podéis dejar de decir engendrar? —pidió Luke.

Apolo se encogió de hombros y cortó un trozo de tarta. Le devolvió el cuchillo a

Deacon, que estaba como ausente.

—No creí que fuese necesario contártelo. No es que vaya a estar cuidando pequeñas Álex.

Me atraganté con el refresco y casi lo escupo todo. Alguien soltó una risita, seguramente Luke.

—Sí, eso no va a ocurrir.

—Mi hermana tendría que habérselo callado. —Dio un mordisco a la tarta, hizo una mueca y apartó el plato—. Lo importante no son nuestros lazos familiares.

Arrugué la frente.

—¿Sabéis qué? —Solos les puso a Deacon y a Luke la mano en el hombro—. Apuesto a que puedo ganaros a los dos al *air hockey* y hacer que me acabéis llamando mamá.

Luke resopló.

—Ni de coña.

Solos se llevó a los dos fuera de la sala, pero Lea seguía sentada en la silla con los brazos cruzados. Con la mirada amenazaba a quien se atreviese a pedirle que se marchara. Aquella era la Lea que conocía.

—¿Recuerdas cuando fuiste a ver a Marcus después de que la Abuela Piperi muriese? —Apolo cogió la botella de refresco.

—Sí. —Le pasé un vaso, preguntándome dónde quería llegar con aquello—. Fue un día difícil de olvidar.

—Ahá. —Olió el contenido de la botella, se encogió de hombros y se echó un poco—. Bien, entonces te habrás dado cuenta de que hay otro oráculo.

Miré a Marcus. Arqueó una ceja y se apoyó en la encimera.

—¿Qué tiene que ver el oráculo con todo esto?

Me acordé de Kari.

—¿Pero ella no había muerto también? —Como todos me miraron extrañados, tuve que explicarlo—. La conocí en el Inframundo. Dijo que sabía lo que iba a pasar.

Apolo asintió.

—Tuvo unas cuantas visiones antes de su... marcha. Mira, lo que pasa con los oráculos es que... las visiones que ellos tienen son tuyas. Lo que ellos ven, otros no pueden verlo, y yo solo veo lo que el oráculo me cuenta. —Levantó el vaso de plástico, dio un traguito de prueba e hizo una mueca. Supongo que el refresco de uva no era su preferido—. Es parte de cómo funciona todo, no sé por qué necesitamos un oráculo en vez de ser yo el que sepa el futuro —continuó mientras me miraba—. ¿Te dijo algo mientras estabais allí?

Negué con la cabeza.

—Solo que sabía que iba a conocerme y... y que sabía cómo iba a acabar todo. Pero saber cómo acaba no me dice lo que debo hacer.

Apolo hizo una mueca.

—Seguro que el oráculo lo sabe. Pero Hades no me va a dejar bajar y hablar con ella, no después de lo que ha pasado con mi hermana. Las profecías cambian continuamente, no hay nada grabado en piedra.

—Eso dijo Artemisa. —Aiden se sentó junto a Lea—. ¿La profecía ha cambiado?

—No exactamente.

Se me estaba agotando la paciencia.

—Vale, ¿qué está pasando, Apolo? Artemisa dijo que aún había esperanza y mencionó algo de la profecía. ¿Podrías, no sé, ir al grano?

—El nuevo oráculo no ha tenido ninguna visión, así que la última sigue ligada a la oráculo que está muerto. Así que solo tenemos lo que ya sabemos. —Sus labios se torcieron en una media sonrisa—. Algunos pensamos que podrás parar a Seth. La profecía...

—Ya sé lo que dice la profecía, uno para salvar y otro para destruir. Lo entiendo, pero lo que no comprendo es por qué os arriesgáis a que Seth se ponga en plan Godzilla con vosotros. Si me elimináis, acabáis con el problema. —Ignoré la mirada de Aiden y me puse de pie—. Aunque hay algo más. Sabes algo más.

—Sabes que la profecía dice que solo puede existir uno de vosotros. No hay vuelta de hoja. —Apolo apoyó la espalda, poniendo los brazos por encima del respaldo—. ¿En serio crees que todo esto ha sido idea de Lucian? ¿Que sabía lo tuyo sin que nadie se lo dijese? ¿Que ha ganado tantos apoyos solo por su cara bonita?

Empecé a dar vueltas.

—Yo no me esperaría tanto de él.

—Pues bien, porque le han ayudado. Estoy seguro —dijo Apolo—. Lo que significa que evitar que Seth se convierta en el Asesino de Dioses no arregla el problema de fondo. El dios que está detrás de todo esto encontrará otra forma de obligar al Olimpo a entrar en guerra y, si eso ocurre, afectará al mundo de los mortales. ¿Visteis lo que hizo Poseidón? Pues eso no es nada comparado con lo que puede ocurrir.

—Estupendo. —Al ritmo que daba vueltas iba a acabar desgastando el suelo—. ¿Y tienes alguna idea de quién es ese dios?

—A muchos de los nuestros les gusta causar caos por simple diversión.

—Hermes —dijo Marcus. Todos le miramos. Levantó las cejas, expectante—. Hermes es famoso por hacer trastadas y crear caos. —Nadie dijo nada. Marcus sacudió la cabeza—. ¿Es que no prestáis atención en vuestras clases de Mitos y Leyendas?

—Hacer que Lucian se revele contra el Consejo y contra los dioses no es una trastada —dijo Aiden—. ¿Y por qué iba a querer Hermes hacer algo así? ¿No se pone él mismo en peligro con Seth?

—No si Hermes controla a Lucian —callé. Un mal presentimiento empezó a recorrerme la espalda—. Lucian controla a Seth... por completo. Estaría a salvo.

—Hermes siempre ha sido el bufón personal de Zeus y su pelele. —Apolo se puso de pie andando alrededor de la mesa. Se quedó junto a la ventana—. Últimamente, Hermes ha estado... desaparecido. No me había dado cuenta porque he pasado mucho tiempo aquí. Todos estamos yendo y viniendo, nunca pasamos demasiado tiempo lejos del Olimpo.

Marcus se puso tenso.

—¿Crees que es posible que Hermes haya estado entre nosotros?

Nos miró por encima del hombro. Algunos mechones de pelo le caían sobre la cara, tapándole la mitad.

—Como ya he dicho otras veces, si el otro dios se asegura de que no nos crucemos nunca, es posible. Tened en cuenta que puede que no sea Hermes. Podría ser cualquiera de nosotros. Sea quien sea, hay que pararlo.

Le miré y me pregunté cómo creía Apolo que cualquiera de nosotros podría parar a un dios. Solo Seth podía, y no estaba en nuestro equipo.

—¿Entonces, cómo puede pararlo ella? —preguntó Lea con voz ronca—. ¿Cómo puede parar a Seth? ¿No es esa la razón de todo esto?

Apolo le dedicó una sonrisa.

—Eso es. Cuando Alexandria Despierte tendrá que matarlo.

Capítulo 34

No debía haberle oído bien. No era posible.

—¿Qué?

Apolo se volvió a girar hacia la ventana.

—Tendrás que matarlo, Alexandria. Siendo el Apollyon puedes hacerlo.

La idea de matar a Seth me horrorizaba y me ponía enferma. No iba a poder hacerlo. Me pasé una mano por la cara. Tenía ganas de vomitar.

—No puedo hacerlo.

—¿No puedes? —Lea se me quedó mirando, con los ojos brillantes—. ¡Mató a mi hermana, Álex! Mató a todos aquellos miembros del Consejo.

—Lo sé, pero... no es culpa suya. Lucian le ha lavado el cerebro. —Y antes de acabar con el Consejo, había llegado a dudar. Yo lo había visto. Por un momento, el Seth que conocía no quiso hacerlo, pero después... estaba como poseído—. No fue culpa suya.

Sonó como si estuviese intentando convencerme a mí misma.

Lea apretó los labios.

—Pero eso no hace que estuviese bien.

—Lo sé, pero... —Pero no podía matar a Seth. Me senté en la silla como pude, mirando hacia los restos de Spiderman—. Tiene que haber otro modo.

—Sé que una parte de ti se preocupa por él —dijo Apolo en voz baja—. Fuiste creada para sentir así. Una parte de él está en ti y viceversa, pero es el único modo.

Le miré a los ojos durante un lago segundo, y Apolo apartó la mirada. Su cara se ensombreció. Un extraño mal sabor de boca me asaltó.

—¿Hay otro modo, Apolo?

—¿Acaso importa? —Lea golpeó la mesa con las manos, dándome un susto de muerte—. Tiene que morir, Álex.

Me estremecí.

—Lea —dijo Marcus amablemente.

—¡No! ¡Esta vez no me voy a callar! —Se puso de pie, reviviendo—. Sé que parece que no es justo, Álex. Pero Seth mató a esa gente, *a mi hermana*. Y eso sí que no fue justo.

Se me cerró la garganta. Lea tenía razón. No podía discutirse, pero ella no había visto lo mismo que yo... y ella no conocía a Seth. Volví a pensar que quizá yo tampoco lo conocía.

—Y es una mierda —continuó Lea. Cerró los puños, temblando—. Yo llegué a pensar que Seth estaba bueno, pero eso fue hasta que *incineró* a mi hermana. Él te gusta. Genial. Pero ha matado a gente, Álex.

—Lo entiendo, Lea. —Eché un vistazo a mi alrededor y miré a Aiden—. Todo el mundo no para de decir que aún hay esperanza. Quizá podamos salvarlo, Artemisa dijo algo sobre que la energía puede ir en los dos sentidos. Igual podemos agarrarnos a eso.

Vi el miedo reflejado en sus ojos plateados y, entonces, recordé sus palabras y lo que me había hecho ver. *A veces tienes que saber cuándo renunciar a la esperanza.*

Respiró jadeante, intentando calmar su angustia y su enfado.

—Tú querías a tu madre, ¿verdad? La querías incluso después de convertirse en daimon.

—Lea. —Aiden la cortó bruscamente.

—Pero sabías que había que... que había que pararla —dijo rápidamente antes de que Aiden la hiciese callar—. La querías, pero hiciste lo correcto. ¿Acaso esto es distinto?

Me aparté de la mesa. Sus palabras me sentaron como un puñetazo en el estómago porque eran ciertas. ¿Acaso esto era distinto? Con mi madre había hecho lo correcto, ¿por qué me costaba tanto entender que ahora había que hacer aquello?

—Creo que por hoy ha sido suficiente —dijo Marcus.

Lea se quedó en el sitio unos segundos, pero luego salió disparada de la habitación. Parte de mí quería salir tras ella e intentar explicarme, pero mi sentido común me decía que no sería muy inteligente por mi parte.

—Está en un lugar oscuro —dijo Marcus—, está dolida. Quizá más tarde entienda que esto también es doloroso para ti.

—No tanto como para ella. —Me aparté el pelo—. Es que no puedo... la idea de acabar con él me pone enferma. Tiene que haber otro modo.

Apolo se deslizó hasta mí.

—Todo esto... puede esperar. Hoy es tu cumpleaños, tu Despertar.

—Ya, bueno, no sé qué pasa con esa parte. —Me miré las runas de las palmas. Brillaban levemente. Nada había cambiado en ellas—. Sigo sintiéndome igual. No ha pasado nada.

—¿Cuándo naciste? —preguntó Apolo.

—El cuatro de marzo.

Levantó una ceja.

—¿A qué hora, Alexandria? ¿A qué hora naciste?

Apreté los labios.

—No lo sé.

Apolo me miró sorprendido.

—¿No sabes a qué hora naciste?

—No. ¿La gente suele saber eso?

—Yo nací a las seis y cuarto —dijo Aiden intentando no sonreír—, Deacon a las

doce y cincuenta y cinco del mediodía. Nuestros padres nos lo dijeron.

Entrecerré los ojos.

—Bueno, pues a mí nadie me lo dijo... o se me ha olvidado.

—¿Marcus? —preguntó Apolo.

Negó con la cabeza.

—No... me acuerdo.

—Bueno, pues obviamente aún no ha llegado la hora en que naciste —Apolo se apartó de la ventana—. Creo que ya hemos tenido suficiente conversación seria por hoy. Después de todo es tu cumpleaños. Es momento de celebrar, no de planear una pelea.

Me dio un escalofrío.

—No te pasará nada. —Apolo me puso una mano en el hombro y apretó. Seguramente iba a ser el mayor gesto de consuelo que podría recibir de Apolo, pero me parecía bien—. No puedes sentir la unión desde donde estamos, así que no puede conectar contigo. No te va a pasar nada.

No dejaba de mirar el reloj. ¿A qué hora había nacido? No tenía ni idea. Eran casi las ocho y media de la tarde, y no había pasado una mierda. ¿Quizá estaba haciendo algo mal?

—Déjalo. —Aiden me cogió la mano y me la apartó de la boca—. ¿Desde cuándo te muerdes las uñas?

Me encogí de hombros. Estábamos sentados en el sofá de la terraza cerrada. Al otro lado de la ventana teníamos todo un paisaje invernal. Ya había caído la noche y la luz de la luna se reflejaba en la nieve virgen que cubría todo el porche y los árboles.

—¿Crees que soy débil? —pregunté.

—¿Cómo? —Me llevó hacia él—. Dioses, si eres una de las personas más fuertes que conozco.

Miré hacia la puerta cerrada, pero luego pensé «*bah, qué demonios*». Me permití relajarme un poco y apoyé la cara sobre su pecho, sacándome la rosa de la camiseta.

—Pues no me siento tan fuerte.

Aiden me abrazó.

—¿Es por lo que han dicho hoy?

Acaricié con los dedos los bordes de la rosa.

—Lea tenía parte de razón, ¿sabes? Pude enfrentarme a mi madre, pero no puedo... hacerlo con Seth.

—Apolo tenía razón. —Apoyó la barbilla sobre mi cabeza—, él forma parte de ti. De alguna forma es distinto a lo que pasó con tu madre.

—Es distinto. Mi madre era un daimon y no había forma de traerla de vuelta. —Suspiré y cerré los ojos. Vi la cara que puso Seth cuando le estaba rogando, la

indecisión en sus ojos—. Él aún está ahí, Aiden. Tiene que haber otro modo. Y creo que Apolo lo sabe, pero no nos lo quiere decir.

—Entonces tenemos que hablar con Apolo. Ha mencionado el oráculo, quizá ha cambiado algo. —Se movió un poco y sentí sus labios contra mi frente—. Pero si no hay otro modo...

—Entonces tendré que asumirlo. Ya lo sé. Solo quiero asegurarme antes de decidir que hay que... matarle.

Aiden puso una mano sobre la mía.

—Quizá tenemos que ir a ver al nuevo oráculo. ¿Quién sabe? Igual puede decirnos algo, sea o no una visión.

—Eso será si logramos que Apolo nos diga quién es.

—Lo haremos.

Le dirigí una sonrisa.

—Eres increíble.

Sonrió.

—¿Y eso por qué?

—Eres el más... ¡Au! —Aparté la mano—. Me ha picado algo.

Se incorporó un poco y me cogió la muñeca.

—Álex, estás sangrando.

Unas gotitas de sangre me cubrían la muñeca, pero no era eso lo que estaba mirando. Se estaba creando un glifo azul, formando algo como una nota musical.

El pulso se me aceleró y me levanté rápidamente, mirando a mi alrededor. Un reloj con forma de búho decía que eran las ocho y cuarenta y siete de la tarde.

—Está ocurriendo.

Aiden dijo algo, pero de nuevo un fuerte dolor me ardía bajo aquella marca. Empezó a salir sangre a gotitas. Me solté de Aiden y las piernas me temblaron al levantarme.

—Oh dioses...

—Álex... —Se puso de pie, con los ojos de par en par—. ¿Qué puedo hacer?

—No lo sé. No... —resoplé cuando el dolor comenzó a subirme por todo el brazo. Frente a mis ojos iba saliendo más sangre. Pequeñas gotitas, como si se tratase de una aguja de tatuar—. Oh dioses, las marcas, son como tatuajes. —Aquello no había pasado con las otras, las que Seth había hecho aparecer antes de tiempo.

—Dioses. —Aiden vino a por mí, pero me aparté. Tragó saliva y me miró a los ojos—. Álex, no va a pasarte nada.

El corazón me iba a mil, mucho más rápido. Sentí un miedo atroz en el estómago. Las marcas me saldrían *por todo* cuando acabase aquello, y estaba sucediendo muy, muy rápido. Un fuerte dolor se extendió por todo mi cuello, mojándome la piel. Cuando me llegó a la cara, chillé y caí al suelo. De rodillas, me doblé sobre mí

misma, mientras me abanicaba con las manos.

—Oh... Oh dioses, voy a explotar. —Me costaba respirar.

Aiden se puso inmediatamente a mi lado, acercando sus manos a mí, pero sin llegar a tocarme.

—Tú... respira con fuerza, Álex. Respira conmigo.

Reí casi sin fuerzas.

—No... no estoy teniendo un bebé, Aiden. Esto es... —Una ráfaga de fuertes dolores me recorrió la espalda y volví a gritar. Puse las manos en el suelo, intentando respirar profundamente—. Vale... vale, estoy respirando.

—Bien. Lo estás haciendo muy bien —Aiden se acercó más—. Ya lo sabes, *agapi mou*. Lo estás haciendo muy bien.

Arqueé la espalda. No parecía que fuese tan bien. Preferiría enfrentarme a cien daimons sedientos de éter y una legión de Instructores antes que aquello. Las lágrimas me saltaron de los ojos mientras las marcas seguían apareciendo. Perdí toda la fuerza en las piernas, y Aiden me ayudó a tumbarme boca abajo.

La puerta se abrió y oí a Marcus.

—¿Pero qué...? ¡Oh dioses! ¿Está bien?

Me dolía mucho la cara por estar así, pero parecía que tenía la espalda en carne viva.

—Mierda...

—Está Despertando —dijo Aiden con voz tensa.

—Pero la sangre... —Oí que Marcus se acercaba—. ¿Por qué está sangrando?

Me puse de lado.

—Me está tatuando un enorme hijo de... —Otro grito silenció mis palabras y empecé a sentir un tipo de dolor diferente, moviéndose bajo mi piel. Era como un rayo recorriendo mis venas, friendo todas mis terminaciones nerviosas.

—Esto es... guau —dijo Deacon, y abrí los ojos. Había un montón de público en la puerta.

—¡Sácalos de aquí! —grité mientras me doblaba sobre mí misma—. Dioses, ¡esto es una mierda!

—Buah —escuché murmurar a Deacon—. Es como ver parir a un pollo o algo así.

—Oh dioses, voy a matarlo. —Podía sentir la sangre saliendo bajo mis vaqueros—. Voy a pegarle un puñetazo.

—Salid todos de aquí —gruñó Aiden—. Esto no es un maldito espectáculo.

—Y creo que sé quién es el padre —dijo Luke.

Aiden se puso de pie.

—Salid. De. Aquí.

Unos segundos después se cerró la puerta. Pensé que estábamos solos, hasta que

escuché a Marcus.

—Es mi sobrina. Yo me quedo. —Oí que se acercaba—. ¿Se suponía... se suponía que iba a ser así?

—No lo sé. —La voz de Aiden sonó forzada, casi asustada—. ¿Álex?

—Estoy bien —respiré—, pero no... no habléis. Que nadie... —Se movió por todo mi tronco, abrasándome la piel. Me incorporé y agité las manos.

Maldita sea. No podía respirar. Solo sentía dolor. Iba a matar a Seth. No me dijo en ningún momento que Despertar iba a ser *así*, como si me estuviesen separando la piel de la carne.

Mi cuerpo se volvió a retorcer al sentir otra oleada de dolor atravesándome. No recordaba haberme caído al suelo o que Aiden me pusiese sobre su regazo, pero cuando abrí los ojos, estaba allí, encima mío.

Me comenzó a arder la piel, pero ya no sabía ni por dónde. Me estaban tatuando otra marca. No pude aguantar el grito, pero cuando salió de mis labios no fue más que un sollozo.

—No pasa nada. Estoy aquí. —Aiden me apartó el pelo de mi frente húmeda—. Casi ha acabado.

—¿En serio? —Jadeé y le miré. Le apreté la mano hasta sentir sus huesos contra los míos—. ¿Cómo cojones vas a saberlo? ¿Alguna vez has Despertado? ¿Hay algo...? —Mi propia voz ronca y cansada me interrumpió—. Oh, dioses, lo... lo siento. No quería hablarte mal. Es solo...

—Ya lo sé. Duele. —Aiden me miró de arriba a abajo—. No puede quedar mucho más.

Cerré los ojos con fuerza y me acurruqué sobre Aiden. Sus caricias, en parte, me calmaban el dolor. Me puse tensa cuando una potente luz brilló tras mis ojos. Un sonido sordo me tapó los oídos y de repente pude ver claramente el cordón azul en mi mente.

Era como si hubiesen activado un interruptor.

La información empezó a venirme de golpe. Miles de años de recuerdos de los Apollyons entraron en mí tal y como Seth me advirtió. Era como si me estuviese descargando algo de Internet. No podía verlo todo. La mayor parte no tenía sentido. Las palabras estaban en otro idioma, ese que Aiden hablaba de una forma preciosa. El secreto del nacimiento del Apollyon me llegó, igual que la naturaleza de los elementos y del quinto y último. Las imágenes iban y venían, batallas ganadas y perdidas hace siglos. Vi, sentí, akasha fluyendo por las venas de alguien por primera vez, quemando y destruyendo. Salvar, salvar muchas vidas. Y los dioses, les vi a través de los ojos de los Apollyons anteriores. Tenían una relación tensa y llena de desconfianza, pero allí estaba... y luego la vi. Sabía que era Solaris, lo sentí en mi interior.

La vi convertirse en un hermoso hombre, levantar las manos y susurrar unas palabras, palabras poderosas. De ella salía akasha, y en aquel instante supe que se había convertido en el Primero. No para matarlo, porque sus ojos reflejaban un amor infinito, sino para contenerlo, para pararlo. Me aferré a aquella información, pero había pasado a través de los años hasta el Primero... *el Primero*.

El cordón se estaba desenredando, moviéndose a toda velocidad entre el espacio y la distancia, buscando, siempre buscando. No podía pararlo, no sabía cómo. Un brillo color ámbar lo cubrió todo. Entre luces brillantes vi una cara. El arco natural de sus cejas doradas, la sonrisa traviesa en sus labios y sus pómulos me resultaban dolorosamente familiares. No sabía dónde estaba. No debería estar allí. Estábamos demasiado lejos. Pero al final del cordón vi a Seth y lloré.

En aquel instante supe que la distancia entre nosotros no suponía nada para nuestra unión. Podía ser que disminuyese la capacidad de sentirnos, pero no podía prevenir aquello. No con las cuatro marcas, no habiendo usado mi propia energía. Y también sabía que Seth *había* planeado todo aquello... por si huía.

Un haz de luz pasó por mi cordón y lo sentí —*le sentí*— pasar a través de mis escudos, llenándome, convirtiéndose en parte de mí. No tardó más de un segundo —*un segundo*—, y ya estaba rodeada de él. *Yo era él*. Yo ya no estaba, no había espacio para mí. Solo era él, siempre lo había sido.

Ya no podía respirar. Él estaba allí, bajo mi piel, su corazón latía junto al mío. Sus pensamientos y los míos se estaban mezclando y solo podía oírle a él.

Abrió los ojos. Una luz nueva brilló tras ellos.

Seth sonrió.

La luz chisporroteó y soltó un destello, y el mundo pareció acabarse.

Me estaba moviendo —*no*—. Me estaban moviendo. El dolor comenzó a disminuir lentamente, dejando tras de sí un picor que me cubría todo el cuerpo. Aquello también desapareció según mecían mi cuerpo hacia atrás y adelante. Sentía unas voces de fondo que eclipsaban las voces reconfortantes que me susurraban.

Tomé aire, respirando como si fuese la primera vez. Había muchas cosas en el aire que me rodeaba. Un fuerte olor a pino cubría todas las esquinas. Sentí sabor a especias y sal marina en la punta de la lengua.

—*Agapi mou*, abre los ojos y dime algo.

Abrí los ojos. Todo... todo parecía distinto, más claro y mejorado. Las luces temblaban, los colores estaban bañados de color ámbar. Me fijé en el hombre que me acunaba. Unos ojos plateados me miraban. Sus pupilas se dilataron y vi que se conmovía.

—No. —Aquella palabra sonó como si la hubiesen arrancado desde el fondo del alma de Aiden.

Se oyó un chasquido. Unos pasos se acercaron. Empecé a reconocer las formas,

una más brillante que las otras.

Apolo miró sobre el hombro de Aiden y maldijo.

—Deja que se vaya, Aiden.

En vez de eso, me cogió con más fuerza, apretándome contra su pecho. «*Hasta el final*», pensé... estúpidamente valiente y leal *hasta el final*...

—Deja que se vaya. —Una puerta se cerró tras el dios brillante—. Ha conectado con el Primero.

El Primero, el único propósito de mi existencia. Mío. Mi otra mitad. Estaba allí, esperando. Ya estaba dentro de mí, viendo lo mismo que yo, susurrándome, prometiéndome que estaba viniendo. *Seth*. Mío.

Iban a morir todos.

Sonreí.



JENNIFER L. ARMENTROUT. Nació en (Martinsburg, Virginia Occidental) en 1980.

Jennifer L. Armentrout es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental (EEUU) con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes. Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.

Notas

[1] Escritor considerado el padre de la literatura inglesa. <<